

EL
PÉNDULO
RAFAEL ÁBALOS



Lectulandia

¿Estarías dispuesto a ocultar la más terrible de las verdades para salvaguardar el orden mundial?

Dos años después de la llegada de Barack Obama a la presidencia de Estados Unidos, un hombre negro aparece ahorcado en la sede de las Naciones Unidas en Nueva York con una nota clavada en el pecho que amenaza con «hacer desaparecer el cielo y hacer temblar la tierra». El FBI oculta la noticia y Donovan, jefe de prensa de la ONU, se encarga de que el insólito suceso no trascienda a los medios de comunicación. Pero no puede evitar compartir sus temores con la periodista Loanne Harvey: ¿quién es la víctima?, ¿qué significa esa nota apocalíptica?, ¿qué amenaza se cierne sobre las Naciones Unidas?

A partir de entonces, Donovan y Loanne se verán envueltos en una emocionante carrera plagada de trampas, engaños y conspiraciones, que los hará oscilar entre la verdad y la mentira con la cadencia constante de un péndulo en movimiento. La meta: el hall de la Asamblea General de la ONU. En juego: la llegada del caos absoluto a la tierra.

Lectulandia

Rafael Ábalos

El péndulo

ePub r1.0

xelenio 31.10.13

Título original: *El péndulo*

Rafael Ábalos, 2011

Editor digital: xelenio

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A mis amigos,
reales y virtuales

Dios se ha ido —o lo han expulsado—, sólo quedamos los hombres... y, si tenemos suerte, tal vez el diablo.

Juan Carlos Castellón,
Amos del mundo

Capítulo 1

He decidido contar esta historia después de meditarlo mucho. Lo que realmente ocurrió nunca llegó a conocerse, salvo por quienes vivimos los acontecimientos de una manera personal y directa. Ahora sé que la verdad puede ser la mayor de las mentiras pero, no hace mucho tiempo, yo aún creía en la Verdad. Mi nombre es Loanne Harvey, y soy consciente de que, al escribir estas páginas, estoy cometiendo la insensatez de poner en peligro mi propia vida.

El día en que Donovan me habló por primera vez sobre lo sucedido coincidimos por casualidad en una cafetería cercana al Municipal Building, frecuentada por conocidos periodistas de Nueva York. Donovan trabajaba en el Centro de Información de la sede de Naciones Unidas, como responsable de la oficina de comunicados de prensa; yo era redactora de la sección cultural de uno de esos periódicos gratuitos de gran difusión, que la gente lee de pie mientras bosteza en el metro. Ambos fuimos compañeros en la Escuela de Periodismo y durante las prácticas como becarios en distintos medios audiovisuales y escritos, después de nuestra licenciatura. Y aunque hacía ya un par de años que no vivíamos juntos, de vez en cuando quedábamos en algún restaurante de moda y hablábamos de nuestras cosas. Realmente seguíamos muy unidos, a pesar de las distancias que nos separaban: yo le quería como a un hermano, pero Donovan estaba enamorado de mí desde que nos conocimos en la primera clase de la Escuela de Periodismo, hacía más de quince años. Al menos, eso seguía asegurándome cada vez que nos veíamos. Supongo que por ese motivo siempre teníamos algo nuevo que contarnos. Además, Donovan estaba puntualmente informado de las delicias gastronómicas que merecía la pena degustar en cada rincón de Manhattan. Estaba convencido de que los buenos periodistas debían saber apreciar la cocina vanguardista de cualquier lugar de la Tierra: a veces les iba la vida en ello; sobre todo, si trabajaban entre representantes políticos de ciento noventa y dos naciones del mundo.

Cuando me vio entrar aquel día en la cafetería, Donovan se disculpó ante un grupo de gente trajeada con el que hablaba y se acercó a mí sonriendo. Sus ojos, de un exótico color gris claro, como de gato albino, destellaban una alegría sin tapujos.

—¿Qué haces tú por este feudo de periodistas ilustres? —me preguntó, a la vez que me abrazaba con la misma ternura apasionada de siempre.

Le respondí que esa mañana tenía que sustituir a un redactor de la crónica municipal de mi periódico en una rueda de prensa del alcalde Michael Bloomberg. Cosas de la precariedad laboral y el pluriempleo de los periodistas cutres como yo. Donovan siempre me había reprochado que mi única aspiración en el influyente mundo del periodismo se limitara a ser una cronista de la vida cultural de Nueva York, en un insignificante periódico gratuito que acababa sirviendo de papel

higiénico a los vagabundos de la Gran Manzana. También sabía que desde que comenzó la crisis de las «hipotecas basura», yo ocupaba en mi empresa el primer puesto entre los candidatos a un inminente despido.

—¿Qué tal van las cosas? La última vez que hablamos estabas un poco preocupada por tu empleo —dijo Donovan con aire indolente.

—Mi sección sigue siendo la menos rentable del periódico. Lo demás ya puedes imaginarlo.

—No empieces a lamentarte, es demasiado temprano para eso. Además, la recuperación comenzará pronto... Según aseguran los analistas económicos del FMI, dentro de poco la puta crisis solamente será como la desagradable resaca de una borrachera universal, provocada por el codicioso estado de embriaguez de los especuladores de Wall Street —comentó con sorna.

—Hace mucho tiempo que dejé de creer en los gurús financieros; prefiero no hacerme ilusiones —repliqué.

Hablar con Donovan sobre la crisis económica y sus causas era lo que menos me apetecía en ese momento, así que intenté desviar el rumbo de nuestro diálogo con un reproche personal, desprovisto de cualquier sutileza.

—No me lamento, sólo intentaba hacerte un resumen de mi vida. Por si no lo sabías, ha pasado más de un mes desde la última vez que cenamos juntos.

—Sí, es verdad... —titubeó él, como si buscara una excusa verosímil con la que replicar a mi queja—. He estado muy liado últimamente, por eso no te he llamado durante todo este tiempo.

—Tampoco has contestado a mi móvil, ni siquiera cuando te llamé el día de tu cumpleaños por si te apetecía que cenáramos juntos —murmuré, disimulando una mueca irónica.

Donovan no dijo nada; me cogió del brazo, miró hacia el grupo que seguía conversando junto a la barra como si nadie hubiera echado en falta su ausencia, e hizo ademán de dirigirse a una mesa.

—Vamos, toma algo conmigo —propuso.

—No quiero interrumpirte...

—Son compañeros de la ONU, me reúno con ellos todos los días, no me echarán de menos por unos minutos.

Nos sentamos a una mesa apartada del grupo, junto a la cristalera. Afuera, el aire helado del norte hacía que la gente se encogiera de frío bajo los abrigos, las bufandas y los sombreros, pero dentro de la cafetería la temperatura era tropical.

Pedí al camarero un té con leche para mí y un solo doble sin azúcar para Donovan: él era adicto al café.

—¿Sabrás guardar un importante secreto? —me preguntó Donovan sin más rodeos, tan pronto el camarero dejó las tazas sobre la mesa.

Saber si Donovan bromeaba o hablaba en serio era como intentar adivinar el juego de manos de un prestidigitador: es imposible descubrir dónde guarda las cartas marcadas. Así que opté por pensar que estaba bromeando.

—¿Vas a regalarme una de tus confidencias políticas?

—¡Te hablo en serio, Loanne...!

—Entonces deberías saber que sí sé guardar un secreto —repliqué con gesto ofendido.

—Realmente es un asunto muy delicado...

—¿Por qué no me dices de qué se trata?

—Hace unos días, un tipo negro apareció ahorcado en uno de los aseos de la sede de Naciones Unidas.

—Es una broma, ¿verdad...? —solté, sin saber qué otra cosa podía decir ni qué emoción debía expresar mi rostro. Lo que Donovan me contaba era algo realmente insólito, y que yo supiera, ningún medio de comunicación de Nueva York se había hecho eco de esa noticia.

—Jamás bromearía con algo así. Además, el cadáver estaba desnudo, y tenía una nota clavada con un alfiler blanco en el pecho...

—¿Una nota? —pregunté desconcertada.

—Sí, era una nota sobre Dios.

—¿Sobre Dios?

—¡Sí, sobre Dios!

No pude contenerme y, sin disimular mis ganas de sonreír, le espeté:

—¿Dónde está el truco? No quiero que me tomes el pelo con uno de tus chistes políticos.

—No hay ningún truco, ni se trata de una broma... Ésa es la cuestión.

—¿Qué quieres decir?

Los ojos grises de Donovan parpadearon.

—La nota contenía un texto muy breve... una especie de advertencia o de amenaza —dijo, quedándose de nuevo en silencio, como si esperase a que yo le preguntara.

—¿Y qué decía esa nota?

—¡Dios está aquí y es uno de nosotros!

—Aquí... ¿en Nueva York?

—La nota no da ningún detalle sobre dónde.

—¡Pero cosas así las proclaman cada día todos los creyentes del mundo! ¡Ese hombre negro del que me hablas podía estar chiflado o ser simplemente un fanático suicida! —exclamé, incrédula.

—Sí, eso mismo pensé yo, pero hay algo más...

—¿Qué más?

Toda esa historia me parecía demasiado pueril, demasiado ingenua. Incluso demasiado absurda, ridícula o estúpida. Yo esperaba que Donovan soltara de un momento a otro una carcajada final y concluyera triunfante su broma macabra con alguna de sus ocurrencias, pero en lugar de eso adoptó un aire de solemnidad, y su voz se transformó.

—El texto de la nota está escrito en las seis lenguas oficiales de Naciones Unidas, y explica en un par de párrafos, como si fuese un simple comunicado de prensa, que Dios permanecerá oculto entre las multitudes hasta que la intensa luz del Rayo haga desaparecer el Cielo y el sonido del Trueno haga temblar la Tierra. Entonces, un poderoso ejército de ángeles celestiales se pondrá en marcha y comenzará una nueva era.

—¡Pero todo lo que dices es una locura! ¿Cómo es que nadie ha hablado públicamente de ese suceso, tratándose de un hecho ocurrido en la sede de Naciones Unidas?

—La noticia está siendo considerada como un secreto de Estado que muy pocos conocen. En el Departamento de Seguridad de la ONU y en el FBI todos se preguntan cómo pudo aparecer el cuerpo colgado en uno de los aseos sin que ninguno de los agentes nocturnos del centro de control lo descubriera hasta el amanecer.

—¿Y las cámaras de vigilancia de los pasillos?

—No grabaron a nadie durante toda la noche. Alguien debió de manipularlas.

Obedeciendo a mi escaso instinto periodístico, mi mente seguía resistiéndose a aceptar lo que mis oídos escuchaban con absoluta nitidez.

—Siento decirlo, Donovan, pero todo lo que me estás contando no tiene ningún sentido. Naciones Unidas es uno de los lugares más vigilados del planeta. Tú lo sabes mejor que yo —afirmé, después de llevar la taza de té a mis labios.

—Tiene mucho sentido, aunque tú no lo creas. El cadáver apareció colgado en Naciones Unidas el mismo día de las elecciones legislativas que han dado un varapalo al presidente Obama...

—¡Joder! —exclamé, sin entender qué trascendencia real podía tener ese hecho, para que las autoridades del Estado mantuvieran en secreto la noticia durante casi dos semanas. Según mis cálculos, las elecciones legislativas habían sido el día 2 de noviembre y estábamos a mediados de mes.

—El FBI cree que posiblemente se trate de un simple suicida con un terrorífico sentido del humor, aunque todavía no han cerrado la investigación por la amenaza que contenía la nota clavada en el pecho del ahorcado. Pero yo estoy convencido de que se trata de un asesinato.

—¿Un crimen político? —solté sin pensar.

—Nada puede descartarse...

Donovan hizo una pausa para mirar de nuevo hacia sus compañeros de la ONU,

que seguían conversando animadamente entre ellos en la barra de la cafetería. Sentí la tentación de preguntarle quién era el ahorcado, a qué se dedicaba, por qué se habría suicidado o por qué alguien lo había matado colgándolo en un aseo de la sede de Naciones Unidas un día tan especial para el presidente Obama y Estados Unidos, pero preferí no seguir su juego de intrigas.

—¿Por qué me cuentas todo esto, si se trata de un secreto tan importante? — pregunté, aún desconcertada.

—Ni siquiera yo mismo lo sé, créeme. Tal vez no hubiera debido hablarte de ese extraño suceso. Pero una vez hicimos un juramento de sangre, ¿lo recuerdas...? Nunca habría ningún secreto entre nosotros dos.

—Claro que lo recuerdo, pero aquello fue como un juego de niños. Lo que me has contado es un secreto de Estado, no algo que nos afecte únicamente a nosotros — alegué.

—Yo siempre seré fiel a mi juramento, pase lo que pase, Loanne. Sabía que si te veía tendría que hablarte de la noticia secreta, como ya la llamamos en el centro de prensa de Naciones Unidas. Tú también eres periodista, así que considera lo que te he contado como una información confidencial de la que no debes hablar con nadie hasta que el FBI aclare el misterio.

—Sí, supongo que habrá una explicación razonable para que algo así haya podido ocurrir —murmuré entre dientes, esperando que Donovan me lanzara sin piedad el dardo afilado que pusiera fin a su pantomima.

Pero Donovan me miró sin decir nada, con los ojos abismados en algún remoto lugar, que yo no fui capaz de ver.

Capítulo 2

La rueda de prensa a la que asistí esa mañana en el ayuntamiento comenzó más tarde de lo previsto. El alcalde de Nueva York hizo balance de su programa electoral un año después de su reelección, valoró la crisis económica global como una situación crítica, aunque transitoria y superable, hizo algunos comentarios sobre la recuperación del empleo en la ciudad y la reducción del gasto público anunciada por el presidente Obama, formuló severas críticas al sistema financiero, destacó la necesidad de mantener el liderazgo internacional de Estados Unidos, y terminó lanzando un mensaje de optimismo moderado a los neoyorquinos. Luego respondió durante unos minutos a las preguntas de los periodistas.

Al finalizar la rueda de prensa, unos amigos se acercaron a mí y me invitaron a comer con ellos en un concurrido restaurante de Duane Street. Eran redactores de otros periódicos con los que yo salía de copas algunos sábados por la noche. Me habría gustado acompañarlos, pero debía regresar lo antes posible al periódico para escribir mi artículo.

En las oficinas de la redacción todos se habían marchado a comer; todos menos Alessia Brown. Estaba sentada frente a su ordenador, retocando unas fotografías de las personalidades más influyentes de Nueva York para un reportaje de la sección de sociedad del periódico. El dinamismo y la vitalidad de Alessia eran excepcionales. Afroamericana de origen, tenía unas facciones muy dulces, unos ojos muy negros y unos labios muy sensuales. Sus antepasados fueron esclavos en Nueva Orleans; pertenecían a la etnia de los nuba, en lo que hoy es el sur de Sudán. Nunca conocí a otra mujer tan solidaria e inquieta como Alessia. Era reportera gráfica y también hacía periodismo de investigación en asuntos puntuales, pero su verdadero deseo era convertirse en cooperadora permanente de una organización humanitaria en África. En verano se marchaba de vacaciones a los lugares más insospechados y peligrosos, para participar en algún proyecto de ayuda a los refugiados. Sus reportajes fotográficos se definían por un desconcertante enfoque de la ternura y la crueldad.

—Aunque no lo creas, la felicidad es posible en medio del horror —me había dicho en una ocasión.

Por un momento intenté imaginar qué habría hecho ella si Donovan le hubiera contado la noticia secreta del hombre negro ahorcado en Naciones Unidas. Podía apostar mi cabeza sin temor a perderla a que Alessia ya habría removido los cimientos de la ONU para publicar un reportaje de investigación sobre lo ocurrido, dejando testimonio visual de los protagonistas en multitud de secuencias fotográficas.

Junto a la alfombrilla de su ordenador había una lata de cerveza abierta y un pedazo de hamburguesa mordisqueada.

—¿Necesitarás que te acompañe para hacer las fotos que me comentaste ayer? —

dijo sin dejar de mirar la pantalla del ordenador, en el mismo instante en que pasé junto a su mesa.

Le respondí que no, que ya había quedado con el director en incluir en la entrevista una foto de archivo del profesor que nos habían enviado desde la editorial.

Luego, como todos los días desde que yo había iniciado el tratamiento de inseminación artificial en la clínica de fertilidad que ella misma me había recomendado, Alessia me preguntó qué tal me encontraba. Me bastó con guiñarle un ojo y alzar el pulgar para que supiera que todo iba bien. Sin decir nada más fui hasta mi mesa y me puse a redactar con desgana el artículo sobre la rueda de prensa del alcalde.

Esa misma tarde tenía que entrevistar a un desconocido profesor de filosofía de la Universidad de Columbia, que acababa de publicar un ensayo sobre el modo en que el ser humano había dado respuesta a las grandes preguntas de la vida a lo largo de los siglos, y cómo, en esa capacidad intelectual, radicaban las claves de nuestra supervivencia. Yo no había leído el libro por falta de tiempo; pero algo sobre el ineludible destino del mundo se anticipaba en la contraportada del ejemplar que me había enviado la editorial por mensajero hacía un par de días. Ni siquiera había podido echar un vistazo en Google para buscar información sobre el profesor. El resumen biográfico de la solapa tampoco destacaba nada extraordinario, salvo un sinfín de textos académicos publicados. El autor se llamaba Edgar Theroux.

Por la foto supuse que debía de tratarse de un hombre atractivo, a pesar de haber superado los sesenta y cinco años. Yo aún no había cumplido los treinta y siete, y en algunos aspectos, seguía siendo demasiado infantil. Tal vez por ese motivo me atrajo la madurez del profesor desde el primer instante. En la fotografía del libro tenía el pelo de un blanco ceniciento, corto y peinado hacia delante para disimular unas entradas indiscretas. Los ojos no eran grandes, pero tenían una expresión tragicómica que se acentuaba cuando sonreía. El conjunto de su rostro, sin embargo, era de una severidad amable. Al menos, eso me pareció a mí.

Habíamos quedado en un conocido hotel de la Quinta Avenida, y llegué con tiempo suficiente para descansar un poco antes de la entrevista. Esperé en el hall de recepción, sentada frente a la puerta giratoria. Tenía el libro sobre mi regazo para que el señor Edgar Theroux pudiese identificarme con facilidad; yo sólo había hablado por teléfono con su editora para concretar la hora y el lugar de la cita. Él no me conocía.

Aún faltaban unos minutos para las cinco. Pero en lugar de pensar en las preguntas que le haría al profesor, mi mente no dejaba de darle vueltas a la historia que Donovan me había contado por la mañana. No porque yo temiera realmente que hubiese algo amenazador o inquietante en ese extraño suceso, sino porque no acababa de comprender la transformación que había observado en el rostro de Donovan

mientras me hablaba de lo ocurrido. Donovan parecía envejecido, consumido por un miedo irracional impropio de su carácter intrépido. Yo nunca le había visto tan abstraído, tan ensimismado. Era como si mirara hacia dentro de sí mismo, en lugar de hacerlo hacia afuera. Antes de decirle adiós esa mañana, le pregunté:

—¿Te encuentras bien?

Pero él parecía estar pensando en otra cosa.

—Claro, claro... —dijo, como si el beso de despedida que dejé en sus labios lo hubiera despertado al fin de una ensoñación repentina.

Sin darme cuenta, mientras esperaba en la recepción del hotel, repetí mentalmente el comienzo de la nota que tenía el cadáver: «Dios está aquí y es uno de nosotros». Y lo hice una y otra vez, como si fuese una plegaria o el estribillo de una canción de las que cantan los creyentes los domingos en las iglesias. Visto así, pensé, no había nada enigmático ni misterioso en esas primeras palabras. Pero el texto completo, manuscrito en las seis lenguas oficiales de Naciones Unidas y clavado con un alfiler en el pecho de un ahorcado de raza negra, el mismo día de las elecciones legislativas que pondrían en tela de juicio al primer presidente de color en la historia de Estados Unidos, resultaba, sin duda, sorprendente.

Tras la puerta giratoria apareció el hombre que estaba esperando. Fue tan puntual como el gran reloj de cubo que colgaba del mostrador de recepción lo fue en dar las cinco. El profesor Edgar Theroux parecía algo despistado; miraba a un lado y a otro del hall sin saber muy bien lo que buscaba. Me puse en pie y le salí al paso agitando el libro como una banderola de bienvenida. Al verme, los ojos del profesor chispearon.

—¿Señorita Loanne Harvey? —me preguntó, extendiendo su mano para estrechar la mía.

El profesor era como su fotografía del libro, aunque visto en persona parecía más joven y fuerte. Le rogué que me acompañara hasta una sala contigua al hall, reservada para citas y encuentros de negocios.

—Parece que nevará esta noche —comentó.

—Sí, eso he oído en la radio mientras venía en taxi hacia aquí.

El profesor Edgar Theroux se quitó su largo abrigo negro y una bufanda del mismo color que llevaba anudada al cuello. Tenía el rostro congestionado por el frío.

—¿Ha venido usted andando? —pregunté.

—Es saludable dar un paseo con este tiempo invernal.

Se sentó en un amplio sillón de cuero negro, posó sus manos a ambos lados y me miró como un niño curioso. Sus dedos eran finos y, en uno de ellos, llevaba un anillo de oro con un pequeño diamante que destelló con los colores del arco iris bajo la luz de los focos del techo.

—Bien, señorita Harvey, podemos comenzar cuando usted lo desee.

—¿Le importa si grabo la entrevista?

—En absoluto, supongo que así será más fácil para usted recordar de qué hemos hablado —dijo con humor.

Activé la grabadora y la dejé sobre la mesa.

Durante unos segundos guardé silencio. Luego simulé que ordenaba algunas notas sueltas sobre el libro cerrado. Realmente no sabía cómo comenzar la entrevista. Busqué un bolígrafo en mi bolso. El amable profesor no mostraba ninguna impaciencia. Pensé olvidarme del libro escrito por él y preguntarle sin más qué opinaba de la noticia secreta que Donovan me había contado. Como filósofo, algo podría decirme sobre el ahorcado y la absurda hipótesis de que Dios estuviera en Nueva York y fuese uno de nosotros. Pero pronto desistí de mi intención. Habría sido demasiado atrevido por mi parte, y tampoco quería traicionar la confianza que Donovan había depositado en mí. Al fin y al cabo, se trataba de un importante secreto de Estado. Así que opté por comenzar con una pregunta menos comprometida.

—¿Qué somos, profesor Theroux? —inquirí para salir del atolladero.

Yo sabía que había formulado una pregunta demasiado ambigua, pero ¿acaso los filósofos no se desenvuelven entre la borrosa abstracción de las ideas?

—Somos organismos vivos e inteligentes. Supongo...

Lo interrumpí antes de que prosiguiera. Es una estrategia eficaz en periodismo para marcar territorios con un entrevistado mucho más culto que el entrevistador.

—Su libro trata sobre los seres humanos, ¿ha llegado usted a conocerlos?

—Me hace usted una pregunta difícil. Como individuos, los humanos han sido históricamente previsibles, aunque, como especie, yo diría que no tienen límites. Llegar a conocerlos con suficiencia es una cuestión puramente biológica y filosófica, sólo eso.

Mis dudas sobre la entrevista se desvanecieron en ese instante. Ya no tenía nada que temer por no haberla preparado a tiempo. No es difícil entrevistar a un sabio, por muchos que sean sus méritos: sólo hay que enlazar la nueva pregunta con la anterior respuesta del entrevistado. Es una máxima muy útil para periodistas en apuros como yo.

—¿Quiere decir que, como individuos, los seres humanos nacemos programados?

—En cierto modo, sin duda. Si no fuese así, la evolución no habría sido posible. Durante miles y miles de años los seres humanos han repetido los mismos patrones genéticos, hasta afianzarlos como estables.

—Entonces somos pura genética —dije, sintiéndome cada vez más segura de mí misma frente al sabio profesor.

—No exactamente. También hay mucho de cerebral en la especie humana. Yo diría que el cuerpo es genética pura, pero la mente es algo mágico, como una fantasía.

—¿De veras cree usted que somos tan especiales?

—¡Claro! Usted lo es, todos los humanos lo somos. Todos tenemos un cuerpo, una cabeza, unos ojos, unos brazos, un sexo, unas piernas. Y también un cerebro que no se diferencia en mucho de los otros cerebros humanos: la misma forma, el mismo volumen de masa encefálica, la misma estructura neuronal. Sin embargo, cada ser humano es completamente distinto a los otros porque su cerebro, o su mente, que es ese cerebro en acción, percibe el mundo de manera distinta según su propia experiencia vital.

—Eso significa que estamos programados a la vez para ser heterogéneos, diferentes —me atreví a deducir.

El profesor Edgar Theroux parecía entusiasmado, a pesar de la calma que expresaba al hablar.

—Así es. Me alegra que usted lo comprenda. Ése es el principio esencial de la libertad humana individual. Somos iguales para poder ser distintos. Esas diferencias entre unos y otros son las que causan la complejidad laberíntica de las sociedades creadas por los seres humanos a lo largo de la historia...

Volví a interrumpirlo.

—¿Da igual el color de la piel, la forma de los ojos o el idioma que se hable?

—Es lo mismo, aunque nuestra percepción de las razas siga siendo en muchos casos tribal, esas diferencias nos permitieron subsistir en condiciones climáticas adversas hace mucho tiempo, antes de convertirse en un elemento de conflictos sociales por el territorio, la comida, la cultura y la propia descendencia.

—¿Qué virtud destacaría usted del ser humano actual?

—Su capacidad creativa y su capacidad de colaboración. Con la primera ha conseguido mejorar el mundo; con la segunda, ha hecho posible que ese bienestar sea compartido por muchos, a pesar de las carencias de las sociedades de hoy.

—¿Y el mayor defecto?

—Su capacidad para matar.

Cuando terminé la entrevista ocurrió algo que me hizo sentir avergonzada.

—Usted no ha leído ni una sola página de mi libro, ¿me equivoco? —dijo el profesor Edgar Theroux, mirándome a los ojos.

Agaché la cabeza y recogí la grabadora.

—Lo siento, he estado muy ocupada durante estos días. Sólo pude leer el texto de la contraportada. Pero, después de todo lo que hemos hablado durante la entrevista, le prometo que lo leeré.

—No se preocupe, no tiene importancia. De todos modos, le dejaré mi correo electrónico. Si lee el libro escríbame un e-mail; me gustaría conocer su opinión.

—Gracias, señor Theroux, lo haré. Ha sido un placer conocerle.

Capítulo 3

Había comenzado a nevar al anochecer.

Cuando llegué a mi apartamento y abrí la puerta, una bocanada de aire ardiendo se escapó del interior. La calefacción central del edificio estaba al límite de su potencia y dentro hacía un calor insoportable. Me fui desnudando por el pasillo, dejando en el suelo las prendas que vestía: las botas, el abrigo, el vestido, la ropa interior. Abrí el grifo de la bañera y preparé un baño de sales. Estaba agotada.

Dejé el libro del profesor Edgar Theroux sobre la mesilla de noche del dormitorio, busqué mis zapatillas de andar por casa y me cubrí con una bata ligera. Quería llamar por teléfono a Donovan antes de que fuese más tarde. Donovan se acostaba muy temprano, pero madrugaba aún más. A las cinco de la mañana sonaba su despertador y a las cinco y cuarto estaba corriendo por el parque cercano a su casa. A las seis se daba una ducha, se vestía, tomaba un café solo y a la seis y media salía para Naciones Unidas. A las siete en punto estaba en su despacho, repasando la prensa del día para su jefe. A las ocho comenzaba su agenda.

Donovan no tardó en coger el teléfono.

—¿Cómo estás? —le pregunté.

—No deberías preocuparte tanto por mí.

—Esta mañana me pareció que estabas un poco raro..., no sé... preocupado —titubeé.

—Últimamente duermo poco, sólo es eso.

—¿Es por lo ocurrido en la ONU?

La voz de Donovan se elevó en el auricular.

—No quiero comentar ese asunto por teléfono. Olvida lo que dije, no hablaba en serio.

—Si era una broma no tuvo ninguna gracia.

—Olvidé la parte final del chiste. No supe cómo acabar la historia.

La explicación de Donovan no me convenció. Algo le ocurría, de eso estaba segura.

—Dime qué te preocupa, tal vez yo pueda ayudarte.

—No es nada, ya te lo he dicho. Sólo estoy cansado.

—¿Por qué no vienes a casa y hablamos? —sugerí.

—Estaba a punto de meterme en la cama cuando ha sonado el teléfono, mañana tengo un día complicado.

—¿A qué hora terminarás?

—Podría verte para cenar, si quieres.

—Entonces te llamaré mañana —concluí.

Metida en la bañera y cubierta por una densa espuma de aromas orientales, cerré

los ojos y me concentré en no pensar en nada. No hacía mucho tiempo que me había inscrito en un curso intensivo de relajación, y cada noche, al llegar a casa, me esforzaba por poner en práctica las técnicas de control mental y respiración diafragmática que había aprendido para favorecer mi fertilidad. Básicamente, trataba de dejar mi mente en blanco, permitiendo que los pensamientos fluyeran libremente entre mis neuronas, sin recrearme en ninguno de ellos. Al principio no conseguía más que darle mil vueltas a la cabeza, pero poco a poco fui logrando desechar las ideas obsesivas que me perturbaban, hasta alcanzar un estado de armonía interior realmente catártico.

Esa noche, sin embargo, no pude olvidarme de Donovan. Le conocía lo suficiente como para saber que algo bullía en su cabeza, alimentado por un fuego de llamas invisibles pero impudicamente tortuosas. También me sorprendió que Donovan no quisiera comentar la noticia secreta por teléfono, y que se arrepintiera de haberme hablado de ella. ¿Por qué Donovan negaba ahora que hablara en serio? ¿Por qué pretendía hacerme creer que se trataba de una broma, de un chiste del que había olvidado el final?

Acababa de secarme el pelo cuando sonó el timbre del apartamento. No esperaba a nadie, y menos a esas horas de la noche. Con el albornoz puesto salí a ver quién era. Donovan estaba en el pasillo. A través de la mirilla tenía una cabeza desproporcionada y unos ojos saltones, de sapo de cuento. Me olvidé de su aspecto cómico y deforme y abrí la puerta, sorprendida de que fuese él.

—Lo he pensado mejor —dijo Donovan, sin atreverse a entrar.

—Pasa, no te quedes ahí plantado.

—Sólo estaré unos minutos —se excusó.

Le dije que se acomodara en el salón mientras yo recogía mi ropa del suelo y me ponía un pijama. Él prefirió ir a la cocina para preparar un café. Las manos le temblaban levemente.

En un par de minutos estuve de nuevo con él en la cocina. La cafetera silbaba con la pereza de un viejo barco de vapor del Misisipi. Preparé unas tazas pequeñas y una cucharilla. Él nunca tomaba azúcar.

Donovan se sentó en una banqueta metálica, junto al frigorífico. Le dije que en el salón estaríamos más cómodos, pero él no se movió.

—No debemos volver a hablar de la noticia secreta por teléfono —soltó, con un dudoso tono imperativo en su voz.

—¿Sólo has venido para decirme eso?

—Nadie debe saber que te he contado lo del ahorcado.

Le ofrecí su taza de café.

—Nadie va a saberlo, puedes confiar en mí.

—Sería peligroso para los dos —añadió Donovan, como si temiera que alguien

pudiese oírlo.

—¿Peligroso?

Donovan dio un sorbo a su taza de café.

—El mismo día que encontraron el cadáver del hombre negro colgado recibimos instrucciones concretas del FBI. Un par de agentes especiales nos advirtieron a todos los responsables del Departamento de Prensa de la ONU sobre la necesidad de mantener en el más estricto secreto lo sucedido.

—¿Y han averiguado algo nuevo desde entonces?

—Hay demasiadas incógnitas que la policía tendrá que desvelar, antes de hacer pública la noticia. Los expertos en grabaciones de seguridad del FBI han comenzado a especular sobre cómo pudo llegar ese hombre a los aseos sin que ninguna de las cámaras de video vigilancia captara su imagen.

—¿Y tú qué tienes que ver con ese asunto? —pregunté.

—Más de lo que desearía.

Había algo que yo no acababa de comprender, pero no sabía de qué podía tratarse.

—Sólo eres el responsable de la oficina de comunicados de prensa de la ONU —destaqué.

—Precisamente por ese motivo a mí me corresponde evitar que la noticia se filtre a los medios de comunicación. Si alguno de ellos la publicara, las consecuencias serían imprevisibles... Y yo estaría perdido.

Donovan parecía completamente convencido de lo que decía.

—Dime qué puedo hacer por ti y lo haré.

—Me bastará con que te tomes este asunto tan en serio como yo, y mantengas la boca cerrada.

Entonces se me ocurrió decir algo que no pude callar.

—Si es Dios el conspirador, tal vez no haya nada que temer.

Donovan sonrió.

—¿Eso crees?

—Bueno, no veo por qué iba Dios a querer hacernos algún daño, ahorcando a un hombre negro en la sede de Naciones Unidas.

—Dios quizá no, pero en su nombre se han cometido los crímenes más atroces de la historia. Otro equipo del FBI, experto en mensajes encriptados, está analizando el texto de la extraña nota; también es posible que detrás de ella se escondan unos malvados de cómic que planean una acción a gran escala mundial.

Por primera vez, las palabras de Donovan tuvieron algún sentido para mí.

—¿Unos malvados de cómic?

—Sólo es una manera de llamarlos.

Al escuchar esto no pude dejar de pensar en nombres de organizaciones terroristas inspiradas por la yihad de Al Qaeda, cuya presencia en territorio americano

no podía descartarse entre residentes árabes radicalizados por la guerra de Irak, la de Afganistán, o el conflicto entre Palestina e Israel. Así que opté por plantear otra teoría, más sensata.

—¿Quieres decir unos fanáticos islamistas?

—No, no hay nada en el texto de la nota, salvo la palabra Dios, que se parezca a los mensajes, amenazas o proclamas de la propaganda yihadista. Ningún terrorista ni fundamentalista árabe aseguraría que «Dios está aquí y es uno de nosotros». Para un creyente en el islam su dios nunca podría representarse bajo una forma humana. Hay demasiadas evidencias sobre ello.

Donovan sacó un papel doblado de su chaqueta y me lo ofreció.

—Lo he copiado literalmente —aclaró.

Se trataba del texto de la nota:

Dios está aquí y es uno de nosotros. Permanecerá oculto entre las multitudes hasta que la intensa luz del Rayo haga desaparecer el Cielo y el sonido del Trueno haga temblar la Tierra. Entonces, un poderoso ejército de ángeles celestiales se pondrá en marcha y comenzará una nueva era.

Permanecimos en silencio un instante, mientras yo leía el texto en voz baja. Luego, Donovan bebió un sorbo de su café y yo encendí un cigarrillo.

—¿Podría ser un mensaje apocalíptico? —le pregunté.

No ignoraba la pasión que Donovan sentía por todo lo que pudiese estar relacionado con conspiraciones, conjuras, sociedades secretas, misterios medievales o enigmas esotéricos... Su biblioteca estaba llena de libros que trataban esos temas.

—Así es. En mi opinión, aunque el texto de la nota del ahorcado se exprese en términos simbólicos fácilmente identificables como Dios, Rayo, Trueno, Cielo, Tierra, no está codificado ni está destinado a su receptor para ser descifrado. Lo más probable es que las palabras de ese mensaje anónimo no oculten un significado muy distinto al que metafóricamente expresan.

—¿Quieres decir que significan más o menos lo que dicen?

—Sí, ese Dios es la expresión de un ser supremo, recto y severo, que está aquí y es uno de nosotros. Es decir: tiene forma humana.

—«Permanecerá oculto entre las multitudes...» —volví a leer.

—Es claro que el autor del texto expresa de ese modo alegórico que él, es decir, Dios, no va a hacerse visible de momento. O lo que es lo mismo, piensa mantenerse en el anonimato que ahora lo protege.

—Sin embargo, ya advierte que esa situación sólo se mantendrá «hasta que la intensa luz del Rayo haga desaparecer el Cielo y el sonido del Trueno haga temblar la Tierra» —añadí yo.

—En efecto, ésa es la primera amenaza metafórica del mensaje. No hay que ser

un experto en criptología para comprender que «la intensa luz del Rayo» podría referirse al destello de luego de una detonación capaz de ocultar el cielo, y que el «sonido del Trueno» es el estallido de una gran explosión, capaz de hacer temblar la Tierra.

—¿Crees que ese Dios está amenazando al mundo con hacer estallar una bomba en algún lugar desconocido?

—Sí, pero no una bomba cualquiera.

—¿Algo parecido a una bomba atómica o a un arma de destrucción masiva? —pregunté, sin saber de qué estábamos hablando exactamente.

—Es posible. En esas palabras hay un claro significado apocalíptico, como tú has dicho. Pero sea lo que sea, el texto parece indicar que la explosión tendrá unas consecuencias devastadoras y espantosas —matizó Donovan.

Volví a leer con lentitud el último párrafo de la nota:

—«Entonces, un poderoso ejército de ángeles celestiales se pondrá en marcha y comenzará una nueva era». —El poderoso ejército de ángeles celestiales podría ser otra alegoría sobre los individuos o las multitudes que apoyan al líder, ese Dios escondido, que en ese momento se hará visible y se pondrá a la cabeza de sus seguidores para dar comienzo a la nueva era. Lo que sin duda significa una transformación, un cambio en nuestras sociedades, en los sistemas económicos y financieros, en nuestras creencias, en nuestras leyes, en nuestros valores... algo muy diferente a lo que conocemos.

—Pensaba que la nueva era sólo es un estilo de música relajante —dije con perplejidad.

—La nueva era es un concepto surgido en Europa a comienzos del siglo XIX, como consecuencia de la dispersión de un conjunto de tradiciones espiritualistas, esotéricas, gnósticas y ocultistas, que derivaron en los años sesenta del siglo pasado en un complejo contubernio de sociedades secretas, prácticas, credos y movimientos ideológicos tan diversos como grotescos —disertó Donovan, con voz de erudito.

—¿Y por qué la ONU? —continué preguntando. Era obvio que Donovan había analizado el texto con todo detalle.

—El FBI cree que por una cuestión de arrogancia: el autor esperaba que todos los países del mundo se hicieran eco de su siniestro mensaje. Aunque yo me inclinaría por pensar que quien lo hizo era consciente de que su texto se mantendría como material reservado de la investigación policial que provocaría el cadáver del ahorcado y su enigmática amenaza. Si hubiese buscado publicidad habría enviado esa misteriosa nota a todos los periódicos del país. Creo que escogió la ONU para sembrar más temor, más incertidumbre. Su amenaza no es concreta sino universal. Por eso escribió el texto en los seis idiomas oficiales de Naciones Unidas, dos años después de que Obama fuese elegido presidente del país más poderoso del mundo. Es

evidente que no se trata de una simple coincidencia.

—¿De verdad crees que la elección del presidente Obama tiene relación con el ahorcado? Hace ya mucho tiempo desde que llegó a la Casa Blanca.

—No tengo la menor duda al respecto. Barack Obama es aclamado por los afroamericanos, los inmigrantes, los trabajadores y los intelectuales de este país, pero mucha gente piensa de otro modo. Tal vez, ese mensaje clavado en el pecho de un negro ahorcado también sea una advertencia para él.

—¿Porque es negro? —sugerí.

—No sólo por esa razón. Su política no beneficia los intereses del poder económico y ése es el único y verdadero poder que gobierna el mundo.

—Pero Obama es un gran líder demócrata y la gente cree en él —repliqué.

—Tu querido presidente sólo es una marioneta en manos de individuos invisibles que le permitirán moverse hasta que decidan cortarles los hilos.

—¿Realmente crees en lo que estás diciendo? —inquirí, a pesar de conocer el revuelo que la elección de un presidente negro había provocado en algunos estados de la nación.

—No me harías esa pregunta si dijeran lo que piensan algunos millones de patriotas estadounidenses, partidarios de la supremacía blanca y la segregación racial, que no se atreven a hacer públicas sus ideas. Tener un presidente negro y con un nombre de sonoridad musulmana es para ellos la peor humillación que podían sufrir. El resultado de las recientes elecciones legislativas demuestra que muchos racistas radicales ya se han puesto en acción. Los servicios secretos nunca han temido tanto como ahora un atentado al presidente de Estados Unidos. El propio Obama lo sabe. Desde que fue elegido hay casas de juego ilegales que admiten apuestas sobre la fecha en que ese atentado se producirá, y en internet, las palabras «asesinato Obama» siguen estando entre las más buscadas.

—¡Pero quiénes son esos locos! —exclamé indignada.

—Tal vez, ese ejército de ángeles celestiales de los que habla la nota del ahorcado. Los servicios secretos ya han abortado dos planes de atentados contra Obama. Deberías repasar los archivos de tu periódico.

—No tenía la menor idea de que algo así hubiese ocurrido admití. A pesar de ser periodista, yo rara vez leía la prensa, más allá de las páginas culturales.

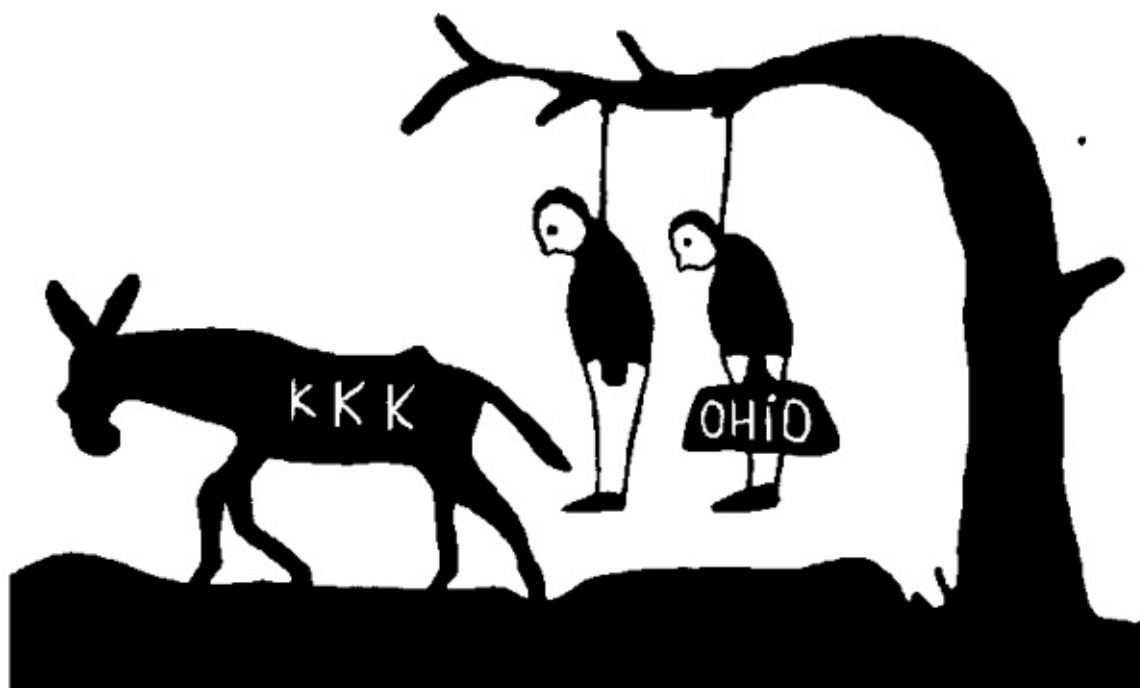
—También me he ocupado de averiguar esos datos: en agosto de 2008 fueron detenidos cuatro individuos en Denver, que tramaban asesinarlo durante la Convención Demócrata. Los sospechosos tenían tatuados los hombros con símbolos de grupos de supremacía blanca. Y en octubre del mismo año, dos jóvenes neonazis fueron apresados en Tennessee, cuando planificaban asesinar a ciento veinte estudiantes de raza negra, y matar de paso a Obama, que se reuniría con ellos. Incluso el mismo día de su elección, cuatro jóvenes neoyorquinos fueron detenidos, después

de apalea sin piedad a varios afroamericanos que celebraban la victoria de su candidato en Staten Island.

—Pensaba que ya no había gente así en Estados Unidos —dije con ingenuidad.

—¿En qué mundo vives? En ningún otro país han asesinado a cuatro presidentes blancos y tres líderes negros en menos de cien años. Ya te dije hace mucho tiempo que la elección de Obama traería problemas... ¿lo recuerdas? El rito de las cruces en llamas ha vuelto a aparecer en muchos estados, y quienes les prenden fuego creen que Dios está con ellos, aquí, muy cerca de nosotros.

Donovan volvió a buscar en el bolsillo de su chaqueta y sacó otra hoja de papel. Era una antigua caricatura.



—La he impreso esta misma tarde desde la página web de Wikipedia. ¿Recuerdas al Ku Klux Klan?

—La Triple K desapareció hace muchísimos años —dije.

—Ésa es la creencia más extendida. Sin embargo, aún quedan muchos grupos inspirados en sus ritos y creencias, que permanecen en el más absoluto secreto bajo distintas siglas y nombres. Pero no es el Ku Klux Klan lo que me preocupa. Ahora sólo son un grupo de nostálgicos que expresan públicamente su desprecio hacia el presidente Obama por el color negro de su piel. Uno de sus líderes, que se hace llamar «El Gran Caballero», declaró hace tiempo en una rueda de prensa que «América, nuestra nación, está sometida al Juicio de Dios».

—¿Se trata del mismo Dios del que habla la nota del ahorcado?

—¿Y por qué no? Ese tipo también llegó a hablar de una posible «guerra racial» en Estados Unidos.

—Eso suena a «ejército de ángeles celestiales».

—Así es, pero de momento no creo que haya nada que temer de ellos. Todos están controlados por el FBI y la CIA.

—Entonces, ¿de quién se trata?

—Para mí el peligro está en las fraternidades y las sociedades secretas que operan en Estados Unidos sin dejar ningún rastro sobre sus verdaderos miembros ni sobre sus líderes. Usos personajes siniestros son los que realmente toman las decisiones desde la sombra. Se trata de gente muy poderosa e influyente, que jamás levantaría la más mínima sospecha. Esta crisis económica global la han provocado ellos para poner en laque al gobierno demócrata de Estados Unidos.

—Siempre has pensado que los verdaderos gobiernos están ocultos, pero esta vez te equivocas —repliqué.

—No sólo lo creo yo.

—Los ciudadanos de este país han elegido libremente su futuro. Tus temores no tienen fundamento.

—El ahorcamiento de ese hombre negro y la nota que llevaba encima son una evidencia más, de las muchas que hay en la historia. El tiempo acabará dándome la razón.

—¿Otra vez la Gran Conjura?

—La Gran Conjura, aunque te cueste creerlo, siempre está ahí, Loanne.

—¿Estás investigando sobre ella?

—Lo estoy pensando, pero el asunto del ahorcado y de la nota es demasiado delicado para husmear en él. El FBI ya anda detrás de ese dios.

—¿Por qué todos esos locos usan a Dios como excusa para cometer sus crímenes?

—Supongo que es más fácil estar al lado de Dios que al lado del diablo.

—Sí, quizá tengas razón... —acepté, sin mucho convencimiento.

Donovan bostezó.

—Será mejor que me vaya, me estoy quedando dormido y aún tengo que volver a casa —dijo, con intención de ponerse en pie.

—¿Te veré de nuevo pronto? —le pregunté.

—Si quieres... Sé de un nuevo restaurante que te gustará.

—¿Pasado mañana, a las siete?

—Está bien, recógeme en Naciones Unidas.

Cuando Donovan se marchó, cerré la puerta, fui a mi dormitorio y me metí en la cama sin cenar. El libro del profesor Edgar Theroux seguía sobre la mesilla de noche. Lo abrí y comencé a leerlo.

Capítulo 4

Mi despido llegó antes de lo que yo había imaginado. Sobre mi mesa de trabajo encontré un sobre cerrado. Era la notificación oficial de la empresa. Por motivos de reestructuración de plantilla se veían obligados a prescindir de mis servicios desde esa misma fecha. El director del periódico me dijo que lo lamentaba, y que todos, incluido él mismo, acabarían pronto buscando otro empleo en las oficinas del paro. Las ventas de publicidad habían caído en picado y en poco más de un mes cerraría la redacción. El sistema financiero mundial estaba en quiebra, por más que los políticos se empeñaran en disimularlo. Nadie, concluyó el director, quería aceptar la inminencia del caos. Le pregunté qué hacía con la entrevista del profesor Edgar Theroux que debía entregarle esa misma tarde, pero el director se limitó a encogerse de hombros como si eso ya no le incumbiera. Me deseó buena suerte y me despidió con dos besos en las mejillas, empapados de tristeza.

Salí de la redacción sin saber qué hacer. El cielo estaba cubierto de nubes muy blancas. Tan blancas que no tardaría en comenzar a nevar de nuevo. Me arrebujé bajo el abrigo y me lancé a la calle, decidida a reírme de mí misma. Me negaba a echarme a llorar como una tonta. Tampoco era la primera periodista en ser despedida, ni sería la última. La criba había comenzado un par de años atrás, casi podía sentirme una privilegiada por haber sobrevivido tanto tiempo en un empleo tan precario como el mío. Era el momento de pensar en una nueva vida, aunque fuese una vida ociosa, y tal vez, miserable.

Caminé sin detenerme durante una hora. A pesar del intenso frío, las calles estaban tan animadas como en un día soleado. Unos copos de nieve comenzaron a caer con lentitud sobre el asfalto. Pronto nevaría con más intensidad y tendría que buscar refugio en alguna parte, pensé. No me apetecía entrar en unos grandes almacenes ni en una cafetería. Así que decidí ir a la biblioteca de la Escuela de Periodismo, en la calle Cuarenta Oeste. No estaba lejos y era un lugar agradable donde cobijarme. Además llevaba en mi bolso el libro del profesor Edgar Theroux, que había comenzado a leer la noche anterior. Deseaba terminarlo cuanto antes, no sólo porque era apasionante sino porque le había prometido que lo haría.

En la biblioteca no tardé en encontrar un asiento libre. Muchos universitarios llenaban la gran sala principal, concentrados en sus libros. Desde la ventana que tenía a mi lado podía ver los copos de nieve golpear contra los cristales como si fuesen diminutas mariposas blancas, arrastradas por el viento. Dentro no hacía frío. El silencio y la luz tenue de las lámparas sobre las mesas de lectura me hicieron recordar mi vida como estudiante, aunque sabía muy bien que ya nada era igual que entonces, cuando preparaba los exámenes en esa misma biblioteca, acompañada siempre por Donovan. A él le apasionaba el periodismo en cualquiera de sus facetas

más comunes o excepcionales, pero lo cierto es que yo nunca tuve claros los motivos por los que decidí matricularme en esa carrera universitaria, y no en cualquier otra de la rama de letras. Supongo que elegí estudiar periodismo porque cuando era niña admiraba a las presentadoras de los programas de noticias en televisión: me encantaban sus voces, la belleza de sus rostros y su manera de vestir, aunque no entendiera lo que decían. Así que de lo único que estaba realmente convencida al terminar el bachillerato era de que quería estudiar y pasar el resto de mi vida en Nueva York. Me fascinaba Manhattan desde que, con doce años, acompañé a mis padres en una gira de su cuarteto de cuerda por la costa Este, muy lejos de la pequeña ciudad en la que vivíamos en las montañas de Oregón. Mi padre era violinista y mi madre tocaba el chelo. Los dos eran profesores del conservatorio, y su deseo siempre fue que yo continuara la tradición instrumental y docente de la familia. Pero había escuchado tanta música clásica en mi infancia que mis oídos se volvieron sordos a cualquier recomendación o consejo sobre mi futuro profesional. Sin embargo, de mis padres aprendí la importancia que tiene la armonía en la construcción de una vida feliz y equilibrada. Tal vez por esa razón me sentía cómoda como redactora de la sección cultural de un periódico gratuito, sin más pretensión que la de disfrutar cada día de la calma que un trabajo sin sobresaltos como el mío me había procurado hasta el momento de mi despido.

El silencio de la biblioteca era reconfortante. Durante un buen rato observé a los jóvenes que estudiaban a mi alrededor, ilusionados con convertirse pronto en grandes periodistas cuyo destino laboral más probable sería entrar en las listas oficiales del paro. Sentí compasión por ellos. El problema no era sólo la crisis económica global. Las nuevas tecnologías y las redes sociales de internet harían innecesario en poco tiempo el trabajo de periodista y, aún más, de un centro universitario en el que aprender el oficio de informar. Cualquier insensato conectado a la red podía ser un comunicador de noticias, un reportero gráfico, un analista político o un crítico cultural, sin más criterio profesional que el de su propia estupidez.

Pasé el resto de la mañana leyendo. El libro del profesor Edgar Theroux me había cautivado desde el primer capítulo.

Se titulaba *La paradoja de la Creación* y era, en efecto, un ensayo filosófico sobre el modo en que el ser humano había dado respuesta a través del tiempo a los eternos porqués de la existencia, logrando sobrevivir durante milenios en un mundo tan hostil como misterioso. A mediodía tomé un sándwich vegetal en un local de comidas rápidas, cercano a la Escuela de Periodismo. Regresé a la lectura apenas una hora después. Había avanzado lo suficiente como para superar el ecuador del libro, y me propuse terminarlo esa misma tarde. Fue entonces cuando comencé a leer el capítulo que versaba sobre Dios. El vello de la piel se me erizó. Por pura casualidad, Dios no sólo se cruzaba en mi camino siguiendo los pasos de la noticia secreta que

Donovan me había contado, sino que volvía a hacerlo de la mano del profesor Theroux, en el libro que estaba leyendo sobre cuestiones puramente filosóficas. Jamás me había pasado algo semejante. Y al afirmar esto no quiero decir que experimentara una especie de vivencia mística, o una suerte de revelación divina que me hiciera sentir como una iluminada. No, nada más lejos de lo que en ese instante sentí.

Capítulo 5

A las siete esperé a Donovan en la Primera Avenida, junto a la entrada de Naciones Unidas. Los guardias de seguridad que vigilaban el acceso estaban congelados como estatuas de hielo ante la verja. Sus bocas lanzaban nubes de vaho que se deshacían en el aire. Había dejado de nevar, pero en la acera aún quedaban restos de nieve helada, que brillaban bajo la luz amarillenta de las farolas. Donovan no tardó en salir. Dijo adiós a alguien que pasó a su lado y se caló un gorro de lana negra en la cabeza. Vestido con un traje y un abrigo también negros parecía un ladrón de película a punto de dar un golpe millonario. Cuando se acercó a mí, echó su brazo sobre mi hombro y me besó con levedad.

—Podemos ir en taxi, pero el restaurante no está lejos de aquí —dijo.

—Prefiero andar. Llevo todo el día sentada.

—Yo también.

Por el camino le conté a Donovan lo de mi despido. No le sorprendió. Según sus informaciones todos los periódicos estaban reduciendo plantilla sin ningún escrúpulo. Eran malos tiempos para la profesión. De todas formas, haría lo posible por ayudarme. Él tenía amigos importantes, pero no me prometía nada.

—¡Cuando pides un favor a los directivos de los medios de comunicación sus asientos arden! —soltó, sin que yo llegara a entender muy bien lo que quiso decirme.

Tampoco le pregunté. Imaginé que se refería a que los altos ejecutivos de la prensa que conocía evitarían verse comprometidos a hacer lo que él les pidiera.

El restaurante era japonés.

—Un lujo, ya verás —me aseguró Donovan al entrar.

El maître japonés, un hombre diminuto y risueño, se deshizo en reverencias al recibirnos. Nos condujo hasta una mesa situada junto a una especie de pecera gigante, en la que había un verdadero bosque de bonsáis, y nos sirvió dos copas de champán francés junto a unos vasitos con sake.

—¡Brindemos para que la puta crisis sea pronto un cadáver! —dijo Donovan, chocando su copa con la mía.

—¡Un cadáver podrido! —añadí yo, volviendo a brindar.

El hombre risueño nos trajo unos aperitivos de maíz relleno con salmón y caviar.

Mientras Donovan se fue al baño, le eché una ojeada a la carta. Fui incapaz de adivinar los ingredientes de un solo plato.

—Deja la carta, tomaremos un menú de degustación —dijo Donovan cuando regresó.

Parecía mucho más animado. Distinto a como yo le había visto un par de días antes. Supuse que querría olvidarse de los problemas de su trabajo y no dije nada sobre la noticia secreta. Yo también me sentía feliz por estar de nuevo junto a él.

Donovan no paró de hablar durante la cena de su nueva afición al golf, de las clases que recibía todos los fines de semana, de los campos, los hoyos, los hándicaps, los torneos... También me habló de su buen estilo al golpear la bola y de la torpeza del «Jefe» —Donovan llamaba así al director del Centro de Noticias de la ONU, William Martin—, su compañero de partidas. Eran amigos desde niños, cuando ambos estudiaban en el mismo colegio de una pequeña ciudad de Alabama. Incluso fue William Martin quien le aconsejó a Donovan que se matriculara en un curso de especialización en periodismo internacional, convocado por Naciones Unidas hacía unos años para cubrir una vacante de asesor de prensa en el Centro de Noticias.

—¡William Martin tiene un *swing* afeminado, el muy cabrón! —dijo Donovan, riendo.

Yo reía también al ver los cómicos gestos de Donovan parodiando a su jefe, pero sobre todo me ocupaba de saborear los infinitos platos que uno tras otro llegaban a la mesa: mini tartas de cebolla tibia, bulbos invernales de lirio y erizo de mar, arroz con semillas de sésamo y cangrejo, revuelto de algas fritas, tacos de atún crudo, una carne de vacuno llamada *shabu-shabu*, y postres de miel de lavanda y nueces caramelizadas.

Mientras tomábamos el postre, Donovan me miró de un modo dubitativo, como si quisiera decirme algo y no se atreviera.

—¿Sigues pensando en tener un bebé? —dijo al fin.

La pregunta de Donovan me sorprendió. Hacía un par de meses que le había comentado mi intención de iniciar un tratamiento de inseminación artificial en una clínica especializada en la atención de mujeres solteras, y me constaba que no le agradaba hablar de ese asunto. Desde que estudiábamos en la Escuela de Periodismo, yo soñaba con ser madre y él lo sabía. Sin embargo, nunca conocí a la persona adecuada para que fuese el padre de mi bebé. Tampoco creía que mi ideal de hombre perfecto existiera —Donovan no lo era, desde luego—, ni era mi deseo casarme con alguno de los chicos que conocía por muchas virtudes que tuviera. Yo sabía que las avanzadas técnicas de inseminación artificial eran la opción personal más fiable para mujeres con vocación independiente como yo, y estaba decidida a seguir adelante por más que me inquietara la idea de no saber quién podría ser el donante del espermatozoides que fecundaría mi óvulo.

—El mes pasado me hice las pruebas de fertilidad, y ya he comenzado un tratamiento previo a la inseminación en la clínica de la que te hablé —dije. Tampoco a mí me apetecía hablar de ese tema con Donovan, significaba demasiado para mí y él se empeñaba en no comprenderlo.

—¡Nunca deberías tener un bebé!

Era evidente que Donovan volvía a hablarme con un provocador desdén.

—¿Por qué dices eso? —pregunté.

—El mundo que le aguardaría a tu hijo será un caos y la vida una puta mierda.

—¿De verdad te parece que esta vida es una puta mierda? —pregunté, señalando con mi mirada alrededor. Al entrar, Donovan había calificado el restaurante como un verdadero lujo.

—Espera un tiempo y verás. Es muy posible que volvamos a devorarnos unos a otros como en la época de las cavernas.

—No pareces muy optimista esta noche —dije.

—Tengo mis razones.

—¿También son secretas?

—No me gusta que te rías de mí.

—Vamos, no te enfades. Sólo intentaba añadir un poco de humor a la conversación. Creo que de pronto nos hemos puesto demasiado trágicos —aclaré, cogiendo la mano de Donovan para expresarle mi afecto.

—Aún no crees lo que te conté sobre la noticia secreta, ¿verdad?

—¡Nunca he dicho tal cosa! —proteste.

Volvió a sorprenderme que Donovan me hablara del ahorcado y de la conspiración de la ONU. Yo creía que ese delicado asunto se había convertido desde el principio en algo prohibido entre nosotros dos, pero tampoco quería dejar pasar la oportunidad de profundizar en el conocimiento de ese misterio. Así que añadí:

—Aunque estarás de acuerdo conmigo en que esa noticia es bastante inverosímil.

—Si no fuese así no sería secreta... Pronto comprobarás cuánta razón tengo al preocuparme. He pensado mucho sobre la nota del ahorcado, y cada vez estoy más convencido de que detrás de ese mensaje hay una verdadera conspiración contra el mundo.

—¿Contra el mundo?

—Cuando me preguntaste qué sentido tenía que esa amenaza se hubiera hecho en la ONU no encontré una razón clara para explicarlo, pero ahora lo sé... Alguien está decidido a volar la sede de Naciones Unidas en Nueva York. Ése es el verdadero significado apocalíptico del mensaje. Es una conjura, Loanne... la conjura del caos.

Por un instante sentí que toda la piel se me erizaba. Después de lo ocurrido el 11 de septiembre del año 2001, cualquier amenaza terrorista en Nueva York era creíble por absurda que pareciera.

—¿Qué te hace pensar algo así? —pregunté horrorizada.

—La ONU está considerada como objetivo terrorista en todo el mundo desde hace tiempo. El atentado más grave fue el de la sede de Bagdad, en agosto del año 2003. Murieron veintitrés personas y otras ochenta resultaron heridas. Al Qaeda reivindicó el atentado —me explicó Donovan—. Pero todas las amenazas en la sede de Nueva York han resultado falsas, hasta ahora. Esta mañana he repasado en nuestros archivos las más recientes: en el mes de marzo del año 2007, una llamada anónima al

Departamento de Policía de Nueva York avisó de la colocación de una bomba en un taxi, que estallaría en el lado del río a las diez de la mañana; un mes más tarde, un paquete sospechoso de contener explosivos fue encontrado en la calle Cuarenta y ocho, junto a la sede de la ONU, resultando luego inofensivo; el día 6 de diciembre de 2008, las tres primeras plantas del edificio de la Secretaría General fueron evacuadas a causa de la presencia de un coche de procedencia dudosa que había provocado la alarma en el garaje subterráneo.

—Quizá esta vez no sea distinto, y también se trate de una falsa alarma —dije.

—Ojalá tengas razón. ¿Recuerdas el nombre de Timothy McVeigh? —me preguntó Donovan, regresando a un territorio que no tenía fisuras para él.

—Si no recuerdo mal, estudiamos ese caso durante un seminario sobre la conmoción social que causan algunos sucesos, y el modo de tratar las noticias sobre ellos.

El día 19 de abril del año 1995, un camión aparcado frente al edificio Alfred P. Murrah, en Oklahoma, hizo explosión. Eran las nueve y dos minutos de la mañana. Murieron 168 personas, entre ellas 19 niños, y más de 500 resultaron heridas. Apenas dos horas más tarde, Timothy McVeigh fue detenido. Se dirigía en su coche hacia el norte y no tenía matrícula. Un policía de tráfico que lo paró le ordenó bajar del automóvil y lo cacheó. Llevaba encima una pistola, una Glock de 9 mm. Timothy McVeigh fue quien puso la bomba.

—Lo que no recuerdo muy bien es por qué lo hizo —dije.

Donovan se echó hacia atrás en su butaca y respiró hondo, como si se dispusiera a desvelarme por primera vez las claves de la masacre.

—Timothy McVeigh odiaba al FBI y al gobierno; eso al menos confesó ante el jurado que le condenó a morir ejecutado con una inyección letal, pero estoy seguro de que detrás de él había gente poderosa que nadie llegó a descubrir jamás.

—¿Temes que pueda repetirse esa historia? —inquirí.

—Temo que el FBI no sea capaz de evitarlo.

—Quizá deberías de hablar con el FBI sobre tus sospechas...

Donovan me interrumpió con brusquedad.

—¡No, no me harían ningún caso! Esta mañana estuvieron interrogándonos otra vez a todos los que estamos informados de lo ocurrido. El Jefe se ha cabreado con los agentes especiales que llevan el caso. Les dijo que las verdaderas amenazas contra el personal de la ONU se producen a diario en cada una de las misiones de paz que la organización lleva a cabo en los países más conflictivos y violentos del planeta, sin que nadie las anuncie previamente. Incluso les gritó a la cara que nuestros verdaderos enemigos no pierden el tiempo con notas estúpidas.

—No lo entiendo... ¿por qué os interrogaron a vosotros?

Donovan adoptó una actitud de fingida indiferencia.

—Los técnicos de la División de Delitos Cibernéticos del FBI aseguran que la nota fue impresa desde alguno de los ordenadores del Centro de Noticias. Al parecer hay una insignificante mancha de tinta en el papel, que se corresponde con la que aparece en otros documentos impresos de nuestra oficina. También creen que el texto escrito en las seis lenguas oficiales pudo ser redactado por algún traductor oficial de la ONU.

—Sería terrible que el autor o los autores de esa nota estuviesen dentro de Naciones Unidas.

—Sólo en la sede de Nueva York trabajan miles de personas y decenas de traductores; cualquiera podría ser el autor de la nota y de la traducción. Otros agentes especiales del FBI, pertenecientes a la División de Análisis Lingüísticos, se están ocupando de ese asunto. Imagino que deben de estar buscando equivalencias de palabras en los documentos traducidos.

—¿Equivalencias de palabras?

—Sí, introducen en los programas de búsqueda palabras que aparecen en el texto de la nota, tales como «es uno de nosotros», «oculto», «multitudes», «poderoso ejército» o «nueva era», y luego las comparan con el término empleado en las traducciones a cualquier otra lengua de la ONU, correspondientes a los documentos y a las actas de la Asamblea General o del Consejo de Seguridad. Después crean cuadros comparativos entre las distintas palabras encontradas y las equivalentes de la misteriosa nota, para averiguar si alguien del Departamento de Idiomas de Naciones Unidas ha intervenido en su traducción a alguna de las seis lenguas oficiales, sobre todo a las más inusuales: el chino, el árabe o el ruso.

—Lo más lógico sería pensar que la nota la redactara y la imprimiera el propio ahorcado, antes de colgarse en los aseos —dije bajando la voz, cuando un camarero nos trajo un café y una infusión, acompañados por un par de pequeñas copas con un licor de ciruelas llamado *umeshu*.

Donovan esperó a que el camarero se alejara de nuestra mesa.

—Ya te dije que en mi opinión no se trata de un suicidio; el FBI parece que también ha descartado esa vía de investigación. La única tesis que ahora manejan es la misma que yo me temía.

—¿Un asesinato?

—Más que eso: una ejecución.

—¿Una ejecución?

—Para mí no hay ninguna duda.

—Pero las causas de la muerte de ese hombre negro pueden ser muchas. También podría tratarse de un fanático religioso que ha decidido suicidarse lanzando al mundo un mensaje apocalíptico; o incluso de un ajuste de cuentas entre bandos políticos africanos enemigos, qué sé yo... —especulé.

—Ésa es la hipótesis menos probable, teniendo en cuenta las circunstancias del

caso —destacó Donovan.

—¿Y qué hay del ahorcado? —quise saber.

Hasta ese momento Donovan sólo me había hablado del texto de la nota y del posible significado apocalíptico de la amenaza que contenía, pero no me había dicho nada sobre el hombre muerto.

—El ahorcado se llamaba Nanlú Bomoe: un negro de cuarenta años de edad, recién llegado a la delegación de Uganda en la Asamblea General de Naciones Unidas, para formar parte de las comisiones humanitarias de la ONU en África central. Estaba casado y tenía dos hijas pequeñas. Quienes le conocían aseguran que era un hombre feliz.

—¿Y por qué iba alguien a ejecutarlo de ese modo?

—Para proclamar en la «horca del diablo» que Dios está aquí y es uno de nosotros...

—¿La horca del diablo?

—Aunque poca gente lo sabe, algunas sociedades secretas de los estados del Sur, que aún creen en el origen divino de la supremacía blanca, llamaban así a los árboles en los que ahorcaban a los negros rebeldes, antes y después de la guerra de Secesión —dijo, con una voz afectada por el cansancio o el miedo.

En ese momento supe que había pozos oscuros en la mirada de Donovan, como si sus ojos vislumbraran un abismo sin fondo, más allá de la realidad que tenía ante sí. Parecía estar inmerso en un profundo trance hipnótico, o extraviado en un lugar de su inconsciente donde cualquier pregunta encontrara al instante la respuesta acertada. Y entonces temí que su pasión por las sociedades secretas y las conspiraciones universales le estuvieran afectando mucho más de lo que él mismo podría llegar a reconocer.

Capítulo 6

Esa noche tardé en quedarme dormida. Luego tuve una pesadilla espantosa. Soñé que en el mundo comenzaba una guerra global, mientras yo daba a luz una niña preciosa entre las ruinas de una vieja ciudad en llamas. Por las calles, cientos, miles de ángeles celestiales con rostros diabólicos asesinaban a cuantos seres humanos encontraban en su camino, descuartizándolos con afiladas espadas de fuego. La gente corría despavorida sin saber cómo escapar de esos monstruos. Unos niños gritaban de terror en algún lugar subterráneo, antes de ser devorados por un enjambre de insectos despiadados. El silbido de las bombas se colaba por mis oídos, arrastrando un zumbido de muerte. Y Donovan, lloroso y malherido, se acercaba a mí con la boca llena de espumarajos y sangre.

—¡Te lo advertí...! ¡Te lo advertí, maldita sea! ¡Nunca debiste dejar que tu bebé viera este horror! —gritaba, con los ojos desorbitados.

Me desperté al dejar escapar un grito desgarrado, en el instante mismo en que el dios de esos ángeles celestiales me arrebató de los brazos a mi hija recién nacida. Estaba empapada en sudor y creía que el corazón me había estallado en mil pedazos. Cuando logré encontrar el interruptor de la lámpara de la mesilla de noche, el cuerpo aún me temblaba de terror. Las escenas del apocalipsis que acababa de vivir en sueños seguían dibujándose en mi mente, aunque con menor virulencia. Intenté relajarme visualizando imágenes agradables, como el rostro de una niña feliz, a la vez que me repetía una y otra vez que todo había sido una horrible pesadilla, provocada por una cena excesiva y las inquietantes palabras de Donovan.

Salí de la cama para prepararme una infusión en la cocina. Aún no había amanecido, pero había vuelto a nevar durante la noche y la calle estaba cubierta por una capa de nieve lisa y limpia. Los coches aparcados en las aceras se habían transformado en una hilera de merengues helados. Fui al salón, encendí una lámpara junto al ventanal y me senté en mi sillón de lectura. Todo estaba en silencio. Sobre la mesa reposaba el libro del profesor Edgar Theroux. Ya había terminado de leerlo, pero me quedé mirando la portada mientras tomaba la infusión e intentaba olvidarme de la pesadilla. Poco a poco fui tranquilizándome. Las cosas no tenían por qué suceder como Donovan profetizaba y yo había soñado, me dije a mí misma. Los servicios secretos más eficaces del mundo acabarían desbaratando la conjura, si es que realmente existía, antes de que esos monstruos que se hacían llamar ángeles celestiales llevaran a cabo los planes de su perverso dios, quienquiera que fuese. Después de todo, la humanidad siempre había logrado vencer al horror en cualquier circunstancia, pensé. Eso era, en resumen, lo que venía a decir el profesor Edgar Theroux en su ensayo, además de otras muchas cosas no menos interesantes. Entre ellas, que la idea de Dios, con mayúscula, era en sí misma un misterio apasionante,

que nadie había llegado aún a desvelar. Fue esa enigmática idea, conectada con la conjura secreta de la que Donovan me había hablado, lo que me hizo pensar en la posibilidad de redactar un artículo periodístico sobre Dios y sobre la manipulación que los seres humanos hacían de su nombre. Si no podía hacer otra cosa que mantener la boca cerrada, como Donovan me había aconsejado, al menos podría escribir sobre algo que tuviera que ver con el asunto. ¿Cuántos crímenes se habían cometido a lo largo de la historia como sacrificios humanos a unos dioses que nadie había visto jamás?, me pregunté, angustiada ante la posibilidad de que Donovan pudiera tener razón, y la verdadera amenaza divina de la nota clavada en el cadáver del ahorcado tuviera a la sede de Naciones Unidas como objetivo.

Dándole vueltas a estas reflexiones pasé la madrugada, hasta que la luz del día comenzó a entrar por el ventanal de mi apartamento. Me había desvelado y no me apetecía meterme en la cama para volver a conciliar el sueño... o encontrarme de nuevo inmersa en otra pesadilla. Finalmente, opté por ir a una pequeña habitación contigua al salón, en la que tenía una mesa de estudio con mi ordenador portátil. No tardé en conectarme a internet. Cuanto antes comenzara a buscar ofertas de trabajo, antes podría volver a normalizar mi vida; lo demás no era algo que me incumbiera resolver a mí, sino al FBI. Entonces recordé que el profesor Edgar Theroux me había dejado apuntado su e-mail para que le comentara qué me había parecido su libro.

Activé el programa Outlook y entré en mi cuenta de correo electrónico. Hacía días que no lo abría: estaba lleno de *spam*. Los borré todos sin abrirlos. Sólo un e-mail era de Alessia, la reportera gráfica del periódico. Me reprochaba que me hubiese marchado de la redacción sin despedirme de nadie, ni siquiera de ella, que era mi mejor amiga. Le contesté con un lacónico: «Ya hablaremos...».

Luego pulsé el icono de un nuevo correo y escribí la dirección del profesor, que había apuntado en la primera página de su libro. Durante unos minutos no supe qué decirle. Claro que su ensayo filosófico me había gustado, pero no iba a decírselo así, sin más. Tampoco quería que pareciera una crítica literaria, ni una respuesta de compromiso a su amabilidad. Lo único que tenía que hacer era ser sincera, me dije. De modo que escribí:

Hola, señor Theroux: Su libro me ha parecido apasionante. Le dejo mi número de teléfono móvil por si desea que lo comentemos personalmente. Un saludo,

LOANNE HARVEY

Capítulo 7

Cuando escuché la melodía de mi teléfono móvil me estaba quedando dormida ante el ordenador.

—¿Señorita Harvey? —dijo alguien al otro lado.

Nadie me llamaba de ese modo, y me sonó un poco cursi lo de señorita, pero enseguida identifiqué la voz amable del profesor Theroux.

—Hola, señor Theroux, ya veo que ha recibido mi e-mail.

—Ha sido usted muy considerada, señorita Harvey. Si he de serle sincero, no pensé que cumpliera su compromiso, y menos aún en tan poco tiempo.

—¿Cómo puede usted decir eso? Su libro es realmente apasionante. Yo no he podido dejar de leerlo hasta el final.

—La filosofía interesa a muy poca gente, usted lo sabe —dijo el profesor. Supuse que sonreía.

—Lo que usted ha escrito no es un tratado filosófico sino una lección magistral de sabiduría y sentido común.

—Conseguiré que me ruborice.

—Lo digo de verdad. La gente debería saber esas cosas.

—Quizá cada cual las sepa a su manera, no hay grandes secretos que desvelar.

No supe qué decir a eso y me quedé callada.

Fue el señor Theroux quien habló.

—¿Señorita Harvey?

—Sí, sigo aquí, señor Theroux. Pero llámeme Loanne, por favor. Me siento incómoda con lo de señorita.

—De acuerdo, Loanne. Me preguntaba si querría usted hablar conmigo personalmente, como sugería en su correo.

—¡Estaría encantada! —exclamé sin disimulos. Pensar en pasarme el día metida en mi apartamento era desalentador.

—¿Le parece bien que nos veamos dentro de una hora?

—Claro, dígame dónde.

—Había pensado que tal vez le apetecería visitar un club de viejos filósofos. Allí podríamos tomar un café y comer algo ligero, si le apetece.

Le pedí la dirección exacta y quedamos en vernos a las doce. Cuando cerré el móvil me sentía feliz sin saber por qué. Me dije a mí misma que era posible que el profesor Theroux aceptara ayudarme a escribir el artículo sobre Dios en el que había estado pensando durante toda la noche, y supuse que ése era el verdadero motivo de mi súbita felicidad.

El taxi me dejó frente a la entrada del edificio. La nieve estaba amontonada junto a la acera, convertida en un insalvable obstáculo para transeúntes que llevaban botas

de tacón alto como yo.

Vi a Theroux esperándome junto a la entrada de lo que debía de ser el «club de viejos filósofos»: una antigua casa de varios pisos decorada con algunas estatuas de colosos semidesnudos en la fachada, que parecían soportar sobre sus espaldas todo el peso de aquel edificio neoclásico y algo metafísico. Nunca me había fijado en ese inmueble, a pesar de que estaba en una calle que yo conocía bien.

Al verme tras él, Theroux se sorprendió.

—¿De dónde ha salido? No la he visto llegar —dijo.

—He venido en taxi, pero he dado un pequeño rodeo por la acera hasta llegar aquí para evitar romperme una pierna entre esas montañas de nieve —dije, señalando hacia el suelo helado.

—Me alegro de que aceptara hablar conmigo.

—Soy yo la que debe sentirse halagada por su invitación, señor Theroux —murmuré, mientras estrechaba la mano del profesor.

—Espero que no le incomode estar entre filósofos.

—Supongo que será una experiencia emocionante —dije—. Es curioso... no me había fijado antes en este edificio. Tiene una fachada preciosa.

Ambos miramos hacia arriba, hacia los balcones de las plantas superiores, bajo los que se alzaban las gigantescas esculturas de piedra.

—Como puede ver, la fachada está bastante deteriorada por los años, igual que la mayoría de los miembros del club —dijo, riendo, Theroux.

Luego me invitó a pasar al interior y me mostró las dependencias del edificio: recepción, atrio central, biblioteca, sala de reuniones, despachos, salón de conferencias, pequeñas salas de estudio, administración, cafetería. No había muchos filósofos por allí, pero en el interior se respiraba una calma que, sin duda, invitaba a la reflexión. Por la decoración clásica de las salas, pensé que había viajado en el tiempo y que, en unos segundos, me había ido a vivir algunos siglos atrás.

—Ahora que ya conoce las entrañas de esta caverna de viejos sofistas, tal vez le apetezca tomar algo.

—Un té será suficiente, gracias. Anoche tuve una cena un poco indigesta.

El propio Theroux se ocupó de llevar el té hasta la mesa, mientras yo miraba las paredes forradas de madera oscura y los óleos que colgaban de ellas.

—Así que le gustó mi libro... dijo, cuando se sentó frente a mí.

—Sí, y siento mucho no haberlo leído antes de hacerle la entrevista, créame. No sé cómo pude ser tan irresponsable y desconsiderada.

—Quién sabe. Quizá haya sido mejor que ocurriera así. De otro modo no habría vuelto a verla: es usted muy bella.

—Y usted muy amable, señor Theroux.

«¡Un momento...!», me gritó una voz dentro de mí. «Sólo pretende ligar contigo,

¿es que no te das cuenta?», insistió esa voz interior.

La idea de que el profesor Theroux estuviese coqueteando conmigo, a pesar de doblarme la edad, no me agradó. Si por un momento se había imaginado que yo sería una presa fácil a la que emboar con su palabrería de viejo filósofo para lanzarse sobre mí como un lobo sobre una presa indefensa, estaba equivocado.

—¿Por qué me dio su e-mail, señor Theroux? —pregunté, sin dejar entrever mis temores.

—Pensé que si usted leía mi libro podría llegar a conocerme mejor a mí y, a través de él, yo también podría conocerla a usted. Un libro crea una alianza invisible entre el escritor y el lector...

Lo interrumpí, antes de que me embaucara de nuevo.

—¿Qué quiere decir exactamente esa alianza?

—Al verla por primera vez, me resistía a aceptar que nuestro encuentro quedara reducido a una mera entrevista de prensa. Hay cosas que no son fortuitas ni casuales. Supongo que ha oído usted hablar del efecto mariposa.

—Bueno, creo que es algo así como que si una mariposa mueve sus alas en un lugar de la Tierra, puede provocar un huracán en la parte opuesta del planeta.

—Así es.

—¿Y qué huracán piensa usted que provocará su libro?

—No sabría decirlo... Entre el aleteo de la mariposa y el huracán puede haber un intervalo de tiempo cuya duración y consecuencias no es posible determinar a priori, aunque puedan intuirse.

Las palabras de Theroux me sugirieron las mías.

—Pues me temo que ese huracán se ha disipado antes de tiempo. Ni siquiera se publicará la entrevista que le hice —dije, con una doble intención.

—El destino es a veces así de caprichoso, qué le vamos a hacer... Pero dígame, ¿a qué se ha debido nuestro fracaso? Espero que no sea a causa de la torpeza de mis respuestas a sus preguntas.

La voz que volví a escuchar dentro de mi cabeza me pareció más sensata: «¿No crees que te estás precipitando en sacar conclusiones sobre Theroux? ¡Fuiste tú la que empezó todo esto! ¡Tú le dijiste que leerías su libro, tú le enviaste el e-mail, tú le diste tu móvil, tú le pediste que no te llamara señorita Harvey, y tú aceptaste visitar el club de viejos filósofos en su compañía! ¿De qué te sorprendes ahora si pretende coquetear un poco contigo para sentirse un hombre joven?».

Ni siquiera estaba segura de que las intenciones de Theroux fuesen realmente las que yo sospechaba. Todo podía ser fruto de mi patológica desconfianza hacia los hombres de cualquier edad, pensé, antes de responder a su pregunta.

—Ayer me despidieron del periódico —respondí al fin.

—La crisis económica está haciendo estragos en todos los sectores sociales.

Sinceramente, lo siento por usted. En cuanto a la entrevista, no se preocupe por mí. Nunca me ha interesado aparecer en los periódicos. Es más prudente pasar desapercibido.

—¿De veras lo cree?

—¿Usted no?

—Bueno, es posible que tenga razón —acepté—. Un amigo mío suele decir que nadie es noticia durante más de un día.

Y cuando esa regla no se cumple es que la noticia es una vulgaridad.

—Es una inteligente manera de verlo. ¿Y qué piensa hacer usted ahora, Loanne?

—Buscaré otro trabajo..., pero dejemos ese tema, todavía no hemos hablado nada sobre su libro —propuse, más animada.

—Entonces dígame, ¿qué es lo que más le ha interesado del ensayo?

«¿Te das cuenta, idiota? El huracán todavía es posible. Ahora sólo tienes que hablarle de Dios», me dijo mi otra voz.

—Creo que en su conjunto es una obra de divulgación filosófica muy interesante. La muerte, el amor, la razón, la creatividad, la vida, la inteligencia, el tiempo, el universo..., son temas muy desconocidos y apasionantes. Pero lo que más impacto me ha causado del ensayo son sus reflexiones sobre Dios.

Theroux hizo un gesto de asentimiento.

—Vaya, la eterna pregunta ya está sobre la mesa.

—Es que es la más desconcertante de todas, ¿no le parece? —dije con entusiasmo.

—Sin ninguna duda.

—Creo que es muy razonable lo que dice en su libro sobre que fue el hombre primitivo quien creó a Dios, como si ya intuyera desde entonces que había algo inexplicable en el universo, que el ser humano jamás llegaría a entender.

—Así es, estoy convencido de que la invención de Dios fue la primera genialidad humana. Piénselo detenidamente. Cuando el hombre de la prehistoria aún lo ignoraba todo, absolutamente todo, se hizo la pregunta más complicada de responder de cuantas se haría a lo largo de la historia. No se preguntó sobre la naturaleza que lo rodeaba, ni sobre sí mismo, ni sobre su mente, ni sobre la vida, la muerte, o sobre lo que ya tanto sabemos nosotros, después de siglos de almacenar conocimientos en nuestro cerebro. Aquellos seres primitivos de aspecto bestial se hicieron la misma pregunta que, a pesar de los grandes logros científicos y tecnológicos de las últimas décadas, hoy siguen haciéndose millones y millones de seres humanos en los comienzos del siglo XXI, ¿quién creó este universo fascinante en el que vivimos?

—Y según usted, el ser humano inventó a Dios para responder a esa pregunta sin respuesta —dije, segura de que esa vez no me equivocaba en mis consideraciones sobre el libro del profesor.

—Justamente. Es lo que yo llamo «la paradoja de la Creación», que da título al libro. El ser humano crea a Dios para que sea Dios quien le dé vida al universo y a sí mismo. Si no podemos comprender lo que somos, inventemos a Dios para que nos lo explique. Es como si un escritor creara un personaje para que le contara una historia con la que escribir su novela, de manera que sin el personaje inventado, su novela no habría existido.

—Debería pensar en escribirla. Sería una novela muy interesante.

—Yo no sabría cómo hacerlo —dijo sonriendo. Luego continuó exponiendo su tesis—: Dios era entonces lo desconocido, lo inexplicable. Y en ese aspecto, creo que aún lo sigue siendo, aunque cada vez los seres humanos estén más cerca de desvelar ese enigma. Lo demás es pura palabrería.

El estómago me hormigueó como si me hubiese tragado un nido de termitas. El momento de plantear mi idea de escribir un artículo sobre un hipotético Dios que estuviese aquí y fuese uno de nosotros, había llegado. O la abordaba en ese mismo instante, o me olvidaba de mi proyecto periodístico de una vez por todas. Que el huracán siguiese cobrando forma después del aleteo de la mariposa dependía sólo de mí.

—¿Y qué pensaría usted si alguien le dijera que Dios está aquí y es uno de nosotros? —pregunté, y me sentí como debió de sentirse Eva al coger la manzana del Paraíso. De algún modo, me desprecié a mí misma: acababa de traicionar a Donovan al hablar de la primera frase que aparecía en la nota de la noticia secreta, aunque no hubiese dicho nada sobre el crimen del ahorcado. Pero el daño ya estaba hecho y tenía que seguir adelante, sin desviarme de mi objetivo.

Theroux no ocultó su sorpresa por mi pregunta.

—Ésa es una cuestión muy manida. Todas las religiones predicán que Dios está entre nosotros.

Me tranquilizó que Theroux reaccionara como yo misma lo hice cuando Donovan me habló por primera vez de la nota sobre la conspiración del caos.

—No me refería a esas creencias religiosas. Lo que quiero preguntarle es qué pensaría usted si ese Dios fuese realmente uno de nosotros; alguien visible como usted o como yo, con el que se pudiese hablar sobre cualquier cosa. Solamente se trata de una hipótesis, ¿me comprende...? —dije, intentando sonreír.

—En ese caso, creo que la primera dificultad estaría en tener la certeza de que, quien dice serlo, es realmente Dios. A pesar de su apariencia humana, como usted plantea, debería diferenciarse en algo esencial que nadie más que Él pudiese tener y mostrar.

—¿Poderes sobrenaturales?

—Sí, podrían ser una evidencia. Pero piense que tendría que tratarse de una demostración efectiva, certificada por la ciencia para que tuviese credibilidad. Como

ve, es un poco complicado llevar su hipótesis al terreno de la realidad.

—Imaginemos que ha superado todas las pruebas —dije para salvar los obstáculos teóricos. No eran esas cuestiones las que a mí me interesaban.

—Si es así, habría que ver si ha adoptado la forma humana de un hombre o una mujer, un joven o un anciano, una niña o un recién nacido. ¿A quién preferiría usted?

—Para no alejarnos mucho de la imagen generalizada de Dios, yo elegiría a un hombre sabio y maduro. Alguien como usted, por ejemplo —dije, sin andarme por las ramas.

Tuve la impresión de que Theroux contuvo una carcajada.

—Me halaga usted de nuevo, Loanne. Pero si me permite la pregunta, ¿qué pretende demostrar con su hipótesis?

—Nada, sólo he pensado en escribir un artículo sobre un hipotético Dios, para imaginar cómo vería nuestro mundo, y qué diría sobre nosotros y sobre el modo en que manipulamos su nombre a nuestro antojo.

—¿Y cómo piensa hacerlo?

—Su ensayo filosófico me sugirió esa posibilidad —mentí—. Ya sé que parece una idea absurda, pero para mí sería muy interesante escribir un artículo tan poco habitual, ahora que me han despedido del periódico. He pensado que usted podría ayudarme —solté sin dudar.

—¿Yo? —exclamó Theroux, señalándose el pecho con la mano como si no pudiese creer lo que escuchaba.

—Sólo tendría que asumir el papel de Dios.

—Nadie que no sea Dios puede asumir el papel de Dios.

—¿Por qué no? Sólo tenemos que recrear un diálogo imaginario, como si fuésemos actores de una obra de teatro. Yo le hago unas preguntas y usted me responde fingiendo que es realmente Dios. Sería como un juego, como inventar de nuevo a Dios, pero en lugar de verlo con una mentalidad de hace miles de años, intentaremos darle un sentido con criterios de actualidad. Yo no sabría cómo responder a las preguntas, pero usted es filósofo y sabe lo que dice. Usted podría hablar por él. Si alguien puede hacerlo, yo creo que ése es usted.

Theroux se quedó en silencio durante un rato. Miraba a un punto perdido de la cafetería del club, como si intentara comprender un insólito problema filosófico.

—Ha conseguido usted que me sienta confundido... Nunca imaginé que alguien llegaría a pedirme que me convirtiera en Dios, ni siquiera como un juego periodístico —dijo al fin.

—¿Acepta entonces?

—Déjeme pensarlo.

Pasé la tarde en mi apartamento. Theroux quedó en que me llamaría cuando tomara su decisión. También me dio las gracias por haber pensado que él podía

merecer una distinción tan extraordinaria como la de hablar en nombre de Dios. Yo ignoraba cuál sería su respuesta definitiva, pero me sentía orgullosa de haberle planteado al fin mi experimento. Para mí no sólo significaba tener la posibilidad de seguir sintiéndome una periodista activa, sino mantener la mente ocupada con un proyecto que me parecía interesante, y que se había convertido de pronto en un desafío personal. De modo que me senté ante el ordenador portátil y comencé a preparar un esquema del artículo y de las preguntas que le haría a un hipotético Dios si me concediera el privilegio de hacerle una entrevista en exclusiva. Además, si Theroux se negaba a aceptar mi propuesta, aún podría intentar convencerlo dándole a leer el cuestionario concreto al que debía enfrentarse en su papel de Dios.

Mientras pensaba en los temas sobre los que versarían mis preguntas no podía evitar sentirme culpable por haber traicionado a Donovan. De algún modo, había quebrantado mi promesa de no hablar con nadie de la noticia secreta. Y aunque realmente lo único que había comentado con el profesor Theroux era la posibilidad de que Dios estuviera aquí y fuese uno de nosotros, la imagen de la mítica Eva, cogiendo la manzana prohibida del Paraíso a pesar de las advertencias del Creador, continuaba ensombreciendo mis pensamientos con una insistencia obsesiva; hasta el punto que temí haber provocado las iras del cielo, y con ellas, mi propia perdición.

Capítulo 8

Por un motivo u otro, al menos una vez a la semana debía pasar por la clínica de fertilidad para hacerme controles de temperatura, ecografías, análisis hormonales, estímulos de la ovulación o revisiones ginecológicas. Durante mi última visita a la clínica hablé con la doctora que dirigía mi tratamiento de fecundación y me aseguró que todo estaba listo para proceder a depositar el esperma del donante en mi cuello uterino durante mi próximo ciclo menstrual. Según sus cálculos, mi ovulación se produciría en un par de semanas, por lo que sería conveniente que firmara unos documentos de autorización y exclusión de responsabilidad médica, para poder concluir el proceso de inseminación.

—También sería deseable que meditara usted su decisión durante estos días, y se asegure de que sigue deseando intensamente tener un bebé —dijo, envuelta en la luz fría de la tarde que se filtraba por la ventana de su consulta.

Creo que la doctora notó el temblor de mis manos y sonrió para que me calmara. Era una mujer de unos cincuenta años, piel muy blanca, ojos muy azules, y un rostro de facciones redondeadas a pesar de la delgadez de su cuerpo. Y aunque le dije que no era el momento de la inseminación lo que me preocupaba, ella volvió a explicarme con todo detalle que se trataba de un método muy simple e indoloro, en el que no emplearía más de diez minutos.

Al salir a la calle sentí el aire helado en la cara como si una mano invisible y áspera pasara sus dedos por mi piel y la arañara. La idea de que mi bebé podría estar conmigo en apenas nueve meses me hizo recordar la pesadilla en la que un dios tenebroso me lo arrebatava de los brazos. Pero la emoción que sentía en ese instante era más intensa que el miedo a la conjura del caos de la que Donovan me había hablado. Sólo me preocupaba que mi situación laboral no fuese la más apropiada para comprar leche y pañales a un recién nacido.

Decidí llamar a Donovan para intentar calmar mi nerviosismo, pero no contestó a la llamada. Su teléfono estaba apagado o fuera de cobertura. Insistí varias veces sin ningún resultado hasta bien entrada la noche. Tampoco me sorprendió que Donovan tuviese el móvil desconectado, pues siempre andaba enredado en reuniones del Centro de Noticias de la ONU que, a veces, se prolongaban hasta más allá de la medianoche.

Al día siguiente tampoco pude hablar con él. Era probable que hubiese salido de viaje, pero, aun así, pensé pasarme por su casa. Me extrañaba mucho que Donovan no hubiese respondido a mis numerosas llamadas durante dos días, después de escuchar los mensajes que le había dejado en el contestador. Además, me sentía un poco inquieta por Donovan y toda esa historia de la noticia secreta, el asesinato del hombre negro y la amenaza de una gran explosión en la ONU. Así que, tan pronto anocheció,

cogí el coche y fui a verle.

Su deportivo estaba aparcado en el jardín. Donovan disponía de suficiente dinero como para permitirse esos caprichos. Su madre le enviaba cada mes algunos miles de dólares, a cuenta de los beneficios anuales de los negocios que su familia tenía en Alabama.

Dentro de la casa había luz. Llamé por el interfono y esperé. Nadie me abrió. Volví a pulsar el timbre con más insistencia. Si Donovan no me abría la puerta era porque debía de tener alguna visita privada, razoné. Al menos había comprobado que estaba bien.

Me di la vuelta para regresar al coche, cuando escuché el pestillo de la puerta tras de mí.

—Lo siento, Loanne, tenía puestos los auriculares del equipo de música y no escuché el timbre —dijo Donovan, al ver que era yo.

Para justificar mi visita le expliqué que lo había llamado muchas veces al móvil sin resultado, y por esa razón había decidido pasar por su casa.

—Estaba un poco preocupada —reconocí.

Donovan sonrió como hacía siempre que me veía. Luego me explicó que tenía demasiados asuntos pendientes en el Centro de Noticias de la ONU, y había decidido desconectar el teléfono para poder trabajar tranquilo.

—¡El maldito teléfono puede acabar volviéndome loco!

Todo estaba desordenado sobre su mesa, y por todas partes había libros, revistas y recortes de periódicos, muchos de ellos tirados en el suelo.

—Disculpa este desorden —dijo, mientras apartaba un montón de papeles del sofá—. El Jefe me ha pedido que elabore un complicado informe y debo tenerlo listo antes del fin de semana, para que él pueda leerlo con tranquilidad en su casa.

—Sólo quería comprobar que estabas bien, me marcharé enseguida.

—Ya que has venido hasta aquí con este frío podrías tomar algo caliente. ¿Quieres un caldo? Acabo de prepararlo para mí. Es precocinado, pero está muy sabroso.

Acepté. Donovan fue a la cocina y yo me quedé en el estudio. La vista de la piscina iluminada, con las ramas de los abetos de alrededor cargadas de nieve, sugería un hermoso paisaje invernal.

La curiosidad me impulsó a ojear algunos de los libros que estaban esparcidos por el suelo. Cogí uno al azar y leí el título. Era una pequeña monografía sobre el proceso a los templarios en la Edad Media. Sonreí para mis adentros al leer la nota publicitaria de la portada: «El enigma al fin desvelado». En mi opinión, todas las novelas del género se empeñaban en plantear misterios imaginarios que nunca conducían a una resolución verosímil y espectacular.

Intenté poner un poco de orden en medio de la anarquía que reinaba en aquella

confortable habitación, y al recoger otros libros del suelo comprobé que todos trataban sobre grandes misterios medievales, masonería, sociedades secretas, sectas diabólicas, guerras de religiones, conjuras revolucionarias, mitos sanguinarios, conspiraciones universales... Era evidente que Donovan seguía con su particular investigación sobre la noticia secreta, aunque yo no alcanzaba a comprender qué podía buscar entre las fantasías históricas de aquellos libros.

Sobre la mesa de su despacho había un folio con un texto manuscrito que llamó mi atención. Lo cogí y me dispuse a leerlo.

—No deberías fisgonear en mis papeles, son confidenciales —dijo Donovan al regresar de la cocina con una bandeja en las manos.

Su voz grave me sobresaltó.

—Sólo intentaba ordenarlos un poco. Tienes el estudio hecho un asco —me excusé.

—¿No habrás pensado que hablaba en serio? —masculló riendo, a la vez que dejaba la bandeja sobre una mesita baja, delante del sofá—. No quería asustarte, puedes mirar lo que quieras, estás en tu casa. Lo sabes... ¿verdad? Si no vives aquí es simplemente porque no te da la gana. Aún tienes las llaves, puedes entrar sin necesidad de pedirme permiso, como lo hacías antes.

—Ésa es una historia olvidada, déjala estar.

Donovan hizo un gesto de indolencia mientras yo terminaba de leer el texto escrito con su letra, que aún tenía en la mano. Luego repetí la lectura en voz alta:

—Qué pensarías si supieras que el caos tiene un director.

Miré a Donovan a los ojos y le pregunté:

—¿Lo has escrito tú?

Donovan se acercó a mí y me ofreció la taza de caldo caliente.

—La letra es mía, pero la cita se le atribuye a Hitler. La encontré en uno de esos libros sobre historia de las conspiraciones que has visto por ahí. La escribí porque creo que resume muy bien lo que estoy buscando desde que se ejecutó a Namlú Bomoe en la ONU.

—¿Y quién es el director del caos?

—Aún no lo sé. Pero he encontrado algunos datos que me permitirán desenmascarar pronto a los conspiradores.

—¡Ésa es una magnífica noticia! —exclamé.

—Sí, lo es, pero hay que tomarla con mucha prudencia. Entrar en el laberinto de las sociedades secretas es fácil, lo difícil es salir de él.

—¿Y qué has encontrado? —pregunté con curiosidad.

—Nombres de antiguas fraternidades americanas. En el texto del cadáver hay algunas palabras que aparecen en mayúscula, ¿recuerdas cuáles son?

Hice un esfuerzo por recordar esas palabras, y repetí el texto del mensaje

mentalmente. También yo me lo había aprendido de memoria.

—¿Dios, Cielo y Tierra? —dije.

—En efecto, pero has olvidado otras dos... ¡Rayo y Trueno!

Donovan estaba entusiasmado con sus averiguaciones, y envolvía sus palabras con un halo de misterio tan intrigante como el que expresaban sus ojos. Sin embargo, yo ignoraba adonde quería llegar con esa observación. Para mí, todas las leyendas y misterios que rodeaban a las sociedades secretas no eran más que mitos inventados por fantasiosos y filántropos que ocupaban su tiempo intentando desvelar conjuras y conspiraciones imposibles. Pero Donovan era de los que creían ciegamente en ellas.

—¿Y esas dos palabras qué importancia tienen? —quise saber.

—Es muy sencillo: los autores de la nota pueden ser miembros de una antigua y secreta fraternidad universitaria. Mira esta relación de sociedades y clubes de estudiantes de Estados Unidos.

Dejé la taza de caldo sobre la mesa y ojeé los folios que Donovan me ofreció. Había decenas de nombres de universidades de todos los estados, así como de las fraternidades más conocidas en cada una de ellas. Casi todas tenían nombres compuestos por sólo dos palabras: Huesos y Calavera (Skull and Bones), Pergamino y Llave (Scroll and Key), Cabeza de Lobo (Wolf's Head), Cabeza de Esfinge (Sphinx Head), Pluma y Puñal (Quill and Dagger), Temporada Punch (Punch Season), Cena Final (Final Dinner), Libro y Serpiente (Book and Snake)... La relación de nombres era interminable. Yo sólo había oído hablar de los Skull and Bones de la Universidad de Yale. Había visto la película *El buen pastor*, dirigida por Robert de Niro, y el propio Donovan me había contado algunas de las leyendas urbanas que corrían por ahí sobre los *Bonesmen* y su relación con la CIA. Una de esas leyendas, para mí sin mucho sentido a pesar de ser la más popular, aseguraba que el líder republicano George Bush y el demócrata John Kerry pertenecían a la sociedad secreta Skull and Bones desde su época de estudiantes en Yale.

—Lo que no entiendo es por qué se les llama sociedades secretas, cuando todo el mundo cree saber la verdad sobre ellas —comenté, después de dejar sobre la mesa la larga lista de fraternidades sospechosas, elaborada por Donovan.

—Siempre hay traidores, confidentes, espías...

—O investigadores apasionados como tú —lo interrumpí.

—Yo sólo soy un aficionado.

—¿Y has encontrado alguna sociedad secreta que se llame Rayo y Trueno o Cielo y Tierra?

—No, pero eso hace que sea más interesante buscarla.

—Explícamelo de otro modo —le pedí.

—Cuando una sociedad es realmente secreta nadie sabe que existe ni cuál es su nombre. ¿Lo entiendes ahora?

—Sí, claro que puedo entenderlo. Pero si no hay ningún dato públicamente conocido sobre su existencia, ¿cómo vas a seguir investigando sobre esa sociedad?

—Buscando conexiones ocultas que den pleno sentido a la amenaza de la nota del ahorcado. No hay otro modo de averiguar la verdad. Supongo que el FBI también estará haciendo algo parecido.

—He vuelto a perderme —murmuré, mientras cogía de nuevo mi taza de caldo. Aún estaba caliente.

—El texto de la nota amenaza con una explosión en la sede de la ONU...

—¡Espera, espera...! —dije—. La nota de la noticia secreta solamente proclama que Dios permanecerá oculto entre las multitudes hasta que la intensa luz del Rayo haga desaparecer el Cielo y el sonido del Trueno haga temblar la Tierra. Las palabras Rayo y Trueno pueden referirse a una explosión, pero la nota no dice que vaya a suceder en la sede de la ONU —maticé.

—Ésa es, precisamente, una de las conexiones ocultas de las que te hablaba. Pero yo diría que las tres preguntas clave son: ¿por qué la ejecución de Nanlú Bomoe se lleva a cabo en la sede de la ONU? ¿Por qué la nota clavada en su pecho contiene una amenaza escrita en nombre de Dios y traducida a las seis lenguas oficiales de Naciones Unidas? Y ¿por qué ocurrió todo el mismo día de las elecciones legislativas en que el presidente Obama perdía gran parte del apoyo popular que había obtenido hacía sólo dos años?

—Ahora háblame de las respuestas a esas preguntas. ¿Por qué la ONU?

Donovan se rascó la mejilla.

—Aunque parezca absurdo, la ONU no está muy bien vista por muchos sectores de Estados Unidos. Para la mayoría de los neoyorquinos es un orgullo que una organización internacional que representa a todos los países del mundo tenga su sede central en Manhattan...

—Eso es obvio —lo interrumpí—. Por algo Nueva York sigue siendo la capital del mundo —apostillé con una buena dosis de orgullo.

—Pero lo que ya no te parecerá tan obvio es que muchos norteamericanos, muchos más de los que tú misma puedas imaginar, consideren a la ONU como una intrusión peligrosa del resto del mundo en el territorio de Estados Unidos.

—Cuesta creer que a alguien pueda preocuparle que la ONU tenga su sede central en Nueva York. En algún lugar tendría que estar, ¿no?

—Sí, pero por qué Nueva York y no otra ciudad. Por qué no Londres o París, Madrid o Roma, o Chicago, San Francisco, Filadelfia, Boston o Washington... Ésa es la cuestión.

—Tú conoces bien la historia de Naciones Unidas, algún motivo habría para elegir a Nueva York entre todas las opciones posibles.

—La historia oficial sólo asegura que en el mes de diciembre de 1945, el

Congreso de los Estados Unidos de América resolvió por unanimidad invitar a las Naciones Unidas a instalarse de forma permanente en el país. A partir de esa decisión, la Asamblea General, en su primera sesión celebrada en Londres el 14 de febrero de 1946, resolvió establecer la sede de Naciones Unidas cerca de la ciudad de Nueva York. A finales de ese mismo año, la Asamblea General aceptó por una amplia mayoría un ofrecimiento hecho por John D. Rockefeller Junior, de 8,5 millones de dólares para la adquisición de los terrenos actuales. La ciudad de Nueva York completó la parcela aportando otras propiedades —recitó Donovan como si se examinara ante un tribunal docente.

—Bueno... —titubeé—, parece claro que la donación de Rockefeller para la adquisición de los terrenos fue una razón de peso —alegué.

—Una donación muy generosa, sin duda. Pero ese acto de generosidad del multimillonario filántropo sólo se justifica si se consideran sus vinculaciones masónicas, de sobra destacadas en multitud de leyendas. Lo que unido a que el entonces presidente Franklin Roosevelt, además de ser también masón, fue el primero que acuñó el nombre de Naciones Unidas y promovió su creación, permite pensar que el establecimiento de la sede de la ONU en Nueva York tenía otras motivaciones ocultas, de las que sólo algunos masones ilustres estarían informados.

—¿Y adonde conducen tus especulaciones?

—Sólo hay que establecer las conexiones precisas para llegar a ese punto, que tanto te intriga.

—¿Y?

—Pues que si Naciones Unidas se estableció en Nueva York por el apoyo político y económico de dos destacados miembros de la masonería, al menos una de esas motivaciones ocultas parece clara.

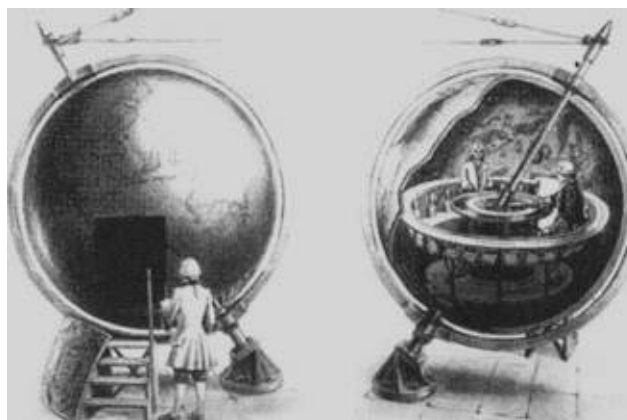
—¿Por qué no dejas de dar rodeos?

—Sólo intento que lo comprendas. Para muchos teóricos de las conspiraciones, la ONU fue el segundo intento de la masonería internacional por crear un verdadero y único gobierno universal, después de que durante la Segunda Guerra Mundial fracasara la misión de la Liga de Naciones. Lo que, trasladado a la época actual, se traduce en el proceso de globalización que ya estaba en marcha desde hace algunos siglos.

—Pero las ideas de proclamar un gobierno universal como la ONU, inspiradas en la sociedad de la globalización, no surgieron hasta mediados del siglo pasado —opuse, a sabiendas de que pretender discutir con Donovan sobre este asunto era tan absurdo como intentar darle lecciones de historia a un catedrático de universidad.

—Eso piensa la mayoría de la gente. Sin embargo, hace mucho tiempo que la masonería soñaba con crear un gobierno universal, para derrocar a las viejas monarquías de Europa.

Donovan volvió a acercarse a la mesa repleta de papeles desordenados, rebuscó entre ellos, cogió un grabado antiguo y me lo mostró.



—Ahí lo tienes bien claro: un masón americano y otro europeo dentro del globo terráqueo —dijo.

—Pero nadie sabe lo que esos dos hombres pueden estar hablando ahí dentro —comenté.

—Muchos historiadores convencionales consideran que ese antiguo grabado no es más que una representación pictórica del primer planetario hueco que se construyó en Alemania en 1714 como regalo al zar ruso Pedro el Grande...

Supuse que la tesis de Donovan era otra, y lo interrumpí; sus lecciones de historia llegaban a cansarme.

—¿Y cuál es tu teoría? —pregunté.

—Que este grabado es una prueba del deseo de los masones de crear un gobierno único desde antes de la proclamación de la independencia de Estados Unidos y de la Revolución francesa. Todos los seres humanos unidos bajo un nuevo orden mundial: el *Novus Ordo Seclorum* —pronunció solemnemente en latín.

Luego, Donovan se llevó la mano al bolsillo y sacó algunos dólares. Cogió un billete de un dólar y lo extendió sobre la mesa:



—Mira esto —dijo, señalando el círculo que contenía la pirámide.



Inmediatamente imaginé lo que iba a mostrarme. Yo también había recibido alguno de esos correos electrónicos que corrían por internet y jugaban con multitud de hipótesis sobre el verdadero significado de los símbolos que aparecen en los billetes de un dólar americano. Incluso había visto con Donovan las dos partes de la película *La búsqueda*, protagonizada por Nicolas Cage, en la que los masones volvían a aparecer en la escena de la Constitución de Estados Unidos, y muchas novelas de intriga ya se habían ocupado de explicar esos supuestos enigmas sobre la pirámide y el Ojo de Dios que todo lo ve. Pero el sentido que Donovan me explicaba ahora era completamente distinto. Las palabras en latín *Novus Ordo Seclorum*, que traducidas significan exactamente «Nuevo Orden de los Siglos», estaban allí, ante mis ojos, anunciando un futuro que ya estaba llegando a ser presente: el mundo global.

—Los masones sabían que así sería el futuro, ¿no es eso lo que quieres decir? Un nuevo orden mundial para los siglos venideros, capaz de dar soluciones a los problemas globales de la humanidad —especulé.

—Ya te he dicho antes que no todos los estadounidenses lo ven de un modo tan idílico —replicó Donovan, volviendo a confundirme.

—¿Estás sugiriendo que el asesinato de Namlú Bomoe en la ONU fue cometido por una sociedad secreta de inspiración masónica rebelde?

—Creo que no me has entendido. Lo que intento decirte es precisamente lo contrario. El autor o los autores de la ejecución de un hombre negro y de la nota amenazante sobre Dios deben pertenecer, sin ninguna duda, a una organización secreta de ideología totalmente opuesta a la globalización. Por eso amenazan con volar la ONU.

—Dime algo más concreto.

—Hay demasiadas sociedades secretas neoconservadoras y racistas que encajarían en ese malvado plan. Algunas de ellas incluso propugnan la salida de Estados Unidos de la ONU, la recuperación de la hegemonía militar americana y el retorno a una sociedad tradicional dominada por la raza blanca.

—Eso respondería a las otras dos preguntas clave.

—Sí, en particular a la pregunta de por qué ocurrió todo dos años después de que Barack Obama fuese elegido presidente de Estados Unidos: el mensaje de la nota del

ahorcado estaba dirigido a él. Es como decirle que su tiempo de gloria como presidente negro de Estados Unidos se terminará pronto. Sólo me queda encontrar alguna de esas sociedades secretas, que esconda su identidad bajo las palabras Rayo y Trueno o Cielo y Tierra. Incluso he elaborado un perfil de sus miembros —dijo Donovan, cogiendo de la mesa otra de sus notas manuscritas.

—Grupo de individuos blancos, desconocidos.

—Conocimientos especializados en informática, redes internas y telecomunicaciones.

—Vinculación probable a una sociedad secreta con fuertes creencias religiosas, fanáticas, racistas y antiglobalizadoras.

—Posible proximidad o acceso fácil a la sede de Naciones Unidas en Nueva York.

—Alta peligrosidad potencial, con un objetivo anunciado de gran alcance en la sede de la ONU, aunque de indeterminada verosimilitud.

Cuando esa noche me despedí de Donovan pasé la yema de mis dedos por su rostro. Con esa leve caricia quise pedirle perdón por haberlo traicionado al hablar con el profesor Theroux sobre una parte de la noticia secreta para pedirle que aceptara asumir el papel de Dios en mi artículo periodístico. Ahora, también yo tenía un secreto que esconder.

Capítulo 9

Unos días más tarde seguía sin tener la respuesta de Theroux. Incluso llegué a temer que se hubiese olvidado de mí y de mi disparatada propuesta. Pero esa inquietud apenas duró un instante. Yo tampoco tuve tiempo de pensar en mi artículo; estaba demasiado ocupada buscando trabajo desesperadamente. Mis ahorros eran escasos y cada día menguaban sin remedio. Muy pronto, no tendría dinero para pagar el alquiler del apartamento. De modo que hice una lista de las ofertas laborales que había encontrado en internet y me dediqué a concertar citas y a visitar empresas que tenían algún puesto vacante de periodista, para alguien en paro y con probada experiencia como yo. Encontrar un nuevo empleo se había convertido para mí en una cuestión de pura supervivencia. No confiaba demasiado en que los numerosos contactos de Donovan fuesen una solución a mis problemas. Tampoco quería que mi futuro profesional dependiera de los compromisos o de las influencias de Donovan. Siempre me había resistido a caer en esa clase de emboscadas que al final te hacen sentir una estúpida, cuyo único mérito en el curriculum es ser la amiga, si no el entretenimiento sexual, de algún personaje importante. Sin embargo, a pesar de mis esfuerzos, no encontré nada que fuese aceptable. Paradójicamente, las ofertas que más abundaban estaban destinadas a comerciales o vendedores de espacios de publicidad en diarios gratuitos, como el que a mí me había puesto de patitas en la calle. Así estaban las cosas.

Además, el asunto de la noticia secreta no dejaba de colarse en mis pensamientos como el zumbido de un abejorro que choca una y otra vez con el mismo cristal que le impide salir al exterior de la habitación en la que ha quedado atrapado. Donovan parecía cada vez más convencido de que se trataba de una verdadera conspiración secreta contra Naciones Unidas, y la posibilidad de que una poderosa bomba pudiese estallar en la sede de Nueva York, como amenazaba la nota del ahorcado, no me parecía ninguna broma. Pero ¿qué podía hacer yo para evitar ese desastre cuando, según lo que Donovan me había contado, todo el FBI estaba intentando desbaratar la supuesta conjura, proclamada en la nota del ahorcado? Mis posibilidades como detective eran escasas, y nunca me había sentido atraída por el periodismo de investigación. Tampoco me sentía capaz de hablar con algún periódico importante de Nueva York y contarles lo que yo sabía sobre la noticia secreta. Si llegara a hacerlo, probablemente cumpliría con mi sagrado deber profesional de informar sobre una inquietante noticia, y hasta era posible que encontrara un nuevo trabajo de reportera como premio a mi honestidad. Pero Donovan me había advertido de los peligros que ello supondría para la investigación del crimen, la seguridad nacional y nuestra propia vida. Así que me limité a hacer alguna búsqueda infructuosa en internet relacionada con la sede de la ONU, el nombre del ahorcado Nánlú Bomoe, la sociedad secreta

Rayo y Trueno, los masones y el nuevo orden mundial..., con el temor de que Google estuviese intervenido por el FBI y pudieran relacionarme con la conjura.

Y sin darme cuenta, el temor se fue transformando en mi mente en un miedo estremecedor a algo malvado y desconocido, que sólo conseguí controlar cuando Alessia, mi amiga del periódico, me llamó preguntándome qué demonios me pasaba. No sólo me había marchado de las oficinas de la redacción sin despedirme de ella, sino que mi escueta respuesta a su e-mail se había quedado reducida a una simple declaración de intenciones.

—¿Para cuándo pensabas dejar ese «ya hablaremos»...? En este periódico todos tenemos grabada a fuego en el culo nuestra fecha de caducidad, ¿o es que ya lo has olvidado? —dijo con humor.

Cuando hablamos por teléfono era viernes. Alessia me propuso que pasáramos juntas el fin de semana en los bosques nevados de Harriman Park. Había alquilado una cabaña que estaba a sólo una hora de viaje en coche desde Nueva York. Le apetecía sentarse frente al fuego con una taza de té en la mano y un cigarrillo en la otra, mientras afuera caía la nieve y rugía el viento.

—Si voy sola será demasiado aburrido; tanto como un retiro espiritual, y ya hace tiempo que me encontré a mí misma —añadió para convencerme.

A mí también me apetecía salir de Nueva York unos días. Había vivido demasiadas emociones juntas y quería despejarme un poco; mirar las cosas desde la distancia para verlas con más nitidez. Si me quedaba en mi apartamento tampoco conseguiría solucionar ninguno de los asuntos que me preocupaban. Lo más probable era que el profesor Theroux hubiese meditado ya mi propuesta y no se sintiera con valor para comunicarme su decisión final. Al día siguiente era sábado, y aunque me llamase por teléfono para decirme que sí, que aceptaba representar el papel de Dios para mi artículo periodístico, supuse que pasaría el fin de semana con su familia o promocionando su libro; de manera que no podría verlo personalmente hasta el lunes siguiente. Y por lo que se refería al bueno de Donovan, tendría sus propios planes o se quedaría en casa, ultimando el informe que le había encargado el Jefe o completando su investigación sobre el crimen y la conspiración de la ONU.

—De acuerdo, Alessia, iremos en tu coche —acepté al fin.

Antes de salir de Nueva York, mientras cargábamos mi escaso equipaje en el maletero del viejo Cadillac y nos fumábamos un cigarrillo en la acera de la calle, Alessia me preguntó por Donovan. Le dije que había coincidido con él hacía unos días. Estaba muy liado con su trabajo y lo vi un poco cansado, le expliqué. Alessia y Donovan no se llevaban bien. Para Donovan, ella era una defensora de causas perdidas, una rebelde que seguía ligada a su tribu africana por oscuros ritos aprendidos de los fantasmas de sus antepasados. A veces, Donovan bromeaba conmigo llamándola «tu amiga hechicera», porque Alessia tenía un sexto sentido para

intuir acontecimientos imprevisibles, sabía interpretar las cartas del Tarot, conocía las propiedades de muchas hierbas curativas o la situación exacta de las constelaciones en el cielo. Los dos tenían una manera muy distinta de ver las cosas y, sobre todo, la vida.

Durante el viaje a los bosques de Harriman Park no dejó de nevar. Un paisaje de blancos campos de cultivo nos acompañó hasta Stony Point. En el coche, Alessia y yo apenas hablamos. A causa de mi despido, de la noticia secreta de la ONU, del tratamiento de inseminación artificial y de mi entrevista con el profesor Theroux, hacía algunas noches que arrastraba un molesto insomnio que sólo se desvanecía al amanecer; así que no tardé en quedarme dormida, arrullada por el motor del viejo Cadillac sobre el asfalto. Incluso llegué a soñar fugazmente con las montañas nevadas de Oregón, donde solía practicar esquí o senderismo los fines de semana, acompañada por mis padres cuando aún vivía con ellos. Si algo echaba de menos en Nueva York era la Cordillera de las Cascadas que se alzaba tras la ciudad en la que había pasado mi infancia y mi adolescencia. Tal vez por ese motivo me sentí feliz cuando desperté al llegar a Harriman Park, y descubrí que estaba rodeada de bosques, lagos y montañas.

La cabaña era de cuento de hadas. El fuego estaba encendido, y un par de butacas frente a la chimenea de piedra, tapizadas a juego con las cortinas, hacían del resto de la decoración algo superfluo pero acogedor.

—¡Es fantástico! —exclamé, contenta de estar allí.

Una vez que nos acomodamos, Alessia preparó un té, tal como me había prometido. Luego nos sentamos frente a la chimenea.

Las dos encendimos un cigarrillo y miramos al fuego. Durante un rato permanecemos en silencio, contemplando la alocada danza de las llamas entre carbones incandescentes y gruesos troncos de leña.

—¿Has pensado alguna vez en que el fin del mundo pueda llegar pronto..., o en que pueda ocurrir algo apocalíptico que acabe con todos nosotros sin que nadie pueda hacer nada para evitarlo? —le pregunté a Alessia, como si el incansable bailoteo de las llamas se hubiera transformado ante mis ojos en una súbita visión del mismísimo infierno, que me hizo recordar la nota del ahorcado.

La mueca de sorpresa de Alessia desdibujó la armonía de sus exóticos rasgos afroamericanos.

—Creía que este viaje iba a ser algo divertido, no un examen de conciencia para salvar nuestras almas de un hipotético apocalipsis —bromeó entre risas.

La verdad es que yo no pretendía hablar de temas trascendentes en ese momento, tan relajado y feliz para las dos. Pero Alessia tenía una innata capacidad para intuir o profetizar ciertas cosas, y yo quería conocer su opinión sobre un futuro tan cercano y caótico como el que Donovan me había descrito. Así que planteé la cuestión de otro

modo.

—A veces me digo a mí misma que quizá el futuro que le espera a mi bebé no sea demasiado tranquilizador.

—Si de verdad te preocupa el futuro deberías pensarlo muy bien antes de quedarte embarazada; aún estás a tiempo de interrumpir el tratamiento.

—No, no, no me refiero a que tenga dudas sobre el embarazo, es sólo que me gustaría que cuando nazca mi bebé pueda vivir en un mundo mejor que el nuestro.

Alessia apuró la colilla de su cigarro y lo lanzó a la chimenea con un golpe de sus dedos.

—Lo que no se puede es vivir con miedo, Loanne, y tengo la sensación de que últimamente estás muy angustiada.

—Sólo son los nervios de ver que se acerca el momento de mi inseminación artificial; mi próxima ovulación tendrá lugar en unos diez días, y, sin que pueda evitarlo, pasan demasiadas cosas por mi cabeza cada vez que pienso en que muy pronto seré madre.

La sonrisa de Alessia volvió a iluminar su rostro.

—Si nuestras madres hubieran pensado en el fin del mundo cada vez que iban a quedarse embarazadas, la especie humana se habría extinguido hace mucho tiempo, ¿no crees? —dijo con humor.

—Bueno, la verdad es que el fin del mundo no es algo que me quite el sueño. Sólo quería saber qué piensas tú sobre el futuro de nuestra sociedad global. No parece que el sistema funcione demasiado bien. Por lo pronto yo me he quedado sin trabajo, y tú no tardarás en perder el tuyo.

—No debería decirte esto, pero según una profecía maya el mundo acabará el día 23 de diciembre del año 2012 —dijo, disimulando una sonrisa.

—¡Joder, no te he pedido que seas tan explícita! —repliqué sonriendo.

—Sólo es una profecía de las muchas que se han escrito desde los comienzos del mundo, y, si te sirve de algo, hasta ahora ninguna de ellas se ha cumplido. Todas son simples leyendas.

La idea de que una profecía anunciara el fin del mundo en el año 2012 me parecía tan increíble como la noticia secreta de la que Donovan me había hablado. La diferencia estaba en que la conjura del caos ya había comenzado, y el apocalipsis de la profecía maya aún estaba por llegar.

—Pero tú adivinas el futuro... ¿cómo es que no crees en las profecías? —pregunté.

Alessia volvió a reír.

—Yo no adivino el futuro, Loanne. Las bolas de cristal no sirven para nada. Las personas como yo sólo tenemos presentimientos o intuiciones, y valoramos tendencias o posibilidades de que algo pueda llegar a ocurrir siguiendo nuestro propio

instinto. No es fácil de explicar..., es algo muy interior, muy emocional.

—¿Y qué te dice tu instinto sobre el futuro del mundo global?

—Es complicado hacer pronósticos a medio o largo plazo sobre asuntos tan abstractos. Un amigo que trabaja como agente de bolsa en Wall Street me preguntó hace unos días si yo creía que la crisis económica se terminaría en el año 2011, y cuando pensé en ello sentí una fuerte inclinación a asegurarle que no, que aún pasarían algunos años, antes de que la situación mejorara. Y cuando pienso en el año 2011 o en el 2012, sólo percibo vibraciones de que habrá grandes catástrofes y guerras que, de algún modo, cambiarán el mundo que ahora conocemos. Pero no sabría darte ningún detalle sobre dónde y cuándo ocurrirán esos acontecimientos. Es como ver siluetas difuminadas en medio de la niebla.

Estuve a punto de decirle a Alessia que Donovan también me había hablado de desastres, de guerras y de una nueva era, pero preferí cambiar de conversación con una pregunta más personal.

—¿Y tú qué piensas hacer cuando cierren el periódico? —le pregunté.

—No lo sé. Cuando intento adivinar mi propio futuro veo menos luces que sombras. Creo que me iré lejos, aunque todavía no he decidido adonde.

—¿Cuánto de lejos?

—Lo pensaré el día antes de marcharme, no necesito más que un billete de avión, una mochila y mi equipo de fotografía.

—¿Volverás a Nueva York?

—Tal vez no, aquí ya no tendría nada que hacer.

—¿Qué te impulsa a ir a sitios tan horribles?

—Mi propio egoísmo.

—Eso es absurdo, Alessia.

—Siempre he estado convencida de que hasta los santos son buenos para ganarse el cielo.

—Pero donde tú vas sólo hay pobreza, guerras, hambre, enfermedades, muerte... ¿Cómo puedes desear que tu vida transcurra en lugares así?

—¿Sabes, Loanne?, muchas veces pienso que el infierno existe. Y hay gente que ha sido injustamente condenada a vivir en él desde antes de nacer. Para ellos la idea del mundo es muy distinta a la nuestra. Me interesa fotografiar ese infierno, y ayudar en lo que pueda a esos desdichados mientras busco al diablo.

Las palabras de Alessia me paralizaron. No era posible que ella me confesara que estaba buscando al diablo, cuando yo estaba haciendo lo mismo con un hipotético Dios. Una casualidad así era estadísticamente imposible. Me atrevería a afirmar que incluso diabólica, sin pretender ningún juego de palabras. El efecto mariposa del que el profesor Theroux me había hablado comenzaba a ir demasiado lejos. Y quizá el primer aleteo de la mariposa no estuvo en mi encuentro con él y con su libro sino en

la noticia secreta que Donovan me había contado, hacía ya casi dos semanas.

—¿Y cómo sabrás quién es el diablo? —me atreví a preguntar en medio de mi estupefacción.

—Estoy segura de que cuando lo tenga delante no me cabrá ninguna duda de que es él. Ya he visto a muchos de sus secuaces y sé cómo es su rostro.

—¿Piensas fotografiarlo?

—Puedes estar segura de que lo haré. Siempre tengo mi cámara lista para la que será mi mejor fotografía.

—El diablo no existe, Alessia, tú lo sabes tan bien como yo. Estás buscando algo imposible.

Un relámpago cruzó por sus ojos.

—No me has entendido. Lo que busco es el límite del horror humano. A eso es a lo que yo llamo el diablo.

Después de tomar el té y de nuestra conversación ante la chimenea, Alessia sugirió que saliéramos a dar un paseo antes de que anocheciera. Hicimos unas compras en el supermercado del camping para tener algunas provisiones: ensaladas, leche, fruta, sándwiches con embutidos, unas galletas, algo de queso y unas tabletas de chocolate. Alessia se empeñó en comprar también una botella de ron. Quería que esa noche nos emborracháramos juntas para burlarnos del destino. Y apenas cayó la noche, eso fue lo que hicimos, a pesar de que yo no debía mezclar el alcohol con la medicación del tratamiento para estimular mi ovulación.

Sentada en el suelo delante del fuego y con la botella de ron en la mano, Alessia llenó dos vasos pequeños que nos bebimos de un trago entre risas. Y a esos vasos les siguieron otros...

—¡Discúlpame un momento! —dije algo marcada.

Yo había llevado en mi bolsa de viaje el libro del profesor Theroux para regalárselo a Alessia. Ya compraría otro para mí. Fui a la habitación tambaleándome, lo cogí y regresé con el libro en la mano.

—¿Adónde has ido? —preguntó Alessia con los ojos un poco entornados, cuando me senté de nuevo junto a ella.

—No sé muy bien qué celebramos, pero en toda gran celebración debe haber un regalo... Éste es para ti —dije con la voz pastosa, a la vez que le entregaba el libro.

—¡Vaya, esto sí que es una sorpresa!

—Es un ensayo filosófico, sé que te gustará —dije, mientras volvía a llenar los vasos.

—La paradoja... de la Creación.

Alessia pronunció el título en voz alta, aunque un poco tocada por los vapores del ron.

—No es necesario que lo leas ahora —dije riendo.

—Tampoco podría, las letras se mueven solas ante mis ojos.

Seguimos riendo. Las dos estábamos borrachas.

—Hace unos días entrevisté al autor.

—¿Ésa fue la entrevista en la que no sabías si necesitarías que te acompañara para hacer una foto? —Temí que Alessia acabara enredándose con las palabras.

—Sí, esa misma... La editorial me envió la foto que aparece en el libro.

—Espera...

La botella de ron volvió a las manos de Alessia. Llenó los vasos.

—¿Está bueno ese tío? —preguntó.

Cogí el libro, lo abrí y se lo mostré.

—Psssssss... Míralo tú misma.

Alessia se esforzó en abrir bien los ojos.

—¡La foto es una mierda!

—Y él es un poco mayorcito, ¿no te parece? —dije, envuelta por el vaivén del alcohol.

—Bueno... tampoco está tan mal... Pero hay algo en sus ojos que no me gusta: parecen de hielo.

La cara de Alessia se había ensombrecido, como si de pronto hubiese recobrado el control de todos sus sentidos.

—No sé por qué, pero a mí siempre me han atraído los hombres mayores que yo —dije, para sacarla de su brusco ensimismamiento.

—Podrías presentármelo, igual me caso con él —soltó Alessia con una carcajada fingida que provocó nuevas risas—. Aunque no creo que él aguantara mucho tiempo a alguien como yo: soy bastante rara —añadió.

—No te lo vas a creer, pero volví a verlo hace unos días y casi me enfadé al pensar que estuviese coqueteando conmigo. Me dijo que era muy bella.

Alessia soltó otra risotada.

—¡Guauuu! ¡Eso significa que quiere tener un rollo contigo!

—Quizá sólo fue un cumplido.

—Seguro que le gustas. Brindemos por... ¿cómo has dicho que se llama?

—Yo le llamo profesor Theroux.

—Suena bien, aunque un poco anticuado.

—Parece un hombre respetable.

El ron volvió a correr por nuestras gargantas.

—¿Te vas a acostar con él?

—No, apenas le conozco, y tampoco estoy segura de que me guste. Aunque tiene algo..., no sé.

—Para mí éstos son los hombres más interesantes. Son un misterio hasta el final... —dijo Alessia.

—¿Tú crees?

—Claro, tonta, siempre los acompaña la sabiduría de la experiencia. Y si éste, además, es filósofo...

Reímos juntas y seguimos bebiendo hasta que poco a poco nos quedamos dormidas sobre la alfombra. Lo último que recuerdo de esa noche es la voz de Alessia cantando una canción de cuna africana, mientras me acariciaba el pelo frente al fuego.

Capítulo 10

El lunes aún me dolía la cabeza. También me sentía culpable de haber bebido tanto ron cuando estaba tomando una medicación muy delicada para favorecer la ovulación.

Hablé con Alessia por teléfono y me dijo que ella había vomitado la borrachera al regresar del viaje, dos noches después de beber el ron.

—¡No me sentía tan mal desde que una vez tomé un alucinógeno que sabía a veneno de ratas, con una tribu del Amazonas! —me aseguró.

Volvimos a reír al recordar nuestra conversación sobre el profesor Theroux, desinhibidas por los influjos del alcohol. Alessia me pidió que la mantuviera informada si consolidaba mi relación con él, más allá de una simple amistad entre dos generaciones distintas.

«Dos generaciones distintas», repetí mentalmente después de colgar el móvil. Theroux casi me doblaba la edad. Enamorarme de un hombre mucho mayor que yo nunca había entrado en mis planes. Habría demasiadas cosas en las que no podríamos estar de acuerdo; muchas ideas que no podríamos compartir. Con algo más de sesenta años, el profesor se encontraba en la penúltima etapa de su existencia. Tampoco era probable que él pensara en enamorarse de mí. Un abismo de tiempo nos distanciaba. Si acaso, fantasearía con tener de nuevo entre sus brazos a una mujer mucho más joven que él, con la que seguir afirmando su virilidad como hacían tantos otros.

Antes del mediodía, Donovan me llamó al móvil.

—¿Tienes algo que hacer ahora? —me preguntó.

—No, pensaba comer en casa.

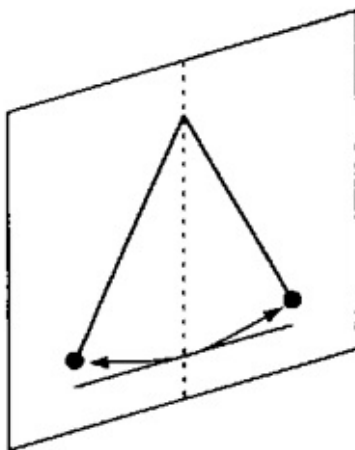
—¿Por qué no vienes a verme a la ONU...? Quiero mostrarte algo interesante.

La voz de Donovan sonaba ilusionada en el auricular de mi teléfono. Incluso llegué a visualizar un destello de arrogancia en sus ojos de gato albino.

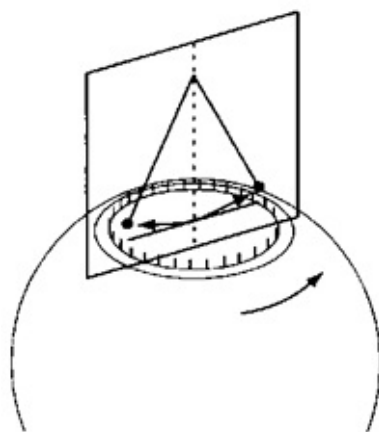
—Iré enseguida —acepté.

En media hora llegué a la Primera Avenida. No había colas de espera en la entrada de visitantes de la sede de Naciones Unidas. La gigantesca torre de aluminio y cristal reflejaba en la fachada oeste un cielo pastoso y blanquecino, que pronto dejaría escapar su carga de nieve sobre la ciudad. Me identifiqué ante el control de seguridad del edificio de la Asamblea General y pasé mi bolso por la cinta de rayos X. En el amplio hall, una luz débil se filtraba por las aberturas de las vidrieras traslúcidas orientadas al norte. Crucé el vestíbulo, y me dirigí hacia la zona del Péndulo de Foucault, que colgaba desde el techo, junto a la escalera que subía a la primera planta del edificio. Donovan me estaba esperando bajo la gran bola de acero que oscilaba incansablemente de un lado a otro, como prueba visual e indiscutible de la constante rotación de la Tierra.

Para quienes desconozcan en qué consistió el principio científico demostrado por Jean Bernard Leon Foucault, sólo diré que en el año 1851 el notable físico francés colgó una bala de cañón de la cúpula del Panteón de París, mediante un cable de unos setenta y cinco metros de largo, creando un péndulo enorme que podría representarse gráficamente del siguiente modo:



En cada oscilación del péndulo, el extremo de la bala de cañón tocaba un lecho de tierra colocado en el suelo, marcando en él el movimiento del péndulo. Se demostró de ese modo que el plano de oscilación se movía lentamente en la dirección de las agujas del reloj. En realidad era el suelo situado bajo el péndulo lo que estaba girando con el globo terráqueo y no el péndulo mismo, ya que un péndulo que oscila libremente en el aire no cambia nunca su plano de oscilación.



Donovan estaba radiante. Cuando llegué a su lado me abrazó sin dejar de sonreír. Lo que quiera que fuese que había averiguado le hacía sentirse feliz, no me cabía la menor duda.

—¿Has encontrado a la sociedad secreta *Rayo y Trueno*? —inquirí.

—Aún no, pero creo haber encontrado la verdadera razón por la que la sede de la ONU se estableció en Manhattan, y por qué la nota del ahorcado amenaza con hacerla

volar.

—¿Y qué ibas a mostrarme? —le pregunté sin ocultar mi impaciencia. De algún modo, Donovan había conseguido que mis temores a la supuesta amenaza que anunciaba la noticia secreta se transformaran en una insana curiosidad por saber qué y quién se ocultaba detrás de ella.

—Lo tienes sobre tu cabeza —dijo, alzando los ojos hacia la esfera del péndulo.

—¿Te refieres al péndulo de Foucault? —pregunté, algo decepcionada. Yo esperaba que se tratara de un hallazgo sorprendente, de algo realmente inaudito o fantástico.

Donovan se limitó a asentir sin cambiar la feliz expresión de su rostro.

—Pensé que se trataría de un gran secreto —dije, ante su silencio.

Hasta ese momento no había reparado en el libro que Donovan llevaba en las manos. Lo abrió y leyó unas líneas que no podían responder mejor al desencanto que yo acababa de expresar.

—«No hay secretos más grandes, porque tan pronto como se revelan resultan pequeños. Hay un solo secreto vacío. Un secreto escurridizo». —¿Quién escribió eso?— quise saber, confundida por las palabras que Donovan acababa de pronunciar para replicar a mi anterior afirmación.

—Umberto Eco.

Me mostró el libro y pude ver el título: *El péndulo de Foucault*. Le pedí que me dejara ojearlo, y sólo entonces caí en la cuenta de que era el mismo libro que yo le había regalado hacía exactamente diez años, el día en que Donovan cumplió los veinticinco, cuando ambos vivíamos felizmente juntos en Gramercy Park. Lo abrí y allí seguía mi dedicatoria:

*Con el deseo de que nunca
haya secretos entre nosotros.
¡Feliz cumpleaños!*

Loanne. NY, 23 de octubre de 2000

Recordaba perfectamente que entré en una librería de la calle Warren, en Tribeca, y lo encontré en la sección de novelas de misterio. Me llamó especialmente la atención el comentario de la contraportada, en la que se hablaba de caballeros templarios, enigmas medievales, sociedades secretas y conjuras cósmicas. Estaba segura de que a Donovan le gustaría el libro. Por esa razón lo elegí. Entonces yo no había leído ninguna obra de Umberto Eco y lo ignoraba todo sobre ese autor italiano. Y ahora, diez años después, no sólo estaba con su libro en mis manos sino que sobre mi cabeza oscilaba incansablemente un péndulo de Foucault como el que daba título a su novela.

—Dime para qué me has hecho venir hasta aquí —dije con sequedad. Yo había

visto el péndulo de Foucault en el atrio de Naciones Unidas muchas veces y nunca había despertado mi curiosidad, más allá de su función puramente decorativa.

Donovan se acercó a mí y bajó la voz.

—¡Lo he encontrado, Loanne! El Gran Secreto, el Enigma Supremo que tantos han intentado desvelar en vano, está aquí, ante tus ojos. Ese péndulo que va y viene una y otra vez ahí arriba, colgado de un punto fijo en el techo de este vestíbulo, es la clave para comprenderlo todo. Esa esfera dorada y brillante encierra la Única Verdad sobre un misterio milenario que explica por qué la sede de Naciones Unidas se situó aquí, en este punto exacto de Nueva York, y por qué alguien amenaza a la ONU con hacerla desaparecer de la faz de la Tierra.

—¿De verdad estás convencido de lo que dices? —pregunté, sin estar segura otra vez de si Donovan bromeaba o hablaba en serio.

—¡Te lo demostraré aquí mismo! ¡El escritor Umberto Eco lo sabía! ¡El muy cabrón lo sabía, y fue tan astuto que los engañó a todos! Engañó a los críticos literarios de todo el mundo, haciéndoles creer que en su genial novela se burlaba de los paranoicos que habían apestado la historia de la humanidad con ridículas leyendas esotéricas, secretos imposibles y conspiraciones diabólicas, cuando lo cierto es que les estaba poniendo delante de sus narices las claves del Plan Universal que concibieron los caballeros de la Orden del Temple hace más de setecientos años, y continuaron los masones hasta nuestros días.

Yo también había leído el libro hacía mucho tiempo, pero aún podía recordar que trataba sobre tres personajes relacionados con una editorial esotérica, que deciden divertirse inventando un «plan secreto» maquinado por los templarios en el siglo XIV, sin poder imaginar que lo que ellos concibieron como un juego apasionante acabaría convirtiéndose en una peligrosa conjura por arrebatarles su secreto.

—Pero ese libro sólo es una novela, Donovan, una extraordinaria ficción imaginada por Umberto Eco que nada tiene que ver con la realidad —repliqué a sus argumentos.

—¿No lo entiendes? Umberto Eco protegió el más valioso secreto masónico de la historia haciéndolo público en una supuesta sátira contra el esoterismo, pues nadie creería en un secreto que se contaba con pelos y señales en su novela y que conocerían millones de lectores en todo el mundo.

—Que yo recuerde, al final de la novela el secreto se desvanece, aunque el desenlace sea sorprendente —destaqué.

—Porque Umberto Eco no desveló toda la verdad sobre lo que él sabía. La verdad final está aquí, Loanne, en la sede de la ONU. Mira esto... —dijo Donovan, cogiendo el libro de mis manos. Buscó una página entre las muchas que había señalado y leyó —: «Pero, en resumidas cuentas, ¿qué secreto descubrieron los templarios?».

Luego continuó leyendo en la página siguiente:

—«Los templarios habían comprendido que el secreto no sólo consistía en disponer del mapa global, sino también en conocer el punto crítico, el Omphalos, el Umbilicus Telluris, el Centro del Mundo, el Origen del Poder».

Donovan alzó la mirada hacia mí con los ojos muy abiertos, interrogativos.

—¿Y dónde estamos nosotros ahora mismo? —preguntó.

—En la sede de Naciones Unidas —respondí.

—Efectivamente, ¿y qué son las Naciones Unidas sino el Centro del Mundo, el Origen del Poder del nuevo orden mundial que pretendían crear los masones desde hace siglos?

—Tu teoría tiene sentido... aunque es una coincidencia un poco forzada, ¿no te parece? —me atreví a plantear.

—Aún no lo has escuchado todo.

Donovan volvió a buscar otra página del libro de Umberto Eco. Cuando la encontró prosiguió con su lectura:

—«Así pues, los templarios habían organizado el Plan para que sólo sus sucesores, en el momento en que estuviesen en condiciones de utilizar correctamente sus conocimientos, descubrieran el sitio donde estaba el Umbilicus Telluris».

Hizo una pausa.

—¿Lo ves ahora? Los masones eran los únicos sucesores de los templarios que podían utilizar sus conocimientos, para descubrir el sitio donde estaba el Umbilicus Telluris, el Centro del Mundo, el Origen del Poder.

—¿A qué conocimientos se referían?

Donovan siguió leyendo:

—«Se dieron cuenta de que, para explotar plenamente su secreto, debían contar con una tecnología que tardaría al menos seiscientos años en desarrollarse...» —Y repitió—: Seiscientos años, Loanne, lo que nos traslada desde el siglo XIV a pleno siglo XX, fecha de construcción de la sede de Naciones Unidas en Nueva York, gracias a las tecnologías ya desarrolladas en ese tiempo.

Tengo que confesar que cada vez me sentía más turbada por la coherencia de Donovan. Nada era irracional o absurdo en su planteamiento, sino todo lo contrario.

—¿Y cómo descubrieron los masones que el Centro del Mundo estaba en Manhattan?

—¡Ahora has clavado el dardo en la diana! —exclamó Donovan, más animado aún.

Pasó algunas páginas del libro, hasta que encontró lo que buscaba y volvió a leer:

—«De acuerdo, supongamos que los templarios hayan utilizado el Péndulo para indicar la posición del Umbilicus. En lugar del laberinto, que sólo es un esquema abstracto, se extiende en el suelo un mapamundi y se decide, por ejemplo, que el punto marcado por el pico del Péndulo en determinada hora es aquel donde está

situado el Umbilicus. Pero ¿en el suelo de dónde? El lugar está fuera de discusión. Sólo puede ser Saint-Martin-des-Champs».

—¿Dónde está ese lugar? —pregunté.

—Es una iglesia de París, pero no me interrumpas ahora —dijo Donovan, y siguió leyendo de corrido—: «Pues bien, éste es el mecanismo. En el coro de Saint-Martin, hay una ventana que presenta una grieta en un punto donde dos vidrios de colores, o esmerilados, están unidos por varillas de plomo... Cuando sale el sol en determinado día del año, que sólo puede ser el alba del 24 de junio, día de San Juan, fiesta del solsticio de verano... ese mismo, ese día, a esa hora, el primer rayo de sol que penetra por la ventana ilumina el Péndulo, ¡y allí donde se encuentra el Péndulo cuando es iluminado por el rayo de sol, allí, en ese preciso punto del mapa, está situado el Umbilicus!».

—¿Y el Péndulo señaló Manhattan? —inquirí.

—Sin ninguna duda. Cuando los maestros masones de Europa y América se reunieron en la iglesia de Saint-Martin-des-Champs, después de la Segunda Guerra Mundial, al amanecer del día 24 de junio de 1945, y colocaron el péndulo en el centro del anfiteatro del coro, con un gran mapamundi sobre el suelo, la punta de la esfera señaló este lugar exacto de Nueva York. ¿No es increíble?

—Pero Umberto Eco no menciona a Nueva York en su novela —dije, asumiendo el papel de abogado del diablo.

—Era absolutamente innecesario que lo hiciera. ¿Por qué crees que cuelga este péndulo de Foucault de ahí arriba, si no es para señalar el Umbilicus Telluris, el Centro del Mundo, el Origen del Poder, que se sitúa exactamente debajo de donde nosotros estamos ahora? ¿Por qué crees que el Congreso de los Estados Unidos de América decidió por unanimidad, en diciembre del año 1945, invitar a Naciones Unidas a instalarse de forma permanente en el país, según había propuesto el presidente masón Franklin Roosevelt? ¿Por qué si no, el también masón y multimillonario John D. Rockefeller Junior, regaló 8,5 millones de dólares para la adquisición de los terrenos que nos rodean?

—Lo que no acabo de entender es qué hay bajo el Umbilicus Telluris, que lo convierte en un lugar tan especial.

Donovan volvió a abrir el libro de Umberto Eco.

—«Al lado de esto, la bomba atómica es una minucia» —leyó.

Yo no tenía la menor idea de lo que eso podía significar, pero, antes de que le preguntara, Donovan volvió a leer otra frase de la novela.

—«Es como transformar toda la Tierra en un acumulador de Orgones». —¿Orgones? ¡Pero si esa palabra es absurda...! ¡Se la inventó Umberto Eco!— exclamé, incrédula.

—No, no la inventó él. El orgón o la energía orgónica es una especie de energía

vital, pero Umberto Eco utilizó ese nombre para llamar así al yacimiento de uranio concentrado con una pureza de isótopo U-235 del 90%, que se encuentra bajo el Umbilicus Telluris, y que lo convierte en único en todo el mundo.

—¿Y qué es el uranio concentrado con una pureza de isótopo U-235 del 90%? Umberto Eco no hablaba de él.

Por segunda vez, Donovan no utilizó el libro de Umberto Eco para responder a mi pregunta. La explicación no estaba en el texto de la novela.

—Un tipo de mineral de uranio, inexistente en cualquier otro lugar del planeta, que no necesita ser enriquecido artificialmente para provocar reacciones en cadena de desintegración atómica. Tanta es su potencia nuclear que podría volar toda la Tierra en mil pedazos. Por esa razón la sede de la ONU se estableció sobre el desconocido yacimiento atómico de Manhattan. Nadie, salvo los maestros masones, debía conocer la existencia de ese poderoso yacimiento y, mucho menos, apoderarse de él. También por esa razón, el proyecto científico llevado a cabo por Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial para desarrollar la primera bomba atómica se llamó Proyecto Manhattan. El uranio que se utilizó fue extraído en secreto del Umbilicus Telluris, sobre el que nosotros estamos pisando en este momento.

—¿Quieres decir que estamos pisando sobre una bomba atómica? —pregunté alarmada.

—Así es, Loanne. Rayo y Trueno, ésa es la gran explosión nuclear con la que amenazan a la humanidad los asesinos de Nanlú Bomoe, en la nota que clavaron en su pecho después de ahorcarlo.

Capítulo 11

Estaba desconcertada, intranquila, asustada y, lo que era aún más desolador para mí, atrapada en una angustiada sensación de pasividad ante lo que estaba ocurriendo desde que Donovan me había hablado por primera vez del hombre negro ahorcado en la ONU, y de la amenaza apocalíptica de la nota clavada en su cuerpo desnudo. Tampoco podía comprender cómo Donovan mostraba tanta calma, después de haberme asegurado bajo el péndulo de Foucault de Naciones Unidas que todo el subsuelo del edificio y de esa parte de Manhattan era un yacimiento atómico natural que podía destruir en cualquier momento nuestro mundo globalizado, si la malvada sociedad secreta que él estaba intentando desenmascarar conseguía su propósito de hacerlo estallar.

—¡Te das cuenta, Loanne! Bastaría una pequeña bomba de fabricación casera para que se produjera una explosión en cadena bajo la superficie del planeta, tan veloz y potente como la que causó el asteroide que hace millones de años impactó sobre la Tierra y acabó con los dinosaurios —dijo, con el libro de Umberto Eco aún abierto en su mano.

En ese momento hubiera jurado que la voz de Donovan expresaba más entusiasmo por sus descubrimientos que una sincera preocupación porque sus terribles predicciones se hicieran realidad. Era como si la propia trascendencia de la conjura del caos que él iba desvelándome de un modo tan inexplicable como fantástico se empequeñeciera frente a la genialidad de su investigación.

—Pero... y el FBI, ¿no está haciendo nada para evitar que algo tan catastrófico pueda ocurrir? —pregunté, presa de una súbita y desagradable sensación de vértigo, debida, tal vez, a los efectos secundarios de la medicación del tratamiento de inseminación, que yo había mezclado durante el fin de semana con alcohol.

Donovan percibió que algo me pasaba.

—¿Te encuentras mal...? Te has puesto muy pálida... ¿Quieres que llame a un médico? —dijo, acercándose a mí y cogiéndome del brazo para evitar que cayera al suelo si me desmayaba.

Le indiqué con un leve gesto de la mano que esperara, a la vez que realizaba varias respiraciones profundas para relajarme y oxigenar mis pulmones. Lo había aprendido en el curso de control mental, y daba resultado.

—¿No estarás embarazada? —soltó Donovan, como si esa idea lo hubiera asaltado por sorpresa.

Sin saber por qué, su pregunta me hizo sonreír. Ese tipo de vértigos era frecuente en mujeres embarazadas, pero yo estaba segura de que no era mi caso, al menos por el momento.

—Deben de ser las pastillas que estoy tomando para la ovulación, sólo ha sido un

pequeño mareo. Ya me encuentro mejor —dije más animada, aunque sabía que mi explicación no le agradaría a Donovan.

—Lo que deberías hacer es dejar esas drogas de laboratorio y no volver a la maldita clínica de fecundación; seguro que están experimentando contigo como si fueras una cobaya.

Tuve la impresión de que Donovan se había vuelto demasiado obsesivo y receloso con todo y con todos, como si sólo pudiera ver la vida desde el confuso prisma de las conjuras secretas, los enigmas misteriosos o los presagios apocalípticos. A pesar de su coherencia, la teoría que Donovan me acababa de explicar con párrafos leídos del libro de Umberto Eco bajo el péndulo de Foucault de la ONU —donde aún continuábamos—, no sólo no tenía ningún respaldo científico sino que se trataba de una simple especulación conspirativa imposible de demostrar, a menos que el insólito yacimiento atómico nuclear del subsuelo de Naciones Unidas estallara de verdad, como anunciaba la nota del ahorcado.

Pero la imagen del péndulo siguió oscilando en mi mente durante horas, con la misma cadencia incansable con que lo hacía en el atrio de Naciones Unidas.

Cuando regresé a mi apartamento estaba aterida de frío. Me desvestí, me di una ducha rápida, me puse el pijama, preparé una infusión de hierbas relajantes y encendí el ordenador. Donovan se había empeñado en anular una cita para acompañarme pero conseguí convencerlo de que no era necesario que dejara sus compromisos de trabajo por mí. El vértigo había pasado, y además quería buscar en internet algún significado real, algún sentido verosímil a la insólita interpretación que Donovan había hecho sobre la teoría conspirativa desarrollada por Umberto Eco en su novela, pues me resistía a aceptar que bajo el suelo de Naciones Unidas se ocultara un yacimiento atómico capaz de hacer saltar la Tierra en pedazos si unos locos fanáticos, que se creían ungidos por el poder de los dioses como ángeles celestiales, decidían sembrar el caos en el mundo. No era ése el futuro que yo había imaginado para mi bebé.

Pero en el buscador Google no encontré otra cosa sobre el péndulo que un sinfín de explicaciones físicas y matemáticas —que fui incapaz de comprender—, además de otros muchos enlaces que destacaban el uso del péndulo como método de adivinación esotérica. Tampoco encontré nada que me pareciera interesante o enigmático cuando escribí en el buscador «péndulo de Foucault». Luego completé mi búsqueda añadiendo el nombre «Umberto Eco». Miles de páginas web se ocupaban de analizar la novela desde todos los puntos de vista posibles y, por lo que pude comprobar al visitarlas, muchas de las críticas literarias consideraban la novela una burla irónica sobre el esoterismo y sus sutiles formas de embaucar a los incautos e ingenuos que buscan sentidos ocultos más allá de lo aparente o lo visible. Me llamó la atención este planteamiento, pues Donovan se había referido expresamente a esos críticos cuando apenas hacía un rato, bajo el péndulo de Naciones Unidas, me había

asegurado que la intención de Umberto Eco al escribir la novela fue precisamente burlarse de ellos, al revelar a gritos el gran secreto de la masonería universal de manera que nadie le creyera, con lo que el misterioso secreto de la existencia de un yacimiento de energía nuclear bajo los rascacielos de Manhattan estaría mejor protegido de lo que sus guardadores habrían llegado a imaginar jamás.

Seguí ojeando en Google durante un buen rato, y ya me disponía a abandonar mi búsqueda cuando caí en la cuenta de que había una palabra que se repetía en varias páginas web que analizaban la novela del escritor italiano: paranoia.

En pocos segundos, la sangre comenzó a hervir en mis venas como la lava de un volcán en erupción, haciéndome temblar de nuevo. Pero no fueron las pastillas del tratamiento de inseminación las que me alteraron otra vez el pulso y la respiración. Fueron las preguntas que cruzaron por mi mente, mientras leía en un blog literario anónimo que «la genialidad de Umberto Eco radicaba en haber abordado la novela de intriga histórica desde una novedosa perspectiva, en la que ya no era el héroe paranoico quien buscaba la verdad de un misterio esotérico, desvelando entre mil peripecias y peligros los enigmas que lo ocultan, sino un héroe vulgar, que inventaba un valioso secreto por él desvelado, y que los demás creían con fe ciega como cierto, deslumbrados por los enigmáticos destellos con que envuelve su patraña». ¿Y acaso no era eso lo que estaba haciendo Donovan desde que me había hablado por primera vez del hombre negro ahorcado en Naciones Unidas y la conjura del caos que él estaba descubriendo? ¿Acaso yo misma no me había dejado cegar por los sutiles velos con que Donovan estaba envolviendo su relato sobre una noticia secreta que él mismo podía haber inventado? ¿Acaso no podía ser Donovan uno de esos héroes vulgares y paranoicos?

Comprendí entonces que el gran poder de seducción de los misterios esotéricos para quienes se aventuran en desvelarlos consiste, precisamente, en hacerlos caminar a través de un intrincado laberinto de espejos, donde no es posible encontrar otra salida que la que conduce de nuevo a la entrada. Y yo, sin darme cuenta, había entrado en el laberinto y no sabía cómo podía salir de él.

Capítulo 12

No fue hasta el día siguiente cuando vi el número del profesor Edgar Theroux parpadeando en la pantalla de mi móvil, mientras esperaba reunirme con el jefe de personal de una empresa de comunicación. Mentiría si negara que me ardió el estómago al comprobar que era él.

—¡Hola, señor Edgar!

—¿Cómo está, Loanne?

—Bien, gracias. He llegado a temer que no volvería a llamarme.

—Créame que lo siento, pero he estado en un congreso de filosofía en una universidad canadiense y no he podido contactar antes con usted. Acabo de aterrizar en el aeropuerto hace unos minutos.

—Espero que todo haya ido bien, señor Edgar. ¿Ha tomado ya una decisión? — quise saber. No podía disimular que estaba impaciente por conocer su respuesta.

—Sí, desde luego. He pensado mucho en su propuesta durante este fin de semana. No ha sido fácil para mí.

—¿Piensa decirme ahora qué ha decidido?

—No creo que el teléfono me permita explicarlo como sería mi deseo. Necesito verla, mirarla a los ojos, saber que comprende mis razones.

—Yo también estaré encantada si nos vemos de nuevo.

—En un par de horas podría estar en el «club de viejos filósofos». ¿Qué me dice?

—Me parece bien, señor Edgar.

Apenas una hora después tuve impreso mi pequeño dossier. No sólo había preparado una larga lista de preguntas, sino que también elaboré una breve memoria justificativa del artículo periodístico que me proponía escribir, y un esquema sobre el que establecer mis conclusiones, una vez que hubiese conversado con mi hipotético Dios. Introduje el dossier en una carpeta, cogí la grabadora, un par de discos con memoria suficiente para algunas horas y la batería de repuesto. Tenía el presentimiento de que el señor Edgar iba a aceptar mi propuesta, y era mi intención comenzar de inmediato, si él no tenía inconveniente.

Un taxi volvió a dejarme ante la puerta del «club de viejos filósofos». Esa vez no había nieve en la acera. Entré y pregunté al portero por el señor Edgar. Me dijo que el profesor acababa de llegar hacía unos minutos y me estaba esperando en el salón principal del club.

El salón estaba mucho más concurrido que en mi visita anterior. Grupos de hombres y mujeres se repartían por los numerosos sillones y sofás de la estancia, hablando animadamente. También vi a muchos jóvenes entre ellos, aunque la edad media de las mujeres superaba los cuarenta años. Uno de esos jóvenes, que por su aspecto supuse que sería un estudiante universitario, estaba junto al señor Edgar.

El joven se retiró discretamente al ver que me acercaba a ellos. Una secretaria anunció desde la puerta que en cinco minutos comenzaría la sesión en el salón de debates.

—Hoy tendrá que excusarnos por este jolgorio. Los martes son los días de encuentro entre profesores y alumnos de las facultades de filosofía, vinculadas con la vida del club —dijo el señor Edgar, después de darme la bienvenida con un delicado apretón de manos.

—¿Sobre qué debaten?

—Sobre todo lo que tiene interés para el pensamiento humano. Muchos de esos temas ya los conoce usted. De ellos se trata en mi ensayo. Si lo desea puede asistir un día a una sesión que le interese particularmente. Sólo tiene que decírmelo y lo propondré al consejo del club.

—Preferiría que mis inquietudes filosóficas se quedaran entre usted y yo —dije, consciente de mi premeditada «traición» a Donovan.

—Entonces no diré ni una palabra más sobre ese tema. Acompáñeme, hoy hablaremos en una sala más tranquila.

Era uno de los despachos que me había mostrado en nuestro anterior recorrido por las dependencias del club. La ventana daba a un pequeño jardín trasero del edificio.

A un lado de la sala había un par de butacas, junto a una mesita y una lámpara de pie. El señor Edgar había encargado que subieran un poco de café y unas botellas de agua. Nos sentamos uno frente al otro. Yo podía percibir la tensión de ambos flotando en la atmósfera reseca de aquel despacho. Fue el señor Edgar quien rompió el hielo, en medio de un calor asfixiante, cuando le pedí que abriera un poco la ventana.

—Es lógico que los dos estemos nerviosos, Loanne. Ser Dios o entrevistar a Dios no es algo que uno haga todos los días —bromeó.

No pude evitar sonreír. El señor Edgar tenía razón. Era una sensación incómoda, una vibración interior que ponía en alerta todos mis sentidos. Las técnicas de respiración que había aprendido me sirvieron para relajarme sin hacer ningún movimiento visible.

—Bien, señor Edgar, creo que debería ser usted quien hablara en primer lugar. Aún no ha contestado a mi propuesta.

—Le confieso que ha conseguido usted turbarme hasta un punto que jamás hubiese imaginado. No he dejado de pensar en su proposición desde que la escuché hace unos días. Al principio pensé que su idea era disparatada, como usted misma admitió. Sin embargo, nunca me ha gustado aceptar la apariencia de las cosas. Si fuese de otro modo, no sería filósofo. Por experiencia sé que siempre hay algo recóndito, más allá de la primera impresión; algo que es necesario desentrañar para poder tener una visión lo más nítida posible de la realidad, aunque la misma realidad sea engañosa. Habría sido muy fácil decirle que sí el primer día, pues al fin y al cabo,

usted me hablaba de un simple juego, de una aventura periodística intrascendente, si me permite decirlo así. Pero al pensarlo con detenimiento, descubrí que lo que usted me planteaba era mucho más comprometido y serio de lo que podía parecer a simple vista. En el mundo hay miles de millones de personas que creen en la existencia de Dios. Es verdad que no todos creen en el mismo Dios, como es verdad que cada uno de nosotros tiene su propia manera de interpretar esa creencia en la medida en que nos sirve para sentirnos más felices, más humanos, más cerca del cielo o, a veces, del infierno. Si yo aceptara ser Dios, como usted desea, ¿qué Dios sería? ¿Qué máscara o qué disfraz tendría que ponerme: el cristiano, el islámico, el judío, el hindú...? Porque para unos, Dios es el Creador; para otros, un salvador; muchos creen que es un profeta, un buda, un iluminado, el arquitecto del mundo o la Inteligencia del Universo. —El señor Edgar se puso en pie y cogió una pequeña escultura que había sobre la mesa. Continuó hablando con ella en sus manos, como si quisiera ilustrar de algún modo sus palabras—: También hay quien piensa que es un tótem, una efigie, un ídolo o una simple imagen a la que adorar con ritos arcanos, oraciones, ofrendas, plegarias, boatos y supersticiones... No quiero cansarla, Loanne, pero convendrá conmigo en que son demasiadas alternativas para un mismo fenómeno. Por esa razón muchos filósofos, entre los que me incluyo, intentamos despojarnos de las cargas ideológicas y religiosas que arrastra la historia sobre Dios. Cuando reflexionamos sobre Él intentamos olvidar lo que otros seres humanos han dicho o escrito antes que nosotros. Quiero decir que no es posible hablar de Dios sin esos antecedentes, salvo que sea para afirmar la absoluta inexistencia de Dios. Cuando a Dios se le priva de esa tradición emocional, cuando se le enfrenta a la cruda evidencia de los hechos, de las causas, de los resultados o las consecuencias, Dios se desvanece como una quimera y tiene muy poco que decir. A lo sumo, que ni siquiera Él sabe realmente quién es. Y si lo sabe será su secreto, un secreto que nosotros no podremos desvelar nunca. Y si lo hacemos, habrán pasado tantos miles o millones de años, que el ser humano de entonces no tendrá nada que ver con el de hoy, si es que ha logrado sobrevivir a las tempestades del tiempo... —Hizo una pausa y bebió un poco de agua. Luego continuó—: Mire una noche estrellada el universo, Loanne. Hágame caso... mírelo con detenimiento y pregúntese qué es esa maravilla inalcanzable, ese prodigio infinito del que formamos parte desde hace millones de años. Entonces comprenderá que lo realmente fantástico no es encontrar la respuesta verdadera sobre Dios, sino ser capaz de hacerse esa eterna pregunta.

El señor Edgar se quedó en silencio, mirándome.

—Creo que le he comprendido —admití, sin saber qué más podía decir.

Capítulo 13

Los Cloisters son desconocidos por la mayoría de los neoyorquinos, a pesar de que forman parte del Metropolitan y de que en ellos se encuentra el único museo de arte medieval de todo Estados Unidos. Se trata de una antigua abadía de estilo románico y gótico reconstruida en la cima de la colina de Fort Tyron Park, al norte de Manhattan, a partir de cinco claustros auténticos de los siglos XII al XIV, traídos a Nueva York desde Francia y España durante los años veinte del siglo pasado. La primera vez que visité ese idílico lugar fue hace más de quince años, pocos días después de conocer a Donovan en la Escuela de Periodismo. De no haber sido por él, yo nunca habría descubierto entonces que, junto a los gigantescos rascacielos de cristal y acero de la Gran Manzana, se alzaban algunas construcciones de una Edad Media que en la historia de América nunca existió.

Aún recuerdo la felicidad que expresaban sus ojos cuando, al terminar las clases de aquel lejano día en la universidad, me preguntó:

—¿Quieres hacer un viaje en el tiempo?

—¿Al pasado o al futuro? —se me ocurrió contestar.

—El futuro no es muy alentador, prefiero el pasado.

—Yo me quedo con el presente, es lo único real.

—Entonces viajaré yo solo, vivimos en dimensiones muy distintas, querida —dijo con gestos de actor.

Creí que Donovan trataba de impresionarme con alguna invitación para ver una obra teatral o musical de Broadway, pues unos días antes yo misma le había comentado mi interés por disfrutar pronto de la intensa vida cultural de Nueva York, pero lo cierto es que no dijo nada más, y me dejó plantada en el pasillo del aula, entre una jauría de estudiantes novatos y ruidosos. Así que fue una sorpresa para mí que a la mañana siguiente me llamara por el interfono de mi pequeño estudio en el Village, después de dejar un lujoso descapotable aparcado en la calle.

—Hola, Loanne, soy Donovan, hace un día espléndido... y no me iré de aquí hasta que aceptes viajar conmigo en mi máquina del tiempo.

Desde aquel viaje fantástico a los Cloisters, Donovan y yo volvíamos todas las primaveras para pasear entre las columnas de un pasado medieval tan lejano como apasionante. Incluso fue allí donde Donovan me habló por primera vez de su pasión por los misterios de la Edad Media y el origen de las sociedades secretas. En una de nuestras primeras visitas, al entrar en una pequeña capilla del museo, en cuyo centro reposaba la tumba tallada en piedra de un joven caballero medieval sin nombre, Donovan me contó una leyenda escondida en la ciudad de Nueva York sobre una enigmática sociedad secreta llamada Kót, que un chico y una chica adolescentes lograron desvelar a través de un juego virtual.

Sin embargo, esta vez no me acompañaba Donovan ni era un día soleado de primavera. Era un día frío de invierno, los Cloisters estaban cubiertos por una masa de nubes muy negras, y la colina de Fort Tyron Park por una blanca capa de nieve, que también cubría los tejados de la abadía. Alessia estaba dentro de su viejo Cadillac, con el motor encendido y la calefacción a tope. Dejé aparcado mi coche junto al suyo y le hice una indicación con la mano para que saliera del auto.

—¿No crees que habríamos hablado con más comodidad en cualquier cafetería del Bronx? —me preguntó Alessia, después de salir a regañadientes del coche.

—Me apetecía volver a visitar este museo. Considéralo un antojo vital para una mujer embarazada.

—¡Pero si aún no estás preñada! —protestó Alessia, riendo.

—Pero lo estaré muy pronto.

—Tienes demasiadas ojeras, y eso no me gusta, deberías cuidarte más.

—Es el frío, nunca me he sentido mejor —respondí mientras subíamos las escaleras interiores del museo medieval.

—Algo te preocupa, lo sé, no hay más que mirarte a los ojos. ¿Vas a decirme de una vez qué es lo que te pasa?

Antes de que pudiera contestarle llegamos al mostrador de venta de los tiquets de acceso. Un grupo de osados turistas invernales acababa de entrar antes que nosotras. Permanecimos en silencio mientras yo pagaba con mi tarjeta de crédito. Luego nos adentramos en el museo medieval lanzando vaho por la boca como dos espectros encadenados a un destino irremediable, y sentí que volvía a viajar en el tiempo.

—¿Alguna vez has adivinado el futuro con un péndulo?

Alessia abrió sus grandes ojos negros con brusquedad.

—No, no me siento muy segura de mis dotes paranormales cuando utilizo objetos metálicos. Pero si querías que adivinara tu futuro podrías haber venido a mi casa; no me he traído las cartas de Tarot —murmuró con buen humor.

—Vives en un barrio demasiado peligroso para que una chica blanca como yo ande sola por la calle. Además, ya sabes que no me gusta jugar con el destino. Lo que tenga que ser... será, lo leí en algún libro.

—Entonces no comprendo a qué se debe tu inusitado interés por el futuro. En la cabaña de Harriman Park ya hablamos sobre ello.

—No es el futuro lo que ahora me interesa.

—Tú misma, pero yo ya sé si tu bebé será niña o niño. ¿Quieres saberlo?

Las dos sonreímos.

—No, prefiero que sea una sorpresa, te lo he dicho muchas veces.

Una mano de Alessia hurgó en su bolso. Sacó una cajita de madera muy pequeña, como las que guardan una valiosa joya, y me la dio.

—Ahí dentro hay una bolita de color rosa o celeste. Si alguna vez deseas saber

cuál será el sexo de tu bebé sólo tienes que abrir la caja.

—¿Y si te equivocas?

—Será porque tu bebé piensa cambiar de sexo cuando sea mayor —dijo Alessia riendo.

Yo también reí.

—Lo comprobaremos cuando nazca, y luego que él o ella decida libremente.

A cada paso nos deteníamos frente a las esculturas de madera policromada expuestas junto a las paredes de piedra del museo medieval, contemplándolas sin verlas mientras hablábamos.

—¿Por qué me has preguntado por el péndulo? —inquirió Alessia, retomando el rumbo inicial de nuestro diálogo.

—Hace poco estuve en Naciones Unidas y me fijé en el péndulo de Foucault del vestíbulo. No sé... despertó mi interés...

Alessia me interrumpió.

—¿Seguro que sólo fue eso?

—Sí, en serio... —dije sin mucho convencimiento—. Me pareció fascinante la continua oscilación de la esfera en el vacío.

—¿Sabes lo que creo? —preguntó Alessia, achicando sus enormes ojos negros como si se dispusiera a darme una reprimenda.

—Yo no tengo poderes de adivinación como tú —respondí con una sonrisa.

—Adivinar tus emociones nunca ha sido difícil para mí, pero ahora no consigo ver con claridad qué es lo que está pasando por tu cabeza y, menos aún, por tu corazón. Pero creo que el péndulo de Foucault de la ONU despertó algo más que tu curiosidad por la física del movimiento pendular. ¿Me equivoco?

—No, no te equivocas.

—Entonces déjame que intente adivinarlo —dijo Alessia, deteniéndose bajo el arco de entrada a uno de los claustros de la abadía.

Cerró los ojos durante unos segundos y respiró con lentitud, como si aspirara el aire para detectar en sus partículas el flujo invisible de mis pensamientos. Luego cogió mi mano derecha y la acarició.

—Quédate aquí un momento —dijo, mientras se adentraba en el claustro, y comenzaba a caminar en silencio entre las columnas con la misma lentitud con que debieron de pasear los monjes de la Edad Media en sus horas de meditación, hacía más de setecientos años.

Alessia tenía razón. No era mi curiosidad por la explicación científica del movimiento pendular lo que me había impulsado a citarla en los Cloisters esa mañana helada de invierno; ni siquiera tenía el más mínimo interés por conocer detalles sobre el poder mágico del péndulo para adivinar el futuro. Y ella lo sabía.

Cuando terminó de recorrer el pequeño claustro, Alessia regresó a mi lado con la

serenidad de quien acaba de realizar un breve viaje iniciático para buscar las respuestas al sentido de su vida.

—Creo que ya sé a qué se ha debido tu inesperado interés por el péndulo.

—¿No necesitas utilizar las cartas de Tarot para hacer tus vaticinios? —pregunté.

—Las hechiceras de mi antigua tribu en África nunca necesitaron esos artilugios para leer las señales del alma. Y yo sólo uso las cartas como un juego divertido.

—¿Y qué señales has visto?

—El péndulo es un símbolo de repetición cíclica, que va y viene incansablemente de un extremo a otro de su recorrido para señalar el carácter dual y antagónico de la existencia humana y del propio universo que la contiene. De un modo u otro todo se desenvuelve entre los polos opuestos y la línea invisible de sus oscilaciones: el bien y el mal, el amor y el odio, la alegría y la tristeza, la paz y la guerra, el placer y el dolor, lo relativo y lo absoluto, la pobreza y la riqueza, lo real y lo imaginado, la vida y la muerte... Cada ser humano pasa la mayor parte de su tiempo vital entre un sinnúmero de polos opuestos: el día y la noche, el frío y el calor, lo visible y lo invisible, la calma y la agitación, lo hermoso y lo feo, la materia y el espíritu, la fe y la razón, lo divino y lo humano... La lista sería interminable. Pero el péndulo sólo alcanza el punto ideal de equilibrio cuando deja de moverse de un lado a otro y permanece, vertical e inmóvil, en el centro de sus líneas de oscilación. Cuando eso ocurre, el péndulo en equilibrio simboliza la muerte pues, después de ella, ninguna de las muchas dualidades de la vida marcadas por el péndulo son ya posibles.

—Sinceramente, no sé qué tiene que ver conmigo toda esa simbología —dije.

—Tú no eres una excepción a esa evidencia. Nadie lo es, Loanne. Y juraría que hay algo dentro de ti que está luchando por detener ese péndulo que desde hace días te hace ir de un lado a otro de algún problema que te causa una ansiedad insoportable.

—Se quedó pensativa un instante y continuó—: Pero no se trata de tu proyecto de embarazo... no, no es eso. Incluso me atrevería a decir que tampoco es algo que tenga que ver con el profesor Theroux, ni con tu despido del periódico... Es algo más sutil, más difuso, como la línea que separa la verdad de la mentira...

Alessia hizo una pausa, como si se esforzara por ver entre nebulosas un punto de luz lejano y confuso.

—Se trata de Donovan, ¿verdad?

La seguridad de Alessia me petrificó.

—¿Cómo lo has sabido?

—Sólo he leído algunas señales en tu alma. Pero créeme, no consigo ver mucho más allá de una imagen borrosa. ¿Quieres que hablemos de ello? Supongo que por ese motivo me has llamado esta mañana y me has citado aquí.

No había sido fácil para mí tomar la decisión de hablar con Alessia sobre Donovan, y contarle lo que estaba ocurriendo. Tampoco estaba segura de que debiera

darle a Alessia detalles sobre la conjura del caos que Donovan me había contado. Así que decidí plantear el asunto desde una posición aséptica y abstracta, evitando revelar la noticia secreta que Donovan me había confiado.

En nuestro paseo por la Edad Media europea nos encontramos con la cafetería del museo, situada junto a uno de los claustros. Había unas mesas libres y nos sentamos para tomar un té.

—La verdad es que estoy un poco preocupada por Donovan. Últimamente nos hemos visto con cierta frecuencia, y tengo la impresión de que le ocurre algo... No sabría decirte de qué se trata exactamente, pero es posible que su mente esté imaginando cosas irreales, historias que no tienen mucho sentido, aunque él parece creer en ellas ciegamente.

—Sinceramente, Donovan siempre me ha parecido un poco paranoico. No conozco a nadie más que tenga una especie de búnker antinuclear en el sótano de su casa —dijo Alessia con un gesto desdeñoso.

—Sí, no es la primera vez que te lo escucho decir, pero yo no lo había visto comportarse de un modo tan extraño desde que le conozco. Creo que está demasiado obsesionado con esas historias, como si no pensara en otra cosa, ni siquiera cuando duerme, si es que lo hace.

—¿Qué historias te ha contado?

—Le juré a Donovan que no hablaría con nadie sobre ello...

Alessia me interrumpió con una mirada vehemente.

—Entonces no sé de qué manera puedo ayudarte.

—Necesito que me hagas un favor...

—Suéltalo de una vez, no me gustan las intrigas —dijo Alessia, volviendo a sonreír.

El corazón me palpitaba con el sonido sordo de un bajo eléctrico tocado de un modo trepidante. El paso que iba a dar significaba una nueva traición a la confianza que Donovan había depositado en mí, pero no se me ocurría otro modo de comprobar si la historia de la noticia secreta era real o una alucinación de su mente, trastornada por alguna psicosis de la que él mismo ni siquiera tenía conciencia.

—Se trata de un hombre negro recién llegado a la delegación de Uganda en Naciones Unidas, para formar parte de las comisiones humanitarias en África central. Se llama Nanlú Bomoe —expliqué, mientras sacaba de mi bolso una pequeña nota—. Éste es el número de teléfono de la delegación de su país en la ONU, lo busqué en Google; sólo tienes que preguntar por él y concertar una cita personal para hacerle unas fotos y una breve entrevista que publicarás en el periódico.

—¿Una entrevista...? ¿Y qué quieres que le pregunte?

—Puedes tratar el tema de la situación actual de la ayuda humanitaria de la ONU en el centro del continente africano, o algún asunto relacionado con las oenegés que

colaboran con su país, o sobre tu interés por viajar a Uganda como cooperante... ¡qué sé yo! Tú dominas esos temas mucho mejor que yo, no te será difícil hablar sobre ellos. Si lo haces bien hasta es posible que te den el premio Pulitzer de periodismo — dije sonriendo, para quitarle trascendencia al asunto. Además de sus dotes de adivina, Alessia sabía cómo realizar su trabajo de reportera.

—¿Y para qué necesitas las fotos?

—Tienen mucho que ver con Donovan.

—¿No puedes decirme nada más?

—No, no puedo decirte nada más, por ahora.

Capítulo 14

Estaba dormida cuando sonó el timbre de la puerta insistentemente. Di un salto y salí de la cama. El timbre seguía sonando como si alguien quisiera decirme algo muy urgente. Miré el reloj: eran las dos de la madrugada. El temor a que hubiese algún incendio en el edificio me asaltó de inmediato. Corrí a abrir. Tras la mirilla estaba Donovan. Al menos no arderíamos vivos esa noche, pensé. Pero a Donovan le ocurría algo. Entró como si lo persiguiera un fantasma, y cerró bruscamente la puerta.

—¡Alguien me está siguiendo! —dijo con cara de temor.

Antes de que yo pudiese preguntarle quién le seguía, corrió hasta el salón. Sin encender la luz, se ocultó tras la cortina y miró por el ventanal. Me hizo una indicación con la mano para que no me acercara.

—¿Qué ocurre? —pregunté, tan bajo como me fue posible.

—Apaga la lámpara del dormitorio —susurró Donovan.

Hice lo que me pidió y regresé al salón.

Unos tenues rayos de luz se colaban desde la calle, convirtiendo la oscuridad en penumbras.

—¿Puedes ver a alguien? —insistí.

—Sí, están ahí, disimulando junto a la esquina.

Me acerqué a la ventana y los vi. Eran dos hombres.

—¿Qué ha pasado? ¿Has tenido algún problema?

—No, no es eso. ¿Te importaría prepararme un café bien cargado, por favor? Te lo explicaré con detalle cuando me haya calmado un poco.

Fui a la cocina y puse la cafetera. También encendí un cigarrillo. Siempre tengo tabaco en la cocina. Donovan me había puesto nerviosa. Pensé que habría bebido demasiado pero no mostraba síntomas de estar ebrio. ¿En qué lío se habría metido?

Sentado en mi sillón de lectura, Donovan seguía con la mirada puesta en la calle. Le acerqué su café y me acomodé en el sofá, apartada del ventanal.

—Son un par de matones. Están ahí abajo esperando a que vuelva a salir, lo sé —dijo Donovan, después de llevar la taza de café a sus labios.

—¡Llamaré a la policía! —exclamé asustada.

—¿Y qué vas a decirles, que hay unos tipos sospechosos fumándose un cigarro en una esquina de tu calle?

Donovan tenía razón. Hablar con la policía no habría servido de mucho. Incluso podría haber complicado aún más las cosas.

—¿Sabes al menos por qué te siguen?

—No, no tengo ni idea.

Di un par de caladas seguidas al cigarro. Las manos aún me temblaban.

—¿Cómo te diste cuenta de que seguían tus pasos?

—En el momento en que salía de un bar de copas. Estaba con unos amigos del Centro de Noticias celebrando un cumpleaños, cuando me acerqué a la barra para pedir una botella de agua. En ese momento sentí que alguien me miraba disimuladamente...

—¿Lo sentiste?

—Sí, fue una de esas sensaciones inconscientes, como cuando vas en coche y percibes que alguien te mira y giras la cabeza automáticamente y compruebas que el conductor de otro coche te está mirando de verdad. ¿Sabes lo que digo?

—Yo también he tenido esa sensación alguna vez —acepté.

Donovan seguía mirando hacia la ventana, aunque estaba más tranquilo. Yo sabía que Donovan no era un cobarde ni un apocado.

—Perdona, te he cortado —añadí.

—No importa... entonces me di cuenta de que eran los mismos tipos que había visto hablando junto a un coche al salir del restaurante donde habíamos cenado.

—¿Seguro que eran ellos?

—Tan seguro como que estoy hablando contigo. Pero tampoco le di más importancia. Pensé que sería una simple coincidencia. Al salir del bar de copas, me despedí de mis amigos y fui a buscar el coche.

—¿Fuiste solo?

—Mis amigos aparcaron en un lugar distinto. Yo lo tenía en la calle, no muy lejos del bar. Sentí unos pasos y miré hacia atrás: los dos tipos venían detrás de mí. Luego corrí hasta el coche y arranqué tan pronto como pude. Pensé despistarlos e ir a mi casa por otro camino, pero algo me impulsó a venir a tu apartamento y comprobar si aún me seguían. Pueden ser un par de atracadores que planean desvalijarme cuando llegue a mi casa, no se me ocurre otra cosa.

—Has hecho bien en venir aquí. Esta zona es más segura que la solitaria urbanización en la que vives. Todos los días hay noticias sobre asaltos domiciliarios en Nueva York. Son gente muy violenta y peligrosa.

—Esos tienen toda la pinta de llevar pistolas.

Por un instante pensé en que los tipos que lo seguían tuviesen algo que ver con la sociedad secreta que Donovan se había empeñado en buscar. La historia que me contó bajo el péndulo de Foucault en el vestíbulo de la ONU, hacía unos días, era tan inverosímil como inquietante. Estuve tentada de preguntarle si se había metido en algún problema relacionado con la conjura que amenazaba con hacer desaparecer la sede de Naciones Unidas y quizá el mundo entero, pero era demasiado tarde, estaba cansada, y sólo me apetecía seguir durmiendo. Así que me limité a decir:

—¿Hay algo de lo que deberías hablarme, Donovan?

—No sé a qué te refieres... —dijo, sorprendido.

—Me preocupa que puedas tener problemas con el asunto de la ONU. Todo lo que

me has contado es tan extraño y misterioso...

Donovan se acercó a mí y me abrazó.

—Vamos, vamos, Loanne..., no ocurre nada, sólo son unos matones callejeros. ¿Por qué no vuelves a la cama? Yo esperaré un rato, antes de irme a casa.

—¿Dónde has dejado el coche?

—A una manzana de aquí.

—Quédate hasta mañana, puedes dormir en el sofá.

—¿De verdad que no te importa?

—Los dos estaremos más tranquilos.

—Es posible que esos tipos ya se hayan ido —dijo, mirando de nuevo afuera.

—Es igual... Si te vas ahora no pegaré ojo en lo que queda de noche.

—Eres un encanto.

—Te traeré un edredón.

Me fue imposible conciliar el sueño durante un par de horas. Metida en la cama y con los ojos cerrados los pensamientos y las imágenes se sucedían en mi mente como las secuencias trepidantes de un documental televisivo.

Donovan se marchó antes de que yo me despertara. Me había dejado una nota en el espejo del cuarto de baño:

¡Gracias por tu hospitalidad! Esos tipos no tuvieron paciencia ni valor para esperarme. Estaba dispuesto a partirles la cara... ¡Ja! No te lo creas. Ya hay gente por la calle. No te preocupes por mí. Te quiero,

DONOVAN

Capítulo 15

Aunque el señor Edgar no había aceptado convertirse en Dios tal y como yo pretendía, me llamó por teléfono y se ofreció a ayudarme a escribir mi artículo, dándome su opinión personal sobre cómo creía él que respondería Dios a las preguntas de mi entrevista, si llegase alguna vez a ser uno de nosotros.

—¿Y no es lo mismo? —le pregunté, impresionada de nuevo por su sorprendente modo de ver las cosas.

—No, Loanne, no es lo mismo que hable Dios a que sea yo quien hable por él. Eso es lo que han hecho los hombres desde que lo crearon, y así nos ha ido. Yo sólo seré uno más en hablar en nombre de Dios. Lo haré por usted.

Había quedado en reunirme con él en la Universidad de Columbia. Mientras viajaba en el autobús repasé mi dossier. Releí la introducción que había preparado una y otra vez. Quería sentirme segura de lo que iba a decir. Ahora ninguno de los dos representaría un falso papel de teatro. Yo sería la periodista que soy y el señor Edgar el filósofo que es. No habría trampas ni decorados. «La palabra volvería a ser del hombre y no de Dios», escribí en mis notas, sin poder creer que hubiese sido yo sola quien había llegado a esa conclusión.

Fui con tiempo suficiente para asistir a una de sus clases. Creo que él no me vio entre sus alumnos, pero yo pude comprobar la admiración con que todos escuchaban sus palabras. También a mí me impresionó observar al profesor Edgar Theroux en su ambiente cotidiano, mientras sonaba el eco de su voz entre las paredes y las columnas de aquella aula inmensa forrada de madera, como si fuese un viejo y sabio filósofo de la Grecia clásica. Cuando terminó la clase esperé a que salieran todos los alumnos y me quedé sentada en la línea de escritorios de la cuarta fila.

—¡Ha sido una clase magistral, señor Edgar! —exclamé con leves aplausos.

—¿Loanne...? ¿Qué hace usted ahí sentada? —preguntó sorprendido, mirándome por encima de las gafas que usaba en sus clases. Yo siempre le había visto con lentillas.

Bajé hasta el estrado y me situé a su lado.

—¿Prefiere que vayamos a mi despacho? —dijo.

—Me gustaría poder entrevistarle aquí, en su clase.

—De acuerdo, siéntese a mi mesa, yo permaneceré de pie. Será como si diera una clase particular a mi alumna más aventajada —aceptó con humor.

Antes de comenzar la entrevista, le dejé al señor Edgar la introducción que había escrito para el reportaje. La leyó con detenimiento y luego me dijo que le gustaba, que había conseguido expresar con acierto el propósito de mi reportaje periodístico. Ese día el señor Edgar vestía de un modo más informal, sin corbata. Llevaba un polo negro bajo la chaqueta de color beige con finas líneas de un gris muy oscuro.

—¿Podemos empezar, entonces? —pregunté.

—Cuando quiera.

Mi intención era hacerle todas las preguntas sin interrupción, una tras otra, sin comentarios ni valoraciones. Me removí en mi asiento de un modo ostentoso y respiré profundamente, como si quisiera bromear con mi nerviosismo. El señor Edgar sonrió.

—Tranquilícese, Loanne. Piense que no es a Dios a quien tiene usted delante.

—De acuerdo, señor Edgar. Entonces comencemos.

Me acerqué a la grabadora y la accioné sobre la mesa.

—¿Qué palabra cree usted que emplearía Dios para definirse a sí mismo?

—¿Una sola palabra?

—Sí, una sola.

—Desconocido.

—¿Y dónde habita?

—En la mente de todos los hombres. No hay otro lugar. Para unos es un ser visible, para otros no es más que un fantasma.

—¿Podría decirme quién creó a Dios?

—Usted ya lo sabe.

—¿Quiere decir que lo crearon los hombres?

—Quién si no.

—¿Cree usted que a Dios le agradaría su idea?

—No creo que le pusiera muchos inconvenientes.

—¿Cuál es la misión de Dios en el Universo?

—Darle un sentido a la existencia del ser humano.

—¿El ser humano sabe realmente quién es Dios?

—Sería prudente decir que cree saberlo.

—¿Y Dios qué piensa sobre eso?

—Que todos están equivocados. Él aún no ha dicho ni una sola palabra.

—¿Y qué me dice de sus mensajeros?

—¿A qué mensajeros se refiere?

—A todos los que afirman que Dios les ha hablado y aún les habla.

—Usted misma ha estado a punto de ser uno de ellos.

—Estaba equivocada, lo siento... Pero eso no responde a mi pregunta.

—Ningún mensajero ha mostrado sus credenciales, que se sepa. Y, a veces, esos mismos mensajeros de Dios han portado los estandartes del diablo.

—¿Hablará Dios algún día?

—Si lo hiciera nadie le escucharía.

—Quizá haya mucha gente que estaría dispuesta a seguirlo, ¿no cree?

—Seguirlo adonde.

—No sé... a cambiar de verdad el mundo.

—Entonces lo matarían, no le quepa la menor duda.

—Podría hacerlo en secreto.

—Me temo que si Dios se ocultara entre las sombras podrían confundirlo con el diablo. Eso sería aún más peligroso. Moriría por nada, como un farsante. Todos le escupirían a la cara. Ya existe algún antecedente.

—¿Y qué me dice de sus poderes?

—Hay muchas habladurías sobre eso. Ante el hombre, Dios es un ser débil e indefenso. Sus armas no matan.

—Entonces, ¿cómo piensa cambiar el mundo?

—Necesitaría aliados que creyesen realmente en Él.

—Pero la historia volvería a repetirse.

—La historia siempre se repite. Hasta que aprendamos de una vez las sencillas lecciones que nos enseña.

—Y Dios, ¿cree en el hombre?

—Cómo podría no hacerlo. El hombre es también una consecuencia de Dios.

—Entonces, ¿en qué quedamos, señor Edgar?

—Discúlpeme, no la he entendido.

—¿Fue el hombre quien creó a Dios, o es el hombre una consecuencia de Dios?

—Si Dios fue creado por el hombre para comprender lo inexplicable, también el hombre es una consecuencia de Dios. Nosotros somos el gran misterio del Universo, no Él.

—¿Cómo ve Dios nuestro mundo?

—Como un gran logro humano, teniendo en cuenta que partimos de cero. Apenas éramos un diminuto cerebro frente a las garras y los colmillos de fieras gigantescas. Luego llegó el fuego y lo cambió todo.

—En todo caso, Dios debería haber evitado que el hombre llegara a matar a otro hombre. Este mundo habría sido más humano. ¿Qué piensa Dios sobre esto?

—Esa responsabilidad nunca le correspondió a Dios. El cerebro del hombre no es perfecto, y sus instintos primarios siguen siendo los de un animal. Había que sobrevivir. Hoy es distinto, salvo cuando la maldad nos domina o volvemos a sentir que nuestra vida está amenazada. La bestia sigue estando dentro, rugiendo en silencio.

—¿Quién diría Dios que es el diablo?

—Diría que el diablo es esa bestia.

—Enfermedad, dolor, hambre, injusticia, destrucción, violencia, guerra, muerte...

—Pedirle a Dios que lo remedie sólo es una forma de esperanza, a sabiendas de que la vida tiene un componente de brutalidad que se manifiesta desde el nacimiento. El dolor, la enfermedad y la muerte también forman parte de la vida.

—¿Un castigo divino?

—Una consecuencia del caos que dio paso a la vida. El azar no tiene leyes, Dios lo sabe y no puede hacer nada por evitarlo. Quizá el hombre alcance algún día la inmortalidad, y la paz universal. Entonces todo será perfecto. Un nuevo ser humano para un mundo nuevo.

—El comienzo de una nueva era —dije, recordando la nota de la noticia secreta.

—Sí, aunque no me gusta ese modo de llamarlo, tiene mucho de religión esotérica.

—¿Un mundo nuevo, entonces?

—Eso es.

—¿Y cuándo llegará?

—El ser humano va camino de lograrlo. Pero tiene que entender que la nuestra es sólo una etapa más en la larga cadena evolutiva. Si lo piensa, verá que en apenas unos miles de años hemos pasado del hacha de piedra a viajar hasta la Luna, enviar sondas a Marte o a establecer una estación espacial permanente, como la MIR. Sin embargo, aún es demasiado pronto para que llegue el final.

—No todos piensan que el futuro será tan esperanzador. —Hay quienes auguran un gran desastre cósmico, provocado por el hombre o por alguno de sus dioses.

—Los apocalípticos deberían mirar más a su alrededor.

—¿Qué ocurrirá cuando el ser humano desvele todos los enigmas?

—Si eso ocurre ya no habrá nada que explicar. El círculo se habrá cerrado y el ser humano se encontrará con Dios. Al fin podrá comprender el «Gran Misterio».

—¿Será un momento dichoso?

—¿Para el hombre o para Dios?

—Para ambos.

—Ninguno de ellos podría imaginar un final más feliz.

El señor Edgar estaba cansado. No dijo nada, pero yo lo intuía. Bastaba mirarle a los ojos. Era como si hablar de lo que Dios podía pensar sobre sí mismo y sobre nosotros, los humanos, lo hubiese consumido de súbito. Le sugerí que interrumpiéramos nuestra entrevista para que descansara un poco y le pareció bien. En ese momento miré el listado de mis preguntas; aún me quedaban muchas por hacerle. Pensé que lo mejor sería seguir otro día. Así, yo podría repasar la grabación con detenimiento y comenzar a transcribir sus respuestas. El primer bloque de temas que yo había previsto tratar ya lo habíamos completado. Pero aún quedaban otros menos abstractos y mucho más comprometidos, que también me interesaba analizar en mi artículo. Era demasiado para una sola sesión.

—¿Qué tal si lo dejamos para otro día? —propuse.

Me dio la impresión de que el señor Edgar respiró aliviado.

—Le agradezco su consideración, Loanne. Si algo he comprobado hoy es que

hablar en nombre de Dios es agotador, puede creerme.

—No lo dudo, señor Edgar. ¿Cuándo le parece que sigamos?

—Pasado mañana me vendría bien; a esta misma hora, ¿ya usted?

—Yo estoy en paro, tengo todo el tiempo del mundo.

Antes de despedirnos, el señor Edgar recordó algo.

—¡Casi me olvidaba! Iba a decirle que al llegar esta mañana al club una de las socias, muy amiga mía, me entregó unas invitaciones para asistir a la inauguración de una exposición de pintura en una galería de Chelsea. Su marido se ha puesto enfermo y ellos no podrán ir. Son para mañana noche, y he pensado que tal vez le gustaría asistir conmigo.

No lo dudé.

—¡Claro, me apasiona la pintura!

—Cuánto me alegra saberlo. La exposición se titula «Materias desde la nada», de la pintora Klot Venvar, una artista muy actual y apreciada por la crítica, creo.

—¡Oh, señor Edgar, le agradezco mucho su invitación! —exclamé ilusionada.

—¿Pinta usted, Loanne?

—No, nunca he tenido dotes creativas. Cuando era niña estudié violín en el conservatorio. Mi madre es chelista, y quería que yo estudiara la carrera de música, como ella. Aún conservo el pequeño violín que entonces me regaló. Para mí es como un juguete mágico.

—¿Un talismán?

—Algo parecido, aunque soy bastante incrédula con ese tipo de supercherías.

—¿Quiere usted que la recoja en alguna parte?

—No se moleste, yo vivo en el Village, podemos quedar en la puerta de la galería. ¿A qué hora le parece?

—¿A las siete le va bien?

—Sí, desde luego. Ha sido una suerte para nosotros, pero lo siento por sus amigos.

—No lo lamente por ellos, la enfermedad del marido no es nada grave y además odia la pintura abstracta. Es ella la aficionada —dijo sonriendo.

—Le veré mañana, entonces.

—A las siete, no lo olvide.

—No podría olvidarlo.

En mi apartamento busqué un CD de música clásica. Tenía muchos compactos en los estantes, junto a los libros, pero no tardé en encontrarlo. Me apetecía escuchar la Sinfonía del Nuevo Mundo de Antonín Dvořák. Me encantaba desde que era niña. Me tumbé en el sofá, emocionada; nunca le había encontrado tanto sentido a escuchar esa trepidante orquestación. Y hasta llegué a preguntarme si también Antonín Dvořák habría sido masón.

Mientras sonaba la sinfonía de Dvořák, el rostro del señor Edgar se dibujaba en mis pensamientos como si fuese una imagen hecha de realidad virtual. Podía ver con asombrosa nitidez sus gestos y su expresión mientras me hablaba de Dios. Había sido para mí una experiencia inolvidable. Cada una de sus palabras tenía una intensa carga emotiva que yo no había escuchado en ningún otro hombre. Parecía tan seguro de lo que pensaba y decía, respondía con tanta precisión a mis preguntas, que por un momento llegué a creer que era realmente una divinidad quien me hablaba. Una idea absurda, sin duda, lo sé. Pero imaginé que si Dios estuviese aquí y fuese uno de nosotros no pensaría de un modo muy distinto al que había expresado el profesor Edgar Theroux durante la entrevista. ¿Cómo pude ser tan idiota para temer que pretendiera coquetear conmigo? me reproché. El señor Edgar era un hombre educado y encantador que se mostraba amable y risueño y yo lo había calificado como un Casanova pasado de rosca. Pobre Alessia, ¿qué imagen se habría hecho de él? Y pobre señor Edgar, ¿qué pensaría si supiese que Alessia y yo nos habíamos burlado del destino y de su edad mientras nos emborrachábamos con una botella de ron? No creo que alegar en mi defensa un calamitoso estado de embriaguez sirviera para exculparme. Sin embargo, mis sensaciones eran muy distintas después de hablar con él. No sólo me apetecía acompañarlo a la galería de arte para corresponder a su generosidad, sino que deseaba estar junto a él, seguir escuchando su voz, mirar el brillo de sus ojos, recrearme en cada una de sus palabras, en su sonrisa de viejo filósofo. Hasta llegué a pensar que el señor Edgar comenzaba a reunir requisitos para ser el padre de mi deseado bebé. Pero mi insolente voz interior continuaba interrumpiendo mis pensamientos, a pesar mío: «Otra vez vas a equivocarte. ¿No estás yendo demasiado lejos? En apenas una semana has pasado de temer que ese filósofo quisiera ligar contigo a desear tener un hijo con él. Deberías tomarte este asunto con más calma».

—¡Sólo son fantasías! —protesté en voz alta, para callar a ese maldito espectro.

Me incorporé y apagué el equipo de música. Hacía rato que el CD había terminado. Alguien me había llamado por teléfono pero no había escuchado el móvil a causa del elevado volumen de los altavoces. Era Alessia, y acababa de dejarme un mensaje escrito en el móvil: «Necesito verte lo antes posible, he encontrado algo interesante».

Capítulo 16

La Quinta Avenida era un hervidero humano a esa hora de la tarde. Esperé a Alessia bajo la gigantesca escultura en bronce del Atlas que mira incansablemente a la catedral gótica de Saint Patrick con el peso de una gran esfera armilar sobre sus hombros. La catedral era otro de los lugares preferidos de Donovan por el estilo medieval de la construcción, y él había conseguido que también a mí me fascinara ese espacio urbano de Manhattan en el que, como en una maqueta fantástica, se integraban las moles y la gran torre de hormigón del Rockefeller Center. Donovan me había hablado de la simbología oculta en las esculturas y los murales de aquel monumental conjunto arquitectónico cuando hacía muchos años me contó la leyenda escondida de Nueva York, y desde entonces me parecía el lugar más mágico y misterioso de la Gran Manzana, a pesar de su modernidad.

Cuando por fin llegó Alessia había anochecido y yo estaba a punto de quedarme congelada de los pies a la cabeza. No recordaba un invierno tan gélido en Nueva York. Pero ver aparecer la cara de Alessia entre la masa de gente que me rodeaba hizo que la sangre volviera a correr por mis venas como un torrente de agua cálida, capaz de devolverle la vida a un cuerpo moribundo.

—¡No hablaré contigo sobre Nanlú Bomoe hasta que no tenga una taza de té ardiendo entre mis manos! —dijo Alessia señalándome con su dedo índice, antes de que yo pudiera articular una palabra.

Mis ojos, enrojecidos por la larga espera, debieron de expresar mi impaciencia por conocer qué había averiguado Alessia sobre el hombre ahorcado en Naciones Unidas, y tuve que hacer un gran esfuerzo mental para controlar el deseo de tirarle de la lengua con mis propias manos, hasta arrancarle todo lo que supiera.

Entramos por Channel Gardens y nos dirigimos hacia Lower Plaza, mientras Alessia me preguntaba dónde demonios me había metido en los dos últimos días. No había parado de llamarme al móvil sin poder comunicarme conmigo. Preferí no decirle en ese momento que había estado demasiado ocupada en un club de viejos filósofos y en la Universidad de Columbia entrevistando a Dios, representado de un modo casi teatral por el señor Edgar Theroux, de quien había comenzado a enamorarme. Alessia no lo habría entendido y me habría bombardeado con mil preguntas sobre mi relación con el profesor, cuando era yo quien esperaba sus respuestas a mis dudas sobre Nanlú Bomoe y la historia de la noticia secreta que tanto inquietaba a Donovan.

Desde la cafetería en la que nos sentamos podíamos ver al bullicioso grupo de gente que patinaba sobre la pista de hielo, presidida por la escultura dorada de Prometeo y el gran abeto de Navidad iluminado. Y tan pronto nos sirvieron el té, Alessia comenzó a hablar sin necesidad de que yo le preguntara.

—Antes de ayer, a primera hora, llamé al teléfono que me dejaste de la

delegación de Uganda en la ONU. Cuando pregunté por Nanlú Bomoe una voz de mujer me dijo que intentaría pasarme con su secretaria y me dejó escuchando durante un buen rato una aburrida pieza de música clásica. Luego se puso al teléfono la que debía de ser la secretaria y me preguntó mi nombre y el motivo de mi llamada. Le solté el rollo de que era una cooperante voluntaria en algunas oenegés de África, además de reportera gráfica de un periódico gratuito de Nueva York, que deseaba hablar con el señor Bomoe sobre la situación de la ayuda humanitaria en Uganda, y la secretaria me pidió que aguardara un instante. Al poco tiempo, la misma voz me dijo que el señor Nanlú Bomoe podría recibirme en su despacho de Naciones Unidas esa misma mañana, a las once, si a mí me parecía bien. Así que cogí mi cámara de fotos y mi blog de notas...

Sentí como si un puño de acero me hubiera golpeado sin piedad en la cabeza, a la vez que las palabras de Alessia rebotaban en mi cerebro como un rumor hueco, incomprensible y distante. «¡Está vivo! ¡Nanlú Bomoe está vivo!», me repetía una y otra vez en mis pensamientos para convencerme de que Donovan me había mentado. Y en lugar de alegrarme de que toda la historia de la noticia secreta y la conjura del caos no fuese más que una burda farsa imaginada por la mente de Donovan, experimenté en mi interior una desoladora sensación de tristeza.

—¿Me estás escuchando? —inquirió Alessia con sequedad, después de contarme que Nanlú Bomoe la había recibido con honores de diplomática, y que habían hablado durante un par de horas sobre los programas humanitarios y de ayuda a los refugiados en Uganda, procedentes de Kenia y Sudán. Incluso habían comentado la posibilidad de que Alessia se marchara a Uganda después de que la despidieran del periódico para participar en algún proyecto de la ONU en aquellos países en guerra.

Miré fijamente a los ojos de Alessia, sin contestar a su pregunta.

—Según la historia que Donovan me ha venido contando durante las dos últimas semanas, Nanlú Bomoe había aparecido ahorcado en unos aseos de Naciones Unidas el mismo día de las pasadas elecciones legislativas.

—¿Qué has dicho? —preguntó Alessia, frunciendo el ceño de un modo instintivo e incrédulo.

—Donovan me aseguró que Nanlú Bomoe había sido ejecutado en la horca por una sociedad secreta y racista, para lanzar un mensaje apocalíptico a las Naciones Unidas —dije.

—¡Pero cómo has podido creerte una historia tan absurda conociendo a Donovan! —exclamó Alessia, recuperada de su inicial estupor—. Yo he hablado con Nanlú Bomoe esta misma mañana y puedo asegurarte que está tan vivo como tú y como yo. Donovan se está divirtiendo contigo aprovechándose de tu ingenuidad, ¿es que no te das cuenta?

Era posible que Alessia tuviera razón, pero yo aún tenía demasiadas dudas.

—No creo que sea tan sencillo. Donovan está realmente preocupado con esa historia, y anoche vino a mi casa de madrugada huyendo de dos tipos que lo estaban siguiendo.

—¿Los viste tú?

—Bueno..., no pude distinguir sus caras desde el ventanal de mi apartamento, pero estaban en la calle, fumando junto a una esquina. Tenían aspecto de matones..., y Donovan me aseguró que no sabía por qué le seguían. Dijo que tal vez pensaban atracarlo cuando llegara a su casa, y por ese motivo decidió ir a mi apartamento...

Entonces caí en la cuenta de que en el mensaje que Alessia me había dejado en el móvil decía que había descubierto algo interesante, cuando ella aún desconocía el motivo por el que le había pedido que fuese a hablar con Nanlú Bomoe a Naciones Unidas y le hiciera unas fotos. Pero su descubrimiento no podía referirse a que Nanlú Bomoe estuviera vivo, pues eso era lo que Alessia esperaba. Y, aunque me parecía una idea descabellada, en ese instante tampoco yo pude evitar que mis recelos afloraran más allá de lo razonable, y hasta llegué a pensar que ella también formaba parte de la delirante historia de Donovan. Así que le pregunté:

—¿Por qué decías en tu mensaje que habías descubierto algo interesante?

Alessia se removió en su asiento, cogió su mochila del respaldo de la butaca y sacó su iPad.

—Iba a enseñártelo ahora... Fue una casualidad, pero pensé que deberías verlo —murmuró mientras conectaba la tableta electrónica.

Luego me mostró en la pantalla del iPad una foto en la que aparecía Donovan junto a otros dos hombres en el atrio de Naciones Unidas, ante los controles de seguridad del edificio.

Mi perplejidad al ver la foto atrofió mis cuerdas vocales durante unos segundos, y fue Alessia quien habló.

—Si no estoy equivocada, el hombre del centro de la imagen es el profesor Edgar Theroux... o, al menos, se parece mucho a la fotografía del libro que me regalaste en la cabaña de Harriman Park —dijo Alessia, esperando mi respuesta con sus exóticos ojos muy abiertos.

Pero yo estaba tan conmocionada que no sabía si debía soltar una carcajada o un grito de desesperación.

—Creo que voy a volverme loca... —murmuré, al borde de un ataque de ansiedad.

—¿Conoces al otro hombre?

—Es William Martin, el jefe de Donovan.

Alessia cogió mis manos entre las suyas para calmarme.

—Tranquilízate, no pensé que esta foto te afectaría tanto. Si llego a imaginarlo no te la enseño. Sólo se trata de una casualidad, el azar es a veces así de caprichoso..., o

así de jodido, si quieres verlo de otro modo —bromeó para arrancarme una sonrisa.

Y lo consiguió. Sus palabras me hicieron sonreír. Era yo sola quien estaba llevando las cosas demasiados lejos, contagiada por la paranoica historia de Donovan, cuando era posible que él se estuviera divirtiendo a mi costa como Alessia había sugerido.

—Tienes razón, todo puede ser una suma de casualidades imposibles —acepté, decidida a olvidarme de Donovan y de su desquiciada conjura—. ¿Hiciste las fotos de Nanlú Bomoe?

El dedo de Alessia pasó sobre la pantalla táctil del iPad y me mostró una imagen de Nanlú Bomoe en su despacho, ante la bandera de Uganda. Era un hombre joven, de mediana estatura y un poco rechoncho. Tenía el pelo rapado y llevaba unas gafas metálicas que achicaban sus ojos y su nariz achatada. Parecía un hombre feliz, como me había dicho Donovan al hablarme de él... y estaba vivo.

Capítulo 17

En mi correo electrónico tenía las fotos que Alessia me había mandado, pero intenté no pensar en Donovan y comencé a transcribir la grabación de mi entrevista sobre Dios. A medida que copiaba las palabras del señor Edgar más me sorprendían su brillantez, su sensatez y su coherencia. En muchos momentos rebobinaba y repetía una y otra vez la misma frase, el mismo diálogo. Quería comprender sin fisuras el verdadero significado de sus palabras, de unas hipotéticas palabras de Dios, dichas por un hombre como el señor Edgar. Eso era exactamente lo que yo le había propuesto cuando le hablé de la entrevista, aunque él le hubiese dado un giro distinto. Para el señor Edgar era un matiz esencial que justificaba su decisión, pero para mí no había diferencia alguna entre su voz y la voz de un Dios humano. El objetivo de mi artículo no sólo seguía adelante sino que estaba adquiriendo una intensidad que ni siquiera yo misma esperaba alcanzar. La idea de mi proyecto periodístico era mostrar a un Dios diferente, a un Dios actual, de nuestro tiempo, con una mentalidad abierta, sincero, y alejado de la imagen y los prejuicios que se le atribuían, a la vez que analizaría el modo en que el ser humano lo había manipulado a lo largo de la historia. Era como darle la oportunidad de defenderse, de poder decir que abramos los ojos, que creamos en nosotros mismos y avancemos sin miedo a caer en un abismo infernal. Él, ese Dios distinto, diferente a todos los dioses, era un Dios que aún tenía mucho que decir, escribí.

Por la tarde acudí a mi cita con el señor Edgar. La gente se agolpaba a las puertas de la galería de arte. No nevaba pero hacía un frío polar a causa del viento que soplaba desde el norte. Junto a la entrada encontré al señor Edgar. Fue él quien me llamó; yo no lo habría reconocido. Llevaba su largo abrigo, una bufanda alrededor del cuello y un elegante sombrero. En la fila de espera hablamos de nuestra común afición a la pintura. Estábamos rodeados de gente de todo tipo. Era el acontecimiento pictórico del año en Nueva York. En el interior de la galería el ambiente era fastuoso. Había azafatas vestidas con velos negros transparentes que sugerían de un modo voluptuoso la desnudez de sus cuerpos, mientras ofrecían copas de champán a los invitados. Las obras que se exponían eran de gran formato, y mezclaban diversas texturas y colores, con signos y figuras sobre fondos abstractos. Algunos cuadros expresaban un dramatismo violento y provocativo, bajo formas desdibujadas de seres humanos entrelazados en grupos informes. Al contemplarlos, la pesadilla de un inminente desastre apocalíptico volvió a despertar en mi mente, como una masa de cadáveres putrefactos surgiendo de una tumba. Deslicé mi mano hasta la mano del señor Edgar y enlacé mis dedos con los suyos. Supe que me miró con ternura, pero yo no vi sus ojos.

Cuando nos disponíamos a salir nos encontramos con Donovan. Esa noche

también había ido a la galería de arte. Me sorprendió verle contento, en compañía de una mujer joven, con aspecto de modelo de pasarela.

—¡Vaya casualidad! ¡Me alegro de volver a verle, profesor Theroux! —exclamó Donovan al acercarse a nosotros, a la vez que le ofrecía su mano al señor Edgar, antes incluso de dirigirse a mí.

La imagen de la fotografía que Alessia me había mostrado del profesor junto a Donovan y William Martin en el atrio de Naciones Unidas se clavó en mis pupilas como un dardo envenenado.

—¿Se conocen? —pregunté, sin dejar de mirar de soslayo al señor Edgar y a Donovan, que se mostraba tan cordial como si se hubiese encontrado con un amigo entrañable.

—El profesor Theroux estuvo hace unos días dando una charla sobre su libro a los alumnos del colegio de Naciones Unidas, y luego tuvo la amabilidad de pasar por el Centro de Noticias para intervenir en el programa cultural de radio ONU.

—Fue un verdadero placer para mí conversar con unos jóvenes tan inteligentes y atentos —dijo, ruborizado, el profesor.

Tuve que hacer un esfuerzo para no echarme a reír delante de todos como una loca. Desde que Alessia me había mostrado la foto del señor Edgar en la ONU junto a Donovan, yo no había dejado de buscar la razón que podía esconderse tras aquel misterioso encuentro, cuando sólo se trataba de una charla con los chicos y chicas que estudiaban en el colegio de Naciones Unidas. «¡Eres una histérica!», me gritó mi voz interior.

Al intercambiar las presentaciones con la amiga de Donovan conseguí escaparme de los reproches de mi otro yo. Se llamaba Evelyn Dickson. Era algo más joven que Donovan, pero hacían una pareja estupenda. Ella también era pintora, dijo Donovan.

—Tendríais que ver sus cuadros: ¡son enormes! —bromeó extendiendo los brazos, mientras ella sonreía.

Donovan les pidió al señor Edgar y a Evelyn que nos disculparan un momento y me apartó a un lado.

—Tengo que hablar contigo —dijo en voz baja.

—¿Qué ocurre ahora?

—Está pasando algo raro. No sé... ¿Recuerdas a los tipos de la otra noche?

—Bueno, no les vi muy bien.

—Están ahí, continúan siguiéndome. Si miras con disimulo podrás verlos a tu derecha. Uno de ellos lleva un chaquetón negro de cuero y un sombrero, también de piel. El otro tiene una bufanda gris con un nudo al cuello.

Miré hacia donde Donovan me indicaba y los vi. Noté que ellos también nos miraban de reojo, y me asusté.

—Esto parece algo serio. ¿Por qué no llamas a la policía?

—No quiero hacerlo hasta no estar seguro de lo que buscan.

El señor Edgar y Evelyn hablaban entre ellos.

—¿Y si cuando lo sepas es demasiado tarde?

—Correré ese riesgo. Déjalo de mi cuenta, yo me ocuparé de ese asunto. Creo tener una ligera idea de qué puede tratarse.

—¿Lo sabes?

—No puedo decirte nada ahora. ¿Te importa si duermo esta noche en el sofá de tu apartamento y lo hablamos?

—No, claro que no —dije intranquila.

—Yo te diré lo que sospecho y tú me contarás de dónde has sacado a ese viejo.

Conocía bien a Donovan para saber que era su manera de hablar.

—Sí, es un viejo filósofo —acepté sin más, a sabiendas de que Donovan no entendería el doble sentido de mis palabras.

—¿Ibais a cenar en algún sitio especial? —me preguntó, como si nada de lo que acabábamos de hablar hubiese ocurrido.

—No lo habíamos pensado.

—Entonces vayamos juntos a tomar algo. Evelyn y yo tenemos reservada una mesa en un restaurante cerca de aquí que os sorprenderá.

—¿Y si esos dos matones nos siguen?

Donovan se encogió de hombros.

—Ya me he acostumbrado a su sombra... Y sin que parezca una inmodestia, puedo despistarlos cuando quiera. Mi coche corre mucho más que el suyo.

No estaba segura de que al señor Edgar le apeteciera ir a cenar con Donovan y su amiga, pero aceptó sin reparos. Mientras caminábamos por una calle atestada de chicos y chicas que no tendrían más de quince años, no podía dejar de pensar en Donovan y en el lío en que podía estar metido. Dos matones no siguen a nadie sin una razón de peso. Pero a Donovan ya no parecía inquietarle la presencia de las dos sombras que lo acechaban.

Donovan nunca se equivocaba en la elección de un restaurante. Pudimos ampliar su reserva de dos a cuatro personas sin dificultad, a pesar de la gente que hacía cola para esperar una mesa.

Donovan continuó bromeando mientras cenábamos. Al señor Edgar le divertían sus comentarios y reía sin disimulos. A Donovan le gustaba ser el centro de atención y, si se sentía inspirado, sabía cómo sacarle partido a sus recursos. Pero también hablamos de temas serios: arte moderno, nuevas concepciones de la belleza, museos, filosofía, política, situación del periodismo actual, nuevas tecnologías y, cómo no, de la crisis financiera.

En un momento de la cena, el señor Edgar me preguntó:

—¿Por qué quiso ser periodista, Loanne?

Yo misma me había formulado muchas veces esa misma pregunta sin encontrar una razón de peso que justificara la decisión que tomé al finalizar el bachillerato.

—Cuando era estudiante tenía una visión demasiado idealizada de la verdad — dije, sin mucho convencimiento.

—¿Ahora no cree usted que la información que nos proporcionan los medios de comunicación sea veraz?

Donovan intervino, antes de que yo contestara.

—La verdad mata la noticia, acaba con ella, mientras que la incertidumbre le da vida a la especulación y llena los bolsillos de las grandes empresas de la información. Ése es el único tipo de noticia que hoy le interesa a la gente: prefieren la duda a la certeza —discursó.

—Bueno... —titubeé—, la verdad es que a mí nunca me interesó el periodismo político, me parecía más divertido escribir sobre libros, teatro, cine, música... La cultura permite un contacto más humano con las noticias y sus protagonistas, y eso me gusta.

—Loanne ni siquiera lee los periódicos. Su mundo es demasiado..., cómo decirlo, sosegado y utópico —dijo Donovan, recreándose en cada una de sus palabras.

—No le haga caso, señor Edgar, Donovan disfruta con la ironía envenenada de sus palabras.

Evelyn, su amiga, bostezó sin disimulos. Apenas había hablado durante toda la cena y tampoco dijo nada en ese momento. Se limitó a sonreír cuando Donovan la miró y dijo:

—Nosotros también disfrutamos el contacto humano del arte, aunque en aspectos más íntimos y creativos ¿no es cierto, Evelyn?

Por un momento pensé que Donovan trataba de despertar mis celos de un modo vulgar, que él intentaba disimular con su fácil verborrea. Su pareja era joven, mientras que la mía me doblaba la edad. Además, creo que se dio cuenta de que mis sentimientos hacia el señor Edgar iban más allá de una simple e incipiente amistad.

Cuando salimos a la calle, Donovan me hizo un gesto para que mirara a los dos hombres que esperaban junto a un coche aparcado. Eran los mismos que yo había visto en la galería de arte, sin ninguna duda. Nos separamos allí mismo. Donovan decidió llevar a Evelyn a su casa y yo acompañé al señor Edgar hasta una parada de taxis. Le agradecí de nuevo su invitación y le pedí que me disculpara por haberlo puesto en un compromiso tan incómodo.

—Lo he pasado muy bien, Loanne. Su amigo Donovan es muy divertido. Hacía tiempo que no me reía tanto.

—No es necesario que finja conmigo.

—No lo hago, se lo aseguro.

—¿Y Dios, fingiría? —se me ocurrió preguntarle.

—Dios tampoco, él tiene buen sentido del humor.

—Entonces comprenderá por qué hago esto.

Me acerqué a él y le besé en los labios. Luego le di la espalda y me marché sin mirar atrás; sólo oí el motor del taxi alejándose.

Capítulo 18

Donovan llegó a mi apartamento poco antes de la medianoche. Le había preparado un café mientras le esperaba. También aproveché para poner un poco de orden en la cocina. Hacía días que no limpiaba.

Una vez sentados en el sofá del salón, Donovan fue el primero en preguntar. Él era más curioso que yo, y no podía disimular que sus deseos de conocer el verdadero alcance de mi relación con el señor Edgar le estaban corroyendo las entrañas.

—¿Me dirás desde cuándo conoces al viejo filósofo?

—Y tú ¿vas a someterme a un interrogatorio? —bromeé, aunque realmente temía las preguntas de Donovan. Me sentía mal por haberlo traicionado y no me apetecía hablar con él sobre el señor Edgar.

—Sabes que me gusta cuidar de ti, eso es todo. Luego podrás preguntarme tú sobre los dos tipos que me siguen.

—¿Te han vuelto a seguir hasta aquí?

—Creo que he conseguido despistarlos después de dejar a Evelyn. Pero no cambies de tema. Es mi turno.

—Conocí al señor Edgar hace un par de semanas, en una entrevista para la sección cultural del periódico. Me llamó su editorial con motivo de la publicación de su libro. Deberías leerlo, es muy interesante.

Pero Donovan hizo caso omiso a mi recomendación.

—Apostaría a que intenta ligar contigo. ¿Me equivoco?

—Te equivocas. El señor Edgar es un caballero de los que ya no existen. Fui yo quien le pidió que me ayudara a preparar un reportaje periodístico sobre las aportaciones de la mujer a la filosofía a lo largo de la historia. Es un tema que no se ha tratado mucho en periodismo —mentí. No tenía otra salida.

—Puede ser un reportaje novedoso, sí. Como periodista nunca me habría planteado esa posibilidad. ¿Dónde piensas publicarlo? —preguntó Donovan para no parecer descortés conmigo.

—Quiero usarlo como tarjeta de presentación mientras busco trabajo. Así al menos seguiré vinculada a mi oficio.

Donovan se sirvió otro café.

—¿Y quién invitó a quién a ir a la galería de arte?

—El señor Edgar fue muy amable, le habían regalado un par de invitaciones y pensó que yo podría acompañarlo.

—¿Te gusta? Porque es evidente que tú le gustas a él. No ha dejado de mirarte todo el rato durante la cena.

—Ése es un territorio privado, lo sabes muy bien. Hace tiempo decidimos que habría una línea entre nosotros que ni tú ni yo traspasaríamos nunca, ¿lo has

olvidado?

—No, no lo he olvidado. Sólo siento sana curiosidad.

—Le admiro, sólo eso; es un hombre genial y me está siendo de gran ayuda.

—Ten cuidado con esos sabios, Loanne. Aunque parezcan inofensivos se las saben todas. Podría ser tu padre.

—Y tu turno de preguntas ha terminado —decidí zanjar la conversación sobre el señor Edgar—. Ahora dime, ¿cómo puedes estar tan tranquilo con esos dos desconocidos siguiéndote a todas partes?

—No estoy tranquilo, sólo lo disimulo.

—¿Por qué no me dices en qué lío te has metido?

—No me he metido en ningún lío.

—Entonces qué ocurre, dijiste que tenías alguna idea de por qué te están siguiendo.

—Tampoco me están siguiendo, me están vigilando.

—¿Vigilando?

—¿Has hablado con alguien sobre la noticia secreta, Loanne?

La inesperada pregunta de Donovan me hizo temblar.

—¿Cómo dices?

—Que si le has dicho a alguien lo que te conté. A tu amiga Alessia, por ejemplo, o a ese filósofo, qué sé yo...

—¡No, no he hablado con nadie sobre ese asunto! ¡Cómo puedes preguntarme eso! Me dijiste que era un secreto de Estado —dije, fingiendo que me enfadaba. Mi corazón quería huir del pecho. Yo había hablado con el señor Edgar sobre la posibilidad de que Dios estuviera aquí y fuese uno de nosotros, y también le había pedido a Alessia que consiguiera fotografiar y hablar con Nanlú Bomoe, pero preferí no decir nada sobre estas circunstancias a Donovan hasta no estar más segura de lo que estaba ocurriendo con su imaginaria noticia secreta sobre el ahorcamiento en la ONU de un hombre negro, que yo sabía que estaba vivo.

—Están pasando cosas, Loanne... No sé muy bien qué, pero creo que en el Centro de Noticias y en el FBI piensan que yo me he ido de la lengua.

—¿De qué cosas hablas? Estás asustándome.

—Perdona, no era ésa mi intención, lo siento. Pero ya te advertí que era un asunto muy delicado. —La voz de Donovan se fue elevando—. ¡Todos somos sospechosos mientras no se descubra la verdad sobre esa conspiración de Dios y su ejército de ángeles celestiales! ¡El mundo se ha ido volviendo cada vez más desconfiado...! ¡Nadie es inocente! ¿Es que no vives en este mundo...? ¡Cuando vas a subir a un avión te desnudan, te miran los dientes, te desmontan los zapatos, te chequean, te interrogan, te humillan, te radiografían para mirar tu alma! ¡Nadie se libra de la sospecha! No importa que seas un niño, un anciano, un paralítico, una embarazada o

un cardíaco infestado de *bypass*. Cualquiera puede ser un ángel celestial cargado de explosivos, un espía malvado, un traidor, un enemigo, un portador de virus letales o un suicida dispuesto a inmolarse por servir a su dios y ganarse el Paraíso. ¡Nos hemos vuelto locos, Loanne! ¡Todos estamos locos! Y lo peor de todo es que nadie parece querer entenderlo. —Volvió a tomar un poco de café—. No sé qué está pasando conmigo pero pienso averiguarlo. Ayer mismo, el Jefe se negó a recibirme. Habíamos quedado en ir el fin de semana pasado a practicar el *swing* en la sala de prácticas cubierta de su club de golf y no apareció ni me llamó para excusarse. Creo que he perdido su confianza y no puedo comprender por qué. Hasta es posible que piense que lo he traicionado, que he defraudado su confianza o que soy uno de los infiltrados que están buscando. Por eso han puesto a esos dos gorilas tras de mí. Lo sé, no puede ser otra cosa...

—Pero ¿qué pretenden?

—Intentan ponerme nervioso. Ya ni siquiera se ocultan, y saben que yo sé que ellos están ahí. ¿Cómo demonios pueden pensar que me he ido de la lengua, o que formo parte de la conjura de la noticia secreta? El propio Jefe me dijo hace un par días que el cerco policial sobre los conspiradores se estaba cerrando, que quedaba poco tiempo para desbaratar sus malvados planes de terror. Los tienen localizados a todos. Gente normal de la que nadie podría sospechar jamás convertidos en verdaderos monstruos, como los pederastas que cada día son atrapados en la red cometiendo crímenes horribles bajo el anonimato de su apariencia honorable.

Capítulo 19

Durante la segunda sesión de mi entrevista al señor Edgar en su despacho de la Universidad de Columbia tuve la sensación de que Donovan también estaba presente de un modo invisible, como mi espectro interior o el ojo de Dios. Los tres me acusaban de haberlos traicionado con ese viejo filósofo que podía ser mi padre.

Ni el señor Edgar ni yo hicimos el más mínimo comentario a lo que pasó en la galería de arte, cuando cogí su mano y entrelacé mis dedos con los suyos ni al beso con que le dije adiós esa noche. Pero mi otra voz insistía en hacerme ver que una vez más me había excedido en mis impulsos. Sólo conseguí librarme de sus reproches cuando el señor Edgar se agachó para recoger el lápiz que se le había caído al suelo, y me preguntó:

—Dígame, Loanne, ¿a qué se debe realmente su interés por escribir un artículo periodístico sobre Dios?

La pregunta no me cogió por sorpresa. Yo misma me la había formulado muchas veces, e incluso había intentado responder a esa cuestión en la memoria justificativa del artículo, que ya tenía escrita.

—Bueno, creo que en el mundo actual lo que más separa a unas civilizaciones de otras son las religiones y el modo en que conciben a Dios. La división actual entre cristianos y musulmanes, o entre musulmanes y judíos es la causa de los conflictos internacionales más virulentos. Me parecía interesante analizar lo que Dios pensaría sobre esto y sobre el modo en que los seres humanos manipulamos su existencia a nuestro antojo, como ya le expliqué al proponerle la idea de mi proyecto.

—¿Es usted creyente, Loanne?

—No, nunca he creído en la existencia de un ser superior a los humanos.

—Pero estará de acuerdo en que es comprensible que haya quienes creen en Él. Si Dios no existe, ¿qué nos queda?

—La razón y el humanismo pueden ser suficientes, ¿no le parece? —dije.

—La razón de la que usted habla, preconizada durante y después de la revolución científica, provocó un vacío espiritual en la sociedad moderna que se ha agravado en los últimos tiempos. Es cierto que nos liberó de Dios, pero nos dejó solos frente al mundo.

—Usted me dijo que nosotros somos el gran misterio del Universo.

—Y lo somos, aunque no sabemos muy bien qué lugar ocupamos en él —aclaró el profesor.

—Entonces es lógico que tengamos que enfrentarnos solos a nuestro destino. Dios nos ha ayudado muy poco en esa lucha desigual.

—Dios servía para explicar nuestro desconcierto. Podíamos pensar que era su voluntad la causa de nuestro sufrimiento o de nuestra felicidad. Sin Él, el caos se

apodera del mundo, y aparece el diablo.

La palabra «caos», pronunciada por el señor Edgar, me recordó la nota del ahorcado en la ONU, cuyo texto contenía una explícita amenaza al mundo actual. Donovan incluso la había llamado «la conjura del caos», y no pude evitar que la piel se me erizara como si el propio diablo hubiese entrado en la habitación, a pesar de que la puerta y las ventanas estaban cerradas.

—No comparto esa idea caótica de la vida, señor Edgar —continué, intentando concentrarme de nuevo en nuestra conversación—. El bien y el mal ya forman parte del mundo, sin necesidad de Dios ni del diablo. En mi opinión, la idea de Dios tampoco ha servido históricamente para resolver ese eterno conflicto entre el bien y el mal, sino para empeorarlo. Dios no nos une, nos divide. Eso es lo que más me interesa analizar y lo que me resulta más difícil de comprender. ¿Por qué utilizamos a Dios para justificar o negar nuestras acciones?

—El lenguaje puede ser mucho más perverso que el miedo —dijo el señor Edgar.

—Sí, en eso estoy de acuerdo.

—Hablamos de Dios cuando deberíamos hablar de relaciones de poder, de estructuras económicas, de sistemas políticos, de territorios, de culturas, de creencias y tradiciones, de formas distintas de entender la existencia, la vida o la muerte. Hay una gran hipocresía social al respecto.

—¿No cree usted que la globalización nos unificará a todos y que, en ella, Dios no tiene lugar?

—¿Me está hablando del nuevo orden mundial, Loanne?

—Sí, estoy convencida de que si Dios existiera lo apoyaría. Sólo así acabaremos dejándolo en paz.

—Pero el ojo de Dios sigue estando ahí, observándolo todo —replicó el profesor, con una sonrisa maliciosa y divertida que hizo brillar sus ojos.

Busqué en mi bolso un billete de un dólar y se lo mostré al señor Edgar, tal como Donovan me lo había mostrado a mí.

—Eso es lo que significan el triángulo y el ojo que aparecen en los billetes de un dólar, con la proclamación bajo la pirámide del *Novus Ordo Seclorum*, ¿no? —dije, recordando las explicaciones que Donovan me había dado en su casa cuando me habló del origen masónico de las Naciones Unidas.

El señor Edgar volvió a sonreír.

—Yo no estaría tan seguro. El ojo y el triángulo también podrían expresar la idea de un mundo controlado por un único poder humano, una especie de dictadura universal impuesta por la globalización, por internet o las nuevas tecnologías, como escribió el inglés George Orwell en su novela *1984*.

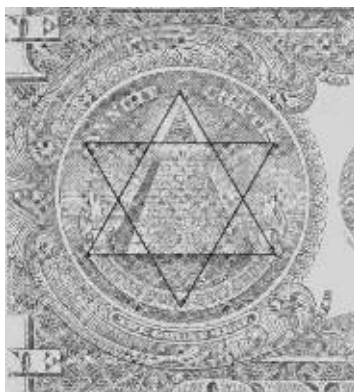
—¿Quiere decir una especie de Gran Hermano planetario?

—Así es, Loanne. En mi opinión, por absurda que parezca, esa teoría es una

manera más actual y realista de interpretar el ojo que todo lo ve y todo lo controla, y no me refiero a los programas de televisión, lógicamente —dijo el señor Edgar elevando los dedos en forma de comillas, como si bromeara.

—Le he entendido perfectamente —aseguré, sonriendo también.

El señor Edgar me pidió el billete de un dólar, se apoyó sobre la mesita baja y dibujó una estrella dentro del círculo blanco que envolvía la pirámide con el ojo de Dios en la cima.



—Si le gusta jugar con los misterios de la simbología oculta en los billetes de un dólar, tal vez le divierta este enigma.

—Nunca se me dio bien resolver jeroglíficos. Soy demasiado torpe para esas cosas —me justifiqué.

La mirada del profesor era sosegada y envolvente, como si quisiera transmitirme una confortable sensación de seguridad en mí misma, a pesar de mi ignorancia.

—Se trata de un simple hexagrama, una estrella de seis puntas, dentro de un círculo, como usted puede ver —me explicó—. Un símbolo muy extendido en todo el mundo y, sin embargo, muy desconocido a la vez. En esencia no es más que el resultado de unir dos triángulos equiláteros entrelazados. Su origen es bastante remoto e incierto, y hay tesis interpretativas para todos los gustos: desde los principios de dualidad como el bien y el mal, el cielo y la tierra, lo finito y lo infinito, lo visible y lo invisible... la lista sería interminable. Hasta el significado que se atribuye al número seis, las seis puntas de la estrella, ha motivado su demonización. Hay quienes ven en la estrella de seis puntas posibles influjos satánicos... En fin, las extravagancias son muchas, como podrá suponer; ya sabe cómo somos los humanos cuando queremos buscarle tres pies al gato —dijo sonriendo—. Paradójicamente, el mismo símbolo también aparece de un modo u otro en todas las religiones monoteístas. Y si jugamos con el hexagrama, podremos encontrarlo en los lugares más insospechados...

Acerqué el dólar a mi cara para verlo con detalle. El ojo de Dios parecía estar mirándome con desconfianza desde el interior del triángulo.

—Dios está en la cima de la pirámide. Sería lógico pensar que se trata de un

símbolo de perfección espiritual, o algo parecido... —dije.

—Es evidente. Lo que es menos visible es el verdadero significado de la pirámide. Nunca se habla de él.

—¿Y qué significa la pirámide?

—Cada paso, cada eslabón, cada piedra puesta por el ser humano para acercarse a ese Dios inexplicable.

Una pregunta impertinente se escapó de mis labios:

—¿Es usted miembro de la masonería, señor Edgar?

—No, Loanne, no lo soy. Si lo fuese no tendría ningún inconveniente en confesarlo. Ya sé que las leyendas hablan del significado masónico oculto en la pirámide y el ojo de Dios que aparece en el pequeño triángulo de los billetes de un dólar, pero lo que ese misterioso hexagrama que he dibujado dentro del círculo significa realmente es algo que nadie ha descifrado aún con certeza. Intente buscar usted misma una respuesta más convincente y menos mediocre a ese misterio. Eso es lo que hacemos los filósofos.

—¿Conoce usted esa respuesta, señor Edgar? —dije al coger de nuevo el dólar.

—No contestaré a esa pregunta si no es en presencia de mi abogado —dijo riendo.

Capítulo 20

Decidí titular mi artículo: «La voz humana de Dios», pero sabía que aún me quedaba un duro trabajo que realizar hasta ultimar su redacción definitiva. Un duro trabajo que, sin embargo, no me proporcionaría dinero para pagar el alquiler, la comida, la gasolina, el teléfono... y algún capricho de bajo precio. Mis lujos eran pocos: música y música, aunque últimamente había tenido poco tiempo para el ocio.

Donovan me había llamado para decirme que había hablado de mí con gente influyente y que esperaba poder concretarme algo más sobre un posible trabajo muy pronto. Le pregunté si había aclarado sus asuntos y me dijo que todo iba bien, que ya me contaría.

Me propuse dividir los días en dos partes: por la mañana iría a las citas de trabajo y por la tarde transcribiría las grabaciones. Intenté no pensar en el señor Edgar. Quedamos en volver a vernos, aunque no concretamos cuándo. Seguramente, una vez que yo terminara de escribir el artículo, le comenté. Quería que lo leyera y me diese su opinión como filósofo. Entonces presentí que él deseaba que fuese yo quien tomara la iniciativa de un nuevo encuentro, quizá más informal, más cordial o más íntimo. Supuse que él lo deseaba así por mi atrevimiento la noche que visitamos la galería de arte, y me dio la impresión de que se quedaba un poco decepcionado cuando le dije adiós sin concretar el momento de nuestra nueva cita. La voz de mi conciencia insistió en que no volviera a despedirme de él con un beso. Precisamente cuando más me apetecía besarlo y decirle que le agradecía mucho su ayuda..., y que... y que era un tipo estupendo..., y que me encantaban sus argumentos, su manera de hablar, de razonar, de sonreír, de mirarme... Le habría dicho que el tacto de su mano era cálido, y que cuando enlacé sus dedos con los míos sentí un repelús desde los pies a la cabeza, y que desapareció el miedo que sentía entonces, el miedo a un horror desconocido e inhumano, el miedo a la muerte que se representaba como una sombra atroz en las figuras pintadas en los cuadros expuestos en la galería de arte. Me habría gustado decirle que no éramos dos generaciones distintas, como pensaba Alessia, sino dos almas que se habían encontrado porque una mariposa movió sus alas en alguna parte del mundo... Pero no lo dije. No lo dije a pesar de pensarlo y de sentirlo, porque una parte de mí se negaba obstinadamente a enamorarse.

Aun así, a medida que iba transcribiendo la entrevista y dejaba escritas las respuestas del señor Edgar a mis preguntas, otra idea fue creciendo en mi mente con mucha más fuerza que las emociones pasajeras de una enamorada poco convencida. Quizá porque sobre ella estuvimos de acuerdo mi otra voz y yo misma. El señor Edgar podría ser el hombre que me ayudara a tener un bebé. Él ni siquiera lo sabría. No podría saberlo nunca.

Esa idea me persiguió durante un par de noches en las que no pude dormir. Era algo demasiado importante para mí. Algo que había esperado desde hacía demasiado tiempo. Algo que había estado adormecido en mi interior pero que volvió a resurgir hacía unos meses cuando decidí iniciar un proceso de fecundación asistida con el esperma de un donante en una clínica privada de fertilización. Pero aún estaba a tiempo de anular mi tratamiento de fecundación artificial y de optar por una fecundación natural. La ginecóloga me advirtió de que siempre tendría la posibilidad de arrepentirme, antes del momento de la inseminación. Y para animarme a mí misma, me dije que si me acostaba con el señor Edgar al menos podría conocer cuál era el último eslabón de la cadena genética que se unía a la mía; al menos así, yo podría conocer el rostro y el alma del hombre que fecundaría mi óvulo, y al que mi bebé podía llegar a parecerse. Nunca había encontrado a un hombre como el señor Edgar y estaba segura de que nunca volvería a encontrarlo. Tenía que ser ahora o nunca. Si me demoraba en tomar una decisión acabaría enamorándome de verdad de él y no deseaba hacerlo. Yo no conocía nada sobre su vida privada: si estaba casado o no, si tenía hijos, si amaba a su esposa, si se sentía solo, si tenía amantes o era gay. Pero ese desconocimiento no sólo no constituía un inconveniente sino que sería una ventaja añadida para mi embarazo, equiparable a la de un donante anónimo: alguien que no tuviese para mí un pasado, alguien de quien yo lo ignorara todo, alguien que fuese un desconocido, con el trato mínimo para saber que no me equivocaba al elegirlo. El señor Edgar no era joven, era evidente, pero ese defecto, si es que podía considerarlo de ese modo, era mínimo frente a todas las cualidades que poseía. Además, sentía una profunda admiración y un gran cariño por él. Y aunque había empezado a amarlo, estaba segura de que nunca me casaría con él aunque fuese soltero, divorciado o viudo. Hacía mucho tiempo que había desechado la posibilidad de vivir con un hombre. Por nada del mundo, salvo por una hija o un hijo, estaba dispuesta a renunciar a mi independencia.

Antes de tomar una decisión definitiva, quise escuchar la opinión de Alessia. La conocía bien mi empeño en ser madre y, antes de que me recomendara la clínica en la que seguía mi tratamiento de fecundación, habíamos comentado muchas veces la posibilidad de quedarme embarazada de un modo natural, cuando de verdad encontrara a un hombre apropiado. Y ahora lo había encontrado: ese hombre era el profesor Edgar Theroux.

Llamé a Alessia por teléfono para explicarle que el infantil misterio que yo había imaginado respecto a la foto del señor Edgar y Donovan en la ONU, no era más que un encuentro del profesor con los alumnos del colegio de Naciones Unidas para hablarles de filosofía y de su libro.

—Lo ves, tonta, sólo fue una casualidad —insistió ella.

Luego le conté que había seguido viendo al señor Edgar con motivo de un

reportaje que estaba escribiendo sobre la mujer y la filosofía y que, incluso, había aceptado su invitación de ir a la inauguración de una exposición de pintura en Chelsea. Tampoco le oculté los impulsos que tuve en la galería de arte, cuando cogí su mano, y el beso que dejé en sus labios cuando me despedí de él en la parada de taxis.

A Alessia le sorprendió mi atrevimiento.

—¿Eso fue tanto como abrirte de piernas! —exclamó—. ¿Cómo lo tomó él?

—No hemos vuelto a hablar de ello.

—¿Y por qué lo hiciste?

—Sentí la necesidad de tenerlo cerca. No sé, fue algo repentino.

—En la cabaña de Harriman Park dijiste que no te gustaba.

—Esa noche estaba borracha, y apenas le conocía.

—Y ahora, ¿le conoces?

—Si escucharas su voz, si vieses sus ojos, si le oyeras hablar o sonreír, si supieras cómo piensa, las cosas que dice, comprenderías lo que siento.

—¿Te has enamorado de él?

—No lo sé. Una parte de mí se niega a aceptarlo.

—¿Es por su edad?

—No, es por mis propios miedos.

—El amor no es algo que se pueda elegir, Loanne. O estás o no estás enamorada. La cabeza tiene poco que opinar en esos asuntos, al menos en un primer momento. Por eso la gente comete tantas estupideces: se enamoran, se casan y se divorcian a la semana de haberse conocido.

—No voy a casarme con él. Además, creo que aún no estoy enamorada del todo.

—¿Del todo? ¿Qué significa del todo?

—Ni siquiera le conozco lo suficiente. Pero estoy segura de que si sigo viéndole acabaré tan loca por él como una adolescente. Y no deseo que algo así ocurra.

—Tal vez deberías dejar que pase un poco de tiempo. Puede que estés atravesando una mala racha emocional a causa de tu despido del periódico o, simplemente, que estés demasiado sensible por tu próximo embarazo. ¿Te ha venido ya la regla?

—No, todavía no me ha bajado, pero muy pronto tendré la ovulación, por eso quería hablar contigo.

Alessia se alarmó un poco.

—¿Te ocurre algo? ¿Estás enferma?

—No, no es nada que tenga que ver con mi salud... He pensado que el señor Edgar podría ser el padre de ese bebé que tanto he deseado siempre.

—¡Vaya, esto sí es serio...! Ahora lo comprendo todo.

—Quería conocer tu opinión antes de decidirme. No tengo mucho tiempo.

—¿Has pensado que Theroux sea el padre de tu bebé?, preguntó Alessia de nuevo, como si no me hubiera entendido, e imaginé sus grandes ojos abiertos de par en par.

—Así es.

—¡Joder, Loanne, deberías pensarlo con calma!

—Nunca conoceré a otro hombre como él.

—¿Cómo puedes estar tan segura de algo así? Acabas de conocerlo.

—Presiento que no me equivoco.

—Tus presentimientos podrían ser erróneos. Nadie se muestra tal cual es cuando conoce a otra persona. No sabes nada sobre ese profesor.

—Prefiero no saber más de lo que ya sé.

—¿Y él sabe algo de todo esto?

—No, no sabe nada.

—Pero tendrá algo que decir, ¿has pensado en ello?

—Sí, lo he pensado, pero él no sabrá nunca nada.

La voz de Alessia en el auricular de mi móvil era una mezcla de sorpresa y confusión.

—Lo que quieres hacer no es ningún juego, supongo que lo sabes... Vas a utilizar a un hombre sin decirle que te acuestas con él sólo para tener una hija o un hijo suyo.

—Cómo no voy a saberlo. Por esa razón aún tengo dudas. Necesitaba hablar contigo para aclarar mis ideas.

—Bueno, es difícil opinar en un asunto tan personal sin estar en tu pellejo, Loanne.

—Sé que el señor Edgar no me lo reprocharía, es muy comprensivo. Entendería muy bien por qué lo hago.

—Entonces, ¿por qué no se lo planteas abiertamente?

—No quiero que nadie interfiera en mi vida. Mientras le entrevistaba y hablábamos de la mujer actual le pregunté qué pensaba de las madres que hoy desean tener hijos sin estar casadas, ni tener pareja estable.

—¿Y qué te contestó?

—Que el concepto de padre es una convención social que existe en muy pocas especies animales, pero que ha sido de gran utilidad para la supervivencia y el desarrollo de la humanidad, al instituir la familia como forma estable de transmisión de valores éticos y culturales —recité sin respirar.

—Eso no es más que una respuesta filosófica.

—También me dijo que siendo ésa la situación ideal de la familia, la vida actual admitía otras formas sociales de convivencia que no tenían por qué entrar en contradicción con esa norma general.

—Creo que en eso estoy de acuerdo.

—También me dijo que la mujer tiene la capacidad natural para tener hijos y es su derecho tenerlos si ése es su deseo. Y que en esos casos el hombre sólo era un añadido, una célula que se unía a otra para crear una nueva vida por cualquier método posible. La elección sólo le incumbía a la mujer.

Alessia se decidió a confesarme algo que nunca antes me había dicho.

—Si quieres conocer mi opinión, no creo que debas hacer lo que me estás planteando. No pensaba decirte esto, pero ese profesor nunca me gustó. Hay algo en sus ojos que me produce escalofríos cuando miro su foto.

—Tú no le conoces, Alessia. Nunca encontraré a otro hombre como el señor Edgar.

—¿Y qué me dices de Donovan?

—El aún no sabe nada de lo que te estoy contando.

—¿Piensas decírselo?

—Sí, y lo haré lo antes posible. Ya le he traicionado una vez con una tontería y no quiero tener que esconder más secretos. Un día nos juramos que nunca habría secretos entre nosotros y respetaríamos las decisiones personales de cada uno. Tengo el propósito de cumplir mi juramento.

—Le harás mucho daño cuando lo sepa. Él aún está enamorado de ti.

—Intentaré que lo comprenda.

A partir de ese día los acontecimientos se precipitaron con una velocidad de vértigo, que me hizo pensar que el diablo que Alessia buscaba en los países del Tercer Mundo también estaba muy cerca de nosotras.

Capítulo 21

Donovan no lo comprendió. Aproveché una llamada suya para decirle que yo también tenía algo que contarle y me invitó a ir a su casa a las siete de la tarde.

—Tenemos mucho que celebrar, Loanne, ya lo verás —dijo ilusionado.

Sus problemas con el Centro de Noticias se habían resuelto al fin y me aseguró por teléfono que había conseguido una cita para mí con el director de una prestigiosa revista cultural de Nueva York para la próxima semana.

Era sábado y hacía un día horrible de frío y niebla. Un mal día para salir a la calle. Donovan me recibió con una botella de champán abierta y dos copas en la mano. Estaba eufórico. Quiso que brindáramos en el hall.

—¡Por nosotros!

Yo levanté la copa en silencio. No sabía cómo podía terminar ese brindis. Hasta pensé posponer lo que tenía que decirle para otra ocasión, pero si me echaba atrás lo habría hecho por miedo, y nunca me perdonaría haber temido que Donovan me hiciera algún daño.

Enseguida pasamos al estudio, era la habitación más luminosa y acogedora de la casa. El desorden de papeles y libros que encontré en mi última visita había desaparecido. Todo estaba preparado para una cena informal. La piscina y los abetos apenas eran visibles entre las nubes que se habían desplomado del cielo.

—Es estupendo que hayas solucionado tus asuntos. ¿Esos tipos ya no te siguen? —dije, sin dejar de mirar los velos de niebla que adornaban el jardín.

—No había nadie fuera cuando has llegado, ¿verdad?

—Yo no he visto a nadie.

—Pues eso significa que en el Centro de Noticias de la ONU han vuelto a confiar en mí. Ya no necesitan vigilarme. Todo había sido un malentendido. El propio Jefe me pidió disculpas personalmente. Volveremos a jugar juntos al golf tan pronto haga buen tiempo. Por eso me siento tan animado —dijo, con chispas de felicidad en los ojos.

—Me alegro por ti, Donovan. Temía que se tratara de algo más serio.

—En asuntos de seguridad todos los asuntos son serios. No puede bajarse la guardia, ya te lo dije. Por un momento pensaron que yo había hecho correr «la noticia secreta». Al parecer ha llegado a los oídos equivocados. Alguien la había filtrado. Pero ahora todo está aclarado: ¡han detenido a uno de los sospechosos!

—¿Es cierto eso?

Donovan me ofreció un ejemplar del *New York Times*, abierto por la sección de sucesos. El titular de la noticia era evidente:

DETIENEN A UN TRADUCTOR DE LA ONU

Mientras leía la crónica del periódico, Donovan no dejaba de hablarme.

—La operación de captura se ha planificado con todo detalle. «Operación Celestial», la llama el FBI. Era un traductor de inglés, francés y ruso. Las traducciones del texto de la nota estaban en su ordenador. Los servicios secretos y la policía lo tienen todo controlado. El peligro ahora es menor que antes, aunque nunca se sabe. Las detenciones no han hecho más que empezar.

—Pero en el periódico sólo dice que el traductor participaba en una trama de falsificación de visados de entrada a Estados Unidos, simulando que se trataba de ciudadanos extranjeros invitados por la ONU para participar en conferencias o actividades internacionales —alegué.

—De momento, el FBI mantiene en secreto la verdadera causa de la detención del traductor, mientras continúan las investigaciones. Seguramente, el traductor tendrá cómplices en alguna sociedad secreta de las que te comenté. Pero ya no queda mucho tiempo para que todos sean detenidos y se hable pública y abiertamente de la misteriosa noticia sobre el asesinato de Nanlú Bomoe y la amenaza de volar la sede de Naciones Unidas.

—Sería un gran alivio, saber que esos monstruos están al fin en la cárcel —murmuré, evitando decir nada sobre lo que yo sabía sobre Nanlú Bomoe y la falsa noticia de su ahorcamiento.

—Por esta vez parece que todo va a salir bien, pero las amenazas siguen ahí. Hay muchos dioses empeñados en que llegue pronto el fin del mundo.

—¿En el año 2012, como asegura la profecía maya? —dije, recordando mi conversación con Alessia sobre el futuro.

—Puedes tomártelo a broma si quieres, pero en los cálculos del calendario de la profecía maya había un error de dos años. La fecha exacta del fin del mundo no sería el 23 de diciembre de 2012, sino de este año 2010.

—¿Eso significaría que muy pronto moriremos todos? Para que llegue el día del apocalipsis de la profecía maya sólo queda algo más de una semana —reflexioné en voz alta, para no contradecir las fantasías conspirativas de Donovan.

—El futuro inmediato sigue siendo tan desalentador como este día de niebla. Eso es lo que anunciaba la nota del ahorcado en la ONU.

Volví a mirar por el ventanal.

—Hay algo sobre lo que yo también quiero hablarte, Donovan.

Donovan se sentó en su sillón giratorio y estiró las piernas sobre la mesa del despacho. Yo permanecí de pie, con la copa de champán vacía en la mano.

—Si es sobre tu próximo trabajo no tienes por qué preocuparte —dijo—. Luego te daré los datos y el teléfono de mi amigo. Habrás salido ganando con el despido de ese periódico de mierda. Éste será un buen empleo para ti, puedes jurarlo.

Hice unos círculos sobre el borde de la copa con mi dedo corazón.

—No se trata de mi trabajo.

—Entonces tú dirás... ¿Vas a casarte con el viejo filósofo? —dijo Donovan, riendo.

—No bromees con ese tema.

—Perdona, ya sabes cómo soy.

—Por eso quiero que me escuches con atención.

—De acuerdo, estaré callado como un muerto.

Donovan se cruzó de brazos y frunció el ceño. Había un brillo expectante en sus ojos.

—Muy pronto voy a quedarme embarazada.

Vi cómo los músculos del cuerpo de Donovan se tensaban bajo sus ropas.

—¡Maldita sea, aún sigues con esa obsesión absurda! —gritó, a la vez que retiraba las piernas de la mesa y se ponía en pie.

—No es una obsesión, es un deseo.

—¡Un deseo que raya la locura...!

Donovan se movía de un lado a otro con la vista fija en el suelo, como si le repeliera mirarme.

—Por favor, cálmate... Si te hablo de ello es porque quiero ser fiel a nuestro juramento. Quiero que lo sepas desde el primer instante.

Donovan levantó la voz, rojo de rabia.

—¡Pero cómo quieres que me calme, joder! ¿Crees que soy estúpido..., o que soy de piedra? ¿Es que supones que no sé lo que vas a decirme ahora? ¿Quieres que te lo diga yo, eh? ¿Quieres oírlo tú de mi boca antes de que lo suelte la tuya...? —Imitó mi voz con un tono de burla—: «Voy a tener mi bebé con ese viejo filósofo arrugado y baboso».

Cogí mi bolso e hice ademán de marcharme. Nunca había visto a Donovan tan fuera de sí, ni estaba dispuesta a soportar que me gritara de ese modo.

—¡Espera, Loanne... espera! Lo siento, lo siento, no quería gritarte así —dijo, cogiéndome del brazo.

—Deja que me vaya, Donovan —le pedí mirándole a los ojos. Una orden, más que un ruego.

Su mano se retiró.

—Hablemos con calma, Loanne, por favor. No puedes marcharte ahora. No volveré a gritar así, te lo prometo. Respetaré mi juramento y respetaré tus decisiones, pero deja al menos que intente convencerte de que estás en un error.

—No hay errores cuando es uno quien toma sus propias decisiones. Siempre he aceptado las consecuencias de mis actos —dije con severidad, mientras me alejaba de él y me sentaba en un sillón junto al sofá.

Donovan se sentó frente a mí. Extendía sus manos con las palmas hacia abajo en

señal de sumisión.

—Tranquilicémonos, ¿de acuerdo?

—Yo estoy tranquila, Donovan. Eres tú quien ha perdido el control —protesté.

—¿Cuándo has pensado en tener tu bebé con ese hombre, Loanne? ¿Qué te ha hecho cambiar de idea? Hace sólo un par de semanas te pregunté mientras cenábamos en el restaurante japonés si seguías pensando en tener un hijo y me dijiste que acababas de comenzar un tratamiento de inseminación artificial con un donante de esperma desconocido. ¿A qué viene esto ahora?

—La vida no es lineal como el tronco de un árbol, Donovan. ¿Has pensado en eso alguna vez? Tiene ramas y hojas, muchas ramas y muchas hojas por descubrir. Uno puede ir y venir por ellas a su antojo, arrepentirse, cambiar de camino, o aventurarse a descubrir lo que hay en la copa del árbol como si fuese una ardilla, mientras no cause daño a nadie...

En esa ocasión mi otra voz estaba de mi lado. Creo que habló ella, era mucho más despierta e inteligente que yo y recordó las palabras del señor Edgar cuando respondió a una de mis preguntas.

—Pero tú te vas a caer al vacío, ¿tan ciega te has vuelto para no ver algo tan evidente? Ese hombre te dobla la edad...

—¡No repitas que podría ser mi padre! —le advertí.

—¿Sabes? Cuando te vi con él en la galería de arte pensé que esto podría ocurrir, pero me negaba a creerlo. Siempre te he tenido por una persona muy sensata.

—Sólo voy a acostarme con él, Donovan, no hay nada más. Si me quedo embarazada, estupendo, y si no lo consigo me olvidaré de ser madre. No he conocido a otro hombre como el señor Edgar. Sé lo que hago, lo he pensado mucho. Confía en mí.

—Pero ¿qué diablos has visto en ese filósofo?

—No he visto diablos, lo que el señor Edgar posee es ternura, sabiduría... Y esas cosas no se ven, Donovan, se sienten. Creo que si alguien puede ser el padre de mi bebé es él.

—¡Ese filósofo te ha hechizado con su palabrería! ¡Te ha cegado hablándote de hermosas utopías que no son más que patrañas!

—No soy tan ingenua como crees. Además, soy yo la que piensa utilizarlo a él, no él a mí. Ni siquiera sabe lo que pienso hacer.

—¡Vamos, Loanne, es un hombre...! Estará encantado de echar un polvo con una mujer como tú. ¿Por qué le vas a dar a él lo que me has negado siempre a mí y a tantos otros?

—Él es distinto a todos, ya te lo he dicho.

—¿También es distinto a mí?

—Tú no quieres tener hijos, Donovan, lo hemos hablado muchas veces. Estás

convencido de que el mundo reventará uno de estos días con todos nosotros dentro.

—Eres injusta conmigo. ¿Cuántas veces te he dicho que contaras conmigo para tener ese bebé que tanto deseabas? Dime, ¡cuántas! Y además te quiero, lo sabes; sabes que sigo enamorado de ti como el día en que nos conocimos en la universidad.

—Yo también te quiero, Donovan; y también tú lo sabes de sobra. Pero siempre has sido para mí como un hermano. Incluso cuando vivimos juntos en la casa de Gramercy Park durante años no hubo nada de sexo entre nosotros. Éramos como la familia que ni tú ni yo teníamos aquí, en Nueva York.

—¿Por qué me haces esto, Loanne? ¿Por qué me humillas de este modo? Habría preferido mil veces que me mintieras, que te hubieses marchado a vivir con él sin decirme nada.

—No quiero tener ningún secreto que esconder contigo, Donovan. Compréndeme, por favor. Cuando esto termine, no volveré a ver más al señor Edgar, te lo prometo.

—¿Y qué será de ese bebé cuando tú no estés? No tienes ni idea del horrible futuro que le espera. ¿Has pensado en él, en sus hijos, en los hijos de sus hijos? Este mundo se termina, Loanne; este mundo nuestro de confort y felicidad se derrumba; está agotado, está llegando a su fin. La crisis económica global es la prueba y el éxito de la conjura del caos será la consecuencia.

—Siempre exageras tus convicciones —dije.

Decidí que había llegado el momento de marcharme, así que me puse en pie, cogí mi bolso y fui hacia la puerta. Donovan no hizo nada por retenerme, aunque no dejó de soltarme su discurso apocalíptico mientras me acompañaba hasta mi coche.

—¡Abre los ojos y mira a tu alrededor! ¡La crisis global forma parte de la conspiración! ¿Es que no lo ves claro? ¡Los estados del bienestar se debilitan cuando sus sistemas económicos y financieros entran en recesión! ¡Ese dios, o quienquiera que sea, está provocando la caída de las bolsas internacionales y la inestabilidad política que ello genera en toda la Tierra! ¡Ése es el principio del fin! El edificio de Naciones Unidas se parece cada vez más a la bíblica Torre de Babel —dijo como si fuese un predicador—. Allí nadie parece comprender lo que está ocurriendo en el mundo, pero ellos serán los únicos responsables de que la conjura del caos triunfe: Estados Unidos se alejará de Rusia para acercarse a la poderosa China comunista; Alemania y Francia no podrán soportar la carga de sus socios de la vieja Europa; África se desangrará entre el hambre y las guerras tribales, y los países árabes se rebelarán contra sus monarquías y dictaduras con la fuerza del islam que los une. Las guerras y el caos son inminentes, Loanne, y la ficticia felicidad en la que nos hemos instalado estallará pronto como una bomba atómica en el corazón del universo, destrozándonos a todos, también a ese bebé que tanto deseas tener... ¡No lo olvides, Loanne! ¡No lo olvides nunca!

Capítulo 22

Después de marcharme de la casa de Donovan fui a cenar algo a una hamburguesería, y no llegué al Village hasta pasadas las diez de la noche. Ante la puerta del edificio de mi apartamento vi a dos hombres fumando. Me aterró al pensar que podía tratarse de los mismos tipos que habían vigilado a Donovan durante los últimos días, pero enseguida comprobé que su aspecto era muy distinto: no tenían pinta de matones, y me mostraron sus placas de policías antes incluso de que yo llegara junto a ellos. Supongo que lo hicieron para que no me asustara demasiado al verlos. Pero su cortesía fue inútil: el miedo ya se había apoderado de mí.

—Sentimos molestarla a estas horas de la noche. Somos detectives del departamento de homicidios de Nueva York. Mi nombre es Milo Potieck y él es mi compañero John Stuart. Supongo que usted debe de ser Loanne Harvey —dijo uno de ellos, el más joven, vestido de un modo informal, con cazadora de cuero, jersey de cuello alto negro y pantalones vaqueros. El otro llevaba un abrigo con las solapas alzadas y tenía una barba incipiente, aunque cuidada.

—¿Hay algún problema en el que pueda ayudarles? —logré balbucir, a pesar de mi aturdimiento.

—Verá, Loanne... —titubeó el detective Milo Potieck, con el tono de voz que precede al anuncio de una mala noticia. Luego continuó—: Alessia Brown ha aparecido muerta hace apenas una hora en Central Park.

—¿Muerta...? ¿Alessia ha muerto...? —logré preguntar en un susurro apenas audible, con mis cuerdas vocales atrofiadas por el espanto.

—Su cadáver estaba colgado del extremo de una cuerda atada a su cuello con un nudo corredizo, y el otro extremo atado a la baranda metálica del arco principal del Gothic Bridge —añadió el policía.

Las piernas me temblaron, mi corazón se paró de golpe y creí que yo también iba a morir en ese instante, presa de un súbito infarto. Me apoyé en la pared del edificio para no derrumbarme, llevé mis manos a la cara y comencé a llorar con el dolor insoportable de infinitas agujas que se clavaban sin piedad en mi pecho.

—¡No es posible... no es posible...! —murmuré en voz baja mientras sollozaba, sin dejar de imaginarme a Alessia colgada como un muñeco de trapo de un puente de Central Park, que yo conocía desde hacía mucho tiempo. También era uno de los lugares preferidos de Donovan para pasear por el parque en invierno, pues se sentía fascinado por el curioso diseño vanguardista y medieval de los arcos ojivales que le daban nombre al Gothic Bridge.

Y la idea de que Donovan pudiera haber asesinado a Alessia, ahorcándola del mismo modo que él aseguraba en su paranoica historia que fue ejecutado Nanlú Bomoe en un aseo de Naciones Unidas, hizo hervir mis pensamientos como si el

hierro candente de un verdugo invisible estuviera aplastando mi cerebro hasta licuarlo.

—¿Saben a qué hora murió Alessia? —pregunté entre sollozos, en un intento de sobreponerme a la desolación que me invadía.

El detective Milo Potieck hizo un gesto a su compañero para que fuese él quien me explicara los detalles de lo sucedido.

—El médico forense que ha asistido al levantamiento del cadáver cree que la muerte debió de producirse una vez que había anochecido, poco antes de que fuera descubierto el cuerpo por un grupo de chicas que practicaban footing por los alrededores del puente. Según el forense, a pesar de las bajas temperaturas de la noche la piel protegida bajo el grueso anorak de plumas de su amiga Alessia aún no estaba entumecida, así que pudo morir entre las siete y las ocho de la tarde.

Yo había quedado con Donovan a las siete de esa misma tarde. Pero llegué a su casa unos treinta minutos después a causa de los atascos de la hora punta, de modo que ese dato no encajaba con mis disparatadas sospechas de que hubiera sido él quien había asesinado a Alessia ahorcándola en el Gothic Bridge. Donovan sería incapaz de hacer algo tan horrible y, además, no habría tenido tiempo de cometer el crimen y regresar a su casa antes de que yo llegara. Él me esperaba desde las siete, reflexioné entre el torbellino de temores que desquiciaban mi mente.

—¿Sufrió? —inquirí, sin saber por qué hacía esa pregunta. Ya poco importaba la respuesta.

—La opinión del forense es que Alessia se partió el cuello al lanzarse al vacío y quedar colgada del puente. No tuvo tiempo de sufrir —dijo el detective Milo Potieck.

—Todo hace suponer que se trata de un posible suicidio pero, en cualquier caso, aún es demasiado pronto para confirmar cualquier hipótesis sobre lo ocurrido —añadió el otro policía.

El detective Milo Potieck volvió a dirigirse a mí con delicadeza.

—Comprendemos que esté desolada, Loanne, pero ahora es necesario que nos acompañe a la comisaría del distrito para hacerle algunas preguntas que nos pueden ayudar a aclarar la muerte de Alessia Brown. En el móvil que llevaba en un bolsillo de su anorak encontramos algunas llamadas y un par de mensajes a su número de teléfono, que nos han permitido localizarla a usted a través de su operador de telefonía. Usted fue la última persona con la que ella comunicó por el móvil.

—Les ayudaré en todo lo que pueda... —murmuré sin apenas voz, aunque yo estaba segura de que Alessia no se había suicidado: no tenía motivos para desear la muerte. Ella amaba la vida.

Luego seguí a los dos policías hasta su coche como una autómatas, sin más vitalidad en mi interior que la del corazón despedazado que aún me permitía mover mis labios y mi cuerpo de un modo maquinal e inconsciente.

Sentada en el asiento trasero del coche, me coloqué de lado, me arrebujé bajo mi abrigo y elevé las piernas hasta adoptar una posición fetal, con la cabeza apoyada sobre mis rodillas.

El detective Milo Potieck debió de ver mi estado de postración por el espejo retrovisor, e intentó ser amable conmigo otra vez.

—Desahóguese si quiere, Loanne. Aún tardaremos unos veinte minutos en llegar a la comisaría del distrito.

Cerré los ojos y volví a llorar en silencio, sin poder apartar de mi mente la imagen del cuerpo de Alessia cayendo al vacío. Incluso podía escuchar el crujido de sus frágiles vertebras quebrándose entre el nudo corredizo de la cuerda, hasta quedar oscilando como un péndulo bajo el Gothic Bridge de Central Park. Nunca antes había asociado la idea del péndulo con la de un ahorcado, y la crueldad de ese pensamiento volvió a sobrecogerme. La propia Alessia me había dicho en los Cloisters que el péndulo sólo alcanzaba el punto ideal de equilibrio cuando dejaba de moverse de un lado a otro y permanecía, vertical e inmóvil, en el centro de sus líneas de oscilación. Pero también me dijo que el péndulo en equilibrio simbolizaba la muerte.

Tal vez por esa razón yo aún me sentía viva, volviendo a debatirme entre las constantes oscilaciones de un péndulo psicológico, que al llegar a uno de sus extremos me animaba a explicarle a la policía todo lo que sabía sobre la noticia secreta y la conjura del caos que Donovan me había contado, sin ocultarles las casualidades y las analogías con la muerte de Alessia. Sin embargo, al llegar al otro extremo de mi continuo vaivén interior, ese mismo péndulo psicológico me aconsejaba a través de mi otro yo que no dijera nada sobre la absurda y paranoica historia de Donovan, a menos que quisiera culparlo de un asesinato que probablemente no habría cometido, y en el que yo misma podría resultar involucrada sin desearlo, por ser su única coartada cierta. Así que decidí hacerle caso una vez más a mi sensata voz interior, aunque ello supusiera entrar en un peligroso juego de verdades y mentiras, cuyas consecuencias no fui capaz de prever.

Pasado un rato abrí los ojos, aún humedecidos por las lágrimas, y vi que las calles y avenidas de Manhattan pasaban junto a la ventanilla del coche policial como si me encontrara en medio de un vertiginoso carrusel de luces destellantes, que se fundían con el convulso ir y venir de mis propios miedos.

Capítulo 23

A pesar de los esfuerzos del detective Milo Potieck para que considerara mi visita a la comisaría como un trámite rutinario, no pude evitar la sensación de ser una vulgar delincuente que acababa de cometer un crimen, e iba a ser juzgada y condenada por ello. No podía tratarse de una nueva casualidad que Alessia se hubiera suicidado del mismo modo que, según la paranoica historia de Donovan, había aparecido muerto en la ONU Nanlú Bomoe. Tampoco podía ser un simple capricho del azar que Alessia me hablara del péndulo en equilibrio como símbolo de la muerte, y que ella hubiera decidido quitarse la vida usando la horca como una representación dramática de su destino, en el puente gótico de Central Park preferido por Donovan. Y la idea de que, de algún modo, yo pudiera ser la culpable de la atroz muerte de Alessia volvió a destrozarme el corazón, antes de cruzar las puertas de entrada a la comisaría del distrito de Central Park.

La sala de denuncias estaba atestada de personas de todo tipo, sentadas entre un sinfín de pantallas de ordenador alineadas sobre las mesas grises y metálicas de los policías uniformados que estaban de guardia esa noche. Ante uno de ellos, un individuo ebrio, que tenía las manos atrapadas en la espalda por unos grilletes y vestía como un vagabundo, gritaba y gesticulaba con desesperación pidiendo que se los quitaran, sin atender las órdenes del agente para que se callara.

Los gritos de aquel hombre me taladraron los oídos, y los haces de luz blanca del techo me hirieron los ojos como si diminutos granos de arena se hubieran colado entre mis párpados. Por un momento temí que fuese allí donde iban a tomarme declaración, pero pronto experimenté un gran alivio al ver que los detectives que me custodiaban pasaban de largo por aquella sala enloquecedora, y entraban en un amplio distribuidor circular, desde el que partían distintos pasillos con multitud de puertas a ambos lados. El detective Milo Potieck abrió una de ellas y me rogó que pasara al interior y me sentara en una de las dos butacas situadas ante una mesa, mientras su compañero de la barba iba a buscar un poco de café. Antes de continuar sus pasos por el mismo pasillo, John Stuart me había preguntado si me apetecía tomar algo y le dije que le agradecería mucho que me trajera un poco de agua. Y por el modo en que se hablaban entre ellos, también me di cuenta entonces de que el detective joven, Milo Potieck, tenía el grado de teniente, y de que John Stuart era sargento.

El despacho me pareció claustrofóbico, a pesar de su aparente amplitud. No tenía ventanas al exterior y las paredes estaban cubiertas por paneles de corcho repletos de fotografías clavadas con chinchetas de colores, que evité mirar por la crudeza que intuía en algunas de ellas.

Milo Potieck se sentó frente a mí y repasó algunos documentos del dossier que

tenía abierto sobre la mesa.

—Antes de ir a verla a usted, hablamos con la familia de Alessia en el Bronx para que fueran al instituto forense a reconocer el cadáver. La madre estaba muy afectada, y nos dijo que su hija era muy independiente y siempre andaba de un lado a otro, trabajando con su cámara fotográfica o viajando a países del Tercer Mundo. También nos aseguró que no sabía que su hija pudiera tener algún tipo de problema que la llevara a quitarse la vida... —El detective hizo una pausa, y luego me preguntó—: ¿Tiene usted alguna idea de qué pudo impulsar a su amiga a tomar la decisión de suicidarse?

—No, la verdad es que yo tampoco comprendo qué pudo llevarla a hacer algo así. Alessia era demasiado autosuficiente —dije—. Tenía una vitalidad y una fortaleza fuera de lo común; de otro modo no podría haber ido como cooperante humanitaria ni como reportera gráfica a los países en guerra de África, a los que se marchaba en sus vacaciones. Nunca le conocí un momento de tristeza, ni jamás tuvo una depresión, que yo supiera... —dije, y continué explicándole todo lo que yo sabía sobre su vida.

Las manos del teniente Milo Potieck se movían con rapidez sobre un ordenador portátil que estaba abierto a un lado de la mesa.

—Ahora intentemos reconstruir, en la medida de lo que usted pueda recordar, lo que hizo su amiga Alessia durante los últimos días. Es importante cualquier detalle por insignificante que le parezca, ¿lo comprende, Loanne? —me preguntó, sin levantar la vista de un folio con varias anotaciones manuscritas.

Me limité a asentir sin decir nada, pero me di cuenta de que el detective me miraba de reojo, como si quisiera comprobar que me encontraba preparada para responder a sus preguntas más comprometidas, sin sufrir una nueva crisis emocional.

—Según mis notas, las últimas llamadas registradas en el móvil de Alessia se remontan a algo más de un par de semanas, y algunas de ellas las realizó a su número de teléfono. ¿Recuerda usted de qué hablaron en esos días?

—Sí, lo recuerdo perfectamente —afirmé con seguridad—. Antes de que me despidieran del periódico, Alessia y yo apenas nos comunicábamos por teléfono, pues nos veíamos cada día en la redacción y sólo de vez en cuando salíamos juntas algún fin de semana...

—¿Había problemas económicos en el periódico?

—Bueno, la crisis estaba causando grandes pérdidas de ingresos por publicidad, y la dirección había decidido cerrar el periódico en un plazo breve si las cosas no mejoraban. Yo fui la primera en ser despedida. Cuando me marché de la redacción Alessia no estaba allí y no pude decirle adiós. Por eso me llamó al móvil a los pocos días, y me invitó a pasar el fin de semana en una cabaña que ella había alquilado en Harriman Park.

—¿Estaba animada cuando hablaron?

—Alessia siempre se mostraba de buen humor.

—¿Le contó algo sobre sus proyectos, una vez que cerraran el periódico?

—Ese fin de semana hablamos de muchas cosas, entre ellas de la situación del periódico. Me dijo que cuando llegara el momento se marcharía de cooperante humanitaria a algún país en conflicto del Tercer Mundo, aunque no había decidido adonde iría exactamente. Su mayor deseo era llegar a fotografiar la cara del diablo.

—¿Le habló del diablo? —inquirió el detective con un gesto de curiosidad.

—Sólo en un sentido figurado —aclaré—. Para ella el diablo era el horror que se vive en esos países en guerra.

—¿Sabe usted si Alessia estaba vinculada con alguna secta u otro tipo de organización esotérica?

—Que yo sepa sólo colaboraba con algunas oenegés.

El sargento John Stuart entró en el despacho con una taza de café, una botella de agua y un vaso de plástico. Los dejó sobre la mesa y le dijo al detective Milo Potieck que si no lo necesitaba iría a su departamento para comenzar a redactar el informe para el fiscal del distrito. El teniente Potieck le autorizó a marcharse con un leve movimiento de cabeza, y continuó con sus preguntas una vez que el sargento cerró de nuevo la puerta.

—¿Ocurrió algo ese fin de semana que pasaron en Harriman Park? Algo que le llamara especialmente la atención.

—La tarde del sábado salimos a dar un paseo por el cámping, y Alessia se empeñó en comprar una botella de ron. Quería que esa misma noche nos emborracháramos juntas para burlarnos del destino.

—¿Burlarse del destino?

—Bueno, a mí me habían despedido del trabajo y ella sabía que también tenía los días contados en la empresa. Supongo que beber ron esa noche sólo fue una manera de olvidar nuestras preocupaciones por el futuro que podía aguardarnos.

—El lunes siguiente, Alessia volvió a llamarla.

—Creo que sí. Quería saber si me encontraba bien después del viaje, y sólo hablamos unos minutos sobre una persona que yo había conocido hacía poco —dije, omitiendo cualquier referencia a Edgar Theroux y a mi tratamiento de inseminación artificial. Ésas eran cuestiones que pertenecían a mi intimidad, y en nada ayudarían a clarificar las circunstancias de la muerte de Alessia.

—También usted volvió a llamarla unos días más tarde.

—Necesitaba comentarle algo sobre las fotos con las que quería ilustrar un artículo periodístico que estoy escribiendo —mentí, a sabiendas de que nuestra conversación comenzaba a entrar en un terreno pantanoso.

Las manos de Milo Potieck removieron los papeles del dossier, hasta que encontraron un pequeño post-it de color amarillo con un número escrito a lápiz.

Entonces comencé a sentirme más nerviosa y angustiada de lo que ya lo estaba.

—En el monedero de Alessia que encontramos en su coche estaba esta nota con un número de teléfono, que no se corresponde con la caligrafía de otros números que aparecen en su agenda. Alessia llamó a ese número y también nosotros lo hemos intentado esta noche, pero nadie coge el teléfono. ¿Le dice algo ese número? —me preguntó, con la mirada puesta en mis ojos como si esperara inquieto mi respuesta.

—Sólo es el número de la delegación de Uganda en Naciones Unidas. Alessia quería hablar con alguien de la comisión de ayuda humanitaria a los refugiados en aquel país y me pidió que se lo facilitara. Yo tengo un amigo periodista en la ONU.

Mi explicación debió de parecer convincente, pues el teniente Milo Potieck no insistió sobre esa cuestión. Pero su siguiente pregunta fue aún más comprometida para mí.

—Ese mismo día, Alessia intentó llamarla en varias ocasiones y le envió un mensaje en el que le decía que necesitaba verla a usted lo antes posible porque había encontrado algo interesante. ¿Sabe a qué se refería?

Antes de contestar bebí un poco de agua.

—Le devolví la llamada cuando vi su mensaje y quedamos en tomar algo en una cafetería de Lower Plaza sobre las siete. Alessia estaba muy animada esa tarde. Había hablado con uno de los miembros de la delegación de Uganda y estaba decidida a marcharse como cooperante de una ONG de aquel país si la despedían del periódico —volví a mentir, igual que mienten los malvados para ocultar sus crímenes, a la vez que una ansiedad tan monstruosa como un gusano con mil bocas comenzaba a devorar sigilosamente mis neuronas.

—¿Recuerda el nombre de la persona con la que Alessia habló en Naciones Unidas?

Cerré los ojos y fingí que intentaba acordarme del nombre, pero mis pensamientos naufragaron en un turbulento mar de dudas sobre si debía decir o no que la persona con la que Alessia había hablado en la ONU se llamaba Nanlú Bomoe. Al cabo de unos segundos decidí que el nombre no importaba, a menos que la historia de Donovan fuese cierta, y yo creía estar convencida de que sólo era una paranoia.

—Creo que se llamaba Nanlú Bomoe, o algo parecido —dije, y tuve que morderme la lengua para no añadir que Alessia lo había fotografiado y que llevaba las fotos en su iPad. Junto a esas fotografías también estaba la de Donovan y su jefe William Martin, flanqueando al señor Edgar. Y aunque no hubiera nada de extraño en ella no deseaba complicar aún más las cosas, explicándole a la policía quiénes eran los hombres que aparecían en esa imagen y por qué Alessia los fotografió en el atrio de la ONU. Además, supuse que ya no deberían quedarle al detective muchas más preguntas que hacerme sobre mis últimas conversaciones con Alessia. Y pensando esto pude tranquilizar a mi conciencia.

—Y qué me dice del último mensaje que Alessia le envió a su móvil a las cinco de esta misma tarde —dijo el teniente sin dejar de mirarme.

Traicionada por las mentiras de Donovan, que ya eran mis propias mentiras, creí ver en los ojos de Milo Potieck el orgullo lacerante de un inquisidor, en lugar de la mirada amable que yo había apreciado hasta ese instante.

—¿Qué mensaje? No sé de qué me está hablando —murmuré apabullada, mientras abría mi bolso y buscaba mi móvil con desesperación.

Cuando lo desbloqué vi en la pantalla que, efectivamente, tenía el aviso de un mensaje de Alessia sin abrir.

—Lo siento, no he mirado el móvil en toda la tarde, puede comprobarlo usted mismo —me justifiqué, ofreciéndole mi teléfono como si el detective me estuviera acusando de un delito horrendo, del que yo debía defenderme.

—Tranquílcese, Loanne, no dudo de usted. Pero quizá debería leer ese mensaje ahora.

Con un visible temblor de mis manos pulsé sobre el icono del sobre cerrado. El texto del mensaje decía así:

Hoy me han entregado la carta de despido.

Era la crónica de una muerte anunciada, como la novela de García Márquez, aunque menos sangrienta y apasionante.

Cuídate mucho.

—¡Pero la muerte a la que Alessia se refiere en este mensaje es la muerte del periódico, no la suya! Es sólo una manera de hablar con humor sobre el cierre de la empresa. Todos los trabajadores y periodistas de la redacción sabíamos desde que comenzó la crisis que ese momento no tardaría mucho tiempo en llegar, como así ha sido —solté con vehemencia.

El detective Milo Potieck me habló con calma.

—Ésa es una lectura posible, sin duda, pero no me negará que el mensaje de su amiga Alessia también suena a despedida, una despedida sin sangre; una sutil manera de anunciarle a usted lo que pensaba hacer un par de horas más tarde.

—Pero eso no es suficiente para darle sentido al hecho de que Alessia se haya suicidado —repliqué.

—No es sólo ese mensaje, Loanne. El coche de su amiga estaba aparcado muy cerca del Gothic Bridge, abierto y con las llaves puestas. Sobre el piso de madera del puente no había nieve ni ninguna huella, pero sobre la nieve acumulada en la baranda donde ató la cuerda estaban marcados los puntos en que Alessia apoyó las manos y los pies para lanzarse al vacío. Y por si todos esos indicios no fuesen bastantes, en el bolsillo de su anorak llevaba la carta de despido del periódico. Y aún hay algo más.

A veces las medias verdades son más peligrosas que las verdaderas mentiras. Es

un principio básico de credibilidad que se aprende pronto en periodismo, cuando un texto puede expresar una idea y a la vez la contraria, como esos ambigramas que contienen dos dibujos distintos en uno, y cuya dualidad el observador sólo puede apreciar dependiendo del modo en que enfoque la imagen. Y desde que Donovan me había hablado de la noticia secreta y la conjura del caos, todo se había transformado para mí en una dualidad de hipótesis verosímiles entre las que yo oscilaba como la esfera de un péndulo sin control, hasta casi enloquecer.

—No quisiera parecer una obstinada, pero me niego a aceptar que Alessia se haya suicidado de un modo tan brutal, ahorcándose en un puente de Central Park —insistí, conteniendo de nuevo las lágrimas.

—Es lógico que una parte de usted se resista a aceptar una tragedia como ésta. Siempre ocurre con todos los familiares y amigos de quienes acaban con su vida sin un motivo aparente. Los suicidas rara vez dejan ver su sufrimiento personal a quienes aman. En la mayoría de los casos se trata de suicidios premeditados, pero en otros basta pasar por un mal momento emocional para tomar una decisión que no siempre permite arrepentirse, una vez que se ha dado el paso decisivo. Creemos que este último es el caso de Alessia.

—Lo que más me cuesta aceptar es que Alessia decidiera quitarse la vida de ese modo tan atroz. Ella rechazaba cualquier tipo de violencia, y una muerte así, tan cruel, no habría entrado nunca en sus planes. Si de verdad pasaba por un mal momento personal, podría haberse tomado unas pastillas y esperar el final tranquilamente tumbada en su cama con alguna música africana de fondo. No es que me resista a creer que haya podido suicidarse, sino que eligiera la horca para poner fin a su vida —expliqué, intentando darle a la policía una razón para que investigaran un posible crimen, pero el teniente Milo Potieck no dio importancia a mis argumentos.

—Dígame, Loanne, ¿su amiga Alessia era aficionada a adivinar el futuro?

La pregunta del detective me sorprendió, y pensé que tal vez él supiera sobre Alessia mucho más de lo que yo imaginaba.

—Para ella era como un juego divertido. Creo que desde niña tuvo una cierta capacidad paranormal para intuir sucesos y experimentar sensaciones cuando pensaba en el futuro o en cualquier otra cosa, pero siempre decía que no era ninguna adivina.

—Verá, Loanne, además de las pruebas que le he comentado, en la mesilla de noche de su amiga había abiertos varios botes de ansiolíticos y antidepresivos, y sobre la mesa del salón de su vivienda en el Bronx encontramos desplegadas boca abajo todas las cartas de una baraja de Tarot, menos una, que estaba vuelta con la imagen visible de una figura humana, como si Alessia hubiera intentado adivinar su propio futuro y no le hubiese gustado lo que vio. Creemos que es la prueba definitiva que nos confirma por qué se suicidó del modo que lo hizo.

El detective cogió del dossier algo parecido a un naípe y lo dejó caer sobre la mesa con la delicadeza de un crupier. Era la carta del ahorcado de una baraja de Tarot.



Capítulo 24

Agradecí al detective Milo Potieck que se ofreciera a llevarme de vuelta a mi apartamento en el Village, y le dije que prefería llamar a un amigo para que me recogiera en la puerta de la comisaría. Me vendría bien tomar un poco el aire y estar sola mientras le esperaba.

Donovan no tardó en coger el teléfono cuando le llamé a su móvil. Lo primero que me dijo fue que se alegraba de recibir mi llamada y que sentía mucho haberse comportado de un modo tan irracional en su casa. Le respondí que no era ése el motivo por el que me había puesto en contacto de nuevo con él a esas horas de la noche, y luego le expliqué entre sollozos lo que había ocurrido con Alessia y el lugar en que me encontraba. Pareció muy afectado por la noticia, aunque tuve la sensación de que no le sorprendió demasiado que Alessia hubiera muerto ahorcada.

Caminando por la acera de un lado a otro frente a la entrada de la comisaría me fumé con desesperación varios cigarrillos seguidos. Los argumentos del detective Milo Potieck sobre la muerte de Alessia eran demasiado concluyentes como para pensar en otra hipótesis distinta al suicidio y, según el mismo me había asegurado antes de despedirme en su despacho, pensaba dar por cerrada la investigación una vez que tuviera el informe definitivo de la autopsia, a menos que el forense apreciara algún signo de violencia en el cadáver. Sin embargo, había algo que seguía sin estar muy claro para mí. Cuando le pregunté si habían encontrado la cámara fotográfica de Alessia y su iPad, el detective Milo Potieck se limitó a decirme que ni en su coche ni en su apartamento del Bronx habían visto ninguno de los dos objetos por los que yo le preguntaba.

—Lo más probable es que Alessia se deshiciera de ellos en cualquier parte antes de quitarse la vida —añadió, sin darle más importancia a ese asunto. Y yo tampoco insistí.

Mi ansiedad se calmó al ver los focos del deportivo de Donovan iluminando el asfalto mojado por la nieve derretida en la calle. Corrí hacia el coche y no esperé a que Donovan se bajara. A pesar de la tristeza que sentía no quería abrazarme a él, ni estaba dispuesta a aceptar que me consolara. Si le había llamado no era para echarme en sus brazos hasta empapar su cuerpo con mis lágrimas, sino para exigirle de una vez por todas una explicación convincente y definitiva sobre su paranoica historia conspirativa en Naciones Unidas y su relación con la extraña muerte de Alessia.

Abrí la puerta del coche y me senté sin decir nada y sin mirar a Donovan.

—Lo siento, Loanne..., siento mucho que Alessia haya muerto. De veras que lo siento, no sé qué más puedo decirte —afirmó, con sus ojos clavados en el volante del coche como si tampoco él se atreviera a mirarme.

—Llévame al Gothic Bridge, por favor —le pedí, con el mismo tono de voz con

que le habría hablado a un taxista nocturno, que podía ser también un peligroso asesino. Pero yo no tenía miedo de Donovan, sólo sentía rabia y dolor por la muerte de Alessia; una rabia y un dolor aprisionados entre el dramático y tortuoso amasijo de sentimientos que preceden a la más atroz de las locuras.

—¡Son más de las doce de la noche, Loanne! ¿Para qué quieres ir allí ahora? —me preguntó.

Yo no le había dado detalles a Donovan por teléfono sobre el lugar en que fue encontrado el cadáver de Alessia, y quería observar su reacción si lo enfrentaba a los hechos en el mismo puente que a él tanto le fascinaba, y en el que había aparecido colgado el cuerpo de mi amiga.

—El Gothic Bridge es uno de tus lugares preferidos de Central Park, ¿no? —dije sin más.

—¿Y eso qué tiene que ver con la muerte de Alessia?

—Según la policía, Alessia se ahorcó lanzándose al vacío desde el arco central del puente. He pensado que quizá tú tengas una razón que explique por qué eligió ese lugar para morir y no cualquier otro, como el puente de Brooklyn, el de Williamsburg, o algún otro del Bronx, más cercano a su casa. Necesito saber lo que le ocurrió, Donovan, necesito saber la verdad... —dije con frialdad.

La voz de Donovan se elevó como si estuviera leyendo mis pensamientos.

—¡Maldita sea! ¿Qué estás insinuando?

Estuve a punto de volver a derrumbarme y echarme a llorar, no sólo por Alessia sino porque seguía pensando que Donovan podía ser quien la había asesinado. La hora de la muerte que fijó el forense durante el levantamiento del cadáver no tenía por qué ser exacta. El sargento John Stuart me había dicho que sólo se trataba de una primera impresión. Incluso iba a preguntarle a Donovan sin rodeos si él había matado a Alessia, pero de pronto pisó el acelerador a fondo y mi espalda se pegó al asiento del deportivo dejándome sin respiración.

—Pero ¿qué haces? ¿Te has vuelto loco? ¡Para este jodido coche ahora mismo! —grité tan alto como pude, mientras cruzábamos por una calle estrecha hacia Midtown East a una velocidad vertiginosa, que hacía chirriar los neumáticos a pesar de que el asfalto estaba mojado. Donovan ni siquiera respetaba los semáforos en rojo ni los pasos de peatones, y temí que pudiera provocar un grave accidente.

—Si quieres saber lo que de verdad le ha pasado a tu amiga Alessia tal vez deberías preguntarle a los tipos que nos persiguen.

Miré por el pequeño cristal trasero del deportivo de Donovan y vi que otro coche corría tras de nosotros, aunque se iba quedando cada vez más rezagado. Nos siguió durante un buen rato, hasta que lo perdí de vista después de que Donovan realizara varios giros temerarios en una sucesión de cruces entre calles y avenidas de los alrededores de Upper East Side, con los que al fin consiguió despistar a nuestros

perseguidores. Luego moderó la velocidad, cruzó desde Lexington Avenue hasta Madison por la calle Sesenta y seis y entró en Central Park como si hubiese atravesado una puerta invisible que nos condujera a una dimensión desconocida de bosques nevados y oscuros.

Cuando llegamos al Gothic Bridge me bajé del coche y cerré la puerta con un golpe violento. Estaba enfurecida, sin ningún control sobre mi cuerpo ni sobre mis emociones. La calma que me había esforzado en mantener desde que supe que Alessia había muerto se fue transformando en una ira incontenible, que estalló en el instante en que Donovan se acercó a mí con la intención de abrazarme.

—¡No me toques! —grité, apartándome de su lado y mirando hacia el puente gótico de Central Park como si aún pudiera ver allí el cadáver de Alessia, colgado de una cuerda como un péndulo en equilibrio.

—Sabes muy bien que yo jamás le haría daño a tu amiga Alessia..., como tampoco te lo haría a ti —dijo Donovan, manteniendo la serenidad.

Pero yo fui incapaz de contenerme y volví a gritar:

—¡Entonces dime qué está pasando! ¡Dime la verdad sobre lo que está ocurriendo de un puta vez!

—Tranquilízate, ¿quieres? Alessia no se suicidó. La ahorcaron los ángeles celestiales de la sociedad secreta Rayo y Trueno siguiendo las órdenes de su dios, del mismo modo que ahorcaron a Nanlú Bomoe en Naciones Unidas...

—Oh, Dios mío, ¿es que no puedes decir otra cosa?

—No hay otra cosa que decir, Loanne. Todo lo que te he contado es la única verdad.

Sentí que las palabras de Donovan se deslizaban entre sus labios como la lengua viperina de una serpiente, cuyos ojos vidriosos me miraban fijamente para hipnotizarme.

—¡Estás loco, Donovan! —grité—. ¡Te has vuelto loco y ni siquiera eres consciente de tu locura! ¡Nadie ahorcó a un hombre negro en la ONU! ¡Nanlú Bomoe está vivo...! ¡Vivo...! ¿Sabes lo que eso significa? Toda esa historia sobre la noticia secreta y la conjura del caos en Naciones Unidas sólo existe en tu imaginación. La has inventado tú y yo había llegado a creerte.

—¿Qué sabes tú de Nanlú Bomoe?

—Todo lo que me contabas sobre el péndulo de Foucault era demasiado increíble, Donovan. Pensé que podía ocurrirte algo y le pedí a Alessia que solicitara una cita con Nanlú Bomoe en la delegación de Uganda de Naciones Unidas para entrevistarle y hacerle unas fotografías. Sólo así podía comprobar si me estabas mintiendo. Yo misma pude ver una de las fotos que ella le hizo en su despacho. Pensaba hablarte de ello esta tarde, pero te pusiste tan furioso conmigo por el tema de mi relación con el señor Edgar que no me atreví a decirte nada sobre lo que había averiguado sobre

Nanlú Bomoe.

La cara de Donovan se deformó en un rictus irónico y despectivo, acompañado por una voz airada.

—¡Lo sabía, maldita sea, sabía que serías incapaz de mantener la boca cerrada...!

Le respondí a gritos, en medio de la helada noche de Central Park.

—¿Por qué me mentiste, dímelo? ¿Por qué me contaste esa historia de conspiraciones absurdas contra el mundo? ¡Yo confiaba en ti, y ahora soy incapaz de reconocerte! ¿Qué ha cambiado entre nosotros?

Donovan se mostró indiferente a mis reproches, como si yo fuese una perturbada mental y él un psicólogo dispuesto a escuchar pacientemente mis desquiciadas alucinaciones, antes de hacer un diagnóstico preciso sobre mi psicosis.

—¡No tienes ni idea de lo que has hecho, Loanne! Ahora comprendo por qué han matado a Alessia... —murmuró Donovan, como si hablara consigo mismo en voz alta.

—Por favor, no empieces otra vez con tus macabras fantasías.

—Le pusieron un cebo en la ONU para saber por qué una periodista preguntaba por Nanlú Bomoe, y después decidieron quitarla de en medio simulando su suicidio para que no publicara esa entrevista ni las fotos.

Y las palabras de Donovan volvieron a poner en movimiento el péndulo de mis pensamientos, impulsado además por mis propias dudas. El detective Milo Potieck me había dicho que ni la cámara de fotos ni el iPad de Alessia estaban en su coche ni en su apartamento. Y Alessia nunca se separaba ni un instante de sus valiosos instrumentos de trabajo. Formaban parte de ella, como una prolongación de sus ojos, de su mente y de sus manos. Aunque me resistía a aceptarlo, era posible que alguien deseara recuperar las fotos de Nanlú Bomoe para que no pudieran hacerse públicas, y por ese motivo la asesinaron.

—¿Qué has querido decir con que a Alessia le pusieron un cebo? —quise saber, como si la paranoica historia de Donovan me hubiera seducido de nuevo, hipnotizándome con su mirada de serpiente inofensiva.

—Es muy sencillo. El hombre de la delegación de Uganda con el que Alessia habló y al que fotografió en su despacho de la ONU no era Nanlú Bomoe sino otra persona que se hizo pasar por él para averiguar qué clase de reportaje periodístico estaba buscando tu amiga sobre alguien que estaba muerto.

—¡Oh, Dios mío, siempre tienes una respuesta coherente para explicarlo todo! —exclamé, como un lamento.

Pero pronto caí en la cuenta de que la nueva teoría conspirativa de Donovan no tenía sentido, y sólo era una vuelta de tuerca más en su paranoica historia. Si el verdadero Nanlú Bomoe hubiese sido ahorcado como Donovan seguía empeñado en mantener, los únicos que conocían la noticia secreta eran el FBI y algunos directivos

del Centro de Noticias de la ONU. De manera que la llamada de Alessia a la delegación de Uganda sólo pudo ser controlada por la policía federal o por los servicios de seguridad de Naciones Unidas, pero nunca por los miembros de la sociedad secreta Rayo y Trueno que supuestamente ejecutaron a Nanlú Bomoe. Y la idea de que Alessia hubiera sido asesinada por el FBI era tan descabellada como la posibilidad de que bajo el péndulo de Foucault de Naciones Unidas existiera un yacimiento atómico capaz de hacer volar por los aires todo el planeta. Sin embargo, la réplica de Donovan a mis argumentos fue otra vez demoledora.

—Lo que dices podría ser cierto, Loanne, salvo que alguien del FBI o del Centro de Noticias de la ONU forme parte de la sociedad secreta Rayo y Trueno, y supiera que Alessia había hablado con el falso Nanlú Bomoe.

—Quiero irme a casa... —dije, agotada y deprimida. Me negaba a seguir dando vueltas una y otra vez entre los tenebrosos pasadizos del laberinto de la paranoica historia de Donovan, aunque yo siguiera atrapada en él.

—¿Le has contado a la policía algo sobre la noticia secreta? —me preguntó, sin disimular su inquietud.

—No, no he dicho nada sobre la conjura del caos, si es eso lo que te preocupa. Me habrían tomado por una chiflada.

—Sólo me preocupo por ti, Loanne... Ahora tú también estás en peligro. Los tipos que nos seguían en coche al salir de la comisaría del distrito pueden ser unos de esos ángeles celestiales que asesinaron a Nanlú Bomoe y a Alessia. Ellos saben que tú conoces su secreto.

Pensé que también podrían ser policías o agentes del FBI, pero no quería seguir el juego de intrigas infinitas de Donovan. Necesitaba llorar a solas y dormir, para poder ver las cosas de otro modo al día siguiente.

—Si Alessia ha muerto por mi culpa, lo que menos me importa ahora es mi vida...

—¿Por qué no vienes a mi casa y te quedas durante algunos días conmigo, hasta que todo este asunto se aclare? Allí estarás más segura —propuso Donovan.

—Llévame a mi apartamento, por favor —insistí.

Durante el camino de regreso al Village desde Central Park nadie nos siguió. Tampoco hablé nada más con Donovan, y él respetó mi silencio. Ni siquiera le dije adiós al salir del coche, pero él aún dijo algo, antes de que la puerta se cerrara:

—Nunca te he mentado, Loanne... —Y no escuché nada más.

Entré en el edificio, subí como un sonámbulo las escaleras de la primera planta hasta mi apartamento, y al introducir la llave en la cerradura de la puerta comprobé que ya estaba abierta.

La empujé suavemente y pulsé el interruptor de la luz del pasillo. Pensé que era posible que me hubiera olvidado de cerrarla esa tarde cuando salí para ir a casa de

Donovan, mientras imaginaba lo que iba a decirle sobre mi intención de acostarme con el profesor Edgar Theroux para tener un bebé. No era la primera vez que me dejaba la puerta abierta sin darme cuenta.

Incluso en un par de ocasiones había entrado en el apartamento cargada de paquetes de la compra y me había dejado las llaves puestas en la cerradura durante toda la noche. Pero de nuevo la idea de la conjura del caos y del peligro que, según Donovan, yo misma corría, me hicieron dudar de todo, incluso de mi propia cordura. Fue otra vez una sensación opresiva, como de un miedo indefinido a no sabía quién, ni a qué. Podía haber llamado al detective Milo Potieck —cuyo teléfono había grabado en mi móvil por su insistencia en que me comunicara con él si recordaba algún detalle sobre Alessia que pudiera ser importante para la investigación policial —, y haberle dicho que estaba aterrada delante de la puerta de mi apartamento sin atreverme a entrar, porque temía que unos ángeles celestiales enviados por un dios perverso estuvieran dentro, esperando ocultos entre la oscuridad para matarme. Y lo habría hecho de no ser porque mi voz interior era menos miedosa que yo, y me animó a entrar y revisar cada rincón de las habitaciones como si buscara un nido de cucarachas.

Adentro no había nadie y todo parecía estar en orden. Todo menos mi ordenador portátil: estaba encendido, con la pantalla de mi correo electrónico activada, y un mensaje cerrado del señor Edgar. Pero el e-mail que Alessia me había enviado unos días antes, con las fotos de Nanlú Bomoe y de Donovan junto a su jefe William Martin y al profesor Theroux, había sido borrado de mis archivos.

Capítulo 25

Metida en la cama lloré por la muerte de Alessia hasta que no me quedaron lágrimas en los ojos. No recuerdo cuánto tiempo pasé en vela esa noche, atenazada por el dolor y el miedo. Ahora tenía la certeza de que alguien había entrado en mi apartamento para robar o borrar el e-mail de Alessia, y no sólo me sentía violada en mi intimidad sino realmente asustada por la conexión que ese hecho pudiera tener con la conjura del caos de la que Donovan había seguido hablándome esa noche en el Gothic Bridge, como si quisiera volver a atraerme con su voz hacia los hilos invisibles de la pegajosa y enmarañada tela de una monstruosa araña, de cuyo mortal aguijón era imposible escapar.

Y por más que me esforzaba en apartar de mis pensamientos la idea de que Donovan pudiera ser el asesino de Alessia, el peso de mi razón inclinaba una y otra vez hacia él la balanza de la sospecha. La cerradura de la puerta de mi apartamento no había sido forzada sino abierta con una copia de mi llave o con una ganzúa, y Donovan era la única persona que podía haber cogido una de las llaves que yo guardaba en el cajón del pequeño taquillón del hall, durante alguna de las dos últimas ocasiones en que había venido a verme a mi casa. Pero, a menos que Donovan se hubiera vuelto completamente loco, ¿qué clase de maleficio le había impulsado a imaginar una conjura contra el mundo, cuyas únicas víctimas reales estábamos siendo Alessia y yo?

Quizá por no poder encontrar una respuesta coherente a esa pregunta acabé quedándome dormida al fin, y no desperté hasta pasadas las once de la mañana del día siguiente. No me apetecía levantarme de la cama y seguí acostada, con la cabeza metida bajo la almohada, hasta que comenzó a sonar insistentemente la melodía de mi móvil. Lo cogí al ver en la pantalla el número privado del detective Milo Potieck.

Se interesó por mi estado de ánimo y luego me explicó que el forense había concluido el informe de la autopsia, confirmando que no había ninguna señal de violencia en el cadáver de Alessia, más allá de las lesiones que el nudo corredizo de la cuerda le había causado en el cuello al caer al vacío. Añadió que la conclusión definitiva de la investigación policial era la de un suicidio sin causa determinada, aunque debido probablemente a un súbita crisis emocional tras su despido del periódico y un prolongado estado depresivo, como el que padecían cientos de ciudadanos de Nueva York, que se habían quitado la vida a causa de la crisis, incrementando casi en un 28% el índice de suicidios de los dos últimos años según la información que habían obtenido de la Oficina de Estadísticas Laborales del departamento de Trabajo del estado. El caso de la muerte de Alessia era uno más y estaba cerrado para ellos, concluyó.

Antes de colgar le di las gracias por su llamada y le pregunté si sabía dónde y

cuándo tendría lugar el funeral de Alessia. Yo no conocía a nadie de su familia.

—La madre nos comunicó hace unas horas que deseaba que su hija fuese enterrada esta tarde a las cuatro y media en el cementerio de Woodlawn, en el Bronx... Siento no poder decirle nada más.

Colgué el teléfono, me levanté de la cama, me quité el pijama y me metí en la ducha, con una imagen clavada en mis pupilas: la del hermoso rostro de Alessia, antes de que se lanzara al vacío del Gothic Bridge colgada de una cuerda anudada al cuello. Y bajo el chorro de agua helada me froté con la piedra pómez cada palmo de mi cuerpo hasta hacerme daño, como si quisiera arrancarme la piel a tiras para purgar mis culpas y limpiar mi alma. No podía evitar sentirme responsable de su muerte, a pesar de que podía tratarse de un suicidio como acababa de asegurarme el detective Milo Potieck. Pero si yo hubiera mantenido la boca cerrada y no le hubiese pedido a Alessia que hablara y fotografiara a Nanlú Bomoe en la ONU, todo podría haber sido distinto y, al menos, no me atormentaría a mí misma, reprochándome hasta la saciedad que era la única culpable de su muerte.

Envuelta en el albornoz, y con una toalla anudada alrededor de la cabeza, fui a la salita en la que seguía encendido mi ordenador portátil. Aún no había abierto el e-mail del señor Edgar, y no sólo tenía curiosidad y deseos de saber qué me decía, sino que me desagradaba no haber sido yo quien se pusiera en contacto con él como le prometí la última vez que nos vimos.

Leer el e-mail del profesor Theroux fue una agradable sorpresa para mí, y se convirtió en una nueva esperanza en medio de la desolación hacia la que había derivado mi vida en los últimos días. Casi me había olvidado de él, de mi tratamiento de fertilidad y de mi deseo de ser madre.

En su correo me pedía que disculpara su atrevimiento por dirigirse a mí aprovechando la invisibilidad que las nuevas tecnologías le proporcionaban, para proponerme algo que no habría tenido valor para plantearme personalmente, ni siquiera a través del teléfono. Decía que no estaba habituado a invitar a cenar en privado a una mujer tan joven como yo, y confiaba en que comprendería que al hacerlo por escrito no lo movía otro propósito que el de compartir una agradable velada conmigo en su ático de Gantry Plaza, situado al otro lado del río Hudson, en Queens, donde podríamos comentar el estado de desarrollo de mi artículo periodístico sobre Dios mientras disfrutábamos de unas fantásticas vistas nocturnas de los rascacielos de Manhattan. Ni siquiera esperaba de mí una respuesta —decía en el texto del e-mail—, y entendería perfectamente que no aceptara la extravagante invitación de un viejo filósofo como él. En cualquier caso, añadía, él estaría el próximo viernes a las siete en la dirección que me indicaba en la posdata, aceptando feliz la incertidumbre de mi decisión.

No contesté al e-mail del señor Edgar, no porque no me apeteciera verle ni cenar

con él sino para sorprenderlo yo también, acudiendo a la cita sin avisarle con antelación, tal como me sugería. Aún quedaban dos días para el viernes, y quería prepararme mentalmente para un posible embarazo si decidía acostarme con el profesor esa noche tan especial, pues ya había comenzado a sentir en mi cuerpo los síntomas de la ovulación.

Por la tarde fui en metro y en autobús al cementerio de Woodlawn. Nunca había estado allí, a pesar de que era considerada una de las necrópolis más bellas de Nueva York. Por cinco dólares, incluso se podían realizar visitas turísticas con audiotour para recorrer las calles y los caminos rodeados de bosques y jardines, entre los que se encontraban decenas de esculturas que, con la ostentosa inutilidad del arte funerario, ornamentaban las tumbas y los mausoleos de grandes personalidades de la música, la literatura, el cine o la política neoyorquina de todos los tiempos, según pude leer en el folleto informativo que me entregaron en la entrada, junto a un mapa del cementerio y el lugar en que iba a ser enterrada Alessia. Ella no pertenecía a ninguna confesión religiosa, pero alguna vez me había comentado que su madre era evangelista y cantaba todos los domingos en el coro de música gospel de una iglesia del Bronx.

Llegué a la ceremonia de la sepultura con un poco de retraso, debido a la distancia que tuve que recorrer a pie desde el acceso principal de Woodlawn hasta la que sería la tumba de Alessia. La nieve caída durante la noche anterior transformaba el paisaje del cementerio en un lugar etéreo y sublime, que parecía suspendido entre la neblina que cubría Manhattan en la lejanía.

Bajo un gran árbol de hojas perennes, un pastor protestante leyó un extenso texto de la Biblia sobre la muerte y su trascendental y divino significado, mientras unos operarios del cementerio hacían descender lentamente el ataúd de madera hacia el fondo de la sepultura, rodeados en semicírculo por una treintena de personas. Supuse que la madre de Alessia y algunos de sus familiares serían los que estaban vestidos de luto en la primera fila. No había ningún compañero del periódico en el funeral ni ninguna persona de raza blanca, excepto yo. Probablemente, sus otros amigos de la redacción ni siquiera se habían enterado de su muerte, y yo no quise avisar a nadie. Luego, cuando la madre de Alessia comenzó a cantar con su voz desgarrada una triste canción ante la tumba de su hija, comprobé que yo estaba equivocada. Algo alejado de la familia de Alessia, junto a un suntuoso mausoleo de mármol, había un hombre blanco vestido con un abrigo negro. Era Donovan, pero sólo lo vi un instante. Cuando terminó el funeral, ya no estaba allí.

Capítulo 26

Después de lo ocurrido en el entierro de Alessia tenía la sensación de que Donovan me seguía a todas partes aunque yo no pudiese verlo. Tal vez creyera que de ese modo me protegía de los ángeles celestiales que, según él, habían asesinado a Nanlú Bomoe y a Alessia por orden de su dios, pero yo no descartaba que su paranoia hubiera empeorado, hasta el punto de pensar que la próxima víctima de la conjura del caos podría ser yo. Aunque si de algo estaba completamente segura era de que Donovan jamás me haría ningún daño, por muy desquiciada y perversa que fuera la conspiración contra el mundo que él mismo había imaginado, para sentirse el héroe de su propia ficción.

Necesitaba olvidarme de lo ocurrido y me planteé no pensar en nada más que en la invitación del profesor Theroux. No sólo aprovecharía nuestro encuentro para mostrarle mi artículo sobre Dios ya terminado, y conocer su cualificada opinión. También me había propuesto hacer el amor con él en su ático de Queens y conseguir de manera natural el esperma de un hombre conocido al que admiraba, en lugar de utilizar el de un donante anónimo en la clínica de inseminación artificial, para lo que tenía cita el lunes siguiente, que era el día en que mi fase menstrual de fecundidad era más elevada, según me había asegurado mi ginecóloga.

Lo planifiqué todo con calma, cuidando hasta el más mínimo detalle para seducir al señor Edgar en una ocasión tan especial para mí. Fui a la peluquería para cortarme un poco el pelo, elegí mi vestido más elegante, los tacones con mayor plataforma, un maquillaje de colores pastel, las medias con ligero y las prendas íntimas más sensuales. Estaba decidida a seguir adelante con mi deseo de ser madre, y a cada instante hacía prácticas de relajación para evitar que mi propia ansiedad me estresara. Sabía que el estrés no es compatible con el embarazo, como tampoco lo es con tantas otras cosas. Incluso había comprado un pequeño regalo para el señor Edgar. Quería que tuviese un recuerdo mío: una pequeña flor con espinas, como la del Principito.

Un taxi me llevó desde el Village hasta Gantry Plaza. Durante el trayecto hacia Long Island no dejé de mirar por la luna trasera para comprobar si algún coche nos seguía, pero era tanto el tráfico que sólo podía ver decenas de focos de luz que nos adelantaban, cambiaban de carril o circulaban pegados a nosotros, como si formáramos una ordenada caravana de luciérnagas.

Para evitar un gran rodeo por las colapsadas avenidas de Manhattan, el taxista cruzó el río siguiendo el túnel de Queens, que yo siempre intentaba evitar a toda costa por la claustrofobia que me producía imaginarme atrapada en aquel largo agujero, excavado bajo el río a muchos metros de profundidad. La única ventaja de mi disgusto fue que en pocos minutos llegué a la dirección que el señor Edgar me había dejado en su e-mail, evitando que fuese impuntual.

Esperé un par de minutos dentro del taxi hasta comprobar que ningún vehículo me había seguido y luego corrí sobre mis tacones hasta la entrada de un lujoso edificio de cristal, cuyo conserje me abrió la puerta al verme como si estuviera pendiente de mi visita.

Quien sí me esperaba con impaciencia era el señor Edgar, a pesar de mi puntualidad. El conserje debió de avisarle por el interfono de mi llegada, y le encontré aguardando frente a las puertas del ascensor.

—La mariposa ha seguido moviendo sus alas... —dijo sin disimular su alegría, a la vez que se acercaba a mí con los brazos extendidos y me besaba en ambas mejillas.

—Gracias por su invitación. La verdad, no la esperaba —dije, nerviosa.

Luego me cogió del brazo y me condujo al apartamento.

—Me siento muy honrado con su visita, Loanne. Si le soy sincero, no estaba seguro de que aceptara cenar en privado conmigo, considerando el inusual modo en que se lo pedí. Estoy muy poco acostumbrado a estas situaciones... tan delicadas —se excusó, mientras me ayudaba a quitarme el abrigo.

Quedé deslumbrada cuando entré en el salón del ático. Era inmenso, con distintos ambientes decorados de una forma minimalista y elegante, realzados por el fuego que ardía en una chimenea situada en uno de los lados, frente a dos butacas de un diseño audaz. Pero lo más original del ático era la completa cristalera que se prolongaba a lo largo de todo el salón, y desde la que podían verse nítidamente todos los rascacielos iluminados en la noche de Manhattan.

—¡Es como estar flotando sobre Nueva York, muy cerca del cielo! —exclamé embobada.

—Sabía que le gustaría.

El profesor había preparado una cena fría de ahumados con un buen vino rosado. La mesa estaba situada junto a la cristalera, iluminada por velas encendidas sobre un par de candelabros que causaban un original efecto de contrastes con la vajilla de porcelana, exquisitamente decorada. Y, además de un seductor aroma de rosas, una suave melodía de piano flotaba en el aire como música ambiental.

Mientras tomábamos un aperitivo en la zona del salón, el señor Edgar me pidió que le dejara leer mi artículo. Con un gesto de cortesía me invitó a que me sentara en una de las butacas de diseño situadas delante de la chimenea. Al profesor le pareció que había hecho un minucioso trabajo periodístico y valoró muy positivamente mi capacidad de síntesis.

—No se ha olvidado usted de nada, Loanne. Sin duda, será un artículo muy leído cuando se publique. ¡La felicito!

Pero yo sabía que el mérito no era mío sino suyo, aunque él no quisiera reconocerlo.

—En una entrevista, las preguntas del entrevistador elevan la calidad intelectual

del entrevistado —añadió.

Durante la cena hablamos de todo menos de Dios. No era el momento. El señor Edgar me confesó que su mayor afición era coleccionar mariposas. Cuando era niño tenía un jardín en la casa de campo de sus padres en el este de Nueva Orleans, donde había construido con sus propias manos un pequeño mariposario. Sentía pasión por la belleza y el colorido de sus alas, y seguía maravillándose ante la prodigiosa metamorfosis que experimentaba la oruga en el interior de la crisálida, me explicó.

—Es realmente mágico cómo se transforma lo simple en lo complejo y la vulgaridad en la perfección. Es pura alquimia.

—Nunca he comprendido muy bien el significado de la filosofía alquímica, a pesar de que mi amigo Donovan me ha contado muchas leyendas sobre los secretos de los antiguos alquimistas —dije, para animar al profesor a que siguiera hablando; yo no tenía mucho que opinar al respecto.

Al señor Edgar parecía agradaarle mi curiosidad.

—Sí, es un tema interesante, pero la realidad es que los verdaderos alquimistas sólo fueron grandes genios que experimentaban en sus laboratorios para comprender el mundo que les rodeaba, convencidos de la capacidad del ser humano para transformarlo todo. Ése es el verdadero significado de toda su simbología oculta y de la mítica búsqueda de la piedra filosofal, capaz de convertir el plomo en oro. Sin ellos, la ciencia nunca habría existido. Sus símbolos, sus misterios y su hermetismo sólo fueron consecuencia de la persecución que sufrían por el fanatismo religioso de la Edad Media. Pero la verdadera alquimia no es la de aquella época remota sino la de nuestro tiempo. Los alquimistas soñaban con acelerar los procesos de cambio de la propia naturaleza, que tardaban miles o millones de años en evolucionar, y no lo consiguieron. Sin embargo, actualmente la ciencia es capaz de conseguir una mutación en cualquier ser vivo con sólo modificar su ADN, curando enfermedades o dando origen a nuevas especies animales que de otro modo jamás existirían en nuestro planeta, incluida una raza humana diferente e inmortal. Ésa es la verdadera alquimia de nuestro tiempo.

—Es como convertir al ser humano en Dios —dije.

—Así es, pero la cuestión es si también podemos convertirlo en algo realmente diabólico.

Una vez más, las palabras del señor Edgar me hicieron pensar en la verdadera razón de nuestro nuevo encuentro. También yo pretendía que un óvulo y un espermatozoide se unieran dentro de mi útero en un único embrión, que pronto se transformaría en un diminuto feto al que el paso del tiempo convertiría en un bebé. Pensé entonces que los mayores prodigios ocurren en nosotros mismos y rara vez reparamos en ellos.

—La noto algo ensimismada, Loanne. Confío en que no se sienta incómoda por estar conmigo a solas, escuchando las aburridas diatribas de un viejo filósofo como

yo —dijo el señor Edgar.

—No, no es eso. Me siento muy feliz de estar aquí con usted, créame... —aclaré, antes de quedarme callada durante unos segundos—. Mi mejor amiga se suicidó hace dos días, y aún no he conseguido dejar de pensar en su muerte —expliqué de un modo inopinado, sin saber por qué volvía a recordar a Alessia en ese momento. Quizá necesitaba desahogarme con alguien conocido, quizá necesitaba que alguien me abrazara con ternura y permanecer unida a él hasta el amanecer, quizá sólo necesitaba hablar de cualquier cosa, por trágica que fuera, para no permanecer callada.

—¡Oh, Loanne, no sé cómo expresarle cuánto lo siento!

—Estoy bien, ya pasó todo...

—No pensé que se tratara de algo tan traumático para usted. De haberlo sabido... Cogí la mano del profesor y le sonreí.

—Usted me aporta serenidad, por eso he venido —dije.

—Entonces hablemos de otras cosas.

Y así lo hicimos, y hasta nos reímos de nosotros mismos y de nuestros mutuos rodeos para volver a vernos desde que nos conocimos.

Después de la cena le pedí al señor Edgar que bailara conmigo una melodía de jazz interpretada con un saxo.

—Soy muy torpe para bailar —dijo con timidez.

Apagué la lámpara y dejé las velas encendidas. Los ojos del señor Edgar brillaban en la escasa y temblorosa luz. Cogí sus manos y las llevé a mis caderas. La música era tan lenta que no hacía falta mover los pies. Bastaba con un leve balanceo de nuestros cuerpos para seguir la melodía, mientras nos besábamos y nos desprendíamos de nuestras ropas.

Al cabo de una hora le dije al señor Edgar que deseaba marcharme. Nada había salido como yo esperaba. Debo confesar que me sentí humillada durante nuestro íntimo encuentro. Toda la timidez, la ternura y la amabilidad del señor Edgar se transformaron bruscamente en la cama. Me pareció un hombre distinto, desconsiderado y bestial, incapaz de controlar sus impulsos sexuales. Sus manos eran como tenazas que aprisionaron mis pechos y mis muslos hasta hacerme daño, sus dientes mordisqueaban mi cuello con la voracidad de una alimaña hambrienta, y su pene casi me desgarró la vagina cuando quiso penetrarme a pesar de mis negativas; finalmente accedí a follar con él de un modo salvaje (para mí hacer el amor era otra cosa), aunque le tuve que rogar que usara un preservativo de los que yo guardaba en mi bolso, para evitar el posible embarazo que me había animado a acostarme con él esa noche. Fue una experiencia dolorosa y frustrante que, sin embargo, me permitió descubrir la esencia animal de un hombre que, hasta ese instante, me había parecido el mejor ser humano que había conocido en mi vida.

Me levanté de la cama, cogí mis ropas y me vestí.

—¿Volveré a verla? —me preguntó al abrirme la puerta.

—No... Será mejor que no volvamos a vernos.

De regreso al Village recordé las palabras de Alessia cuando me dijo antes de morir que el profesor Theroux nunca le había gustado, que había algo en sus ojos que le producía escalofríos. Fue una más de las inexplicables intuiciones de Alessia y volvió a acertar. También recordé la diminuta caja de madera que ella me había regalado con sus presagios sobre el sexo de mi futuro bebé, y cuando llegué a mi apartamento lo primero que hice fue ir hasta la mesilla de noche de mi dormitorio donde la había dejado. Cogí la caja, decidida a abrirla para ver si el color rosa o celeste de la bola que Alessia había colocado en su interior anunciaba que mi bebé sería un niño o una niña. Aún estaba a tiempo de acudir a la cita que tenía el lunes en la clínica de fecundación artificial y seguir adelante con mi proyecto de ser madre. Pero la caja estaba vacía.

Capítulo 27

Estuve sin salir de casa durante todo el fin de semana, como un animal en hibernación. El descanso me ayudó a recuperar la confianza en mí misma. Durante el último mes había desplegado una actividad frenética y necesitaba reflexionar con calma para volver a poner en orden mi vida. Pero de pronto me di cuenta de que estaba sola. Me había vuelto a quedar sola en una ciudad de más de ocho millones de habitantes como Nueva York, y ni siquiera tenía un trabajo en el que ocupar las horas del día.

Entre Donovan y yo se había abierto un abismo sin fondo. Yo confiaba en que el paso de los días le haría ver las cosas de otro modo, pero no hubo tiempo. Él no había vuelto a llamarme por teléfono, ni yo tenía intención de hablar con él hasta que no se apaciguara su paranoia. Tampoco lo hizo el señor Edgar. Era obvio que se había tomado en serio mi decisión de no volver a verlo más. Y mi amiga Alessia estaba muerta... y por más que lo deseé no conseguí comunicarme con su espíritu en el más allá, ni que apareciera junto a mi cama convertida en un fantasma para contarme la verdad sobre su suicidio o su asesinato.

Mi teléfono móvil no volvió a sonar hasta pasados unos días. Aún estaba dormida, a pesar de lo avanzado de la mañana. Miré el número con los párpados pegados por el sueño pero no me era conocido. Al descolgar, una voz de mujer preguntó por mí.

—¿Es usted Loanne Harvey?

—Sí, dígame... —dije, pensando que podía tratarse de la secretaria de alguna empresa en las que había presentado mi curriculum como periodista. Pero las alas de una mariposa habían provocado un huracán en mi vida, cuyos vientos más virulentos estaban aún por llegar.

—Le llamo desde el hospital Bellevue.

Me puse tan nerviosa al escuchar la palabra hospital que ni siquiera entendí el nombre que me dijo.

—¿Qué ocurre?

—¿Conoce usted a Donovan Sheldom?

—Sí, es un buen amigo mío desde hace muchos años, ¿le ha pasado algo? —pregunté angustiada.

—Ha sido ingresado en urgencias esta mañana...

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué ha sucedido... se encuentra bien?

—No estoy autorizada para darle esa información. Hemos encontrado su número de teléfono en el móvil de su amigo y él no deja de repetir su nombre. ¿Sabe si tiene familia en Nueva York? —Más que con una persona creía estar hablando con un robot.

—No, su familia vive en Alabama.

—En ese caso debería usted venir a verle.

—Un momento, por favor, tomaré nota de la dirección del hospital...

Si pronunciaba mi nombre es que estaba vivo, pensé. Esa conclusión tan evidente me calmó, pero las manos me temblaban tanto que no podía sostener el bolígrafo entre los dedos. Copié la dirección y pedí un taxi. Luego me vestí tan aprisa como pude, sin dejar de preguntarme qué podía haberle ocurrido a Donovan. La posibilidad de una grave enfermedad fue la primera idea que me asaltó. Pero la imagen de los dos matones que le seguían y que yo misma había visto, también cruzó por mi mente. ¿Y si habían intentado matarlo o le habían dado una paliza por algún motivo que él no había llegado a confesarme? ¿Y su coche? Donovan no era un temerario, pero corría demasiado con su «máquina del tiempo», como él llamaba a su deportivo, y podría haber sufrido un accidente.

En la recepción del hospital, me dijeron que ya me llamarían por megafonía. La sala de espera estaba atestada de gente. Un niño gritaba. Salí afuera para fumarme un cigarro. Tenía los nervios a punto de estallar.

Al cabo de un par de horas mi nombre sonó por los altavoces de la sala de espera. Una enfermera estaba esperándome en recepción.

—¿Cómo está Donovan? —le pregunté.

—El doctor Lauper le informará con todo detalle. Tenga un poco de paciencia.

Me condujo por pasillos interminables hasta otra sala más pequeña con varias puertas al frente. No había gente allí. Abrió una de las puertas y me cedió el paso.

—Adelante, Loanne. Siéntese, por favor —dijo el doctor al verme.

Oí la puerta cerrarse tras de mí.

—Por favor, dígame cómo está Donovan, necesito saberlo —le rogué, a la vez que me sentaba.

—Su pronóstico es aún reservado. Debemos esperar hasta ver cómo responde al tratamiento.

—¿Qué le ha ocurrido? —insistí.

—Antes de responder a sus preguntas, Loanne, necesito que responda usted a las mías. Y le pido que sea sincera, de otro modo no me servirían de mucho. Todos queremos ayudar a Donovan.

Asentí sin decir nada. Ambos nos miramos a los ojos. Los suyos me observaban tras los cristales de unas gafas. Cogió una pluma, y dijo:

—Bien, Loanne... ¿Desde cuándo conoce a Donovan?

—Le conocí hace unos diecisiete años. Los dos estudiamos juntos en la Escuela de Periodismo de la Universidad de Nueva York.

—¿Se veían con frecuencia?

—Durante unos años compartimos la misma vivienda en Gramercy Park...

—¿Fueron amantes?

—No, nunca hubo sexo entre nosotros.

—Entiendo...

—Hace dos años que Donovan se fue a vivir a las afueras de Manhattan, y desde entonces quedábamos de vez en cuando para comer o cenar juntos, aunque últimamente nos hemos visto más a menudo.

—¿Cuándo le vio por última vez?

—Hace unos días. Donovan iba a ayudarme a encontrar trabajo.

—¿Conoce usted a alguien de su familia?

—No, sólo sé que su madre vive en una pequeña ciudad de Alabama. Hablé alguna vez con ella por teléfono, pero nada más.

—¿Le habló Donovan de sus padres en alguna ocasión?

—Cuando nos conocimos me dijo que su familia tenía una gran fortuna económica y una gran mala suerte. Al parecer, el padre tenía bastantes problemas con el alcohol y el juego, y murió cuando Donovan tenía quince años. Por eso su madre lo envió a estudiar periodismo a Nueva York. Donovan no ha vuelto desde entonces a Alabama, que yo sepa.

—¿Tiene algún número de teléfono en el que pueda usted informar a su madre? Su amigo se niega a decir nada, salvo que la llamásemos a usted.

—No, nunca hablamos de su familia. Yo pensaba que era una herida que él tenía cicatrizada y que era mejor no volver a abrir.

Terminó de escribir sus anotaciones.

—Gracias, Loanne. Hablemos ahora de Donovan. ¿Sabe si toma alguna medicación?

—No, que yo sepa. Su salud es buena, al menos aparentemente.

—¿Bebe?

—Tampoco, Donovan se cuida mucho y ni siquiera fuma. Sale a correr todas las mañanas antes de ir a trabajar. Lo único que Donovan toma es un poco de champán o vino en las comidas y mucho café. Es adicto a la cafeína.

El doctor hizo un gesto de asentimiento mientras escribía, como si al menos esa información le sirviera de algo.

—¿Cuántos cafés puede tomar Donovan en un día?

—Muchos, no sabría decirle una cifra.

—¿Y drogas?

—Donovan siempre se ha manifestado muy contrario a las drogas y al alcohol.

—Quizá por lo de su padre...

No supe si era una pregunta o una afirmación.

—Es posible... —admití.

—¿Ha observado usted algún comportamiento extraño en Donovan últimamente?

La imagen de Donovan fuera de sí cuando le dije que pensaba tener un bebé con el profesor Theroux se clavó en mi mente. En cuanto al ensimismamiento que yo había observado en Donovan y su paranoica historia sobre la noticia secreta y la conjura del caos no hice ningún comentario. Antes de hablar con alguien sobre ese asunto necesitaba saber qué le había ocurrido a Donovan.

—Nada fuera de lo común, salvo una discusión que tuvimos hace unos días — dije.

—¿Recuerda cuándo, exactamente?

—Creo que fue el pasado sábado.

—Verá, Loanne, no es mi intención indagar en su vida privada ni en su relación de amistad con Donovan, espero que lo comprenda, pero tengo que preguntarle qué pasó ese día. Aunque también entenderé que no quiera contármelo.

—Fue por una cuestión personal. Donovan y yo hemos sido siempre como dos hermanos. Le comenté que pensaba hacer algo que él no aceptaba. Se puso un poco exaltado al principio pero se tranquilizó pronto.

—¿Cómo de exaltado? Es importante saberlo.

—Elevó la voz demasiado y perdió el control durante un momento, eso nunca había pasado entre nosotros.

—¿La agredió?

—¡No, no, en absoluto! —me precipité en responder—. Donovan sería incapaz de hacerle daño a alguien, y menos aún a mí —añadí.

—Alguna otra cosa, fuera de lo común.

Pensé otra vez que debía decirle que lo había visto algo raro con todo el asunto del crimen de la ONU y sus investigaciones, pero no lo hice. Mi voz interior seguía insistiéndome en que eso era algo que no debía hablar con un desconocido, aunque se tratara de un médico.

—Bien, Loanne, le agradezco mucho su colaboración. Con esto es suficiente. Siento haberla hecho pasar por este interrogatorio, antes de explicarle cómo está su amigo.

Guardó sus notas en un expediente clínico que tenía sobre la mesa.

—¿Me dirá ahora qué le pasa a Donovan?

—Desde luego... Donovan ha protagonizado esta mañana un violento altercado... El vello se me erizó. De inmediato pensé en los matones que le seguían.

—¿Se ha peleado con alguien?

—Ha agredido al director del Centro de Noticias de la ONU. Casi lo estrangula con sus propias manos. De no haber sido por los guardias de seguridad podría haberlo matado.

—¿Cómo es posible, ambos eran amigos, y Donovan es una persona pacífica!

—En ese momento no lo fue, puede estar segura. Cuando ingresó en urgencias

parecía un animal que se hubiese vuelto completamente loco. Mostraba tanta agresividad, y tenía tanta fuerza, que varios policías y celadores no pudieron sujetarlo hasta que se le inyectó un potente tranquilizante.

—¿Se encuentra bien? —inquirí, nerviosa.

—Ahora parece que se ha estabilizado un poco, pero su estado es muy crítico; no quiero mentirle. Hemos realizado diversos análisis y algunas pruebas muy precisas, que arrojan como resultado una ingesta masiva de drogas.

—¡Pero Donovan no toma drogas! —dije incrédula.

El doctor Lauper cogió una radiografía y la colocó en una pantalla iluminada, situada tras él.

—Éste es el estado de su tabique nasal —dijo—. Está destruido, a causa de las muchas dosis de cocaína esnifadas por la nariz durante un período de tiempo muy prolongado. Nuestra opinión médica es que su amigo Donovan ha tomado recientemente un cóctel mortal de cocaína y metanfetamina. Clínicamente, aún no podemos explicarnos cómo no ha sufrido una parada cardíaca o no ha entrado en coma. Habría sido lo más lógico.

—¡Oh, Dios mío! —exclamé, llevando mi mano a los labios para no llorar ante el médico.

—Como le decía, el tratamiento que le hemos aplicado está haciendo efecto, pero el estado de Donovan es crítico.

—¿Puede morir?

—Podría, pero no es eso lo que más nos preocupa en este momento. El TAC craneal que le hemos realizado muestra un gran deterioro a nivel cerebral. Es muy probable que las drogas le hayan causado daños irreversibles. Aunque está consciente, no sabemos qué puede estar ocurriendo en el interior de su cerebro. La cocaína, y sobre todo la metanfetamina, son detonantes de graves psicosis y trastornos mentales. Hasta es muy posible que ya padeciera algún tipo de enfermedad mental de la que ni siquiera él mismo era consciente.

—¿Podría padecer una enfermedad genética? —pregunté.

—No exactamente. Si bien no podemos descartar que Donovan presente una cierta predisposición congénita a la psicosis, considerados los antecedentes de alcoholismo y adicción al juego de su padre, lo más prudente es pensar que se trate de una esquizofrenia severa, provocada por el consumo de cocaína. La circunstancia desencadenante de la grave situación en la que ahora se encuentra puede estar en el consumo añadido de otra droga mucho más peligrosa: la metanfetamina. Se trata del estimulante más fuerte del sistema nervioso central, y produce severas alteraciones en la barrera hematoencefálica, incrementando la producción de dopamina y noradrenalina.

Para que yo pudiera entenderlo, me explicó que sólo una dosis oral mínima de 10

a 30 miligramos produce ausencia de sueño, estado de alerta, falta de fatiga, elevación del sentido del humor, autoconfianza, euforia, aumento en la actividad motora y del habla, mayor capacidad de trabajo, mejora del rendimiento físico, aumento de la presión arterial, dilatación de las pupilas, eleva el azúcar, produce insomnio, diarrea, sudoración y temblores en las manos. Incluso el hígado y los riñones sufren una severa desnutrición, y aparecen daños cardiovasculares y cerebrales que acaban provocando una psicosis paranoica.

—Creemos que eso es exactamente lo que ha venido sufriendo Donovan desde hace algún tiempo.

¡Psicosis paranoica!, exclamé para mis adentros, como si esas palabras confirmaran lo que yo misma había sospechado desde que Donovan me había hablado del péndulo de la ONU y del yacimiento atómico del subsuelo de Manhattan. Pero seguí callada, como si todo fuese nuevo para mí.

—Donovan había llegado al límite —continuó el médico—. Esta mañana gritaba enloquecido que estaba siendo víctima de una conspiración de Dios y de su ejército de ángeles celestiales. ¿Le habló alguna vez de ello?

Creí que estaba delirando.

—No, nunca me habló de algo así —volví a mentir. Estaba muy asustada. La historia de la noticia secreta que Donovan me había contado seguía clavada en mi mente como un dardo envenenado. ¿Cómo era posible que fuese cocainómano y lo hubiese inventado todo sin yo darme cuenta de nada?, pensé.

—Generalmente se trata de alucinaciones, de percepciones o ideas delirantes. Ideas falsas sobre persecuciones, conjuras, complots o amenazas que el enfermo percibe como verdaderas, a causa de las alteraciones que las drogas provocan en su pensamiento.

—Donovan era muy coherente cuando hablaba —me limité a añadir, a sabiendas de que esos síntomas eran exactamente los que había venido padeciendo Donovan durante las últimas semanas.

—¿Sabe si tenía antecedentes mi tómanos?

Yo no ignoraba lo que era la mitomanía, pero quería ganar tiempo para pensar bien cada una de mis respuestas.

—No sé muy bien lo que quiere decir.

—Le pregunto si Donovan mentía con frecuencia. La mitomanía es un grave trastorno psicológico que conduce al enfermo a mentir patológicamente. El mitómano convierte la mentira en arte, es manipulador, astuto, convincente, y su discurso suele ser muy verosímil.

Inevitablemente seguí pensando en toda la historia que Donovan me había contado en secreto, pero aún no estaba segura de que debiera hablarle al doctor de ella.

—Bueno, no..., Donovan no solía mentir, aunque también era muy ocurrente e imaginativo —dije, eludiendo entrar en los detalles de su extraño comportamiento conmigo desde que me había hablado de la conjura del caos.

Entonces recordé un escándalo que se había producido en la redacción del *New York Times* hacía unos años, cuando se descubrió que un reportero inventaba y plagiaba sin ningún pudor muchas de las noticias que publicaba como auténticas exclusivas. El engaño hizo temblar los cimientos del más prestigioso periódico de Estados Unidos. No era el único caso que yo conocía de periodistas trastornados o mitómanos, como el doctor Lauper había llamado a ese tipo de paranoia. En la Escuela de Periodismo estudiamos algunos fraudes parecidos. Pero el caso de Donovan era distinto.

—Sea como fuere, no hay duda de que Donovan está muy enfermo. Téngalo en cuenta cuando le vea y hable con él. No debe hacer caso de lo que diga ni intentar que sea razonable. Límitese a dejar que hable él y se desahogue. Luego procure que duerma un poco.

—¿Le veré pronto? —pregunté, esperanzada.

—Sí, yo mismo la acompañaré. Ahora se encuentra más calmado. Hemos optado por suministrarle la medicación progresivamente para evitar que nuestros fármacos puedan entrar en conflicto con las sustancias estupefacientes y se agrave su estado. También pensamos que verla a usted podría ayudarle a estar más tranquilo. No deja de repetir su nombre.

Capítulo 28

La escena me hizo llorar. El doctor Lauper me había advertido de lo que iba a encontrar en la habitación, pero lo que vi me estremeció hasta límites insospechados. Dos guardias de seguridad vigilaban la puerta. Por los cristales pude ver que Donovan estaba tumbado en la cama, aunque algo incorporado por unas almohadas. Tenía el cuerpo, las manos y los pies atados con gruesas correas de cuero. Le habían rapado el pelo. Varios cables con ventosas metálicas estaban pegados a su cráneo. Unos tubitos azules le entraban en la nariz para suministrarle oxígeno; otros salían de su brazo y se prolongaban hasta un bote de suero que colgaba junto a la cama. Antes de dejarme pasar a la habitación, el doctor Lauper me hizo prometer que no me acercaría a Donovan, ni me movería de la butaca que habían colocado para mí.

Cuando entré, las manos de Donovan no paraban de removerse entre las correas. Seguía inquieto como un animal caído en una trampa. Tenía los ojos a punto de estallarle y unas bolsas amoratadas en los pómulos. Una herida le cruzaba la cara y tenía sangre en la comisura de los labios.

Aun en su estado, sonrió al verme. Una sonrisa amplia y sincera, como siempre que nos encontrábamos después de algún tiempo.

—¡Loanne, Loanne...! ¡Al fin estás aquí! —dijo sin apenas voz.

Quise disimular mis lágrimas pero no pude. Caí derrumbada en la butaca y me cubrí el rostro con las manos.

—No llores, Loanne... Estoy bien, sólo un poco cansado.

—¿Qué ha pasado, Donovan?

—Son ellos, Loanne. Ahora puedo decirte la verdad. Al fin he podido descubrirla. Ellos lo prepararon todo. La ejecución de Nanlú Bomoe, la noticia secreta, la conjura contra Naciones Unidas, los tipos que me seguían, el asesinato de Alessia... ¿recuerdas? Ellos querían sembrar el miedo y el caos en el mundo. Ellos asesinaron al hombre negro y escribieron la nota clavada en su pecho en las seis lenguas de la ONU. No es difícil hacer eso en un lugar como el Centro de Noticias. Querían volar la sede de Naciones Unidas y con ella todo el planeta, como Timothy McVeigh voló el edificio federal de Oklahoma. Por eso lo planearon todo en secreto y meticulosamente. Y el plan comenzó a dar resultado. Tal como yo te lo fui contando cuando nos veíamos. No quería tener secretos contigo... Me crees, ¿verdad, Loanne?

—Claro, claro que te creo, Donovan. Siempre he creído en ti —le consolé, al comprobar que seguía viviendo como reales sus delirios esquizofrénicos, tal como el doctor me había explicado.

Dejé que Donovan continuara hablando; que expulsara de una vez de su mente enferma sus conjuras imaginarias, sus alucinaciones y delirios de cocainómano, como un exorcista deja escapar los diablos por la boca de un endemoniado, deseoso de

salvar su alma.

—Ellos son el horror, Loanne. Están en todas partes, tienen amigos en todo el mundo, son poderosos y temibles. Despiadados. Pueden hacer lo que les plazca. Tienen dinero y medios para corromper a quien se les antoje. Yo también me dejé corromper por ellos. Por eso lo sabía todo desde el principio. Me convertí en uno más de la conjura, y el Jefe confiaba en mí. Él fue mi mentor hace muchos años, cuando ingresé en la sociedad secreta Rayo y Trueno, en Alabama. Todo iba según lo previsto para que la conjura del caos fuese un éxito... Hasta que ellos descubrieron que yo te había hablado de la noticia secreta. Tú te cruzaste en su camino, Loanne... Te convertiste en un obstáculo para sus planes. Por esa razón me vigilaban. Por eso sospecharon que yo los había traicionado. Pensaron que tú lo sabías todo sobre el Plan de Dios y pensaban matarte.

Al oír esto no pude contenerme. Todo era demasiado grotesco y demasiado diabólico.

—¡Es una locura, Donovan! ¡No puedo seguir escuchándote! ¿Hasta dónde has llegado?

—Te he salvado la vida, Loanne, a cambio de la mía. Ellos querían quitarte de en medio para que nunca hablaras sobre su secreto. Querían asesinarte como asesinaron a Nanlú Bomoe y a Alessia, y yo no podía permitir que lo hicieran. Siempre hemos sido como hermanos...

—¡Oh, Donovan! Eres tú quien se ha estado matando a sí mismo sin yo saberlo. ¿Cómo no me dijiste nada de lo que te ocurría?

—Te lo dije, Loanne. Te dije que era un asunto peligroso para los dos pero no me hiciste caso. Te dije que me seguían y que tenía problemas con el Jefe. Tú misma pudiste ver a esos tipos. Pero conseguí que volvieran a confiar en mí. Entonces yo aún no sabía las intenciones que tenían contigo. Lo he sabido esta misma mañana. El Jefe me dijo que también había que matarte a ti antes de que fuera demasiado tarde. Que tú eras un peligro para nuestros proyectos y que iban a sacrificarte en beneficio de la conspiración. Por eso discutí con el Jefe esta mañana y lo golpeé con todas mis fuerzas. No podía aceptar la idea de que te hicieran daño. ¡Lo sabes, Loanne, sabes que siempre cuidaré de ti! ¡Sabes que te quiero...! ¡Si me han traído aquí ha sido por ti!

—No, Donovan, eso no es cierto. Estás aquí por ti mismo. Tú eres el único responsable de esta locura. Estás enfermo, Donovan, estás muy enfermo y quieren curarte...

—Me han traído aquí para vengarse de mi traición al hablarte de la noticia secreta.

No pude resistir más tiempo viendo a Donovan en ese estado de locura.

—Ahora tengo que marcharme... Sólo me han permitido verte unos minutos, y el

doctor Lauper está esperándome afuera.

—¡No te fíes de ese médico, Loanne! ¡Es uno de ellos! ¡Mira su anillo! —dijo gritando.

Salí llorando de la habitación; desesperada por todo lo que había escuchado. Donovan comenzó a chillar aún más y me tapé los oídos. No podía soportar sus gritos.

—¡Tienes que creerme, Loanne! ¡Tienes que creerme! ¡Tienes que creerme...!

Capítulo 29

El doctor Lauper me dijo que no me preocupara por la alteración que Donovan había sufrido al verme. Podía tener un efecto positivo en su recuperación al haberse enfrentado a sí mismo y a sus falsos pensamientos. Pronto se quedaría más relajado. La medicación que la enfermera le acababa de suministrar a través del suero haría el resto. Sólo quedaba esperar que evolucionara favorablemente. Donovan era muy fuerte, añadió, de otro modo no habría soportado ese mortal cóctel de drogas. Y ellos estaban haciendo lo que estaba en sus manos para que todo se solucionara de la mejor manera posible, concluyó.

Le pregunté al doctor si sabía cómo estaba el jefe de Donovan, y me respondió que se encontraba bien, salvo la marca que le había quedado en el cuello con los dedos de Donovan marcados en la piel. Por lo que sabía el doctor Lauper, no iba a denunciar a Donovan por la agresión, atendidas las circunstancias. Habían sido buenos amigos.

—¿Y tiene usted idea de por qué discutieron? —inquirí.

—Esas cuestiones no son de índole médica, Loanne.

Esa noche no pude dormir. Imaginaba a Donovan en la cama del hospital y no podía creerlo. Tampoco comprendía cómo había podido inventar una trama conspirativa como la que me contó durante días, sin dejar nada al azar. Siempre tenía respuestas coherentes y verosímiles para cada una de mis dudas, incluso sobre el posible asesinato de Alessia. Y sin embargo, todo era fruto de las alucinaciones de su mente, destrozada por la cocaína. ¡Pobre Donovan!

A primera hora de la mañana siguiente me desplazé hasta la sede de Naciones Unidas en la Primera Avenida, junto al río. Hacía viento y las banderas de todas las naciones del mundo ondeaban radiantes, a pesar de la intensa ola de frío que seguía azotando a Nueva York.

Desde el Centro de Noticias de la ONU se divulgaba a los medios de comunicación internacionales toda la información sobre la agenda y los acontecimientos diarios de la organización en sus múltiples actos, programas y misiones de paz a nivel mundial. También proporcionaba cobertura periodística a las sesiones del Consejo de Seguridad y la Asamblea General, a las reuniones oficiales de otros organismos del sistema, así como a las muchas actividades diplomáticas del secretario. Además, el centro diseñaba y producía la web de noticias en internet, programas de radio y televisión, documentales divulgativos y fondos de archivo audiovisuales en las seis lenguas oficiales.

William Martin, el jefe de Donovan, aceptó recibirme sin cita previa. Yo le conocía de una recepción a la que asistí como invitada de Donovan no hacía mucho tiempo, y él aún se acordaba de mí. No me atendió en su despacho sino en una

pequeña sala de juntas, rodeada de fotografías de paisajes protegidos de todo el planeta. Tal vez debido a mi propia sugestión, pensé que detrás de aquellos cuadros alguien podía estar observándonos. William Martin era unos años mayor que Donovan. Pelirrojo, de ojos muy claros —un color indefinido entre el azul y el verde—, tenía la piel moteada de pecas. Llevaba unas gafas redondas de varillas muy finas, y una pajarita con rayas naranjas y verdes destacaba sobre la camisa blanca y el traje oscuro que vestía. En sus manos no llevaba ningún anillo.

Le agradecí que me recibiera sin tener cita.

—No podía hacer menos por usted —dijo—. Donovan era mi hombre de confianza y un buen amigo, hasta que descubrí sus intrigas.

—¿Se refiere al asunto de la conspiración? —inquirí.

—No, eso no es más que una consecuencia del resto.

—¿A qué se refiere, entonces?

—Donovan estaba quedándose con mucho dinero de la oficina que no le correspondía, Loanne. Estaba cometiendo verdaderos desfalcos en las cuentas del departamento. Había cheques suyos que no presentaba a contabilidad, cobrados por él mismo; salidas de metálico en las tarjetas de crédito de las que disponía por su cargo; faltaba dinero de la caja fuerte, y hasta llegó a robarme la cartera de mi propia chaqueta en una ocasión.

—Creía que Donovan recibía mucho dinero de su madre todos los meses.

—Probablemente era así, pero no recibiría todo el que necesitaba para satisfacer su grave adicción a la cocaína y todo tipo de drogas.

—Nunca vi nada extraño en su comportamiento —dije.

—Las drogas como la cocaína no se notan, hasta que ya es demasiado tarde. Matan en silencio y lentamente. Al principio, Donovan actuaba con cierto recato, pero pronto notamos que algo le ocurría y necesitábamos saberlo antes de que implicara a Naciones Unidas en algún escándalo. Los servicios de seguridad interna decidieron vigilarlo día y noche durante algún tiempo. Entonces descubrimos que era adicto a la cocaína y que necesitaba mucho dinero para pagar esos gastos extras.

—Pero él sabía que lo estaban siguiendo. Yo misma vi a esos dos agentes en varias ocasiones.

—Ni Donovan lo supo nunca ni usted pudo verlos. No eran dos agentes sino uno. Y créame, sabe realizar su trabajo. Los dos individuos que seguían a Donovan y que usted dice que vio eran dos pistoleros a sueldo de unos traficantes a los que Donovan les debía mucho dinero.

William Martin cogió el teléfono y marcó un número. Al poco tiempo entró en la sala un hombre con aspecto de funcionario. Traía un sobre cerrado que dejó sobre la mesa. Entonces vi que llevaba un anillo de oro con un pequeño brillante en su mano derecha, muy parecido también al del profesor Theroux y el doctor Lauper. Contuve

un sobresalto ante esa nueva casualidad.

—Gracias, puede retirarse —dijo el jefe de Donovan.

Me mostró unas fotos y me dijo que si podía reconocer a los individuos que yo había visto siguiendo a Donovan.

—Sí, eran esos dos tipos —dije muy segura de que no me equivocaba—. Uno llevaba un abrigo y un sombrero de piel oscura y otro una bufanda gris al cuello. Pero Donovan me dijo que habían dejado de seguirlo.

—Pagó su deuda con dinero nuestro. Por ese motivo le llamé esta mañana a mi despacho, dispuesto a que aclarara su situación. Cuando le comuniqué personalmente que iba a ser denunciado ante la policía federal se lanzó sobre mí y me cogió del cuello. Creo que si los guardias de seguridad no hubiesen estado afuera, me habría estrangulado sin que le temblaran las manos. Estaba como loco, completamente fuera de sí. Gritaba cosas que yo no podía comprender sobre una conspiración de Dios que él solo había desbaratado y que toda la ONU debía estarle agradecida. Ante esa situación, los servicios de seguridad decidieron trasladarlo a un hospital cercano, en lugar de encerrarlo en los calabozos del sótano.

—Donovan no era dueño de sus actos, estoy segura —dije en su defensa.

—Lo sé, Loanne. Yo le conocía bien..., o eso creía. Sólo espero que pueda recuperarse pronto y vuelva a ser la persona entrañable que usted y yo apreciábamos tanto.

Desde la sede de Naciones Unidas regresé al hospital. El doctor Lauper estaba pasando consulta. Me recibió en cuanto hubo terminado de atender a sus pacientes.

Donovan había empeorado. Seguía consciente y sus constantes vitales se mantenían estables, pero su estado emocional estaba experimentando una caída en picado tras comenzar a desaparecer los efectos activos de las drogas que había tomado. Estaba aún más demacrado y presentaba evidentes signos de comenzar a sufrir un fuerte síndrome de abstinencia. Sudaba mucho, tenía leves convulsiones y le temblaban las manos. Era posible que cayese pronto en un estado de coma, si no reaccionaba a la medicación. Sólo cabía esperar, me dijo el doctor Lauper.

Cuando entré en la habitación, Donovan parecía estar dormido. Seguía atado con las correas de cuero. A pesar de sus escasas fuerzas continuaba intentando levantarse de la cama, quitarse las gafas nasales de oxígeno o el tubo del suero. La imagen de Donovan atado era aún más conmovedora que la del primer día. No soportaba verlo así. Era demasiado cruel. No parecía la imagen de un enfermo sino la de alguien que estuviese a punto de ser ejecutado con una inyección letal. Esta idea me horrorizó.

Cogí la sábana que estaba doblada a los pies de la cama y la extendí para cubrir su cuerpo. Donovan abrió los ojos al sentir mis movimientos junto a él. Apenas podía hablar.

—Eres tú... Has vuelto.

—Sí, Donovan, siempre estaré a tu lado.

—Tienes que creerme, Loanne...

Su voz era casi un susurro.

Unas lágrimas se escaparon de mis ojos.

—Te creo, Donovan. He visto el anillo en uno de ellos.

—Yo nunca te mentiría.

—Lo sé, lo sé... cálmate. No debes pensar en eso ahora.

—Por eso quería que lo supieras todo.

Puse mi dedo en sus labios.

—Chisss, duerme un poco ahora. Yo estaré aquí, cuidándote.

—He intentado salvaros a ti y al mundo de ese malvado profesor que se hace pasar por Dios, sólo eso. El club de viejos filósofos es la guarida de su ejército de ángeles celestiales.

—¿Cómo dices?

Escuchar las palabras de Donovan me hizo temblar. No tuve el valor de preguntarle si al señor Edgar le había pasado algo.

—Yo le conocía, Loanne. Fui yo quien le propuso al profesor Theroux que su editora te llamara para que tú le entrevistaras. Pensé que te gustaría conocerle y hablar con él. Cuando estuvo en el Centro de Noticias de la ONU para presentar su libro a los alumnos del colegio de Naciones Unidas tuvimos una reunión con William Martin para concretar los detalles pendientes de la conjura del caos. ¿Por qué crees que nos encontramos por casualidad en la galería de arte? Yo sabía que iríais allí porque él mismo me lo dijo... Nunca pensé que llegarías a enamorarte de ese hombre: es un perverso, una bestia disfrazada de filósofo humanista.

—No estoy enamorada de él —dije, pero Donovan no parecía escucharme.

—El Jefe y yo le conocimos en el instituto de Alabama, hace más de veinte años. Fue el profesor Theroux quien nos introdujo en la sociedad secreta Rayo y Trueno, y el hijo de puta nos violó durante una de nuestras reuniones. Es un fanático racista, como lo fue mi padre. El profesor Theroux y mi padre eran los líderes de la sociedad secreta. Ellos hicieron cosas terribles entonces... Me han traído aquí para acabar conmigo sin que parezca un nuevo crimen. Saben que yo lo sé todo y quieren hacerme pasar por un loco. Van a volar la sede de Naciones Unidas, igual que Timothy McVeigh hizo volar por los aires el edificio de Oklahoma sin que nadie pudiera evitarlo.

Lo que Donovan me decía sólo podía ser el delirio de una mente perturbada. Su padre había muerto hacía años.

—Aquí estás seguro, Donovan; sólo intentan ayudarte. Estás enfermo, pero pronto te pondrás bien, ya lo verás. Nadie te hará ningún daño.

—Pero tú debes creerme a mí, no a ellos... Ellos mienten. Siempre mienten,

haciéndose pasar por personas normales y educadas, cuando son verdaderos monstruos.

Acaricié la frente de Donovan. Estaba sudando.

—Te creo, te creo...

—Tienes que leer el informe confidencial que el Departamento de Seguridad de la ONU envió al FBI. Dejé una copia en casa.

—¿Dónde? ¿Dónde está esa copia? —pregunté. Ese informe podía ayudarme a entender qué estaba pasando. Empezaba a temer que yo también pudiese volverme loca.

—La dejé en un cajón de la mesa de mi estudio. Si ellos no se la han llevado debe seguir allí.

—Lo leeré, Donovan, leeré ese informe confidencial, quédate tranquilo ahora.

—Sé que entonces me creerás. Lo sé... —dijo, más calmado.

Capítulo 30

Estaba destrozada. Las palabras de Donovan cada vez me causaban más temor. Si le hubiese ocurrido algo al señor Edgar jamás le perdonaría. ¿Por qué hablaba Donovan del club de viejos filósofos? ¿Por qué decía que allí estaba la guarida de su dios? ¿Cómo era posible que pensara que el profesor era el dios que aparecía en la noticia secreta? ¿Cómo podía creer que alguien quería matarme? Todas estas dudas me martilleaban como una tortura psicológica: fui yo quien le pidió al señor Edgar que aceptase ser Dios para mi artículo.

Al salir del hospital marqué el número de teléfono móvil del señor Theroux. Estaba apagado o fuera de cobertura. Cogí un taxi allí mismo y le pedí que me llevara a la dirección del club de viejos filósofos. Necesitaba saber que el profesor se encontraba bien, que no le había pasado nada, que Donovan no le había hecho ningún daño para no hacérmelo también a mí. Pero una mariposa había movido sus alas y el terrible huracán comenzaba a rugir con furia a mi alrededor.

La puerta del club de viejos filósofos estaba cerrada. Llamé al interfono y la puerta no se abrió. Parecía que allí no había nadie.

La desesperación me llevó a preguntar en la pequeña librería esotérica que estaba al lado, por si podían decirme algo sobre el motivo de que el club estuviese cerrado. Aún no había anochecido.

Uno de los empleados me miró con extrañeza cuando le pregunté. Incluso titubeó, antes de responderme:

—A estas horas debería estar abierto, si no fuese porque hace un par de días la policía estuvo registrando el club.

—¿Cómo dice!

—Lo que está usted oyendo. Tendría que haber visto la movida que se formó en un momento. Un espectáculo de cine en directo, sin extras ni especialistas, puede usted jurarlo. Había tantos coches de policía que la calle parecía un desfile de sirenas...

Los gritos de Donovan, suplicándome que le creyera, retumbaban en mis oídos como una maldición. Salí de la librería desorientada. Nunca me había sentido más perdida, ni más sola.

La llave de la casa de Donovan la llevaba siempre en el bolso, junto a las mías. Era una llave pequeña que abría todas las cerraduras de la casa, desde la cancela del jardín hasta la puerta trasera o la cochera. Paré al primer taxi libre que pasó por la calle.

Los ojos del taxista me miraban a través del espejo retrovisor de vez en cuando. Debí de darse cuenta de mi alterado estado de ánimo cuando le dije con voz temblorosa la dirección a la que iba. La versión de Donovan sobre la conspiración de

la noticia secreta creada por «Ellos», quienes quiera que fuesen, podía no ser una locura inventada por él, a causa de la cocaína, pensé de pronto. Al menos, tres de los datos que me había facilitado para convencerme, a pesar de su estado, eran ciertos. Alguien lo había estado siguiendo, como yo misma pude comprobar. El hombre que trajo las fotografías de los supuestos matones a la sala de juntas mientras yo hablaba con el jefe de Donovan tenía un anillo de oro con un pequeño diamante, muy parecido al que yo misma había visto en las manos del señor Edgar y el doctor Lauper. Y la policía había entrado en el club de viejos filósofos para registrarlo. Esos datos, me dije, no eran una alucinación de Donovan, a menos que yo también hubiese perdido el juicio. Y eso era algo que no estaba dispuesta a aceptar.

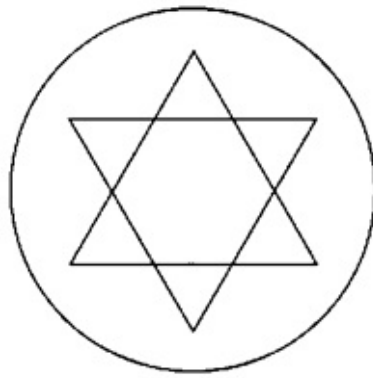
El informe confidencial estaba en el cajón de la mesa del estudio de Donovan, dentro de un sobre lacrado. También había muchas fotografías. Fue lo primero que miré, mientras intentaba controlar el miedo que sentía en medio de la soledad y el silencio de aquella casa. Una vez más, el horror se fue apoderando de mí a medida que pasaba las fotografías: había fotos de la fachada del club de viejos filósofos, de muchos profesores y estudiantes entrando en el edificio, del señor Edgar solo y hablando conmigo en la puerta del club. Me asqueó pensar que Donovan o alguno de «Ellos» nos hubiesen estado espionando. También encontré fotos con mis notas sobre mi artículo periodístico y del texto transcrito de mi entrevista a Dios. Y esas fotos sólo pudo hacerlas Donovan cuando se quedó a dormir en mi apartamento o alguien que hubiese entrado sin yo saberlo, aprovechando alguna de mis salidas. Para los conspiradores tampoco debía ser difícil abrir una puerta sin dejar ningún rastro. Pero el asombro es aún más impredecible que la rabia. Entre las últimas fotografías estaban las que Alessia me había enviado por e-mail, de modo que estaba claro que había sido Donovan quien las había copiado y borrado de mi ordenador portátil.

Luego leí el informe confidencial. Estaba redactado con una tipografía Courier New, como la que se utilizaba en las antiguas máquinas de escribir.

INFORME CONFIDENCIAL

Del Departamento de Seguridad de la ONU al FBI de Nueva York.

Como continuación a nuestros anteriores comunicados sobre la amenazante nota encontrada en el cadáver de Nanlú Bomoe en la sede de Naciones Unidas en fechas pasadas, informamos que nuestros servicios secretos han detectado la posible localización de un grupo de sospechosos que podrían responder fielmente a las características descritas, y que ocultarían sus verdaderos objetivos bajo la apariencia de un club de viejos filósofos, que en realidad es la sede de una sociedad secreta llamada Rayo y Trueno y cuyo símbolo es el siguiente:



Las mismas fuentes apuntan a que dicho grupo, que planea llevar a cabo una acción violenta en la ONU de gran repercusión, está dirigido por un individuo que dice ser «Dios» y cuya identidad real es la de un profesor de la Universidad de Columbia, llamado Edgar Theroux.

Se recomienda una pronta actuación policial dirigida a la detención de los sospechosos, ante el riesgo de que puedan hacer uso de los explosivos y armas destructivas que almacenan en la sede del club de viejos filósofos, en el que se reúnen clandestinamente, y que utilizan como escudo de sus actividades ilícitas.

Atentamente.

El informe confidencial parecía auténtico. Incluso estaba firmado y tenía los sellos de la ONU. Además, había algo en él que Donovan no podía saber porque ni yo misma lo sabía. Cuando el señor Edgar me habló del hexagrama dentro del círculo, estábamos los dos solos. Pero lejos de servirme para aclarar mis muchas dudas, el informe se convertía en un elemento más de confusión. Si el informe era real, ¿qué sentido tenía que acusaran al señor Edgar y al club de viejos filósofos de ser un grupo de peligrosos terroristas? Y si no era auténtico, sino una desquiciada elaboración de Donovan, provocada por su locura, ¿por qué la policía había registrado el club, en una operación de gran envergadura como la que el empleado de la librería me había descrito?

Capítulo 31

Dormí toda la noche obligada por el agotamiento. Cada vez me sentía más confusa y abatida. Pero tenía que seguir adelante. Ni podía abandonar a Donovan, ni podía olvidarme del señor Edgar. Muy temprano salí para el hospital. El doctor Lauper se sorprendió al verme ante la puerta de su despacho. Yo había llegado antes que él.

—¿Qué hace aquí a estas horas?

—No podía seguir durmiendo, necesitaba saber cómo está Donovan.

—Mal, Loanne, muy mal. Yo mismo iba a llamar a su móvil esta mañana para informarla de su estado... Pase a mi consulta, por favor.

Mostró hacia mí la misma cortesía de siempre. Pero ya no le vi como el primer día: un médico que salvaba vidas. Todo lo que estaba pasando a mi alrededor me había obligado a crear una coraza invisible sobre mi piel, lo bastante sólida para repeler cualquier agresión psicológica que pudiese dañarme. No estaba dispuesta a ser una víctima más de aquella locura sin sentido. El huracán que había provocado el aleteo de la mariposa no me atraparía. Y para mí, el doctor Lauper, como el jefe de Donovan, o incluso el profesor Edgar Theroux, era sospechoso de ser uno de los conspiradores. Una conspiración de la que yo era el único objeto. Tampoco el bueno de Donovan escapaba a mis dudas. Todo lo acusaba de ser víctima de su propia locura. Pero la desconfianza me hizo fuerte.

El doctor Lauper cogió del archivo el expediente clínico de Donovan y lo abrió. Ya no llevaba el anillo que yo había visto en su mano durante mi primera visita al hospital.

—Anoche, los médicos de sala que estaban de guardia me llamaron para informarme del agravamiento repentino del estado de Donovan —dijo—. Había entrado en coma a causa de la rotura de algunos vasos sanguíneos del cerebro. Tenía coágulos por todos lados. Ya le destacué a usted que lo sorprendente es que siguiera vivo y consciente, pero al final han vencido la cocaína y la metanfetamina.

—¿No pueden operarle?

—Sería una temeridad, su situación es muy crítica. El tamaño de los coágulos según este nuevo TAC no es grande pero son demasiados y su distribución por la masa cerebral no es uniforme. Si su organismo los reabsorbe aún tendría una oportunidad.

—¿Han conseguido comunicar con alguien de su familia en Alabama? —le pregunté.

—Me consta que la dirección del hospital ha llevado a cabo intensas gestiones a través de los Servicios Sociales, pero hasta ahora nadie se ha interesado por Donovan, salvo usted.

—¿Podría verle ahora?

—Podrá verlo siempre que lo desee, Loanne. Pero hay algo que tengo que decirle.

Debe hacerse a la idea de que el desenlace puede ser fatal.

—¿Y si logra sobrevivir?

—Su vida no será muy diferente a la de un vegetal.

Eso fue lo que encontré sobre la cama de la habitación de Donovan. Un cuerpo inmóvil como un vegetal al que ni siquiera el viento consigue mover. Tenía los ojos cerrados y le habían quitado las correas. Ya no las necesitaba. Me acerqué a él y le besé en la frente. Parecía descansar tranquilo, inmerso en un sueño profundo e inconsciente hecho de silencio y oscuridad.

Salí de la habitación, y supe que ya no volvería a verle sonreír jamás.

En un mostrador del pasillo una enfermera preparaba una documentación, concentrada en sus obligaciones. Al pasar a su lado le dije adiós; era la misma que me acompañó el primer día a la consulta del doctor Lauper.

—¡Adiós! —me contestó, levantando la cabeza como si mi presencia la hubiera sorprendido.

Sólo había avanzado unos pasos por el pasillo, cuando oí la voz de la enfermera, pidiéndome que esperara un momento. Cogió algo del mostrador y vino hacia mí.

—Lo siento, casi me olvido. Una compañera me pidió que le diera esto si usted venía a ver a Donovan. Lo dibujó él mismo ayer, antes de entrar en coma.

—Gracias —dije, mientras miraba una hoja de papel con un pequeño dibujo infantil. Donovan se despedía de mí.



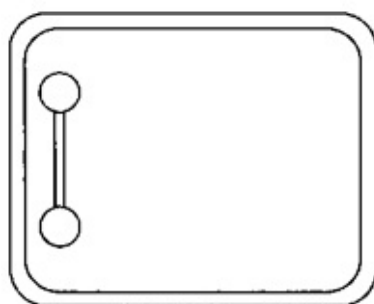
No había ningún taxi en la parada del hospital, pero sí un quiosco de prensa. Me acerqué a comprar cigarrillos. Fue entonces cuando vi la fotografía del señor Edgar, en la portada de todos los periódicos.

Capítulo 32

El corazón me estalló en pedazos como si un disparo me hubiese fulminado. El titular de la noticia destacaba la desaparición del señor Edgar, junto a la foto que aparecía en su libro. «Desaparecido», repetí para mis adentros, como si aún necesitara convencerme de una verdad tan evidente. Leí la información con un miedo y una ansiedad desbordada, esperando encontrar alguna referencia a la redada policial en el club de viejos filósofos. Era posible que el señor Edgar hubiera huido de la policía ante el temor a ser detenido. Pero los periódicos no decían nada sobre esos hechos. Se limitaban a destacar que Theroux era un prestigioso profesor de filosofía de la Universidad de Columbia que no había regresado a su domicilio desde hacía varios días, ignorándose su paradero actual.

Regresé a mi apartamento y me metí en la cama. Sentía deseos de morirme. El señor Edgar no había desaparecido por su propia voluntad, estaba segura de ello. Pensar en que Donovan pudiese haberlo secuestrado era como pensar en el diablo. Y la posibilidad de que el profesor fuese uno de los conspiradores de la noticia secreta no dejaba de parecerme una idea absurda, fruto de la grave esquizofrenia de Donovan.

Algo impreciso, que no sabría describir con exactitud... pero similar a una luz interior o un sexto sentido, me hizo saltar de la cama y coger mi bolso. Saqué el dibujo de despedida que Donovan había dejado para mí en el hospital, lo coloqué ante mis ojos y me quedé observándolo durante largo rato. Luego tapé las letras y las caras de los dos muñequitos, hasta reducirlo a esto:

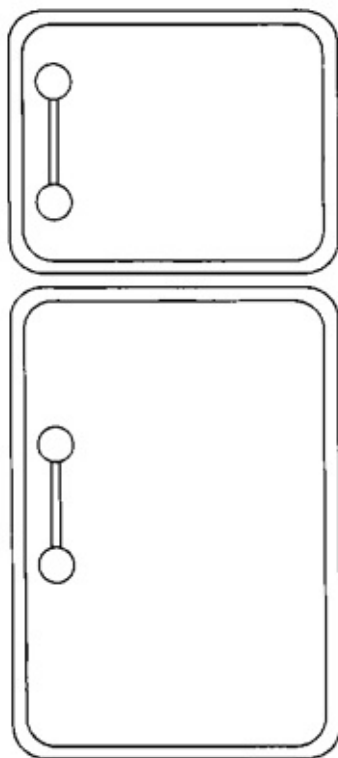


El dibujo infantil de Donovan no tenía ningún sentido más allá de la despedida que había escrito diciendo que me quería. Pero ¿por qué había enmarcado sus palabras y había representado nuestros rostros en esos círculos unidos por dos líneas, si no era para decirme que, pasara lo que pasara, siempre estaríamos juntos? Entonces pensé que era muy posible que el delirio conspirativo de Donovan no hubiese terminado y quisiera comunicarme otro secreto. Su último secreto. Entorné los ojos para observar el dibujo difuminado como cuando se mira una obra de arte en un

museo. Visto así podía parecer un viejo televisor o una antigua radio, la puerta de un mueble o de un microondas.

—¡No es posible! —exclamé.

Con los ojos entornados vi con total nitidez que podía ser la parte superior de un frigorífico. Busqué un lápiz y prolongué el dibujo de Donovan hasta obtener una nueva imagen.



Sí, pensé. La despedida de Donovan podía ser su último y desquiciado mensaje: el mensaje encriptado de un mago enajenado que desea recrearse ante el macabro espectáculo de su propio ingenio, y que yo debía descifrar para seguir su delirio hasta el final. Y por infantil que pareciera mi planteamiento, tenía que intentar averiguar de qué podía tratarse. Era posible que Donovan me estuviera diciendo a gritos que mirase en el congelador de la cocina de su casa... Pero el temor a encontrar allí el cadáver descuartizado del señor Edgar me dejó paralizada como un mordisco de serpiente.

Sin embargo, mi otra voz me decía que debía confiar en Donovan, que él nunca me haría ningún daño, ni jugaría conmigo a ese juego macabro. Tal vez tuviese que decirme algo importante a través de ese mensaje. Algo que no había podido confesarme mientras aún estaba consciente en el hospital.

Era casi medianoche. Me vestí y salí a la calle para coger un taxi en una parada cercana. Todo estaba desierto y oscuro a pesar de la luz débil de las farolas. El escaso tráfico de las grandes avenidas permitió al taxista llegar a casa de Donovan en poco tiempo.

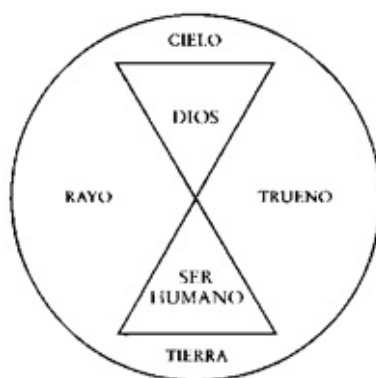
Nunca he sido demasiado valiente, he de admitirlo, pero en ese momento me sentía capaz de realizar cualquier heroicidad. Entré en la casa, encendí todas las luces y fui a la cocina. Todo parecía estar en orden. Ni siquiera había platos sucios en el fregadero o restos de comida sobre la encimera.

El frigorífico estaba allí, aguardándome en silencio. Sin dudarlo, me acerqué y abrí el congelador. Dentro había una pequeña caja de cartón térmico de color blanco. La cogí y la coloqué sobre la mesa de la cocina, sin decidirme a abrirla. Los latidos de mi corazón se dispararon, mientras me esforzaba en apartar de mi mente las horribles imágenes de una mano amputada al cuerpo de señor Edgar. Pero mi otra voz me alentaba a abrirla. Al fin cerré los ojos y abrí la caja.

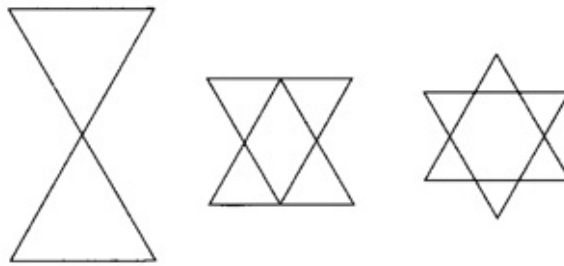
Dejé escapar un suspiro de alivio. Dentro de la caja de corcho sólo había una llave, un anillo de oro con un pequeño diamante y un sobre de tamaño mediano, con mi nombre escrito con una letra que no era de Donovan. Era una caligrafía elegante, que decía: «Para Loanne Harvey». Pensé que podía ser la letra del señor Edgar y abrí el sobre. Del interior extraje algunos folios con otros dibujos. El primero eran dos triángulos equiláteros y un círculo.



Pasé a la hoja siguiente y encontré este otro:



No tuve ninguna duda de que esos dibujos no eran de Donovan sino del señor Edgar. Él me había hablado del símbolo del hexagrama y del círculo; de un significado que nadie conocía. El sobre cerrado estaba dirigido a mí; era su modo de explicarme la verdadera interpretación del billete de un dólar. Allí estaban las palabras Dios y Ser Humano, Cielo y Tierra, y Rayo y Trueno. Pero ¿qué significaba eso? ¿Cómo había llegado ese sobre a manos de Donovan?, me pregunté, al pasar al siguiente dibujo.



Los triángulos se entrelazaban para dar paso a una estrella; la estrella de seis puntas encerrada en el círculo que el señor Edgar había dibujado en el billete de un dólar, y sobre cuyo misterio yo no había vuelto a pensar.

Pasé a la hoja siguiente, que lo explicaba todo.



Aún quedaba una hoja más en el sobre, con un breve texto manuscrito:

Así como la intensa luz del Rayo precede al sonido del Trueno, así el Ser Humano se unirá a Dios, y el Cielo se fundirá con la Tierra.

Espero que ahora lo comprenda, Loanne.

El texto estaba firmado por el profesor Edgar Theroux. Lo leí en voz alta una y otra vez. No podía creer que el señor Edgar empleara palabras como «Rayo y Trueno» y «Cielo y Tierra». Esas palabras no sólo aparecían en el texto de la nota que Donovan aseguraba que se había encontrado en el cadáver de Nanlú Bomoe en la ONU, sino que también eran los nombres posibles de la sociedad secreta que Donovan buscaba y que, en su locura, aseguraba haber encontrado.

Me sentí aterrada. Donovan podía ser el asesino de Alessia y haber secuestrado al profesor, obligándolo a escribir ese texto con su letra, dándole así un final de conjura esotérica a la historia que él había inventado para hacerla completamente verosímil ante mí. El anillo de oro con un pequeño diamante pertenecía al señor Edgar, sin ninguna duda.

Y además estaba la llave que encontré en la caja escondida en el congelador del frigorífico junto al sobre dirigido a mí. Era la llave del sótano blindado de la casa de Donovan.

Capítulo 33

Seguía paralizada en la cocina. No me atrevía a salir de la casa de Donovan y, a la vez, me aterraba estar allí, pensando en bajar sola al sótano. Estaba convencida de que el profesor Edgar Theroux podía estar encerrado en el pequeño bunker antiatómico que Donovan se había empeñado en construir bajo la casa cuando la compró, por su temor a un apocalipsis nuclear. No tenía otro sentido que hubiera dejado la llave junto al anillo y el sobre dirigido a mí. La cuestión era si el señor Edgar estaría vivo o muerto.

Como una computadora infestada de virus, mi mente analizaba con lentitud las únicas opciones que tenía en ese momento: podía llamar por teléfono a un taxi y regresar a mi apartamento para escapar del huracán que una maldita mariposa había desatado a mi alrededor. También podía bajar al sótano e intentar abrir la puerta blindada, si conseguía recordar la clave que protegía la cerradura con una numeración de seis dígitos, una vez que se abría con la llave el primer sistema de seguridad de la puerta, como en algunas cajas de seguridad. Pero no me sentía con el valor suficiente para enfrentarme sola a lo que pudiera encontrar allí. Así que fue otra vez mi sensata voz interior la que me sacó de dudas, aconsejándome que llamara urgentemente al detective Milo Potieck y le contara todo lo ocurrido con Donovan desde que me había hablado por primera vez de la noticia secreta. Ahora tenía suficientes pruebas para demostrarle que la historia que iba a contarle no era pura fantasía sino una triste y trágica realidad.

Marqué el número del teniente Milo Potieck y no tardó en contestar a mi llamada.

—Hola, Loanne —escuché en el auricular del móvil. El detective también debía de tener grabado en su teléfono mi número con mi nombre y supo de inmediato que era yo.

—Necesito que me ayude..., usted es la única persona en la que puedo confiar —le supliqué, con voz afectada por el miedo.

—¿Qué le ocurre?

—No puedo explicárselo por teléfono. Por favor, dese prisa en venir. Temo que pueda haberse cometido un crimen horrible —confesé.

Milo Potieck se preocupó al escuchar mi voz temblorosa y angustiada.

—¿Dónde está ahora?

Le di la dirección y le insistí en que se diera prisa.

—Tranquílese, ¿de acuerdo? Estaré ahí en unos veinte minutos.

Me senté a esperar junto a la mesa de la cocina e intenté no pensar en nada de lo ocurrido. Fueron veinte minutos interminables, en los que creí que me asfixiaba. Tenía dificultad al respirar y mi pulso se había desbocado. Sabía que esos eran los síntomas que preceden a una crisis asmática. Cuando era niña había padecido esa

enfermedad, aunque hacía muchos años que la tenía bastante controlada, a pesar de mi adicción al tabaco. Incomprensiblemente, también sentí deseos de encender un cigarrillo, pero no era lo más aconsejable en mi estado.

Cuando al fin llegó el detective Milo Potieck me dejó caer en sus brazos, sollozando. Tenerle a mi lado fue como tomar un bálsamo reconfortante. Los latidos del corazón dejaron de golpearme sin piedad en el pecho y el aire comenzó a entrar con normalidad en mis pulmones.

—¿Qué hace usted aquí, Loanne? ¿De qué crimen me habló por teléfono? —preguntó, una vez que me separé de sus brazos.

—Es una larga y complicada historia... —respondí, tan pronto conseguí recuperar el control de mis sentidos.

Pasamos al estudio de Donovan y nos sentamos en el sofá. El detective Milo Potieck sacó un pequeño bloc de notas y un bolígrafo y se dispuso a escribir, con la mano apoyada sobre su rodilla.

Yo no sabía cómo comenzar a contarle toda la historia de la conjura del caos, y decidí hacerlo por el principio, de un modo ordenado. Le hablé de mi antigua relación fraternal con Donovan y de mi casual encuentro con él hacía casi un mes, cuando me contó la noticia secreta sobre un hombre negro que había aparecido ahorcado en los aseos de Naciones Unidas, y la nota clavada en su pecho con las amenazas de un supuesto Dios, el mismo día de las pasadas elecciones legislativas. Le hablé de la teoría conspirativa que Donovan había estado investigando desde aquel mismo día, y le expliqué que una sociedad secreta llamada Rayo y Trueno planeaba hacer volar la sede de Naciones Unidas. Luego le di todos los detalles sobre la teoría de Donovan sobre *El péndulo de Foucault* de Umberto Eco; el yacimiento atómico existente bajo el Umbilicus Telluris de Naciones Unidas; la teoría del *Novus Ordo Seclorum*; el favor que le pedí a Alessia para que hablara y fotografiara a Nanlú Bomoe ante mi temor a que Donovan lo estuviera inventando todo, y mis sospechas de que hubiera sido él quien la asesinó en el Gothic Bridge. Le hablé del profesor Edgar Theroux, de mi artículo sobre Dios y mi deseo de ser madre, de los símbolos del hexagrama y el círculo de los billetes de un dólar; de los matones que estuvieron siguiendo a Donovan; la detención como sospechoso de un traductor de la ONU; la agresión de Donovan a su jefe, su ingreso en el hospital, la esquizofrenia que le habían provocado las drogas, el dibujo infantil que me había dejado antes de caer en coma y el sobre que acababa de encontrar esa noche en el congelador del frigorífico, con el anillo y la llave del sótano...

—Temo que Donovan haya secuestrado o asesinado al señor Edgar —dije con un nudo atado a mi garganta cuando terminé mi extenso relato, a la vez que le entregaba al detective Milo Potieck la página del periódico con la fotografía que hablaba de la desaparición del profesor.

—No debe pensar en eso ahora, Loanne. Aún no sabemos qué ha podido ocurrirle a Theroux. Podría estar en cualquier parte —dijo, después de escucharme atentamente.

Temí que tampoco el detective Milo Potieck le diera crédito a mis palabras.

—Ese anillo era de él, y Donovan tenía fotos del señor Edgar hablando conmigo en el club de viejos filósofos. Nos estaba siguiendo como un espía. Incluso me aseguró en el hospital que él y su jefe le conocían desde que tenían quince años y estudiaban en un instituto de Alabama. Según me confesó Donovan, fue él mismo quien le pidió que su editora me llamara por teléfono para que yo lo entrevistara. Donovan quería que yo conociera al profesor, pero no le gustó que yo pensara tener un bebé con él. También me dijo que el profesor era un monstruo que se creía Dios, y que pensaba matarme como mataron a Alessia porque yo sabía demasiado sobre sus planes secretos de hacer explotar una bomba en la ONU —expliqué entre sollozos contenidos.

—Vamos, Loanne, todo lo que dice forma parte de las alucinaciones de Donovan, no puede creer esas historias. Todo se aclarará pronto, estoy seguro. Yo mismo me ocuparé de ello.

—Siento haberle metido en esto, pero no veo otro modo de salir de esta pesadilla.

—Ha hecho lo que debía, Loanne... pero ¿por qué no me habló de todo esto cuando murió su amiga Alessia?

—Entonces no estaba segura de nada, ni siquiera de mí misma. Todo era demasiado confuso, demasiado increíble o absurdo, y no quería acusar a Donovan del asesinato de Alessia. Yo estuve con él en su casa apenas media hora después de que Alessia muriera.

Milo Potieck miró hacia la mesita baja donde estaba la llave junto a las fotos, el anillo y el sobre.

—¿Está segura de que ésa es la llave del sótano?

—Sí, es una llave especial, como las de las cajas fuertes, pero la puerta también está protegida con un sistema de seguridad electrónico, en el que hay que introducir una clave de seis números para poder abrirla. Donovan me explicó hace mucho tiempo cómo podía averiguar la clave siguiendo un sencillo método de descifrado.

—¿Podría recordar ese método ahora?

—Puedo intentarlo, pero no estoy muy segura de que pueda conseguirlo. Ni siquiera recuerdo las contraseñas de mis blogs en internet —lamenté.

Por primera vez vi a Milo Potieck sonreír, y me sentí reconfortada.

Le pedí que me dejara su bloc de notas y su bolígrafo. Luego dije:

—Donovan era experto en encriptar códigos numéricos y mensajes. Recuerdo que la clave estaba formada por seis números porque el seis es el número del diablo, y a él le gustaba jugar con esas simbologías ocultas de la Edad Media —expliqué,

mientras escribía tres números seis en una página en blanco del bloc.

666

Luego recordé que Donovan les daba la vuelta a los tres números seis, convirtiéndolos en tres números nueve.

999

Los ojos del detective Milo Potieck miraban el bloc con sorpresa, mientras yo volvía a escribir una nueva serie de números uniendo los tres seises y los tres nueves.

666999

Hasta aquí estaba segura del proceso de descifrado que Donovan me había explicado hacía mucho tiempo, pero a partir de ese punto todo eran vacilaciones en mi memoria.

—Ahora no sé muy bien qué números de los tres seises y los tres nueves había que voltear, aunque me parece que eran sólo dos números —dije, dubitativa, y volví a escribir otra serie de seises y nueves.

696969

—Era algo así —dije. Los tres seises, el número del diablo, debían de aparecer de nuevo volteando otra vez la serie, aunque en un orden distinto, y así lo escribí en el bloc.

969696

—Si no estoy equivocada, una de estas dos series de números era la clave para abrir la puerta del sótano —dije al fin.

El detective Milo Potieck se puso en pie.

—Vayamos a comprobarlo.

El acceso al sótano estaba en el pasillo de la cocina, bajando la escalera que también conducía al garaje. Cuando llegamos abajo, y nos situamos ante la puerta blindada del particular búnker de Donovan, el detective Milo Potieck me pidió la llave. La introdujo en la cerradura y la giró tres veces, seguidas de tres golpes

metálicos producidos por los pestillos al descerrajarse. Pero la puerta seguía cerrada.

—Dígame la primera combinación de números del sistema electrónico de seguridad —me pidió, mientras miraba el pequeño teclado con diez dígitos que había junto a la puerta blindada.

—Seis... nueve... seis... nueve... seis... nueve... —le dicté lentamente, haciendo las pausas necesarias para que el detective Milo Potieck marcara los números en el teclado sin equivocarse.

Empujó la puerta pero seguía bloqueada.

—Debe de ser la segunda serie —dije, volviendo a dictarle la numeración del código en un orden distinto, que comenzaba en nueve y terminaba en seis.

El sistema electrónico de seguridad aceptó la clave y la puerta blindada se abrió con un chasquido seco, dejando visibles las tenebrosas sombras del interior del búnker.

—¿Sabe dónde se enciende la luz de este agujero? —me preguntó el detective.

—No tengo la menor idea —confesé, tan asustada que me temblaba la voz, las manos y las piernas. Del interior del sótano salía un olor insoportable a humedad y a comida podrida, que Donovan debía de tener almacenada allí desde hacía años.

Milo Potieck sacó un iPhone del bolsillo de su cazadora y encendió una diminuta linterna, con potencia suficiente para ver en el interior. Hizo un breve recorrido con el haz de luz por las paredes cercanas a la puerta pero no había ningún interruptor. A nuestro alrededor todos los muros estaban forrados con estantes metálicos repletos de latas de conservas, paquetes de comida envasada y botellas de agua mineral, suficientes como para estar encerrado dentro del búnker de Donovan una eternidad.

El silencio permitía oír mi alterada respiración y el sonido que produjo la pistola del detective al sacarla de la funda que llevaba oculta bajo la cazadora.

—Será mejor que espere aquí, Loanne —me aconsejó, antes de adentrarse en la densa oscuridad del sótano.

Pero quedarme sola y sin luz en aquella caverna del diablo me horrorizaba más que seguir los pasos de Milo Potieck, pegada a su espalda.

—Prefiero ir con usted —dije, a pesar del miedo.

Avanzamos lentamente por el búnker de Donovan, cuya distribución interior tenía la forma de una L. Yo recordaba que el espacio más largo y estrecho era el de la zona de almacenamiento, y en el más corto, aunque mucho más amplio, se encontraba el habitáculo de estar, un pequeño aseo y el dormitorio, con un par de estrechas literas adosadas a los muros.

La luz de la improvisada linterna del detective se movía de un lado a otro del sótano como el foco de un faro. En un lateral había un par de grandes congeladores industriales, con las dos puertas superiores levemente levantadas. El olor que salía de allí era nauseabundo. Milo Potieck se acercó y miró adentro. Los congeladores

estaban llenos de bolsas herméticas con carne podrida, caducada hacía años.

—Su amigo Donovan no debía de bajar mucho por aquí.

Apenas llevábamos dentro un minuto, pero la sensación que yo tenía era que el tiempo se había detenido para siempre y que jamás saldríamos de allí.

Cuando llegamos a la zona habitable de bunker, el olor a putrefacción aumentó hasta provocarme náuseas. Entonces Milo Potieck se giró hacia mí para evitar que yo viera la escena que había iluminado fugazmente su linterna. Fue sólo un instante, la fracción de un segundo tan breve como un parpadeo, pero suficiente para que yo pudiera ver el cuerpo desnudo del profesor Edgar Theroux colgado del techo por una gruesa cuerda, con la cabeza ladeada bajo un perfecto nudo del ahorcado, la lengua amoratada asomando de la boca como un despojo informe, y un surco sanguinolento alrededor del cuello.

El detective Potieck me cogió con fuerza del brazo y me obligó a salir de allí sin permitirme que volviera la vista atrás, a pesar de que la luz de su linterna alumbraba hacia la puerta del sótano y de que, a nuestras espaldas, sólo quedaba la escena de un improvisado patíbulo, envuelto por los oscuros velos de la muerte.

Capítulo 34

Regresamos arriba y me senté en el sofá del estudio de Donovan con mi lucidez envenenada por el remordimiento, más que por el dolor o la tristeza, mientras Milo Potieck llamaba al Departamento de Homicidios de Manhattan.

Luego se acercó a mí e intentó que me tranquilizara. ¡Pero cómo iba a estar tranquila! Yo podía ser la única responsable de la horrible muerte de Alessia, y ahora lo era, sin ninguna duda, del asesinato del señor Edgar. Si no le hubiese pedido que asumiera el papel de Dios para mi artículo ni me hubiese acostado con él, aún estaría vivo. Donovan no habría tenido motivos para incluirlo a él y al club de viejos filósofos en su demencial conspiración. Sentí asco de mí misma.

En pocos minutos comenzó a oírse un sonido lejano, que poco a poco fue creciendo hasta convertirse en un histérico y ensordecedor zumbido de sirenas. Al menos una decena de coches de la policía de Nueva York rodeó la casa.

—Le pediré a una patrulla que la acompañe hasta su apartamento en el Village, Loanne. Yo tengo que quedarme para colaborar en el reconocimiento del lugar del crimen, e informar de los datos que usted me ha aportado esta noche. Procure dormir un poco, mañana pasaré a recogerla a las nueve. Tendrá que volver a declarar.

Ni siquiera un somnífero me ayudó a dormir un poco. Pasé la noche pensando que Donovan se había convertido en un psicópata asesino, y Alessia y el señor Edgar en sus víctimas. Y todo por el inocente aleteo de una mariposa, tras la que se escondía un monstruo abominable.

A primera hora de la mañana, el detective Milo Potieck vino a buscarme a mi apartamento. Él tampoco se había acostado aún. Estuvo trabajando durante toda la noche y la madrugada en el informe policial del asesinato del señor Edgar, cometido por Donovan.

—El FBI desea hablar con usted, Loanne. De modo que iremos a las oficinas de Federal Plaza. Ellos se ocuparán de la investigación.

—Y usted, ¿no estará conmigo? —pregunté inquieta. Milo Potieck era la única persona que me ofrecía la confianza que había perdido en toda la especie humana.

—Yo estaré a su lado, no se preocupe.

En las calles por las que pasábamos camino de Federal Plaza había hombres y mujeres de todas las razas. Nueva York era un microcosmos en el que confluían y convivían en paz todos los credos del planeta, pensé. La sede de la ONU era el símbolo más evidente de esa fraternidad universal y, sin embargo, no era una sociedad secreta creada por la masonería, a pesar de la historia que Donovan había imaginado en su delirante adicción a la cocaína. ¿Por qué Donovan y cuantos pensaban como él se empeñaban en ver sombras tenebrosas por todas partes? La respuesta a esa pregunta tal vez estuviera en lo que el propio profesor Theroux me había asegurado en una de

nuestras conversaciones: «Comprender el mundo actual no es fácil. Hemos creado unas sociedades de tal magnitud y complejidad que resulta imposible determinar con precisión los factores reales que intervienen en los grandes cataclismos mundiales. Y si no es la voluntad de Dios quien los provoca, alguien debe de hacerlo por él. El problema es saber quién ha sustituido a Dios en ese control del universo y del destino de los hombres. La conclusión menos comprometida es pensar que ha sido el diablo». Quizá no le faltara razón. Yo estaba convencida de que el secretismo y la adicción a las drogas habían conducido a Donovan hasta las entrañas de la locura, y allí se había convertido, sin que yo misma pudiera sospecharlo, en el diablo de su propio infierno.

La carpeta, con las palabras TOP SECRET estampadas en grandes letras rojas bajo el sello del FBI, estaba cerrada sobre la mesa. De un vistazo comprobé que la decoración del despacho se limitaba a las placas y medallas que colgaban de las paredes de madera. Una bandera de Estados Unidos y otra del FBI caían de unos mástiles situados junto a la ventana.

Cumplido el protocolo de las presentaciones, el agente especial Nathan Wells nos invitó a sentarnos con un gesto de cortesía. Dejé el abrigo sobre el respaldo de una de las dos butacas situadas frente a la mesa, tomé asiento y crucé las piernas. El detective Milo Potieck dijo que prefería quedarse de pie, a mi lado.

Nathan Wells era un hombre alto, de unos cincuenta años; tenía el pelo corto y el aspecto de un veterano oficial del ejército. Había algo impreciso e intimidatorio en su mirada que, sin embargo, desaparecía al sonreír.

—Bien, Loanne, debo comenzar expresándole mi sorpresa cuando esta mañana leí el informe con las manifestaciones que hizo usted anoche ante el detective Potieck.

—Todo lo que dije es cierto —afirmé con convicción.

—Lo sé, por eso necesitaba que viniera a verme. Pero supongo que comprenderé que su relato sólo puede ser calificado como fantástico...

El agente especial del FBI dejó las palabras en el aire, como si hubiera dibujado con sus ojos un signo de interrogación.

—Todo lo que Donovan me contaba parecía muy real, hasta que sospeché que podía ocurrirle algo. Lo que no podía imaginar es que era adicto a la cocaína ni que sufría una esquizofrenia grave. Creo que todo comenzó a cobrar forma en su mente cuando me habló por primera vez del hombre negro ahorcado en la ONU y de la noticia secreta.

—Entiendo... —asintió Nathan Wells, moviendo levemente la cabeza como quien no está muy seguro de lo que decir a continuación. Pero pronto añadió—: Sin embargo, en nuestra opinión, ésa fue la única verdad de toda la historia que Donovan le estuvo contando hasta antes de entrar en coma.

Un crujido sacudió mi mente, bloqueándola de un modo parecido al dolor que

produce una jaqueca cuando se dilatan los vasos sanguíneos del cerebro.

—No comprendo lo que quiere decir... —murmuré, buscando con mi mirada los ojos del detective Potieck, en un vano intento de encontrar en ellos la respuesta a las muchas preguntas que comenzaron a palpar sin sentido en mis pensamientos.

—Es cierto que el mismo día de noviembre en que se celebraron las pasadas elecciones legislativas, un hombre negro apareció ahorcado en los aseos para visitantes de la sede de Naciones Unidas...

Mi expresión de horror y asombro debió conmover al agente del FBI, y enseguida añadió:

—Le sonará grotesco, pero el ahorcado no era Nánlú Bomoe ni ningún otro ser humano sino un muñeco hinchable de raza negra de esos que venden desnudos en los sex-shops como juguetes eróticos. Y tal como Donovan le dijo a usted, el muñeco tenía clavada en el pecho una nota amenazante sobre un dios desconocido, escrita en las seis lenguas oficiales de la ONU...

—Entonces, ¿la noticia secreta también era cierta? —me atreví a preguntar.

Pero Nathan Wells no abordó directamente ese asunto.

—Desde el principio sospechamos que se trataba de una burla macabra concebida por algún chiflado racista, con deseos de divertirse con el revuelo que su teatral representación de un crimen en la sede de Naciones Unidas de Nueva York produciría inevitablemente en todos los medios de comunicación del mundo. Por ello decidimos no darle ninguna publicidad a ese suceso de clara provocación, manteniendo en secreto la noticia hasta que consiguiéramos descubrir al culpable. Como es fácil de comprender, en los aseos de visitantes de la ONU no hay cámaras de seguridad y cualquiera pudo pasar los controles de entrada al edificio con el muñeco desinflado para montar la escena de su espectáculo sin ser visto por nadie.

—Donovan también me dijo que el FBI había interrogado a los responsables del Centro de Noticias de la ONU que conocían ese suceso, y él estaba entre ellos.

—No fue exactamente un interrogatorio, sino una petición de colaboración para que la noticia no se filtrara a la prensa —dijo el agente especial.

Luego continuó explicándome todos los detalles de la investigación que había seguido el FBI durante semanas sin llegar a ninguna conclusión válida sobre el causante del incidente, hasta que recibieron un fax de Naciones Unidas con un informe del Departamento de Seguridad, en el que se hablaba sobre una peligrosa sociedad secreta denominada Rayo y Trueno, que utilizaba un club de viejos filósofos como escudo para ocultar sus violentas acciones racistas.

El agente especial Nathan Wells se acercó a la mesa y me mostró el fax. Instintivamente miré sus manos. Tenía un anillo de casado, sin ningún diamante.

—Sí, es una copia exacta del documento sobre el que Donovan me habló en el hospital, y que tenía guardado en el cajón de la mesa de su estudio —dije, después de

ojearlo.

—El falso informe estaba sellado y firmado por el Departamento de Seguridad de la ONU, y de inmediato se tomaron todas las medidas para registrar el edificio de ese club de viejos filósofos e interrogar al profesor que aparecía como líder de la sociedad secreta Rayo y Trueno. Como usted sabrá, desde el 11-S cualquier amenaza es investigada con la máxima urgencia, por absurda que sea. Pero en el club de viejos filósofos no había explosivos ni armas destructivas, como se advertía en el informe. Cuando fuimos al domicilio del profesor Edgar Theroux, su esposa nos dijo que desde la noche anterior no había regresado a casa, y temía que le hubiese ocurrido algo.

En ese momento, el detective Potieck, que había permanecido en silencio hasta entonces, se sentó a mi lado, mientras el agente del FBI proseguía con sus explicaciones:

—En el Departamento de Seguridad de la sede de la ONU nadie se explicaba quién había podido enviar ese fax, hasta que su amigo Donovan agredió al director del Centro de Noticias y le gritó que había salvado a la ONU de una conspiración de Dios y de su poderoso ejército de ángeles celestiales. Entonces confirmamos lo que ya nos temíamos, que se trataba de un bromista sin escrúpulos o de un lunático. Desde ese momento sospechamos que el falso informe y la desaparición del profesor Edgar Theroux podían estar conectados, aunque seguía faltándonos el motivo de esa conexión. ¿Tal vez usted pueda aclarárnosla?

No me agradó que el agente del FBI empleara la palabra lunático para referirse a Donovan, pero comprendí que no los unía ningún lazo emocional. Para Nathan Wells, Donovan no era más que un asesino, cuya peligrosidad se había confirmado la noche anterior después de que apareciera en su casa el cuerpo ahorcado del profesor.

—Donovan llegó a pensar que el señor Edgar era Dios —dije.

—¿Y por qué pensaba Donovan que el profesor era Dios? —insistió el agente del FBI para que aclarara mi breve respuesta.

—La culpa fue mía.

—¿Suya...? —inquirió el agente del FBI, reclinándose hacia delante, a la vez que apoyaba los codos en la mesa y dejaba reposar la barbilla sobre sus manos entrelazadas, para mirarme fijamente a los ojos.

Le expliqué cómo sucedió todo, desde que entrevisté al señor Edgar la misma tarde que Donovan me había hablado del crimen de la ONU y de la noticia secreta sobre Dios, hasta el significado de los símbolos dibujados por el profesor. También le conté mi disparatada idea de escribir un artículo periodístico sobre una entrevista a un hipotético Dios, y mi deseo de tener un bebé con Theroux.

—Entonces, según usted, Donovan mató al profesor Edgar Theroux a causa de su esquizofrenia y de los celos.

—Creo que sí. Sin saberlo, yo le proporcioné a Donovan la idea y el motivo para que incluyera al señor Edgar en la conspiración de Dios que él estaba imaginando, y lo culpaba de ser el líder de la sociedad secreta Rayo y Trueno que buscaba, arrastrado por su locura. Todo encajaba, incluso que el propio Donovan fuese víctima de esa conjura, en lugar de serlo de la cocaína.

—¿Hay algo más que quiera contarme, Loanne?

—Donovan también me dijo que conocía al señor Edgar desde que estudiaba en un instituto de Alabama.

—Ese dato será fácil de comprobar. ¿Recuerda algún otro detalle importante?

—Ya hablé anoche con el detective Potieck sobre mis temores a que Donovan también hubiera asesinado a mi amiga Alessia. Ella fue quien descubrió que Nanlú Bomoe estaba vivo, y las fotos estaban en casa de Donovan.

Por primera vez, Milo Potieck intervino en la conversación.

—La investigación sobre la muerte de Alessia Brown ha vuelto a abrirse esta misma mañana. Después de la aparición del cadáver de Theroux en casa de Donovan, hay demasiadas coincidencias en ambos casos que apuntan a la posibilidad de que Alessia no se suicidara.

El detective del FBI volvió a reconducir el diálogo.

—Hay algo que tampoco comprendemos muy bien en toda esta historia, Loanne... ¿Tiene usted alguna idea de por qué Donovan utilizaba la horca para cometer sus crímenes? —me preguntó.

—Al principio, cuando Donovan me habló por segunda vez de la noticia secreta y del crimen cometido en la ONU me mostró una antigua caricatura con la imagen de un árbol con dos hombres negros ahorcados y las palabras Ku Klux Kan. Me dijo que algunas sociedades secretas llamaban a ese árbol «el árbol del diablo», porque era donde los racistas del Sur ejecutaban a los esclavos rebeldes.

—¿Sabe si Donovan era racista? —insistió Nathan Wells.

—No, en los muchos años que han pasado desde que nos conocimos en la universidad jamás manifestó el más mínimo sentimiento xenófobo hacia nadie.

El detective Potieck carraspeó como si quisiera pedir de ese modo su turno de palabra.

—Nosotros creemos que Donovan llevó a cabo una especie de ritual, como si hubiera ejecutado al profesor Edgar Theroux siguiendo unas pautas premeditadas.

—No le entiendo...

—La cuerda tenía hecho un perfecto nudo del ahorcado, había una banqueta volcada muy cerca del cadáver, y el cuerpo del profesor estaba completamente desnudo por algún motivo que desconocemos. Además, tenía clavado en el pecho un cartel con una frase escrita en mayúsculas:

¿QUÉ PENSARÍAS SI SUPIERAS

QUE EL CAOS TIENE UN DIRECTOR?

—Es una cita de Hitler —aseguré sin dudarle, después de que el agente del FBI me mostrara el folio impreso.

—¿Cómo lo sabe?

—La leí en casa de Donovan, una noche en que me habló de la conjura de Dios. Está copiada de un libro sobre la historia de las conspiraciones. Se titula *Amos del mundo*.

La voz del detective Potieck era más agradable que la del agente especial del FBI.

—Entonces quizá se trate de una especie de firma con la que reivindicar su asesinato; una explicación de por qué lo hizo.

—Es posible...

—Bajo los pies del cadáver del señor Theroux también encontramos algunos documentos manuscritos por Donovan con un plan para hacer estallar un potente artefacto que haría volar por los aires la sede de Naciones Unidas, tal como usted me informó anoche —destacó.

—¡Oh, Dios mío, hasta dónde podía haber llegado su locura! —exclamé.

—No lo sabemos exactamente. Todo lo que Donovan le contó sobre la conjura del caos eran los planes sobre los crímenes que él mismo pensaba llevar a cabo, una especie de relato premonitorio de lo que él ya sabía que iba a ocurrir.

—¿Encontraron armas o explosivos en el búnker del sótano? —quise saber.

El agente del FBI tardó unos segundos en responderme.

—Eso es lo extraño, en la casa no había ningún arma y en el sótano tampoco hemos encontrado ningún material explosivo con el que Donovan pudiera cometer un atentado de tanta envergadura como el que planeaba.

—Usted también me habló del atentado de Oklahoma. ¿Cree que Donovan intentaba imitar a Timothy McVeigh?

La pregunta del detective Potieck me hizo revivir aquella conversación con Donovan.

—No lo sé..., sólo recuerdo que cuando él me habló del atentado de Oklahoma y de Timothy McVeigh le pregunté si temía que pudiera volver a repetirse esa historia y me contestó que lo que él temía era que el FBI no fuese capaz de evitarlo... Pero también es posible que toda la historia de la bomba la imaginara Donovan impulsado por su grave esquizofrenia, sin intención alguna de llevarla a cabo, al contrario de lo que hizo Timothy McVeigh —sugerí.

—En cualquier caso, es evidente que el director del caos que pensaba crear en Nueva York era él —aseguró el agente especial del FBI.

—Según Donovan, el director de la conspiración era el señor Edgar. Creo que por esa razón le colgó el cartel con esa cita de Hitler.

Milo Potieck sacó una pequeña bolsa de plástico de su bolsillo, con el anillo de oro y un pequeño diamante que yo había encontrado en el congelador de la cocina, junto a la llave de la puerta blindada del sótano y el sobre con los dibujos del profesor Theroux sobre el hexagrama y el círculo.

—Todo parece estar claro, Loanne, y todo encaja en la historia que usted me contó anoche, pero hay un pequeño detalle que nos desconcierta. Aún no hemos conseguido averiguar qué significa este anillo. Usted me dijo que era el que llevaba el profesor Theroux en el dedo índice de la mano derecha...

—Así es —asentí, interrumpiéndolo—. Por eso estaba segura de que Donovan le había hecho algún daño al señor Edgar. Cuando abrí la caja de cartón térmico del congelador temí que dentro pudiera estar el dedo amputado del profesor, pero por suerte para mí, sólo estaba el anillo junto al sobre y la llave del sótano.

—Comprendo... —dijo el detective.

En ese momento volví a tener la sensación de que yo también era sospechosa de haber participado en el crimen.

—Lo extraño —continuó Milo Potieck—, es que el cadáver del profesor Edgar Theroux llevaba puesto su propio anillo cuando anoche examinamos el cuerpo con el forense, antes de descolgarlo de la cuerda con la que había sido ahorcado por Donovan.

Capítulo 35

Después de salir de las oficinas del FBI me sentí liberada de una presión insufrible. Por más que me pesara saber que Donovan era el responsable de la desaparición y de la muerte del señor Edgar, yo sólo había hecho lo que debía hacer.

Yo también necesitaba conocer por fin la verdad sobre lo sucedido, y el único modo de averiguarlo era a través de la meticulosa investigación policial que llevaría a cabo el FBI con todos los datos y pruebas que yo misma les había proporcionado. Incluso les serviría para buscar un motivo que justificara el asesinato de Alessia, del que yo seguía estando convencida.

Fui al hospital al día siguiente. Donovan parecía estar dormido, aunque su aspecto se había deteriorado visiblemente. Seguía en coma y, según me dijo el doctor Lauper, lo más probable era que no volviese a recuperar la conciencia. Los daños cerebrales eran irreversibles. La cocaína y la metanfetamina habían ganado la batalla, y al final se impondría la muerte que, como un espectro lúgubre, percibí que flotaba invisible en medio de la habitación del hospital.

El doctor Lauper también me informó de que los Servicios Sociales habían localizado a la familia de Donovan. Al parecer, la madre había pedido al hospital que trasladaran a su hijo en una ambulancia aérea hasta su ciudad natal, pues ella se encontraba postrada en una silla de ruedas y le era imposible viajar desde Alabama. Pero el Departamento de Justicia había denegado la autorización hasta que no se clarificaran las circunstancias de la muerte del profesor Edgar Theroux. La fiscalía de Nueva York incluso había ordenado que se mantuviera la vigilancia policial de Donovan, a pesar de su estado.

Una asistente social del hospital me facilitó el número de teléfono de la madre de Donovan. La llamé tan pronto llegué a mi apartamento. La señora Sheldon no dejó de llorar mientras hablaba conmigo. No podía comprender qué estaba ocurriendo con su hijo en Nueva York. Me dijo que Donovan le había hablado mucho de mí y me rogó que fuese a verla. Tuve la impresión de que era una mujer mucho mayor de lo que yo suponía. Su voz era dulce, pero sonaba apagada y triste al otro lado del teléfono. Sentí pena por ella.

—Donovan era un buen chico —me dijo, antes de que nos despidiéramos.

Gasté mis escasos ahorros en los billetes del avión. Luego fui a Naciones Unidas para recoger los objetos personales que Donovan tenía en su despacho para llevárselos a su madre. Cuando pasé el control de acceso y entré en el atrio miré hacia la zona del péndulo de Foucault pero estaba rodeada por unos biombos y unos andamios metálicos. Un conserje me dijo que iban a cambiar la esfera dorada del péndulo por otra nueva.

El jefe de Donovan, William Martin, me estaba esperando. Fue él mismo quien

me entregó una pequeña caja de cartón con los objetos que Donovan tenía en su mesa de trabajo: algunas plumas, una banderita de Estados Unidos sobre una peana de piedra, unas reproducciones en miniatura de la estatua de la Libertad y del Empire State, y una foto enmarcada de su madre.

—Lamento que las cosas no sean de otro modo... Donovan no merecía acabar así —afirmó William Martin, con una mueca de abatimiento.

—El sentía verdadero aprecio por usted, créame.

—Estoy seguro de ello. Siempre fuimos buenos amigos, hasta que...

—Tengo que marcharme —dije, sin dejar que William Martin terminara de hablar. Le tendí mi mano y me fui.

Al día siguiente volé hasta la ciudad de Montgomery, en Alabama. Tres horas de viaje durante las que no dejé de pensar qué iba a decirle a la madre de Donovan; cómo iba a explicarle todo lo ocurrido con su hijo para que ella pudiese comprenderlo. Ni yo misma conseguía entender por qué Donovan había llegado a perder el control sobre sí mismo, hasta el punto de convertirse en un asesino.

Pocos minutos después de que mi avión aterrizara en el aeropuerto de Montgomery, mientras recorría a pie los pasillos de la terminal siguiendo los indicadores de la salida, el detective Milo Potieck me llamó al móvil.

—Hola, Loanne —dijo, con una voz muy animada—. Un equipo de la policía científica encontró ayer algunos restos de cabellos y de fibras sintéticas en los asientos traseros del coche de su amiga Alessia...

No supe qué decir ante ese hecho inesperado.

—¿Me escucha...?

—Sí, sí, le oigo muy bien, es que me he quedado un poco aturdida.

—Es posible que no estuviera usted equivocada, y que Donovan también asesinara a Alessia.

—No puedo decir que me alegre saber eso —murmuré.

—La comprendo, pero quería que lo supiera. También quiero agradecerle su ayuda. Ahora la investigación será más fácil. Se están realizando las pruebas de ADN en el laboratorio de la oficina forense; una vez que las tengamos podremos confirmar si Donovan estuvo dentro del coche de su amiga Alessia, antes de que ella muriera.

Distraída por mi conversación con el detective Potieck por teléfono, tropecé al salir de la escalera mecánica.

—Yo también le agradeceré mucho que me tenga informada. Para mí no es fácil aceptar que Donovan matara a Alessia —dije, después de recuperar el equilibrio.

—Lo sé, Loanne. Hay algo más que debo decirle: hemos comprobado que el profesor Edgar Theroux no fue profesor del instituto en el que Donovan estudió en Alabama.

—¿Está seguro de eso?

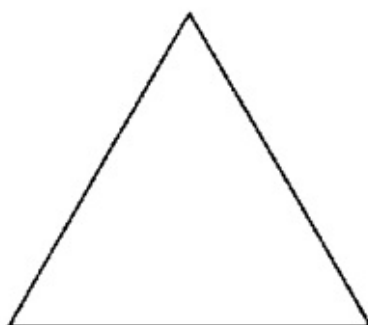
—Sí, no tengo ninguna duda. El historial académico del profesor lo sitúa en diversas universidades, entre ellas, la del estado de Misisipi, pero no dio clases de filosofía en ningún centro de enseñanza secundaria.

Hasta pasados unos minutos no tuve muy claro si esa noticia debía alegrarme o hacerme sentir decepcionada. Quizá lo que más deseaba era que el detective Potieck se hubiese equivocado, y que el señor Edgar hubiera sido realmente profesor de Donovan en un instituto de Alabama. Al menos así, algo de lo que Donovan me había contado en el hospital antes de entrar en coma sería cierto. Aunque me costaba admitirlo, en un rincón de mi subconsciente todavía albergaba la esperanza de encontrar algún detalle sobre el pasado de Donovan que justificara su transformación en un paranoico homicida. Y si había decidido volar miles de kilómetros desde Nueva York hasta Alabama con el poco dinero que me quedaba, no había sido sólo por visitar a la madre de Donovan para ofrecerle un poco de consuelo. También tenía la intención de preguntarle por la infancia y la adolescencia de su hijo: cómo era Donovan entonces, qué le divertía, a qué se dedicaba, quiénes fueron sus amigos. En fin, todos los detalles de su vida que yo desconocía a pesar de la estrecha amistad que nos unía, y sobre los que Donovan se había mostrado siempre tan hermético como las sociedades secretas que tanto le apasionaban.

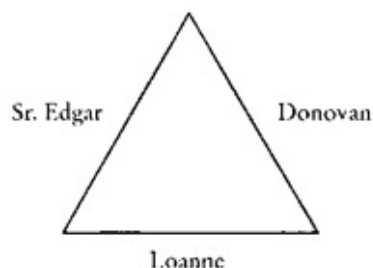
Durante el vuelo a Alabama repasé muchos recuerdos de mi relación con Donovan, y a pesar de la fraternidad que nos vinculaba desde que estudiábamos periodismo, apenas podía revivir alguna conversación en la que él me hablara abiertamente de sus creencias, de su pasado en Alabama y de su familia, más allá del desprecio que sentía desde niño hacia su padre.

También me pregunté cuánta gente esconde entre sus vísceras a un malvado asesino sin que nadie a su alrededor pueda imaginar que lo es. Matar es demasiado fácil, basta con decidirlo; el problema es tener la certeza de quién se esconde detrás del crimen: Dios o el diablo, pensé. Tampoco era difícil crear coincidencias que dieran sentido a una conjura. Había aprendido mucho sobre ello desde que Donovan empezó a contarme su historia inventada.

Cogí un bolígrafo de mi bolso y tracé las líneas de un triángulo equilátero en la servilleta del desayuno que las azafatas nos habían servido.



Luego escribí los nombres del señor Edgar y de Donovan en cada uno de los lados, y el mío bajo la base de la figura geométrica.



Los tres conformábamos un triángulo tan perfecto como el que aparecía sobre la pirámide del billete de un dólar, aunque en el interior de nuestro triángulo no estaba el ojo de Dios. Sólo había un vacío tan extenso como el de las profundidades abisales de los océanos. Entonces me pregunté quién sería cada uno de nosotros, entre tres alternativas posibles: Dios, el ser humano y el diablo. Y no supe qué responderme.

Capítulo 36

La madre de Donovan había enviado una limusina a recogerme al aeropuerto. Un hombre negro que llevaba en la cabeza una gorra de plato y vestía traje y corbata, estaba esperándome a la salida de la zona restringida. Mi nombre estaba escrito en el letrero que exhibía en su mano. Me acerqué a él y enseguida comprendió que era yo la pasajera del vuelo de Nueva York que esperaba. Había llegado con media hora de retraso.

—Bienvenida a Alabama, señorita Loanne —dijo, a la vez que me pedía el equipaje de mano: una pequeña maleta con lo básico para pasar un par de días lejos de casa.

El chófer me llevó hasta una ostentosa mansión de estilo sureño, rodeada de árboles gigantescos. La madre de Donovan quería que durante mi visita me hospedara en su casa: había habitaciones de sobra, me había dicho por teléfono.

Estaba esperándome en el porche, sentada en su silla de ruedas junto a una mesa cubierta por un mantel bordado. Unas tazas de porcelana china, una tetera, una bandeja de plata con pastas y un delicado florero adornaban la mesa. Hacía un sol espléndido y una temperatura primaveral, a pesar de ser invierno. Un clima muy distinto al de Nueva York.

Se llamaba Helen. Era una mujer de unos setenta años, con la piel muy blanca y unos ojos azules muy hermosos. Tenía el pelo completamente blanco bajo un amplio sombrero y vestía unos pantalones blancos combinados con una elegante blusa de vivos colores.

Cuando llegué a su lado se puso a llorar como una niña desconsolada. La abracé y le susurré al oído que lo sentía, que sentía mucho lo que le había ocurrido a Donovan. Yo tampoco pude contener las lágrimas. Luego se calmó, aunque su mirada seguía expresando una profunda tristeza.

Una joven asistente de color nos sirvió el té.

—Tómame unas pastas. Tendrás hambre después de un viaje tan penoso —dijo la madre de Donovan, ofreciéndome la bandeja.

Durante largo rato le hablé de la situación de su hijo. Me rogó que no le ocultara nada. Su abogado, un amigo de la infancia de Donovan, ya se estaba ocupando de los asuntos legales, y esperaba que el Departamento de Justicia autorizara pronto el traslado de su hijo a Alabama.

Le expliqué con todo detalle lo ocurrido, mientras ella no dejaba de mirarme en silencio. Había resignación en su rostro, como si siempre hubiera temido que algo trágico pudiese ocurrirle a su hijo.

—Pobre Donovan... —murmuraba de vez en cuando, de un modo apenas audible.

Después fue ella quien me habló de la infancia de Donovan sin que yo tuviera que preguntarle.

—Tuve a Donovan poco antes de cumplir cuarenta años. Su padre y yo nos casamos algo mayores, para lo que era normal entonces. Donovan nació prematuro, un mes antes de la fecha prevista para el parto, pero pronto se convirtió en un niño sano y fuerte. Era muy guapo y alegre. Con diez años ganó el campeonato de béisbol del colegio. Mis amigas decían que llegaría muy lejos. Le encantaban el deporte y la pesca. Siempre andaba por ahí, con los amigos, nadando en el río y haciendo travesuras. Nada serio, desde luego, aunque su padre fue muy severo con él. Mi marido era un hombre muy recto y religioso... También muy autoritario. Nunca debí casarme con él. Era unos años menor que yo. Mis padres siempre se opusieron a nuestra boda, decían que lo único que le interesaba de mí era mi fortuna. Mi familia siempre tuvo plantaciones de algodón, desde los tiempos de la esclavitud. Somos gente del Sur, pero mis padres jamás consideraron a los negros que trabajaban en nuestros campos como seres diferentes o inferiores. Sin embargo, el padre de Donovan tenía fuertes convicciones segregacionistas. La historia de su familia estaba unida al ejército de los Estados Confederados desde la guerra de Secesión. Todos sus antepasados habían sido militares.

—¿También lo fue el padre de Donovan? —pregunté.

—No, él se dedicaba a los negocios del algodón. Yo dirigía la plantación de mis padres, por eso le conocí. Era muy apuesto. Donovan se parece a él más que a mí.

—¿Cómo surgió la afición de Donovan por las sociedades secretas?

—Lo inició su padre. Desde que Donovan cumplió los doce años, no dejaba de hablarle de cuando él era joven y participó en las revueltas que provocaron el fin de la segregación en los centros de enseñanza, ordenada por el Tribunal Supremo de Estados Unidos en el año 1954. Aquéllos fueron días difíciles y violentos en esta ciudad, como en muchas otras del Sur. Para la mayoría de los blancos, la declaración de igualdad con los negros fue una humillación, y se organizaron en fraternidades y sociedades secretas que proclamaban la supremacía blanca frente a los derechos civiles de los afroamericanos. Mi esposo no dudaba en inculcarle a Donovan sus propios miedos y su odio a los negros, aunque yo intentara evitarlo. Decía que había que acabar con ellos, antes de que se apoderaran de nuestra plantación, de nuestra ciudad, de nuestro estado y de la Casa Blanca. Como si los designios del destino pudieran eludirse —lamentó.

—¿Por qué dice eso?

—Barack Obama es negro, ¿no? —dijo.

—Pero es presidente de Estados Unidos porque ha sido elegido democráticamente.

La madre de Donovan agitó la mano en el aire como si espantara una mosca.

—Para quienes piensan como pensaba mi marido, se han cumplido sus peores presagios. Un presidente negro en la Casa Blanca. Algo cómico y paradójico, ¿no cree...? Aquí, en el Sur, eso es una burla del destino. Muchos estarían dispuestos a matar por evitarlo.

—Asesinando a Obama.

—Sería una hipócrita si lo negara. Pero nadie quiere convertir a Obama en un nuevo mártir, como ocurrió con Martin Luther King. Prefieren esperar a ver qué ocurre, y confían en que Estados Unidos despertará tarde o temprano de su letargo.

Me pregunté si acaso Donovan pensaba en esto cuando le quitó la vida al señor Edgar, o si sólo lo hizo por celos, impulsado por su mente desquiciada.

—¿Participaba su marido en alguna sociedad secreta?

—Claro que sí, casi todos los hombres lo hacían; en el Ku Klux Klan o en cualquier otra de las muchas asociaciones que proliferaron en aquella época. Sé que él era miembro de una fraternidad blanca llamada Rayo y Trueno.

Oír esas palabras me reconfortó tanto que no pude ocultar mi sorpresa.

—¡Ése es el nombre de la sociedad secreta que Donovan buscaba! —exclamé—. Ahora puedo entender por qué implicó a esa sociedad en la conspiración.

Algo de verdad había en la historia de Donovan. Era indudable que llegó a confundir la realidad con sus propias fantasías, pero algunas de las cosas de las que me habló eran ciertas. Con esa mezcla de verdades y mentiras, Donovan había compuesto un macabro puzle sobre el bien y el mal, como si él mismo necesitara aclarar sus propias ideas o creencias, dispersas en dos personalidades enfrentadas.

—Donovan también me dijo que su padre y el profesor Edgar Theroux eran amigos —añadí.

Tuve la impresión de que la madre de Donovan eludía hablar conmigo de Theroux. Pero tampoco podía descartar que ella lo ignorara todo sobre él.

—El padre de Donovan no me hablaba sobre esos temas, ni sobre ningún otro. Estábamos muy distanciados.

—¿Llegaron ustedes a separarse legalmente?

—No, no fue necesario. Cuando Donovan cumplió quince años, su padre llegó borracho a la fiesta de cumpleaños y le dio una bofetada delante de todos sus amigos. Fue la gota que colmó el vaso.

—¿Por qué le pegó?

—Unos vecinos habían visto a Donovan pescando en el río con un chico negro, del que se había hecho muy amigo.

—¿Donovan tenía un amigo negro?

—Sí, ésa fue la verdadera causa de todos los problemas de Donovan durante su adolescencia.

—¿Qué tipo de problemas?

—En el colegio, sus compañeros comenzaron a llamarlo yanqui bastardo, traidor, esclavo mandinga, cosas así. Donovan dejó de estudiar, y se convirtió en un chico tímido y retraído; todo lo contrario a como había sido hasta entonces. Cuando no estaba en el instituto, se pasaba el día encerrado en su habitación, escribiendo cómics de héroes blancos que luchaban contra negros malignos, y leyendo libros sobre misterios esotéricos, guerras o conspiraciones secretas.

—Lo haría para ganarse la confianza de su padre.

—Más que eso, Donovan deseaba que se sintiera orgulloso de él. Quería imitarlo, parecerse al padre, pensar como pensaban todos los padres de sus amigos y ellos mismos.

—¿Se convirtió en un segregacionista?

—Los chicos de entonces lo eran, y muchos chicos de hoy siguen siéndolo. Imagino que resulta difícil para los partidarios de los derechos civiles del norte entender eso.

—Puedo entenderlo, aunque no lo comparto —dije.

—Donovan sólo se esforzaba por ser como los demás. Era el único modo de sentirse orgulloso y seguro de sí mismo.

—Nunca había pensado que Donovan tuviera problemas de inseguridad. Siempre estaba dispuesto a afrontar cualquier desafío con una determinación envidiable.

—¿Donovan nunca te habló de la muerte de su padre? —me preguntó.

—No, jamás lo hizo. Sólo me contó que era alcohólico y que perdía mucho dinero jugando al póquer. ¿Cómo murió?

—Descansemos un poco, Loanne. Es la hora de tomar mis medicinas y tú desearás instalarte en tu habitación y darte una ducha. Hablaremos de ello durante el almuerzo.

Capítulo 37

Cuando entré en la habitación de invitados, comprobé que tenía una llamada perdida en mi móvil y un breve mensaje del detective Milo Potieck: «Estoy intentando localizarla», decía. Las manos me temblaron. Era posible que el FBI ya tuviera los resultados de las pruebas de ADN. Pulsé la tecla de llamada y esperé. Milo Potieck tardó en coger el teléfono. Cuando lo hizo, noté impaciencia en su voz.

—Bueno, ya veo que al menos ha leído usted mi mensaje. He intentado localizarla durante toda la mañana.

—Lo siento, tenía el móvil desconectado —me excusé—. ¿Ha ocurrido algo?

—El ADN de alguno de los cabellos que encontramos en el coche de Alessia no es de Donovan sino de una persona desconocida...

—Entonces no hay nada que demuestre que Donovan pudo asesinar a Alessia —dije, a modo de conclusión.

—En efecto, Loanne. Sin embargo, hemos descubierto algo realmente sorprendente.

—¿A qué se refiere?

—Los otros cabellos encontrados en el coche de Alessia que han sido analizados en el laboratorio forense se corresponden con el ADN del profesor Theroux.

Me quedé sin voz, incapaz de decir nada, a causa de la sorpresa y el impacto que la noticia me causó. Era exactamente lo que Donovan me había asegurado en el hospital sobre la muerte de Alessia.

—¿Cómo es posible? El señor Edgar y mi amiga Alessia ni siquiera se conocían —murmuré.

—Tal vez haya más verdades en la historia de Donovan de las que nosotros hemos llegado a creer.

En la incertidumbre aún cabía la esperanza de que Donovan no mintiera, pero la certeza que yo tenía de que él había participado en el asesinato de Alessia era aún más dolorosa que la simple sospecha.

—Creo que lo más probable es que fuese el propio Donovan quien colocara intencionadamente esos cabellos en el coche de Alessia, para no dejar nada al azar sobre la coherencia de su conjura. Donovan era demasiado perfeccionista.

—Usted conoce todos los detalles mucho mejor que yo, Loanne. ¿Podríamos vernos esta tarde? Necesitaría repasar con usted algunos datos, para ultimar mi informe al FBI —dijo Milo Potieck.

—Me encuentro muy lejos de Nueva York, ahora.

—¿Lejos? ¿Por qué no me dijo que pensaba marcharse de viaje?

—Cuando hablé con usted no lo sabía. Estoy en Alabama, he venido a visitar a la

madre de Donovan. La pobre mujer está deshecha.

—Un abogado de la familia de Donovan se ha puesto en contacto con nosotros, pero no le hemos informado más que de la muerte del profesor Theroux, sin proporcionarle ningún dato sobre el modo en que fue asesinado. La noticia del crimen ya está en todos los periódicos y en todas las televisiones, pero aún no se han hecho públicos los datos de la investigación. Téngalo en cuenta cuando hable con la madre de su amigo.

—No se preocupe, haré lo que dice.

—¿Regresará usted pronto?

—Tengo el vuelo reservado para mañana a mediodía... —Iba a despedirme del detective, pero pensé que debía informarle de lo que ahora sabía, para corresponder a su confianza. Así que añadí—: Yo también he averiguado algo que ayuda a comprender por qué Donovan ideó la historia de la conjura del caos y se convirtió en un asesino.

—Adelánteme algo.

—Sufrió algunos traumas muy duros en su adolescencia. Es complicado de resumir.

—De acuerdo, de acuerdo, no se preocupe, hablaremos de ello cuando vuelva. Llámeme tan pronto esté de nuevo en Manhattan.

—Lo haré.

Colgué el teléfono y me metí en la ducha.

Pocos minutos después, la asistenta de la madre de Donovan golpeó con los nudillos en la puerta de mi dormitorio.

—La señora Helen le espera abajo, en el gabinete —dijo desde el pasillo.

—Iré enseguida.

Bajé sin secarme el pelo. La madre de Donovan estaba esperándome en su silla de ruedas, junto a la mesa del gabinete: una amplia habitación forrada de madera oscura y rodeada de estantes con viejos libros encuadernados en cuero.

—Esta biblioteca la hizo mi padre. Pasaba gran parte del día aquí, entre estos libros. Le apasionaba la lectura. Cuando me casé se convirtió en el gabinete de mi esposo, y ahora sólo es una habitación más de esta casa, cerrada y cargada de recuerdos inservibles, como casi todas las otras. Yo sólo utilizo la planta baja, y tú eres mi primera invitada desde hace años.

—Tiene usted una casa preciosa, Helen —destaqué.

—Donovan quería que me fuera a vivir con él a Nueva York; pero imagínate, una vieja inválida como yo en esa ciudad horrible.

—Debería viajar a Nueva York, no es como usted cree.

—Aunque quisiera hacerlo, los médicos no me lo permiten. Mi corazón está demasiado débil para soportar un viaje tan largo y penoso.

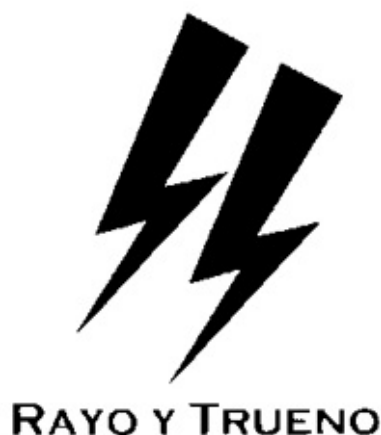
—Sólo son tres horas en avión —dije.

—Jamás he subido a uno de esos aparatos del demonio, y jamás lo haré... —Por una vez, la vi sonreír—. Esperaré a que trasladen a Donovan al hospital de Montgomery, y luego podré morirme tranquila en mi propia casa, como debe ser. Aquí está toda mi vida y una parte de la de mi hijo... —murmuró, emocionada de nuevo—. Pero dejemos eso ahora, no quiero volver a llorar. Iba a mostrarte algo.

Se movió con agilidad por la habitación en su silla de ruedas, abrió un cajón de la mesa y sacó una especie de panfleto propagandístico muy antiguo, a juzgar por el color apergaminado de las páginas.

—Este manifiesto es un resumen de los ritos, cultos, ceremonias y objetivos de la sociedad secreta sobre la que Donovan te habló. Mi esposo le obligó a aprendérselo de memoria. Él fundó esa fraternidad blanca en Alabama y en otros estados del Sur —dijo, ofreciéndome el panfleto.

En la portada había dos rayos paralelos de color negro, que se parecían al símbolo de las SS de Hitler, con las palabras Rayo y Trueno.



—Puedes quedarte echándole un vistazo, mientras yo compruebo si está lista la comida.

La madre de Donovan me dejó sola en el gabinete. Me senté ante el escritorio, devorada por una inquietud asfixiante, y comencé a leer aquella infame proclama racista. El objetivo de la sociedad secreta Rayo y Trueno era convertirse en líder indiscutible de los movimientos de supremacía blanca, regresando a viejos principios de la Confederación de Estados del Sur, y defendiendo el segregacionismo en todos los niveles sociales, hasta alcanzar el poder político en Estados Unidos. Ahora podía comprender por qué Donovan eligió el mismo día de las últimas elecciones legislativas como la fecha en que según su historia se cometió el asesinato de un hombre negro en Naciones Unidas. Era su modo de expresar esas creencias racistas, y el desprecio y el odio que su padre le había inculcado hacia todas las razas de la Tierra, representadas en las Naciones Unidas. Recordé las palabras que me dijo

entonces: «Es una advertencia para Obama».

Sin embargo, yo no había observado esa fascinación racista de Donovan durante los más de quince años que le conocí. A lo sumo, sabía que sus ideales políticos estaban del lado de los republicanos, o que no simpatizaba mucho con Alessia, pero suponía que era por otros motivos menos diabólicos. ¡Pobre Donovan, le habían manipulado el cerebro y la cocaína había hecho estallar toda la mierda que tenía metida en la cabeza! La explicación la encontré en uno de los párrafos del manifiesto. Decía así:

Te hemos enseñado a actuar en secreto, a ser como un espía en medio de nuestros hermanos, a no creer en nadie, a no confiar en nadie, a dudar de todos. Te comportarás en medio de los republicanos como un republicano, en medio de los demócratas como un demócrata. Serás un sindicalista entre sindicalistas, un libertador entre libertadores y un creyente entre los creyentes, de forma que puedas ganarte su confianza. Actuarás de modo que nadie conozca tus pensamientos ni cuáles son tus ideales, con el objetivo de instalarte en los puestos de influencia y de poder político sin que nadie sospeche de ti, ni pueda delatarte. Tendrás paciencia, fingiendo que eres ateo, o que aceptas a los negros y a los inmigrantes, hasta que llegue el momento de implantar de nuevo en nuestra amada América el poder de la supremacía blanca. Porque Dios está aquí y es uno de nosotros, aunque permanecerá oculto entre las multitudes hasta que la intensa luz del Rayo haga desaparecer el Cielo y el sonido del Trueno haga temblar la Tierra. Entonces, un poderoso ejército de ángeles celestiales se pondrá en marcha y comenzará una nueva era.

El texto de la nota de la que Donovan me había hablado sobre la conjura de Dios estaba ahí, ante mis ojos. Era la parte final del manifiesto racista de la sociedad secreta Rayo y Trueno. Donovan se lo sabía de memoria desde que apenas era un muchacho. También me sorprendió ver en la contraportada de aquel panfleto segregacionista los símbolos del hexagrama y el círculo, tal como aparecían en el dibujo que encontré en el sobre cerrado en casa de Donovan.



Pero lo que yo aún desconocía es lo que su madre iba a contarme sobre la muerte de su esposo. No tardó en abordar el tema durante la comida que la asistenta nos sirvió en un lujoso comedor de grandes ventanales, que daban al jardín. La luz entraba a raudales. El primer plato consistió en una selección de verduras cocidas; el segundo, muslos de pato silvestre en salsa de ciruelas, acompañados por un vino de California. Comprendí la afición de Donovan por la buena cocina.

—Espero que te gusten las verduras, forman parte de mi dieta —dijo su madre. Luego tomó un poco de vino.

—No es de buen gusto hablar de temas desagradables durante el almuerzo, pero no tenemos demasiado tiempo y aún nos quedan muchas cosas sobre las que conversar.

—Lo comprendo, no se preocupe, Helen. Iba a hablarme de la muerte de su esposo.

—Sí. Fue un accidente... un desgraciado accidente, que se convirtió en una maldición. Algunos meses después del cumpleaños de Donovan, su padre provocó un altercado en el bar donde jugaba al póquer. Había bebido y estaba perdiendo una suma importante de dinero. Un hombre negro entró en el bar y le pidió algo al camarero: era el padre del chico negro con el que Donovan iba a pescar. Mi marido lo vio y le gritó que se marchara, insultándolo con palabras soeces. El hombre negro se negó a salir del bar, y le dijo que tendría que echarlo él mismo, si se atrevía. Mi marido se levantó y se abalanzó sin pensarlo sobre el hombre. Era un negro fuerte y se lo quitó de encima de un empujón. Mi marido cayó al suelo y se golpeó en la cabeza. Murió en el acto. Se rompió la base del cráneo.

—¡Oh, Dios mío! —exclamé.

—La noticia corrió por la ciudad como un tornado. Los amigos de mi marido querían linchar al hombre negro. Ese día yo había ido a visitar a mis padres, que vivían en Columbus.

Donovan se enteró en el instituto. Comía allí y por la tarde entrenaba con el equipo de béisbol. Había vuelto a sentirse bien con sus amigos. El director le dio la noticia. Cuando llegué a casa era de noche. Donovan se había encerrado en su cuarto. Tenía la luz apagada y estaba tumbado en la cama, abrazado a la almohada. No

lloraba, sólo miraba las penumbras del dormitorio con una expresión de terror en sus ojos abiertos. Nunca superó el miedo a la oscuridad.

—Lo sé —dije—. Donovan no podía dormir si no había alguna luz tenue encendida en el pasillo, o en el cuarto de baño. La falta total de luz le aterraba.

—Se negó a asistir al entierro de su padre. Un psicólogo amigo mío me aconsejó que lo dejara estar. Había sufrido un shock demasiado fuerte para su edad... Estuvo unos meses ingresado en una clínica de salud mental. Durante todo ese tiempo hubo revueltas raciales en la ciudad. Se quemaron muchas cruces, cerca de los barrios afroamericanos. El hombre negro había sido detenido y lo trasladaron a una prisión de Nueva Orleans, hasta que se celebró el juicio. Un jurado mixto de hombres blancos lo absolvió. Dijeron que había sido un fatal accidente, causado por la injusta agresión de mi esposo. El hombre negro sólo había intentado defenderse.

—¿Y qué ocurrió con Donovan?

—Sorprendentemente, se recuperó pronto. Cuando regresó a casa, parecía que nada hubiera ocurrido. Volvió a ser el mismo de antes. Al año siguiente decidí enviarlo a estudiar a un prestigioso colegio privado de Nueva York, como interno. Él estuvo de acuerdo conmigo en que debía marcharse de la ciudad para emprender una nueva vida, lejos de los fantasmas del pasado. Nueva York le encantaba. Quería estudiar periodismo.

—¿Nunca más volvió a Alabama?

—No, nos veíamos en vacaciones en Columbus, en casa de mis padres. Luego dejamos de vernos, aunque hablábamos mucho por teléfono. Siempre estaba muy ocupado, y a mí no me importaba que no deseara venir a casa. Sabía que estaba bien y pensaba que era mejor que llevara su propia vida, alejado de todo esto. Yo no quería que Donovan reviviera los recuerdos que lo unían a mí, cada vez que nos veíamos. Y de su vida en Nueva York, sabes tú más que yo.

Cogí su mano y la acaricié.

—Donovan era un buen chico —volvió a repetir.

—Sí, Helen, lo era, puede estar segura de ello.

—Han sido las drogas. Las malditas drogas han destrozado su vida, como la bebida y el juego destrozaron la de su padre.

Sonó el timbre de la puerta. La madre de Donovan no había probado ni un solo bocado del segundo plato.

—Será mi abogado —dijo—. Le pedí que viniera a tomar café con nosotras. Aún hay algo importante que debes saber acerca de Donovan.

Capítulo 38

Nos reunimos con su abogado en el salón. Fred Owens era alto y un poco grueso. Llevaba unas gafas elegantes, que le conferían a su cara rosada un aire de rebuscada solemnidad.

—Fred era el mejor de la clase —destacó la madre de Donovan cuando me lo presentó.

—Sólo fui un estudiante aplicado, nada más —dijo el abogado, sonriendo.

Hablamos de nuevo sobre el estado de Donovan, pero no fue necesario que yo repitiera toda la historia otra vez. Freddy estaba informado de la situación por el hospital, por el FBI y por la propia madre de Donovan. Imaginé que ella había hablado por teléfono con su abogado después de nuestra larga conversación de la mañana.

—La oficina del fiscal autorizará el traslado de Donovan tan pronto se clarifiquen las circunstancias de la muerte del profesor Edgar Theroux —añadió.

Me pareció obvio que el detective Milo Potieck aún no le había dado los detalles sobre el hallazgo del cadáver del señor Edgar, y yo no dije nada al respecto; no debía hacerlo.

—Dejémonos de dar rodeos y hablemos de lo que ahora importa... —dijo la madre de Donovan con frialdad.

—¿Estás segura de que deseas revivir el pasado, Helen?

—Preguntó el abogado, mirándola como si aún estuviera a tiempo de volverse atrás en una importante decisión, cuya verdadera trascendencia yo aún desconocía.

—El pasado ya no me importa, para mí sólo es como un mal sueño. Lo haremos por Donovan, ahora que él ha sido condenado a vivir en silencio.

Fred Owens cogió el maletín que había dejado junto a sus pies, sobre la alfombra. Lo depositó en sus rodillas y lo abrió. De su interior cogió una fotografía en blanco y negro y me la mostró. Había tres chicos sonrientes en ella, mirando con atención a la cámara: un chico negro, en el centro, con un sombrero de paja, y dos chicos blancos a cada lado. Los tres estaban junto al río, descalzos, con los pantalones remangados hasta los tobillos y desnudos de cintura para arriba. Cada uno tenía una caña de pescar en la mano izquierda. Además, el chico negro sostenía un gran pez cogido por las agallas con su mano derecha. Era un pez enorme, cuya cola llegaba al suelo.

—El de la derecha es Donovan —dijo el abogado—. Yo soy el más alto, el de la izquierda...

La madre de Donovan lo interrumpió.

—El chico negro era el amigo de mi hijo sobre el que te hablé esta mañana.

—¿Cómo se llamaba? —pregunté, sin tener la menor idea de adonde conduciría esa nueva historia.

—Se llamaba Bowie Gabalu —respondió el abogado—. Donovan y yo le

conocimos en el río. Nada nos apasionaba más entonces que pasar los días del verano pescando hasta el anochecer. A Bowie también le gustaba pescar, pero él lo hacía cada día para llevar algo de comida a su casa. Eran muchos hermanos. Bowie conocía cada recodo del río como la palma de su mano. Era un chico risueño y simpático, y nos hicimos buenos amigos. Ni Donovan ni yo teníamos prejuicios raciales.

En la foto, Donovan y Fred tenían uno de sus brazos echado por encima de los hombros del chico negro.

—¿Quién hizo la fotografía? —quise saber.

—La hice yo mismo, con un trípode y una cámara con disparador retardado. Revelamos el carrete en Montgomery, para que ni mi padre ni el de Donovan se enteraran de que teníamos un amigo negro, con el que íbamos a pescar —dijo Fred Owens.

—Yo tampoco supe nada de todo esto hasta el día del cumpleaños de Donovan, como te he comentado esta mañana. Y luego ocurrió el infortunado accidente de su padre —explicó la señora Helen, como si quisiera ahorrarle a su abogado los pormenores de algo que yo ya conocía.

—Creía haber entendido que después de la muerte del padre de Donovan todo volvió a la normalidad —dije.

—Y así fue, pero en el Sur es difícil olvidar el odio alimentado durante siglos entre negros y blancos. Fueron muchos los que murieron por esa maldita causa, y mi hijo ha sido una víctima más de ese odio —dijo la madre de Donovan.

—Así es —apostilló el abogado—. Después del accidente del padre de Donovan hubo muchas revueltas violentas por toda Alabama, y volvieron a aparecer las cruces envueltas en fuego que clamaban venganza por su muerte...

La madre de Donovan intervino en ese momento.

—Unos meses más tarde, cuando Donovan regresó de la clínica mental en la que fue internado, recibimos en esta casa la visita de un amigo de su padre. Yo no le conocía, pero le había visto en el funeral, cuando me dio el pésame. Vino para ofrecernos su ayuda, y para invitar a Donovan a un homenaje que la sociedad secreta Rayo y Trueno iba a ofrecerle a su padre en nuestra ciudad.

Antes de que yo pudiera preguntar quién era ese amigo del padre de Donovan, Fred Owens pronunció su nombre.

—Era un profesor de filosofía de la Universidad de Misisipi, llamado Edgar Theroux.

Sentí un fuerte latido en el pecho que estuvo a punto de colapsar mi corazón. No podía creer lo que escuchaba. Si eso era cierto, Donovan no había mentado al asegurarme en el hospital que conocía al señor Edgar, porque había sido amigo de su padre. Pero mi asombro seguía navegando en un tempestuoso mar de dudas, mientras el abogado sacaba una pipa del bolsillo de su chaqueta y la encendía.

—Donovan me pidió que yo lo acompañara esa noche al homenaje que le iban a hacer a su padre —continuó el abogado—. Un numeroso grupo de hombres de Alabama y jóvenes blancos que estudiaban en la vecina Universidad de Misisipi iban a reunirse en un lugar a las afueras de la ciudad, para nombrar a Donovan caballero cruzado de la sociedad secreta Rayo y Trueno, y entregarle el medallón y el anillo con un diamante que, hasta su muerte, había pertenecido a su padre, como líder de la organización en Alabama —dijo.

Sólo entonces comprendí que el anillo que Donovan me había dejado junto a la llave del sótano y el sobre fue el anillo que llevó su padre mientras perteneció a la sociedad secreta Rayo y Trueno, y por ese motivo era idéntico al del señor Edgar.

—¿El profesor Theroux también formaba parte de la sociedad secreta Rayo y Trueno? —pregunté.

—Fue el principal fundador, junto con el padre de Donovan, durante los violentos disturbios que se produjeron en la Universidad de Misisipi en 1962, después de que un estudiante negro se matriculase en el centro, apoyado por una orden judicial.

¿Cómo era posible?, me pregunté en silencio a mí misma. El señor Edgar parecía defender con convicción la tolerancia y la coexistencia en paz de toda la humanidad. Y, sin embargo, fue el creador de una sociedad secreta que proclamaba el odio a la raza negra como principal motivo de su propia existencia. Entonces recordé las palabras del manifiesto racista que había leído en el gabinete del padre de Donovan, y supe que nada de lo que yo llegué a escuchar de sus labios era cierto. Que todo fue una farsa, más hiriente y perversa aún que la locura de Donovan. Incluso pensé que la idea de Dios sobre la que el señor Edgar me había hablado no era la idea en la que él creía sino la que yo deseaba escuchar. Simplemente, se había comportado del mismo modo que él aconsejaba a sus anónimos seguidores en el manifiesto racista de la sociedad secreta Rayo y Trueno: como un demócrata entre demócratas o un creyente entre creyentes, de manera que nadie, tampoco yo, pudiera conocer sus verdaderas ideas.

Fred Owens se sirvió más café y aspiró la pipa, dejando un aroma a cacao quemado en el aire.

—Cuando Donovan y yo llegamos al punto de reunión nos encontramos al grupo de hombres vestidos con túnicas y capirotes blancos, como los que vestían los miembros del Ku Klux Klan en sus ritos secretos, aunque aquéllos llevaban el símbolo de dos rayos rojos en el pecho. Estábamos a las afueras de la ciudad, en un claro de una zona boscosa junto al río. No había luna, y cada uno de los que se habían reunido allí portaba una antorcha encendida. Donovan y yo nos sentimos aterrados al ver que en el centro del grupo, que formaba un círculo alrededor de un árbol, estaba nuestro amigo Bowie Gabalu, desnudo, sobre una banqueta de madera y con una gruesa cuerda que le rodeaba el cuello y colgaba de una rama del árbol. Bowie nos

miró con los ojos llenos de lágrimas. Estaba muy asustado y no paraba de temblar y sollozar. Pensamos que sólo se trataría de una broma cruel, de un rito simbólico con el que darle un escarmiento a un chico negro por haberse atrevido a ser nuestro amigo.

—No es posible, no es posible... —repetí, horrorizada. Donovan había asesinado al señor Edgar siguiendo ese mismo ritual, pensé.

—Lo es, Loanne, por terrible que pueda parecer lo es —dijo la madre de Donovan.

Fred Owens asintió, y continuó.

—El líder de la hermandad blanca le preguntó a Donovan que por qué me había llevado a mí hasta allí, y él le contestó que yo le acompañaba a todas partes. Uno del grupo fue hasta un coche y trajo un par de sábanas blancas, con las que nos cubrieron el cuerpo. Donovan sabía que el único que hablaba era el profesor Edgar Theroux, su voz era inconfundible. Nos pidió que fuéramos con él hasta el centro del círculo, delante de Bowie Gabalu, y comenzó a lanzar una arenga a los demás sobre los traidores del norte y las consecuencias que la igualdad con los negros acarrearía a nuestras familias y a nuestro futuro. Decía que Dios no podía permitir esa aberración, que Dios nunca aceptaría a los negros entre sus hijos de raza blanca. Por eso Dios había vuelto al mundo, estaba aquí y se había encarnado en uno de nosotros. Él había sido el elegido para luchar contra la integración. «Yo soy ahora Dios, y vosotros mi poderoso ejército de ángeles celestiales», gritaba. Luego se dirigió a Donovan y, tras unas palabras rituales que hablaban de la intensa luz del Rayo y del sonido del Trueno, le entregó el anillo y el medallón que había pertenecido a su padre, con los símbolos del hexagrama y el círculo. Nombró a Donovan caballero cruzado de la sociedad secreta y le leyó sus deberes como nuevo miembro de la organización. A mí me dijo que también era ya uno de ellos, y que si contaba algo de lo que allí estaba ocurriendo me cortarían la lengua y le echarían mi cuerpo vivo a los caimanes de los pantanos. Nos hizo pronunciar un juramento sobre un manuscrito antiguo, que contenía las reglas y los ritos de la hermandad, y después gritó que había llegado el momento de vengar la muerte del padre de Donovan. Dijo que Donovan había perdido a su querido padre y que el asesino negro perdería a su querido hijo negro, para que todos los negros de Estados Unidos aprendieran la lección. Bowie Gabalu susurró algo inaudible, mientras el profesor Theroux le pedía a Donovan que retirara la banqueta de los pies del chico negro. «A ti te corresponde el honor de la venganza», le dijo. Pero Donovan se negó. Estaba llorando y gritando que Bowie no había hecho nada, que lo dejaran en paz. En ese momento, el profesor se acercó al árbol y... y le dio una patada a la banqueta, dejando que el cuerpo de Bowie Gabalu quedara colgando en el vacío hasta morir.

—¿Lo mataron? ¿Mataron al chico negro? —pregunté, con una náusea

recorriendo mi garganta.

—Así fue, Loanne. Lo ahorcaron y nadie investigó el crimen.

El abogado agachó la cabeza y no dijo nada más. Lo hizo la madre de Donovan.

—La policía consideró que el chico negro se había ahogado en el río. Encontraron las cañas de pescar y sus botas en la orilla de un recodo muy profundo y peligroso. El cadáver nunca apareció.

Capítulo 39

Ni siquiera me quedé a dormir esa noche en casa de la madre de Donovan. Le pedí que lo comprendiera. Después de todo lo que había escuchado no iba a poder conciliar el sueño, y prefería regresar lo antes posible al aeropuerto para adelantar mi vuelo a Nueva York. Me agradeció que hubiese ido a visitarla. Ella también necesitaba que yo comprendiera a su hijo. Cuando me despedí de ella me abrazó y sonrió con ternura, como lo hacía Donovan. Le rogó a Fred Owens que me acompañara hasta el aeropuerto de Montgomery y él aceptó.

Durante el viaje en coche hasta Montgomery le pregunté al abogado si conocía a William Martin, el jefe de Donovan. Era la última pieza que me quedaba por comprender de la conspiración que Donovan había imaginado con retazos de realidad y de locura.

—En el instituto todos le llamaban Martin. Era un poco mayor que nosotros y se marchó a estudiar a la Universidad de Misisipi —dijo—. También jugaba al béisbol y entrenaba a nuestro equipo durante las vacaciones. Donovan estaba muy unido a él; siempre le ayudó en Nueva York.

—¿Era uno de los jóvenes encapuchados que ahorcaron al chico negro? —me atreví a preguntar.

—Sinceramente, no lo sé... Ni Donovan ni yo supimos nunca quiénes estaban reunidos allí aquella noche, salvo el profesor Edgar Theroux. Hasta mi propio padre podría ser uno de ellos.

Yo hubiera jurado que William Martin, el Jefe, también había participado en aquel crimen horrendo, y por eso Donovan lo había incluido en la conjura, pero no tenía ninguna prueba que lo vinculara realmente con la sociedad secreta Rayo y Trueno.

—¿Hablarás con el FBI sobre todo lo que ahora sabes? —me preguntó Fred Owens.

—Tendré que hacerlo. Están esperando mi regreso para saber qué he podido averiguar yo aquí.

El paisaje pasaba invisible a nuestro alrededor.

—Donovan y yo sólo éramos unos niños. Jamás he podido olvidar aquella imagen de Bowie colgado del árbol. Aún hay noches en que tengo pesadillas horribles.

Volví a recordar el dibujo que Donovan me mostró al hablarme de la extraña noticia secreta sobre Dios, y en el que aparecía una caricatura antigua con dos personajes ahorcados. Entonces, aunque yo no pudiera imaginarlo, él ya conocía el verdadero significado de aquella macabra representación. Había asesinado al señor Edgar del mismo modo que éste había matado a Bowie Gabalu hacía más de veinte años.

Fred Owens conducía su lujoso automóvil con la mirada fija en la carretera que

nos llevaba hacia el aeropuerto de Montgomery, pero sus pensamientos, como los míos, vagaban perdidos en otra parte.

—Donovan nunca te mintió, Loanne —dijo Fred Owens en voz baja, sin mover los ojos.

—¿Cómo puedes decir eso, después de todo lo que ha pasado?

—Porque yo también formo parte de la conspiración que va a volar la sede de Naciones Unidas en Nueva York.

La mano izquierda de Fred Owens dejó de aferrarse al volante del coche y se movió hacia el bolsillo de su chaqueta. Pensé que iba a sacar una pistola, que iba a adentrarse en algún camino de los muchos que llevaban a las plantaciones de algodón y que iba a dispararme en la cabeza sin la menor piedad, dejando mi cuerpo abandonado.

Pero lo que el amigo de la infancia de Donovan sacó del bolsillo de su chaqueta fue un anillo de oro con un pequeño diamante, que colocó en el dedo corazón de su mano derecha.

Quise decir algo, quise gritar hasta hacer añicos los cristales del coche, quise abrir la puerta y saltar para despedazarme en el asfalto, pero no pude. Yo creía que todo estaba claro para mí; creía que la paranoica conjura del caos imaginada por Donovan había llegado a su fin, dejando tras de sí una siniestra estela de muertes inútiles. Pero estaba equivocada. Quizá aún faltara la mía.

Fred Owens comenzó a hablar solo como si confesara sus pecados en un arrebato de arrepentimiento.

—La idea de ejecutar a un hombre negro en la sede de la ONU de Nueva York fue concebida por el profesor Edgar Theroux y William Martin desde el mismo día en que Barack Obama fue elegido presidente de Estados Unidos, pero las fuertes medidas de seguridad que desde entonces se adoptaron hacían difícil llevar a cabo la ejecución sin correr demasiados riesgos. Hace unos meses, William Martin aseguró ante la reunión anual de la sociedad secreta, presidida por el profesor Edgar Theroux, que había llegado el momento adecuado para que «la intensa luz del Rayo hiciera desaparecer el Cielo y el sonido del Trueno hiciera temblar la Tierra», tal como se profetizaba en nuestros estatutos fundacionales.

»El plan era ahorcar dentro de los aseos de Naciones Unidas a un miembro de raza negra de la Asamblea General, clavándole una nota apocalíptica en el pecho para sembrar el miedo y el caos, y después hacer estallar una bomba que hiciera desaparecer la ONU del territorio de los Estados Unidos de América. El hombre elegido para ser ejecutado fue Nanlú Bomoe. Pero el día en que iba a ser colgado no acudió a su despacho.

»Y para que la primera fase de la operación Rayo y Trueno no fracasara totalmente, Donovan tuvo la brillante idea de colgar a un muñeco de plástico negro

en los aseos para visitantes de la ONU, como si realmente se tratara de Nanlú Bomoe.

»El plan de Donovan fue aceptado por su jefe William Martin y por el profesor Edgar Theroux, aunque sabían que el FBI pensaría que se trataba de una amenaza sin demasiada credibilidad, como así fue efectivamente. En aquellos días Donovan me llamó varias veces, como si la conjura del caos le pareciera demasiado divertida, y me comentó que incluso había preparado una entrevista del profesor Theroux contigo con motivo de la publicación de su libro, para que tú también le conocieras. Lo que no me dijo entonces fue que te había hablado de la noticia secreta. Sobre ese asunto no me dijo nada hasta una semana más tarde, cuando me llamó para decirme que el profesor Theroux le había echado una bronca descomunal, diciéndole que era un idiota y un traidor, y que le explicara por qué tú le habías pedido que te ayudara a escribir un artículo sobre Dios, diciéndole que él sólo tenía que imaginar que Dios estaba aquí y era uno de nosotros, como afirmaba la nota clavada en el muñeco ahorcado de la ONU. Desde ese momento, el profesor y William Martin desconfiaron de Donovan y eligieron a dos gorilas de la sociedad secreta, que también trabajaban en la ONU, para que vigilaran todos sus pasos.

»La situación se fue normalizando con el paso de los días hasta que William Martin fue informado por otro de nuestros infiltrados en la secretaría de la Asamblea General de la ONU, de que una reportera negra de tu mismo periódico se había reunido con Nanlú Bomoe. Por esa razón, William Martin y el profesor decidieron matar a tu amiga Alessia, temiendo que también ella conociera los planes de la conjura del caos, a pesar de las protestas de Donovan y de sus esfuerzos por evitar que la ahorcaran en el Gothic Bridge.

»La semana pasada viajé a Nueva York para asistir a una reunión de los líderes de la sociedad secreta en todos los estados. En esa reunión se habló mucho de ti y de Donovan. El profesor Edgar Theroux expuso la situación sobre los peligros que tanto Donovan como tú suponíais para la seguridad de la sociedad secreta y la conjura del caos. Se decidió por una amplia mayoría que había que matarte y tomar severas medidas contra Donovan.

»Yo mismo hablé con Donovan la noche de aquel día para advertirle de lo que iba a pasar contigo y con él, antes de que la bomba estallara en la ONU. Le dije que se marchara de Nueva York y que te llevara con él donde no pudieran encontraros, pero se negó a aceptar mis consejos. Estaba convencido de que él podría solucionar ese asunto con su jefe.

»Un día antes de que Donovan discutiera en el Centro de Noticias de Naciones Unidas con William Martin, el profesor Theroux desapareció misteriosamente. Esa misma noche, los dos gorilas que estuvieron siguiendo a Donovan durante semanas le obligaron a tomar una sobredosis de cocaína adulterada con metanfetaminas para matarlo.

Hasta ese momento yo había permanecido en silencio, sobrecogida por el relato de Fred Owens.

—¿Cómo pudieron obligar a Donovan a esnifar cocaína? —pregunté, como si de todo lo que había escuchado ésa fuera mi única duda.

—Del mismo modo que obligaron a Alessia a subirse a la baranda del Gothic Bridge, colocarse una cuerda alrededor del cuello y lanzarse al vacío: amenazándola con una muerte mucho más horrible.

Hasta llegar a la terminal del aeropuerto, Fred Owens siguió contándome todo lo que él sabía. Me dijo que Donovan lo había llamado después de la desaparición del profesor Theroux para decirle que lo tenía encerrado en el sótano de su casa como garantía de que a mí no me harían ningún daño.

—¿Y por qué los gorilas de William Martin no obligaron a Donovan a confesar dónde estaba el señor Edgar? —pregunté.

—Sin saberlo, Donovan le había hecho un gran favor a su jefe. William Martin estaba ansioso por ser el nuevo dios de la sociedad secreta Rayo y Trueno desde hacía mucho tiempo. Donovan le dejó libre el camino. Lo que Martin no imaginó es que la sobredosis de cocaína no mataría a Donovan, ni que al día siguiente lo atacaría hasta casi estrangularlo en su propio despacho de la ONU.

—¿Y qué sabes sobre el plan de hacer explotar una bomba en Naciones Unidas? —pregunté. Si la amenaza de la sociedad secreta Rayo y Trueno era real, eso era lo único importante ahora.

—Sólo sé que estallará pronto, aunque no conozco los detalles. Por motivos de seguridad interna, los únicos que estaban informados sobre esos datos eran el profesor Theroux y William Martin.

—¿La madre de Donovan sabe algo sobre lo que me has contado?

Fred Owens negó con la cabeza, y luego añadió:

—No quiero que sufra más de lo que ya lo hace desde que supo que su hijo había sido ingresado en el hospital a causa de una sobredosis de cocaína.

—¿Tú sabías que Donovan era cocainómano?

—Desde que ocurrió lo de su padre y lo de la ejecución de Bowie Gabalu hace años, la psicología de Donovan oscilaba siempre entre el entusiasmo más desmedido y la melancolía rayana en la depresión. Que yo sepa, hace algún tiempo descubrió que la cocaína le servía para huir de un estado y de otro. Lo que ignoro es qué grado de intensidad tenía su adicción.

—¿Por qué has sido tan sincero conmigo?

—Sólo lo hago por Donovan. A él le habría gustado que conocieras toda la verdad. Pero si mencionas mi nombre al FBI negaré haber hablado contigo de esto y demostraré que estás tan loca como ellos aún creen que estaba Donovan —me advirtió, apuntándome con el dedo índice a la vez que me sonreía y me guiñaba un

ojo a modo de despedida.

—Soy periodista, estoy obligada a mantener en secreto mis fuentes de información.

Al bajarme del coche de Fred Owens en la terminal del aeropuerto de Montgomery le di las gracias, en mi nombre y en nombre de Donovan.

Mi vuelo salió de madrugada, sin demora. Antes de despegar llamé al detective Milo Potieck. Estaba dormido, pero no le importó que lo despertara. Le comuniqué que estaría en Nueva York a las ocho de la mañana.

Mientras volaba escribí algunas notas sobre el pasado de Donovan que su madre y su amigo Fred Owens me habían contado, aunque sabía que pasaría mucho tiempo antes de que yo consiguiera olvidar todo lo ocurrido desde que la mariposa movió sus alas un día frío de noviembre. La historia de la conjura del caos no era una invención paranoica de Donovan a causa de su adicción a la cocaína sino una verdadera conspiración contra el mundo, que él había intentado evitar para protegerme. Pero yo no tenía ninguna prueba concluyente que demostrara la teoría conspirativa de Donovan, que su amigo Fred Owens me acababa de confirmar confidencialmente. La única evidencia sería que la bomba hubiese sido colocada realmente por la sociedad secreta Rayo y Trueno en la sede de Naciones Unidas, y que el FBI la encontrara antes de que llegara a estallar.

Cuando aterricé en el aeropuerto de Nueva York, el detective Milo Potieck estaba esperándome. Se acercó a mí, me miró con los ojos apesadumbrados y dijo:

—Lo siento, Loanne, Donovan ha muerto...

Pero para mí fue como si me hubiese dicho que Donovan había despertado del coma y que estaba vivo. Prefería mil veces que acabara su vida en paz, antes que volver a verlo como un vegetal inmóvil.

—Los verdaderos héroes nunca mueren, detective Potieck —aseguré, comenzando a andar con rapidez hacia la salida del aeropuerto.

—¡Pero qué dice...! ¡Se ha vuelto loca! —exclamó el detective, acelerando el paso para alcanzarme.

—¡El director del caos es William Martin, el jefe de Donovan, y tiene la intención de hacer volar por los aires la sede de Naciones Unidas en Nueva York! ¡Donovan nunca me mintió! —solté sin dudar, y sin dejar de andar con rapidez por los abarrotados pasillos de la terminal del aeropuerto como si me persiguiera el fantasma ahorcado del profesor Edgar Theroux.

—¿Quiere dejar de correr y explicarme con calma qué está pasando?

—¡No tenemos tiempo, se lo aclararé todo por el camino! Llame urgentemente al agente especial del FBI Nathan Wells y dígame que la bomba de la que Donovan me hablaba puede estallar en cualquier momento en el edificio de la ONU.

—¡Cómo voy a decirle algo así por teléfono!

—Entonces marque el número del FBI en su móvil y deje que yo hable con él.

—¿Es una orden? —protestó Milo Potieck, sin saber qué hacer.

—Sí, es una orden, y le aseguro que si no la cumple usted será el único responsable de lo que pueda pasar a partir de ahora.

—¡Mierda! —exclamó entre dientes el detective, antes de marcar el número del FBI y hablar con Nathan Wells.

Cuando me pasó el móvil, escuché la voz descreída del agente especial.

—¿Qué ha averiguado en Alabama, Loanne?

Le hice una rápida síntesis de toda la información que me había proporcionado mi confidente, y noté que Nathan Wells se exaltaba al otro lado del teléfono.

—¿Sabe lo que está pidiéndome, Loanne?

—Es necesario que haga lo que le digo, confíe en mí: vigile a William Martin y desalojen la sede de la ONU. La bomba está allí, escondida en cualquier parte.

A través del teléfono podía percibir las dudas del agente especial del FBI enfrentándose a sus certezas en una lucha desigual e incruenta.

—Puede cometer usted un delito muy grave, si lo que me está contando fuese otra fantasía como las de su amigo Donovan —dijo al fin.

—¡Vayan a la ONU y busquen la bomba antes de que pueda estallar! —me limité a repetir.

—¿Y dónde demonios la buscamos?

Fue como si las voces a coro de Donovan y Alessia me susurraran al oído el lugar en que estaba oculta la bomba.

—¡En el atrio del edificio de la Asamblea General, dentro de la esfera del péndulo de Foucault! ¡Iba a ser sustituida por otra igual! —grité entre el bullicio del aeropuerto.

Capítulo 40

La pequeña sirena imantada que el detective Milo Potieck sacó por la ventanilla y dejó pegada al techo del coche nos fue abriendo paso entre las caravanas que circulaban por la autopista, dejándonos libre un carril en el que la velocidad del vehículo policial sólo era equiparable a la de un bólido de carreras, que a veces se veía obligado a frenar bruscamente para evitar una colisión en cadena.

A pesar del ruido de la sirena y de la velocidad, Milo Potieck mantuvo un constante contacto por radio con el agente especial del FBI, Nathan Wells, mientras yo le contaba todo lo que había averiguado durante mi breve visita a la madre de Donovan.

—Hemos confirmado en Naciones Unidas que la esfera del péndulo de Foucault iba a ser cambiada por otra esta misma tarde —escuché que dijo el agente especial con una voz enlatada.

—¿Y William Martin? —preguntó Milo Potieck, a la vez que esquivaba los coches que se cruzaban en nuestro camino como si manejara el mando de control de un videojuego.

—El Departamento de Seguridad de la ONU se ocupará de él hasta que nosotros lleguemos. Se están evacuando las oficinas de Naciones Unidas y los edificios cercanos para evitar un posible desastre. La Oficina Central de Emergencias de Nueva York ha activado el nivel rojo de alarma por amenaza de grave atentado terrorista, y todas las unidades disponibles en Manhattan se dirigen hacia la Primera Avenida, para crear un cinturón de seguridad de unos quinientos metros alrededor de la sede de la ONU —dijo el agente especial, aunque a veces su voz se cortaba o se hacía casi inaudible.

El colapso del tráfico en los alrededores de la Primera Avenida ya se había producido, pero el coche del detective Potieck siguió avanzando en zigzag hasta alcanzar el cinturón de seguridad a la altura de la calle Treinta y ocho Este.

Los policías uniformados que controlaban los accesos a la zona protegida nos franquearon el paso al ver la placa oficial del detective de Milo Potieck.

—¿Dónde se ha instalado el puesto de mando? —preguntó con urgencia.

—En la calle Cuarenta y cinco, entre la Segunda y la Tercera Avenida.

Milo Potieck aceleró de nuevo, y giró su mirada hacia mí como si temiera que la paranoia de Donovan fuese contagiosa.

—Por su propio bien, espero que no esté usted equivocada, Loanne. Fíjese la que ha liado.

—¿Habría preferido usted que me callara otra vez? Ése es el significado del péndulo, detective: ir de un lado a otro, de una posibilidad a la contraria, de una duda a una certeza, de una verdad indiscutible a una mentira evidente.

—No me interprete mal... Creo sinceramente que ha hecho usted lo que debía, aunque llegue a tratarse de una falsa alarma.

—Asumiré mi responsabilidad, no le quepa duda —dije, intentando fingir una sonrisa.

—El miedo es el precio que impone la lucha contra el terror en todo el mundo, cualquiera que sea su verdadero origen. Usted no es la responsable de eso. Pero ¿por qué está tan segura de que su confidente de Alabama le dijo la verdad?

—No tenía ninguna razón para mentirme —respondí, mientras yo misma intentaba responderme a esa pregunta.

—Salvar ante usted el honor y la credibilidad de Donovan podrían ser razones suficientes, después de todo lo que le ocurrió en su adolescencia. Detrás de cada psicópata hay una gran tragedia humana, y ese chico debió de pasarlo bastante mal, antes y después de la muerte de su padre.

La posibilidad de que Fred Owens me hubiera contado todo lo que sabía sobre Donovan, la sociedad secreta y la conjura del caos, sólo para limpiar ante mí la imagen de su amigo de la infancia no dejaba de parecerme una forzada simplificación policial de una historia demasiado compleja e intrincada, que sólo yo había vivido en toda su dimensión y dramatismo. Además, Fred Owens me había mostrado su anillo y me había confesado que él también formaba parte de la conjura del caos.

—Mi confidente me aportó datos fiables que no podría conocer de no ser cierto todo lo que me dijo, incluida la operación Rayo y Trueno.

—Si su confidente mantenía frecuentes contactos con Donovan no sería nada extraño que también le hubiera hablado a él de toda la conspiración que había imaginado.

La obstinación y los prejuicios del detective Potieck llegaron a exasperarme.

—¿Por qué no se olvida por un momento de su placa de policía de homicidios?

—Porque no hay ninguna prueba objetiva que demuestre que Donovan estaba en su sano juicio, sino todo lo contrario.

—¡Pero ahora todo encaja en la idea de la conjura del caos! —protesté, a pesar de ser consciente de que, en efecto, yo no tenía ninguna evidencia que lo demostrara. Aun así, proseguí exponiendo en voz alta los argumentos que yo misma me había repetido una y otra vez durante el vuelo de Montgomery a Nueva York.

Era verdad que un hombre negro había aparecido ahorcado en los aseos de la ONU con una nota amenazante clavada en el pecho, aunque fuese un muñeco hinchable. Donovan había tenido la idea y la había llevado a cabo para anunciar el proyecto de la sociedad secreta Rayo y Trueno de hacer volar la sede de Naciones Unidas, ante la imposibilidad de ejecutar realmente a Nanlú Bomoe. La noticia secreta era cierta, como el propio agente del FBI Nathan Wells había admitido, para no dar publicidad al autor. El señor Edgar sabía que Donovan había traicionado su pacto sagrado de

silencio al hablarme de la conjura del caos, porque yo misma le pedí al profesor que imaginara que Dios estaba aquí y era uno de nosotros, cuando le hablé de mi idea de escribir un artículo periodístico sobre Dios. Por ese motivo comenzaron a vigilarlo los dos matones que yo misma había visto. También era evidente que Donovan y su jefe William Martin conocían a Theroux, y que lo que yo pensaba que eran simples casualidades imposibles no era sino fruto de la información que se intercambiaban entre ellos. Alessia fue asesinada por el señor Edgar y alguien más de sus secuaces, simulando un suicidio porque creían que sabía tanto como yo sobre la conspiración, después de que se entrevistara con Nanlú Bomoe en su despacho de la ONU. La prueba era el ADN de los cabellos encontrados en su viejo Cadillac...

—Usted misma me insinuó por teléfono que los cabellos que aparecieron en el coche pudo haberlos colocado Donovan para culpar al profesor de la muerte de Alessia —dijo el detective Potieck para rebatir mi razonamiento.

—Entonces no sabía lo que ahora sé.

Iba a continuar hablando del panfleto segregacionista y fanático que la madre de Donovan me había mostrado sobre la sociedad Rayo y Trueno que su esposo y el señor Edgar habían fundado en su etapa de estudiantes universitarios en Misisipi, de la muerte accidental del padre de Donovan, de las revueltas racistas en Alabama, del internamiento de Donovan en una clínica psiquiátrica y de la horrible ejecución del chico negro Bowie Gabalu, pero el detective Milo Potieck tenía sus propias preguntas para hacerme ver mis contradicciones.

—Y qué me dice de los celos de Donovan. Él nunca aceptó su relación con el profesor. Por eso pensaba usted que Donovan era el responsable de su desaparición.

—Yo estaba equivocada. Donovan sólo intentó protegerme de la sociedad secreta Rayo y Trueno en todo momento. Si secuestró al señor Edgar antes de que lo obligaran a tomar una sobredosis de cocaína y metanfetamina, fue para que no me hicieran ningún daño a mí.

—Pero... ¿por qué lo asesinó? Si era su rehén valía más vivo que muerto.

—Tal vez porque Donovan sabía que él también iba a morir pronto —sugerí—. Probablemente pensara que si mataba a Edgar Theroux acabaría con la cabeza de la conjura, y el mundo y yo estaríamos a salvo —dije, y caí en la cuenta de que era la primera vez que no me refería al profesor como el señor Edgar.

—Al menos lo del crimen ritual tiene sentido —aceptó el detective Potieck, como si deseara hacer alguna concesión a mis argumentos.

—Sí, estoy convencida de que, de algún modo, cuando Donovan ahorcó al profesor en el sótano de su casa también quiso vengar a su amigo negro Bowie Gabalu —afirmé.

—¿Ha sido la madre de Donovan quien le ha hecho cambiar de opinión sobre la esquizofrenia paranoide de Donovan y su imaginaria conjura?

—La madre de Donovan no sabe nada sobre el proyecto de Rayo y Trueno de hacer volar la ONU, y yo no suelo cambiar de opinión a menos que tenga suficientes razones para hacerlo —repliqué un poco ofendida, y no dije nada más.

En el puesto de mando, el agente especial Nathan Wells estaba rodeado de otros policías federales y mandos de la Unidad Especial de Explosivos del FBI. El jefe de Donovan también estaba allí, custodiado por un par de policías. Me miró con ojos de odio cuando me vio llegar, aunque reclinó la cabeza como si hiciera una reverencia. Milo Potieck se acercó al agente especial Nathan Wells. Yo me situé junto a ellos, y comprobé que tampoco el agente especial me miraba con simpatía. Ni siquiera me saludó al llegar.

—Cuatro especialistas de la Unidad de Explosivos están controlando la situación desde el exterior de la sede de la ONU con un par de robots teledirigidos —dijo.

—¿Han podido examinar el interior de la esfera del péndulo? —preguntó Milo Potieck.

—Los robots ya han accedido a ella, estamos esperando de un momento a otro el informe de la Unidad de Explosivos.

Nathan Wells explicó luego al detective Potieck que el responsable de mantenimiento de las instalaciones de la ONU le había manifestado hacía unos momentos que la idea de que en el interior de la nueva esfera del péndulo de Foucault pudiese haber una bomba era tan absurda como que en el interior de su cabeza habitara un extraterrestre. Y añadió que hacía meses que se había decidido cambiar la vieja esfera por otra nueva a causa de un problema en el sistema de recuperación de energía por desequilibrio de los imanes interiores, que impedía una correcta y continua oscilación del péndulo.

No recuerdo cuánto tiempo duró la espera. Tampoco recuerdo lo que pensaba en ese instante. Sólo sentía en mi corazón el latido de los miles de corazones que palpitaban angustiados a mi alrededor, tras el cinturón de seguridad.

Luego, como si contemplara una imagen en movimiento a cámara lenta, vi que uno de los mandos de la Unidad de Explosivos del FBI se acercaba al agente especial Nathan Wells y le decía algo al oído.

La voz corrió de una boca a otra como un fuego incontrolado: ¡había sido una falsa alarma! Dentro de la nueva esfera del péndulo de Foucault de Naciones Unidas no había ninguna bomba. Imaginé cuál sería el titular de la noticia que al día siguiente aparecería en todos los periódicos y en todas las televisiones del mundo: «La amenaza apocalíptica del asesino del profesor Edgar Theroux no se ha cumplido». Miré a William Martin y me sonrió. Fue una sonrisa forzada, de conspirador hipócrita. Sólo los dos sabíamos que la última fase de la conjura del caos planificada por la sociedad secreta Rayo y Trueno, de la que él era ahora el único Dios, había sido suspendida gracias a Donovan.

Nathan Wells, el agente especial del FBI, también me miró fugazmente y le hizo un gesto al detective Milo Potieck para que se ocupara de mí.

—Acompañeme, Loanne, debemos irnos de aquí —dijo, apoyando su mano con levedad sobre mi hombro.

—¿Va usted a detenerme?

—No, sólo voy a invitarla a comer.

Epílogo

Cuando esta historia sea publicada habrá pasado casi un año desde que acabó todo.

La única versión sobre los hechos que entonces fue considerada por el FBI y por los medios de comunicación atribuía a la mente perturbada de Donovan el asesinato del profesor Edgar Theroux y la preparación de un maquiavélico plan para hacer volar por los aires la sede de Naciones Unidas en Manhattan que, afortunadamente, había resultado ser una falsa alarma. Nadie habló de la conjura del caos ni de la sociedad secreta Rayo y Trueno. Y William Martin, el jefe de Donovan, ni siquiera fue interrogado sobre lo sucedido. Nunca más he vuelto a verlo.

Actualmente trabajo en la sección cultural de un prestigioso periódico digital, con producción independiente de la prensa impresa de Nueva York. Mi artículo sobre Dios lo destruí el mismo día en que supe que la voz que había hablado por él era la voz del diablo. Ahora estoy segura de que en el mundo de los humanos los dioses no tienen nada que decir.

Dentro de unos meses daré a luz a mi bebé. Su padre, el detective Milo Potieck, está tan ilusionado como yo con tenerlo pronto en nuestro nuevo apartamento del Village. Será una niña y se llamará Alessia. Por ella he contado la historia de Donovan. Ojalá que, cuando crezca, pueda vivir en un mundo realmente feliz, sin miedo al terror ni a las conjuras secretas que hoy amenazan su futuro.



RAFAEL ÁBALOS. (Archidona, Málaga, 1956) es abogado. Cuenta con una prolífica trayectoria como escritor de literatura juvenil: Bufo soñador en la galaxia de la tristeza (Debate, 2000), El visitante del laberinto (Debate, 2001), Grimpow, el camino invisible (Montena, 2005), Kôt (Montena, 2007), Grimpow y la bruja de la estirpe (Montena, 2009) y Poliedrum (Viceversa, 2009), obra con la que ganó el I Premio de Narrativa Juvenil As de Picas 2009, y que continuó con La canción del héroe (Viceversa, 2010). Con Grimpow, traducido a veinticinco idiomas, obtuvo el premio de narrativa El Público, otorgado por la radio y televisión de Andalucía en 2005. Fue Libro Juvenil del Año 2007 en Holanda y recibió el premio Libro Notable del año 2008 por parte de la International Reading Association Children's Book Award de Estados Unidos. El péndulo es su primera novela para adultos.